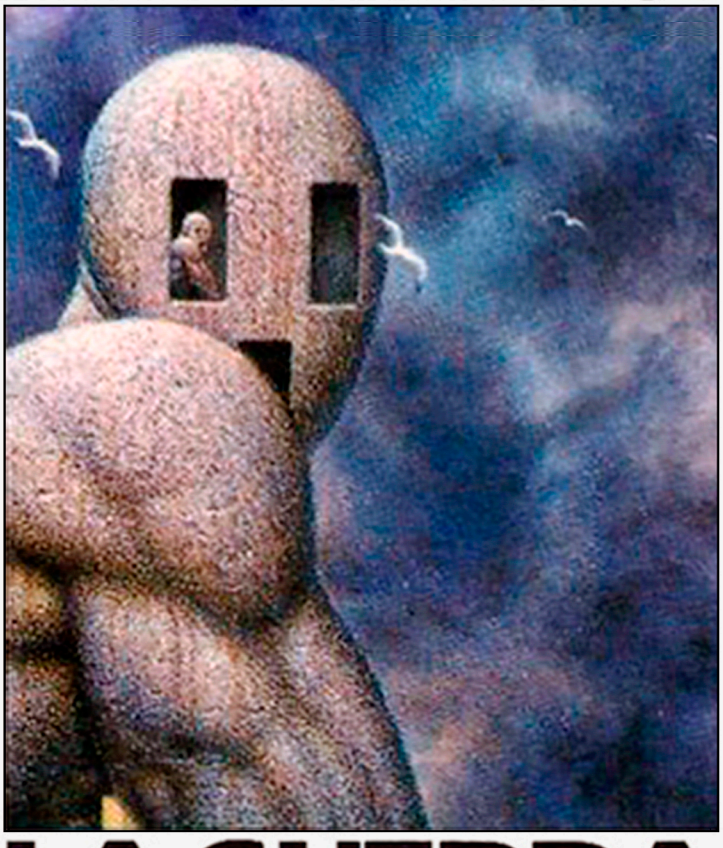
Vernor Vinge



LA GUERRA DE LA PAZ

SERIE DE LAS BURBUJAS / 1

NOVA
CIENCIA FICCION

En «La guerra de La Paz» se nos narra el principio del funcionamiento de las «burbujas», unos campos de fuerza esféricos completamente reflectantes e impenetrables, donde no transcurre el tiempo. Con ellos, un grupo se hará con el poder e impondrá una «paz» forzada y un estancamiento científico-tecnológico en un mundo diezmado por los conflictos y las plagas.

Una interesante y dinámica exploración de cómo un nuevo y maravilloso artilugio científico todavía incomprendido puede alterar el destino del mundo.

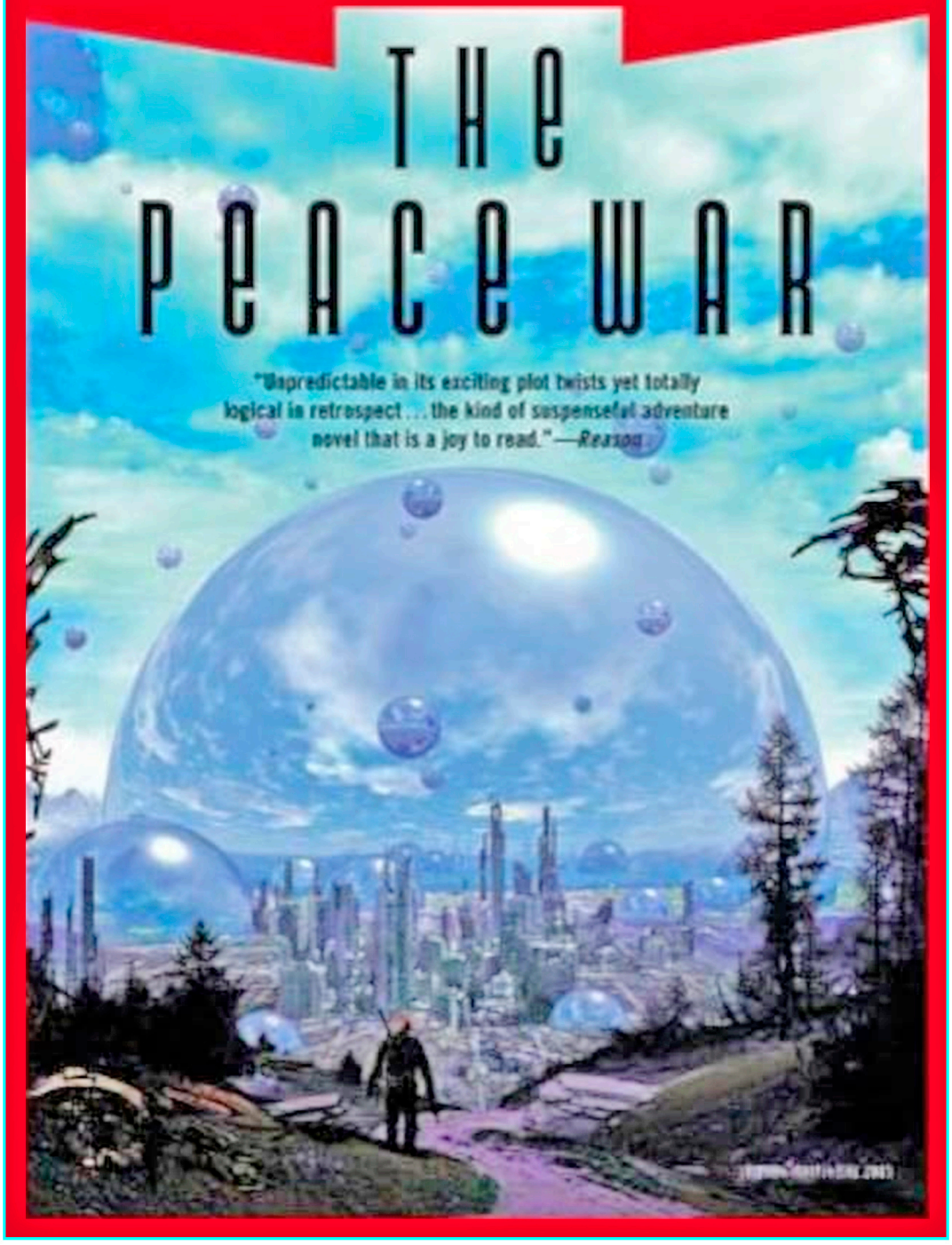
«Combina la tensión de un thriller político con personajes bien desarrollados. Una historia llena de suspense.»

— *Library Journal*

"Un fascinante concepto científico plasmado en un futuro colorido y cuidadosamente planificado."

— *Locus*

VERNOR VINGE



Vernor Vinge

LA GUERRA DE “LA PAZ”

Título original: *The Peace War*

Vernor Vinge, 1984

Traducción: José María García Grimau

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A mis padres,

Clarence L. Vinge y Ada Grace Vinge,

con amor.

ÍNDICE DE CONTENIDO

La guerra de “La Paz” de Vernor Vinge. Sergio Mars

Prólogo

Flashback
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Flashforward
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Flashforward
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Flashforward
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII

Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XLII

POST SCRIPTUM:
Vinge explica el final de *La Guerra de la Paz*

Acerca del autor

LA GUERRA DE LA PAZ DE VERNOR VINGE

Sergio Mars

Activo desde 1966, Vernor Vinge alcanzó la prominencia dentro del campo de la ciencia ficción a principios de los años ochenta, gracias a dos hitos significativos. Por un lado, la novela corta de 1981 «True names», que fue la primera en presentar (aunque no en bautizar) el ciberespacio; y su tercera novela, «La guerra de la paz», con su secuela, «Naufragio en el tiempo real», que le valieron el reconocimiento de los aficionados y lo puso en la senda que le depararía, entre otros premios, cinco Hugos en los veintipico años siguientes.

«La guerra de la paz» se ambienta a mediados del siglo XXI, cincuenta años después de que la autonombrada Autoridad

de Paz pusiera fin a las guerras gracias a un avance tecnológico crucial, instaurando en su lugar una dictadura blanda, que solo se preocupa por prohibir determinadas tecnologías (la industria pesada y la investigación en altas energías) y controlar cualquier posible desafío a su predominio. La tecnología en cuestión es la generación de burbujas, campos de fuerza esféricos, impenetrables tanto a la materia como a cualquier forma de energía, con un tamaño que puede variar entre unos milímetros de radio y unos pocos kilómetros (atrapando en su interior ciudades enteras).

Si bien su actuación evitó la guerra nuclear que parecía inevitable, el mundo de la Paz está lejos de ser una utopía. Ya no es solo que los conflictos locales, en los que se emplearon armas biológicas, hayan acabado diezmando a la población (y provocado un grave problema de infertilidad), sino que además la Autoridad de la Paz se preocupa activamente por fomentar cierto grado de desorganización, lo que ha llevado, por ejemplo, al antiguo territorio de los EE.UU. a fragmentarse en pequeños pseudoestados independientes, cada uno con sus propias peculiaridades.

Bajo la superficie de tranquilidad, sin embargo, bulle una revolución inminente, sustentada en grupos clandestinos, más o menos organizados, que rechazan el *statu quo*. Así, sobreviven todavía grupúsculos de biocientíficos, temidos y despreciados por una población a la que se le ha enseñado a temerlos a consecuencia de las plagas, y sobre todo la

cultura de los quincalleros, que ha ido desarrollando, dentro de las limitaciones impuestas por La Paz, una avanzada tecnología electrónica, gracias sobre todo a Paul Naismith, un matemático de avanzada edad, que por fin, tras décadas de insistencia por parte de sus vecinos, parece haber encontrado a un aprendiz en la persona de Wili, un joven negro, fugado de Aztlán, con un cuerpo debilitado por la enfermedad y una profunda desconfianza hacia todo el mundo, pero con la mente de un genio matemático.

«La guerra de La Paz» trata muchos de los temas que le son queridos a Vinge, empezando quizás por el rechazo a cualquier tipo de autoritarismo, aunque sea uno aparentemente tan bienintencionado como el del Cuerpo de Paz (cuyo liderazgo ha acabado empobreciendo al mundo), y siguiendo por el conflicto entre tecnologías y filosofías, con un bando anclado en conceptos y tecnologías con medio siglo de antigüedad, fosilizado en su propio éxito, y otro que, pese a contar con unos recursos varios órdenes de magnitud menores, ha sabido adaptarse y progresar, lo que a la postre le acabará concediendo la ventaja definitiva.

Resulta quizás paradójico (habida cuenta de la evolución posterior de la Serie de las Burbujas) que, una vez analizado todo, los verdaderos villanos de la novela sean la dominación y el estatismo. La Autoridad de la Paz está condenada al fracaso porque ha proscrito, por miedo, el avance científico. Toda su tecnología, por muy poderosa que sea, data conceptualmente de al menos cincuenta años

atrás, y eso acaba probándose como un error fatal. No quiere decir que Paul, Wili y el resto de quincalleros vayan a tenerlo fácil (después de todo, es más fácil defender una posición que atacarla), pero todo el sistema se sustenta en un equilibrio frágil, que cualquier movimiento inesperado, como por ejemplo el que las burbujas más pequeñas formadas tanto tiempo atrás empiecen a reventar, puede hacerlo caer.

No voy a desvelar ningún detalle adicional, porque parte del interés de la novela reside en ir descubriendo los giros a medida que lo hacen los protagonistas, pero sí que puedo afirmar que «La guerra de la paz» es una novela madura, que en modo alguno desentona con lo mejor de la producción de Vinge.

Sí que es cierto que el gran tema por el que se le conoce principalmente, la singularidad tecnológica, aún no está presente, y buena parte de la especulación de la novela es… indistinguible de la magia (como diría Clarke), pero la historia lo compensa de sobra, con unos personajes adecuadamente delineados y una trama bien trazada, que conduce certera hacia una conclusión satisfactoria. Siendo además de la longitud justa, es una obra que no puedo sino recomendar, a ser posible antes de abordar su más famosa secuela. Hablando de lo cual…

«La guerra de la paz» le valió a Vinge su segunda nominación al premio Hugo de 1985 (tras «True names»)…

aunque ese fue el año en que «Neuromante», de William Gibson, arrasó (merecidamente) con casi todo (los Locus suelen ser notablemente lentos a la hora de reaccionar a los cambios de tendencia). También estuvieron nominados Larry Niven con «Los árboles integrales» (que fue, de hecho, quien ganó el Locus), Robert Heinlein con «Job: Una comedia de justica» y David Palmer con «Emergence». También fue finalista del premio Prometheus de ese año (que quedó desierto… aunque dos años después Vinge lo conquistó con «Naufragio en el tiempo real»).

Extraído de Rescepto indablog:

https://rescepto.wordpress.com/2020/06/07/la-guerra-de-la-paz/

PRÓLOGO

Vernor Vinge es todavía un autor, lamentablemente desconocido para el lector de habla hispana. Una de las razones de ese desconocimiento puede ser el escaso volumen de su obra, siempre muy meditada y bien acabada, ya que pese a llevar más de veinte años en el género, su obra se completa en cuatro novelas, una antología y algunos pocos relatos todavía no recopilados en libro. Y pese a ello, su apellido es conocido gracias a la actividad de su ex esposa, Joan D. Vinge, a la que Vernor inició en la ciencia ficción. Pero, así como Joan se ha dedicado preferentemente a escribir, Vernor sigue teniendo como ocupación principal su labor como profesor asociado en el Departamento de Matemáticas de la Universidad de San Diego, en California. Sus intereses académicos se centran principalmente en el mundo de los ordenadores, los lenguajes extensibles, el análisis numérico y la inteligencia artificial.

Quizá con esta presentación inicial pueda imaginarse el lector que se halla ante la novela de un autor cuya obra se limita a la más estricta ciencia ficción «hard». No es así.

Si bien es cierto que, a menudo, sus novelas incluyen ideas científicas avanzadas y artilugios tecnológicos sorprendentes, lo esencial de la narrativa de Vernor Vinge recae en el estudio de los procesos mentales del ser humano, especialmente cuando dicho ser se enfrenta a acontecimientos inusuales. En una breve reseña biográfica aparecida en *Analog* con ocasión de la publicación señalizada de *La Guerra de la Paz*, Jay Jay Klein indica explícitamente que:

> Vernor cree que podemos decidir nuestro futuro, tan sólo si pensamos y reflexionamos sobre él con antelación, tal y como lo hacemos gracias a la ciencia ficción.

Ésa es, posiblemente, una actitud compartida por muchos de los lectores del género, que aprecian precisamente la capacidad de la ciencia ficción para especular y meditar en profundidad sobre la forma en que los nuevos descubrimientos científicos van a afectar a la vida de las gentes.

Vernor Vinge inició su andadura como profesional en la mítica revista *New Worlds* editada en el Reino Unido por Michael Moorcock y que todos reconocen como el origen de

esa revolución literaria que convulsionó el género a finales de los años sesenta con el nombre de *New Wave*. Pero posteriormente ha encontrado un lugar más adecuado en la revista *Analog*, la de mayor difusión en Norteamérica, que ha publicado como primicia sus dos últimas novelas en forma de serial.

Se trata de *La Guerra de la Paz* (1984) y *Naufragio en el tiempo real* (1986), que forman parte de una serie unida por uno de los artilugios tecnológicos más sorprendentes e interesantes de la reciente ciencia ficción. Se trata de las «burbujas», unos campos de fuerza esféricos completamente infranqueables y cuyas propiedades incluyen efectos secundarios desconocidos que, descubiertos precisamente en *La Guerra de la Paz*, serán la base de la trama de *Naufragio en el tiempo real*. Ambas novelas han sido finalistas del premio Hugo y la segunda de la serie ha obtenido también el Premio Prometheus otorgado por la CactusCon, la Convención Norteamericana de Ciencia Ficción, en 1987.

En *La Guerra de la Paz*, Paul Hoehler, un brillante matemático, descubre el fundamento científico y tecnológico de las «burbujas». Pero su empresa le robará el invento para hacerse con el poder e implantar una dictadura despótica para hacer imposible toda nueva guerra futura. La Autoridad de la Paz impone una paz obligada en la que se prohíben las ciencias biológicas y la ciencia y la tecnología no controladas por la Autoridad. Y todo ello en un mundo

estancado tecnológica y socialmente que se ve diezmado por unas misteriosas plagas.

Después de cincuenta años, el propio Paul encabezará en cierta forma una rebelión contra el poder de la Paz, auxiliado por extraños compañeros: un adolescente superdotado al que enseña el perdido arte de la matemática; los Quincalleros, que cultivan y mantienen casi clandestinamente ciertos conocimientos de tecnología electrónica; y los últimos biocientíficos. Y todo ello salpicado por la incógnita de las verdaderas propiedades de las «burbujas», algunas de las cuales han desaparecido inesperadamente, provocando el pánico de la Autoridad de la Paz.

En la primera parte de la novela, Vinge describe con gran detalle y profundidad el trasfondo de la situación y las características de los personajes principales, en medio de una California modificada. El paisaje está dominado por la presencia constante de las «burbujas», con aspecto de auténticos espejos esféricos de múltiples tamaños que han sido utilizados por la autoridad de la Paz para encerrar y aislar para siempre a los disidentes. Posteriormente la rebelión iniciada en California se convierte en la verdadera Guerra de la Paz, de ámbito planetario, en la que domina el elemento estratégico y político de gran alcance.

Se trata de una novela emblemática de lo que puede ofrecer la mejor ciencia ficción de los años ochenta; estoy convencido de que sorprenderá a muchos.

Aunque es frecuente pensar que «nunca segundas partes fueron buenas», en este caso, la secuela que lleva por título *Naufragio en el tiempo real*, al aunar una trama de misterio policiaco con las maravillas tecnológicas del incierto futuro de la humanidad, supera, si cabe, el interés de *La Guerra de la Paz*.

Miquel Barceló

LA GUERRA DE LA PAZ

Serie de las burbujas I

FLASHBACK

A unos cien kilómetros hacia abajo y casi a unos doscientos de distancia, la playa del Mar de Beaufort no se parecía mucho a la imagen común del ártico. El verano ya estaba muy adelantado en el hemisferio norte y la tierra tomaba un color verde pálido, que en algunos lugares se matizaba adquiriendo los tonos más oscuros de la hierba. La vida se aferraba tenazmente al terreno y sólo en algunos pocos enclaves se podía observar un claro o unos picos de montaña grises y pelados.

La capitana Allison Parker de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos cambió de posición, hasta donde le permitía su correaje de sujeción, para intentar lograr la mejor visión posible por encima del hombro del piloto. En la mayor parte del transcurso de las misiones, disponía de una zona de visión mucho mejor que cualquiera de los «conductores de camión», pero nunca se cansaba de mirar hacia el exterior y una determinada visión le parecía tanto más apetecible, en

la medida que le resultaba más difícil de lograr. Angus Quiller, el piloto, se inclinó hacia adelante y fijó toda su atención en la lectura de los indicadores de retropropulsión. Angus era un buen muchacho, pero no perdía el tiempo mirando hacia afuera. Al igual que muchos pilotos, y algunos especialistas de las misiones, había aceptado su entorno, sin necesidad de sentirse maravillado permanentemente.

Pero Allison había pertenecido siempre al tipo de persona que mira por las ventanas. Cuando era muy joven había volado con su padre. Nunca podía decidir lo que era más divertido: mirar el terreno a través de las ventanas, o bien aprender a volar. Mientras esperaba alcanzar la edad suficiente para obtener su licencia de piloto, se había decidido por mirar el terreno. Después, descubrió que, sin la experiencia en aviones de combate, nunca podría pilotar las máquinas capaces de llegar tan alto como deseaba. En consecuencia, había vuelto a escoger un trabajo que le permitiera mirar por la ventana. Algunas veces pensaba que la electrónica, la geografía y los aspectos de espionaje de su trabajo, eran poco importantes si se comparaban con el placer que lograba con sólo mirar hacia abajo y ver el mundo tal como era en realidad.

—Felicita a tu autopiloto, Fred. Este fulano sí que sabe ponernos exactamente en nuestro punto de destino.

Angus nunca atribuía el menor mérito a Fred Torres, el comandante piloto. Siempre eran el piloto automático o el

control de tierra los responsables de todo lo bueno que podía suceder cuando Fred estaba a los mandos. Torres gruñó algo, al parecer también insultante, y dijo a Allison:

—Espero que disfrutes con esto. Pocas veces hacemos volar este cacharro sólo para hacer una excursión en honor de una chica bonita.

Allison sonrió, pero no contestó. Lo que Fred decía era cierto. Por lo general, una misión se planeaba con algunas semanas de antelación y se efectuaban muchos trabajos previos que duraban tres o cuatro días. Pero esta misión había arrancado a los tripulantes de su permiso de fin de semana para meterles en un vuelo destinado a una rápida observación que no había sido preparada previamente. Se trataba de hacer sólo quince órbitas y regresar a Vandenberg. Era claramente un reconocimiento profundo y global del terreno, aunque Fred y Angus probablemente no sabían mucho más; excepto que los periódicos habían sido muy insistentes durante las últimas semanas.

El Mar de Beaufort se perdió de vista por el norte. La cabina de observación estaba invertida, con el morro hacia abajo, lo cual mareaba a algunos especialistas, pero a Allison sólo le daba la impresión de que veía cómo el mundo pasaba velozmente por encima de su cabeza. Tenía la esperanza de que cuando la Fuerza Aérea dispusiera de una plataforma permanente de observación, ella podría ser destinada allí.

Fred Torres, o su piloto automático, según se mirara, hizo ajustar lentamente el orbitador hasta llegar a los 180 grados, y llevarlo a la altura de reentrada. Durante un instante la nave estuvo apuntando directamente hacia el suelo. El reconocimiento de zonas glaciales no podría ser ya una abstracción para quien lo hubiera realizado mirando hacia abajo desde aquella altura. La tierra estaba erosionada y estriada tan claramente como el terreno removido por una excavadora. Atrás habían quedado centenares de lagos canadienses. Eran tantos, que Allison podía seguir el Sol mediante los reflejos que saltaban de uno a otro.

Seguían en picado. El horizonte austral, azul y brumoso, se hizo visible y luego desapareció. El suelo no volvería a ser visible hasta que estuvieran a mucha menor altura, a la altura que algunas aeronaves normales podían alcanzar. Allison se reclinó hacia atrás y apretó más las sujeciones sobre sus hombros. Acarició el equipo de disco óptico que estaba amarrado detrás de ella. Era el motivo que justificaba su presencia en aquel sitio. Sin duda habría muchos generales que se sentirían más tranquilos (amén de algunos políticos) cuando ella hubiese regresado. Las «detonaciones» que el equipo de Livermore había detectado debían de haber sido únicamente falsas alarmas. Los soviéticos eran tan inocentes como siempre resultaban ser esos bastardos. Les había escudriñado con todo el equipo «normal» y, además, con los dispositivos de penetración profunda que sólo eran conocidos por ciertas

agencias militares de inteligencia, y no había podido descubrir preparativos ofensivos de ninguna clase. Sólo que…

… Sólo que los sondeos profundos que ella había hecho por su propia iniciativa sobre Livermore eran desconcertantes. Había estado especulando sobre su próxima cita con Paul Hoehler, y con la posible expresión de su cara cuando le dijera que los resultados de su ensayo eran secretos. ¡Había estado tan seguro de que sus jefes se dedicaban a algo siniestro en Livermore! Ahora sabía que era posible que Paul estuviera en lo cierto. Algo se tramaba en Livermore. Nada habría sido descubierto de no ser por su equipo de sondeo profundo, ya que se había registrado un evidente esfuerzo de camuflaje. Una de las cosas que Allison conocía muy bien eran los perfiles de los reactores de alta intensidad, y allí aparecía uno nuevo que no figuraba en los listados de la AFIA. Y además había detectado otras cosas. Una especie de esferas impenetrables para las sondas, enterradas en las proximidades del reactor.

Esto era también lo que Paul Hoehler había predicho.

Los especialistas NMV, como Allison Parker, tenían amplia libertad para hacer adiciones a sus programas de observación según su criterio; esto había salvado los resultados en más de una misión. No iba a tener el más mínimo problema por su sondeo no programado de un laboratorio de los Estados Unidos, siempre que efectuase el

oportuno informe. Pero si Paul tenía razón, sería motivo de un gran escándalo. Y si Paul estaba equivocado, entonces sería él quien tendría problemas, quizá estaría en el camino de la cárcel.

Allison notó que su cuerpo se apoyaba suavemente contra la cama de aceleración, a la vez que oía los sonidos de los crujidos que llegaban a través del armazón del orbitador. Más allá de las ventanas de proa la negrura del espacio se iluminaba con destellos de pálidas luces naranja y rojo. Los colores se volvieron más intensos y la sensación de peso fue en aumento. Sabía que era todavía menor de medio «g», aunque después de un día en órbita parecía ser mucho mayor. Quiller dijo algo sobre pasar a comunicación láser. Allison intentó imaginarse la tierra que estaba a ochenta kilómetros por debajo: bosques de la taiga cediendo el paso a las tierras de cultivo, y luego las Rocosas del Canadá, pero era mucho más divertido verlo que imaginarlo.

Todavía faltaban cuatrocientos segundos para que terminase el descenso. Su pensamiento se puso a divagar sobre lo que, en último lugar, sucedería entre Paul y ella. Había salido con hombres más guapos, pero con ninguno más listo que él. En parte, en esto residía el problema. Hoehler estaba evidentemente enamorado de ella, pero ella no estaba autorizada a hablar de cosas técnicas con él, y el trabajo no clasificado que él efectuaba no tenía sentido para ella. Además era, sin duda, un hombre problemático en su trabajo, lo que no dejaba de ser una paradoja si se tomaba

en consideración su torpe timidez. Una atracción física sólo puede durar un tiempo limitado, y Allison se preguntaba cuánto iba a tardar él en cansarse de ella, o viceversa. Y este último asunto de Livermore no iba a resultar una ayuda.

Los colores de fuego se borraron del cielo, que ahora tenía un pálido tinte azul. Fred, que aseguraba que iba a retirarse y trabajar en las líneas comerciales, dijo:

—Señoras y caballeros, bienvenidos a los hermosos cielos de California… o tal vez sean todavía de Oregón.

El morro se inclinó hacia el suelo desde su altura de reentrada. La vista era muy parecida a la de un vuelo de viajeros, siempre que no se tuviera en cuenta la pequeña curvatura del horizonte y la negrura del cielo. El Gran Valle de California era un corredor verde que se atravesaba en su camino. A la izquierda, borrosa entre la bruma, estaba la bahía de San Francisco. Iban a pasar a unos noventa kilómetros al este de Livermore. El lugar parecía ser el centro de todo en este vuelo. Estaban los informes incorrectos de su red de detección que habían convencido a los militares y a los políticos de que la traición de los soviéticos estaba a punto de asomar. Y aquel detector formaba parte del mismo proyecto que tan sospechoso le resultaba a Hoehler, por razones que no quería revelar por completo.

El mundo de Allison Parker se acabó con aquel pensamiento.

Capítulo I

El Centro Comercial Vieja California era el mejor cliente de la Compañía de Seguridad Santa Inés, y la ronda predilecta de Miguel Rosas. En aquella hermosa tarde de domingo, el Centro tenía centenares de clientes, gente que había viajado muchos kilómetros por la carretera 101 para llegar hasta allí. Este domingo la afluencia era especialmente grande. Durante toda la semana, los informes de producción y calidad habían demostrado que las tiendas tendrían las mejores ofertas. Y no llovería hasta mucho más tarde. Mike se paseaba arriba y abajo por las calles arboladas, deteniéndose de vez en cuando para hablar o entrar en una tienda y echar una ojeada a las mercancías. Mucha gente sabía lo eficaz que era la instalación antirrobo, y hasta aquel momento no había sido necesaria su intervención.

Y eso a Mike le encantaba. Rosas hacía tres años que había sido empleado oficialmente por la Compañía de Seguridad Santa Inés. Y, antes de esto, todo el tiempo transcurrido desde su llegada a California acompañado de sus hermanas, había estado relacionado con la compañía. El *sheriff* Wentz lo había adoptado, más o menos, por lo que había crecido rodeado de policías, y al cumplir los trece años ya estaba haciendo el trabajo de un ayudante pagado de*sheriff*. Wentz le había animado a buscar un empleo técnico, pero de alguna manera, el trabajo de policía resultaba siempre más atractivo. La CSSI era una organización popular que negociaba con la mayoría de las familias de Vandenberg. La paga era buena, el área era pacífica, y Mike estaba realmente convencido de que hacía algo para ayudar a la gente.

Mike se salió del área de ventas y ascendió por la colina cubierta de césped, que la dirección cuidaba de mantener siempre recortado y limpio. Desde la cima, miró hacia el Centro y pudo ver todas las tiendas y las telas teñidas de brillantes colores que daban sombra a las galerías.

Conectó su aparato de llamadas por si le necesitaban para ayudar en el control del tránsito. Ni caballos ni carros podían circular más allá del área de estacionamiento exterior, pero aquella tarde había tantos clientes que los propietarios podrían querer suavizar las reglas.

Cerca de la cima de la colina, tostándose a los rayos del sol, Paul Naismith estaba sentado delante de su tablero de ajedrez. A intervalos de unos pocos meses, Paul bajaba a la costa, algunas veces a Santa Inés, otras a ciudades más hacia el norte. Naismith y Bill Morales acostumbraban a llegar pronto para obtener un buen lugar en el estacionamiento, Paul preparaba su tablero de ajedrez y Bill iba a hacerle sus compras. Cuando anocheciera, los quincalleros sacarían sus especialidades y podría hacer algún negocio. Entretanto, el anciano se arrellanaba detrás del tablero y masticaba su comida.

Mike se acercó al otro con timidez. Naismith no era una persona severa. En realidad, se podía hablar fácilmente con él. Pero Mike lo conocía mejor que mucha gente, y sabía que la cordialidad del anciano no era más que una máscara para encubrir cosas tan raras y profundas como implicaba su pública reputación.

—¿Jugamos, Mike? —preguntó Naismith.

—Lo siento, señor Naismith, estoy de servicio. Además usted nunca pierde, a no ser que lo haga adrede.

El anciano movió las manos con impaciencia. Miró por encima del hombro de Mike hacia algo que estaba por entre las tiendas, y se puso en pie.

—¡Ah! No voy a poder enganchar a nadie esta tarde. Será preferible que baje a ver los escaparates.

Mike entendió la frase, aunque ya no existían los escaparates en el centro comercial, salvo que se tomaran como tales las coberturas de cristal de las joyerías y de los expositores de electrónica. Todavía quedaban muchos miembros de la generación de Naismith, con lo que los giros arcaicos de algunas palabras seguían todavía en uso. Mike recogió un poco de basura, pero no pudo descubrir a los sinvergüenzas responsables. Guardó los restos en el recipiente adecuado y alcanzó a Naismith en su descenso hacia las tiendas.

Los vendedores de alimentos trabajaban mucho, tal como se había predicho. Sus mostradores estaban rebosantes de bananas, cacao y otros productos locales, así como de otras cosas que venían de más lejos, tales como, por ejemplo, manzanas. A la derecha, el área de juego seguía siendo del dominio de los niños. Esto iba a cambiar cuando oscureciera. Las cortinas y los toldos eran brillantes y se agitaban por efecto de la leve brisa, pero no sería hasta después del anochecer cuando la iluminación interior y los letreros resplandecieran y bailaran con su magia. Por ahora, todo estaba en silencio y muchos de los juegos estaban desconectados. Incluso el ajedrez y los otros juegos simbióticos hacían poco negocio. Ya era un hecho acostumbrado el esperar hasta la noche para la compra y la venta de tales equipos frívolos.

Los únicos parroquianos eran cinco o seis muchachos que estaban en el juego de Celeste, de Gerry Tellman. ¿Qué sucedía allí? Un chiquillo negro estaba jugando, o, mejor dicho, llevaba jugando quince minutos, como pudo ver Mike. Tellman hacía que Celeste funcionara a un alto nivel de realismo, y no era un hombre generoso. Hmmm.

Delante de él, Naismith se acercó al juego. Al parecer también le había picado la curiosidad.

El interior de la tienda estaba oscuro y frío. Tellman, sentado en una desgastada mesa de madera, miraba a su pequeño parroquiano. El muchacho aparentaba tener unos diez u once años y se veía claramente que era forastero. Su pelo estaba enmarañado y sus ropas, sucias. Sus brazos eran tan delgados que debía ser víctima de alguna enfermedad o de una mala alimentación. Estaba mascando algo, y Mike sospechaba que era tabaco. En suma, nada de lo que cabía esperar de un muchacho local.

El muchacho tenía en la mano un fajo de billetes del banco de Santa Inés. A juzgar por la expresión de la cara de Tellman era fácil averiguar de dónde habían salido.

—Otra vez[1] —dijo el muchacho devolviendo la mirada a Tellman. El propietario dudó, miró al círculo de caras que le rodeaban y vio a los adultos.

—De acuerdo —concedió Tellman— pero ésta ha de ser la última vez… Éste es el final, ¿entiendes? —repitió en español pidgin[1]—. Yo he de ir a comer.

Esto último lo dijo probablemente en atención a Naismith y Rosas.

El chaval se encogió de hombros.

—Bueno.

Tellman conectó el tablero de Celeste, a nivel nueve según pudo ver Rosas. El chico estudió la disposición del juego con mirada calculadora. El diseño del tablero era plano, y mostraba un hipotético sistema solar visto desde arriba del plano de rotación. Los tres planetas eran pequeños discos luminosos que se movían alrededor del primario. Su tamaño daba una pista acerca de su masa; las medidas concretas aparecían cerca del borde del tablero. Los planetas que entraban y salían se movían en órbitas visiblemente excéntricas, el planeta de salida daba una revolución cada cinco segundos, lo bastante aprisa para que se pudiera apreciar claramente la precesión. Entre éste y el planeta de destino se movía un tercer mundo, también en una órbita excéntrica. Rosas se sonrió. Sin duda alguna la única razón por la que Tellman había dejado el problema sobre un

1 Lenguaje macarrónico. El pidgin es una lengua simplificada, creada y usada por individuos de comunidades que no tienen una lengua común ni conocen suficientemente alguna otra lengua para usarla entre ellos. [N. e. d.]

mismo plano era que no disponía de un holograma para el campo del Celeste. Mike jamás había visto que alguien jugara sin un procesador simbiótico a esta versión de salida y llegada de Celeste, a nivel nueve. El temporizador del aparato avisaba de que el jugador —el chiquillo— disponía de diez segundos para lanzar el cohete y hacerlo llegar a su destino. Según la lectura del combustible disponible, Rosas estaba seguro de que no había energía suficiente para hacer el vuelo en una órbita directa. ¡Por si fuera poco había que tirar por banda!

El chiquillo dejó todos sus billetes sobre la mesa y miró de reojo a la pantalla. Pasaron seis segundos. Agarró los mandos y los hizo girar. La diminuta chispa dorada, que representaba a su aeronave, cayó desde el disco verde del mundo de partida, ¡hacia adentro!, en dirección al sol amarillo a cuyo alrededor giraba todo. Había usado más de las nueve décimas partes de su combustible para disparar en la dirección contraria.

Los chiquillos que estaban a su alrededor soltaron murmullos de contrariedad, y una sonrisa apareció en la cara de Tellman. La sonrisa se quedó helada.

Cuando la nave espacial llegó cerca del sol, el muchacho hizo girar de nuevo los mandos, una propulsión que, junto con la gravedad del primario, lanzó a la chispa dorada hasta lo más lejano de aquel sistema solar de pacotilla. Bordeó por la pantalla de dos metros, disminuyendo de velocidad a

medida que se alejaba, dirigiéndose no al planeta de destino, sino hacia el intermedio. Rosas lanzó un silbido involuntario. Había jugado a Celeste, tanto sólo como con ordenador. El juego tenía más de cien años de antigüedad y era casi tan popular como el ajedrez, porque hacía recordar lo que la raza humana casi había logrado conseguir. Pero nunca había visto hacer un tiro a dos bandas por un jugador que no contara con ayuda técnica.

La sonrisa de Tellman seguía en su cara que se había vuelto algo gris. El vehículo se acercó al planeta intermedio, aventajándolo a medida que iba girando alrededor del primario. El muchacho hizo modificaciones casi inapreciables en su trayectoria durante el periodo de aproximación. El control del combustible marcaba 0.001 de su capacidad. La representación del planeta y la de la nave se mezclaron durante un instante, pero no se computó como colisión, porque el diminuto punto se apartó rápidamente, marchando hacia la otra punta de la pantalla.

Los demás muchachos que estaban a su alrededor, se daban codazos y chillaban. Husmeaban a un ganador, y el viejo Tellman iba a perder un poco del dinero que antes les había ganado a ellos durante el día. Rosas, Naismith y Tellman no hacían más que mirar conteniendo su respiración. Prácticamente sin combustible residual, sería un asunto de suerte si tenía lugar el contacto final.

El disco rojizo del planeta de destino se movía plácidamente mientras la supuesta espacionave describía un arco cada vez más alto, y cada vez más lento, y sus trayectorias llegaron a ser casi tangenciales. La nave se aceleraba a causa de la gravedad del planeta objetivo, dando la tentadora impresión de éxito que siempre ocurre cuando se hace un tiro muy aproximado. Se aproximaron más y más hasta que las dos luces se convirtieron en una en la pantalla.

«Intercepción» anunció la pantalla, y la puntuación de méritos se disparó con abundantes destellos y música. Rosas y Naismith se miraron uno al otro. El chico lo había conseguido.

Tellman estaba pálido. Miró los billetes que el chico había apostado.

—Lo siento, chico, pero ahora no tengo bastante aquí.

Intentó repetir su excusa en español, pero el chico soltó una andanada de palabras ininteligibles en español-negro que no podían ser más que tacos y maldiciones. Rosas miró intencionadamente a Tellman. Había sido empleado para proteger tanto a los clientes como a los propietarios. Si Tellman no pagaba, ya podía decir adiós a su licencia. El Centro Comercial ya recibía bastantes quejas de padres cuyos hijos habían perdido dinero allí. ¿Y si el chico era lo bastante listo como para presentar una denuncia…?

Al final, la voz del propietario se elevó sobre el griterío juvenil.

—Está bien, voy a pagar. Pago, Pago… ¡hijo de perra!

Sacó un puñado de billetes y se los echó al muchacho.

—Y ahora, ¡lárgate!

El muchacho negro salió por la puerta antes que nadie. Rosas vio su partida y se quedó pensativo. Tellman siguió quejándose, hablando más para sí mismo que para los demás:

—No lo comprendo. No puedo entenderlo. El pequeño bastardo ha estado por aquí toda la mañana. Puedo jurar que nunca había visto un tablero de juego. Pero miraba y remiraba. Diego Martínez tuvo que explicárselo todo. Empezó a jugar. Apenas si tenía dinero suficiente. Y no hizo más que ir mejorando y mejorando. Nunca había visto nada parecido… La verdad… —se animó y miró a Mike—, la verdad es que me parece que me ha engañado. Apuesto que llevaba una calculadora y que sólo fingía ser joven y tonto. Hey, Rosas, ¿qué puedes hacer? Debes protegerme. Aquí debe haber habido alguna clase de trampa, especialmente en este último juego. El…

—… tenía las probabilidades de una bola de nieve en un horno caliente, ¿eh, Telly? —Rosas acabó donde el propietario se había interrumpido—. Ya, lo sé. Usted tenía

una apuesta segura. Tenía que haber sido una apuesta de mil a uno, y no a la par como le ha pagado usted. Pero conozco los procesos simbióticos y no hay manera de que pudiera hacerlo sin utilizar un equipo muy caro.

Por el rabillo del ojo vio que Naismith hacía señas de estar de acuerdo.

—Pero —se frotó su mandíbula y miró hacia la luz que estaba más allá de la entrada—, me gustaría saber más cosas de él.

Naismith le siguió cuando salió de la tienda, mientras Tellman se quedaba con sus balbuceos. Todavía eran visibles muchos de los chicos, que permanecían en corros a lo largo de la avenida de los Quincalleros.

El misterioso ganador no aparecía por ninguna parte. Pero, sin embargo, debía de andar por allí. El área de juegos desembocaba en la pradera central, lo que permitía una visión clara de todas las calles. Mike dio un par de giros sobre sí mismo, intrigado. Naismith le alcanzó.

—Pienso que, desde que empezamos a fijarnos en él, el muchacho siempre ha ido dos pasos por delante de nosotros, Mike. Fíjate que no protestó cuando Tellman le despidió con malos modos. Tu uniforme debe haberle amedrentado.

—Puede ser. Apuesto a que, en cuanto cruzó la puerta, salió corriendo como si le persiguieran mil diablos.

—Pues no lo sé. Creo que es mucho más sutil.

Naismith se puso un dedo sobre los labios e indicó a Rosas que le siguiera, dando la vuelta por detrás de las banderas que estaban alineadas al lado de la tienda de juegos. No era necesario hacerlo subrepticiamente. La zona era ruidosa, y la carga de unos muebles en varios carros situados detrás del pabellón de los restauradores iba acompañada por gritos y carcajadas.

La brisa de primeras horas de la tarde que llegaba desde Vandenberg hizo ondear las telas multicolores. La doble luz solar no dejaba nada en la sombra. A pesar de todo, casi tropezaron con el muchacho, enroscado debajo del borde de una lona. El chico saltó como un resorte doblado, yendo a parar directamente a los brazos de Mike. Si Rosas hubiera sido de la generación más vieja, allí no habría habido opción. El respeto, profundamente arraigado, para con los niños, y el no querer causarles daño estuvieron a punto de que el muchacho pudiera escapar. Pero el ayudante de *sheriff* que había en él se impuso y durante un momento hubo un remolino de brazos y piernas. Mike vio algo que brillaba en la mano del chico y después un dolor lacerante corrió a lo largo de su brazo.

Rosas cayó de rodillas, mientras el chico, que sostenía todavía el cuchillo, se soltó y salió corriendo. Tenía una vaga impresión de que algo rojo iba manchando la piel de su manga izquierda. Entrecerró sus ojos para superar el dolor y sacó su pistola aturdidora de servicio.

—¡No! —el grito de Naismith fue un acto reflejo de alguien que había crecido en una época de pistolas con balas y luego había vivido durante la primera época de la historia en que la vida era efectivamente algo sagrado.

El chico se desplomó y quedó retorciéndose sobre el césped. Mike enfundó su pistola y se puso en pie, su mano derecha estaba comprimiendo la herida. Parecía ser superficial pero le dolía terriblemente.

—Llame a Seymour —le ordenó Mike al viejo—. Hemos de conducir a este bastardo a la comisaría.

Capítulo II

La Compañía de Seguridad Santa Inés era el servicio de protección más importante al sur de San José. Después de todo, Santa Inés era la primera ciudad al norte de Santa Clara y de la frontera Aztlán. El *sheriff* Seymour Wentz contaba con tres agentes con plena dedicación y tenía contratos con el ochenta por ciento de las empresas. Esto representaba casi unos cuatro mil clientes.

La oficina de Wentz estaba en la cima de una colina bastante elevada desde la que se podía ver la carretera Old 101. Desde allí se podían seguir los movimientos de los transportes de mercancías de la Autoridad de la Paz desde varios kilómetros de distancia, tanto hacia el norte como hacia el sur. En aquel preciso momento, sólo Paul Naismith disfrutaba del paisaje. Miguel Rosas miraba lúgubremente a Seymour, que ya llevaba media hora telefoneando a Santa

Bárbara y que, por fin, consiguió que le comunicaran con el *ghetto* de Pasadena. Tal como Mike esperaba, no había nadie al sur de la frontera que pudiera ayudarles. Los mandamases de Aztlán gastaban su oro intentando impedir la «emigración ilegal de mano de obra» desde Los Ángeles, pero nunca perdían el tiempo localizando a quienes lo habían conseguido. El sabio de Pasadena al principio pareció excitado por la descripción, pero luego negó que tuviera el menor interés por el muchacho. La otra única pista era un grupo de trabajadores bajo contrato que había pasado por Santa Inés, aquella misma semana, en camino hacia las plantaciones de cacao próximas a Santa María. Sy obtuvo algún resultado por esta parte. Un tal Larry Faulk, contratista de trabajo, había consentido en hablar con ellos. Este caballero, elegantemente vestido, no se sintió demasiado feliz al verles.

—Ciertamente, *sheriff*, conozco a ese enano. Su nombre es Wili Wáchendon. —Lo deletreó. La «w» tenía un sonido híbrido entre «w», «v» y «b». Tal era la evolución del español-negro—. Ayer no se presentó a la hora de partida del equipo. Y no puedo decir que ni yo ni nadie lo hayamos sentido.

—Mike, señor Faulk. Está claro que este chiquillo ha sido maltratado por su gente —señaló por encima de su hombro hacia donde estaba el chico, Wili, en una celda. Estaba inconsciente, lo que le hacía parecer todavía más hambriento y patético que cuando estaba en movimiento.

—¡Ah! —la respuesta de Faulk llegó a través de la conexión de fibra óptica—. Veo que ustedes tienen encerrado a este individuo, y también veo que su agente lleva el brazo vendado —señaló a Rosas, que le miró casi con mal humor—. Apuesto a que el pequeño Wili ha estado poniendo en práctica su pasatiempo de dar tajos a la gente. *Sheriff*, Wili Wáchendon es posible que haya pasado tiempos difíciles en otra parte. Me figuro que se ha escapado de los Ndelante Ali. Pero yo jamás le he maltratado. Ya sabe usted cómo hemos de trabajar los contratistas. Es posible que en los antiguos y buenos tiempos fuera diferente, pero ahora somos agentes, cobramos el diez por ciento, y ellos pueden dejarnos plantados siempre que quieran. Con los jornales que ganan, siempre están cambiando de trabajo, ofreciéndose para nuevos contratos e intentando sacar más tajada. Debo ser condenadamente popular y efectivo para que no se busquen otro agente. Este chico, desde el principio, no ha servido para nada. Siempre ha parecido medio muerto de hambre. Pienso que es enfermizo. La manera cómo pudo ir desde Los Ángeles a la frontera es…

Las palabras que pronunció a continuación quedaron ahogadas por un carguero que pasó zumbando por la carretera que cruzaba por debajo de la comisaría. Mike miró por la ventana hacia el mastodóntico diesel que iba hacia el sur, cargado de gas natural licuado con destino al Enclave de Los Ángeles de la Autoridad de la Paz.

—… le contraté porque aseguró que podía llevarme los libros. El hijo de su madre sabe algo de contabilidad. Pero también es un ladrón gandul. Puedo probarlo. Si su Compañía pleitea conmigo por este asunto voy a demandarles cuando vuelva a pasar por Santa Inés.

Después de un par de acrobacias verbales más, el *sheriff* Wentz colgó. Se giró, sentado en su silla.

—Ya lo ves, Mike. Creo que nos ha dicho la verdad. En la nueva generación no vemos muchos casos, pero niños parecidos a Sally y Arta…

Mike asintió tristemente y confío en que Sy no continuara tocando este tema. Sally y Arta, sus hermanitas, habían muerto hacía años. Eran gemelas, tenían cinco años menos que él y habían nacido cuando sus padres vivían en Phoenix. Habían conseguido llegar junto con él a California, pero siempre habían estado enfermas. Ambas murieron antes de cumplir los veinte años, pero nunca parecieron tener más de diez. Mike sabía cuál había sido la causa de aquella infernal situación. Era algo de lo que nunca hablaba.

—La generación anterior a ésta, lo pasó peor. Pero en aquel entonces no era más que una de las plagas y la gente no hacía demasiado caso.

Las enfermedades, la esterilidad, habían llevado a una especie de mundo que jamás habrían podido imaginar los fabricantes de bombas del siglo anterior.

—Si este Wili es como tus hermanas, creo que debe tener unos quince años. No es extraño que sea más listo de lo que aparenta.

—Es más que esto, jefe. El muchacho es genial. Debería haber visto usted lo que hizo en el Celeste de Tellman.

Wentz se encogió de hombros.

—Sea lo que sea, hemos de decidir lo que vamos a hacer con él. Me pregunto si Fred Barlett se lo quedaría.

Esto era un racismo amable. Los Barlett eran negros.

—Jefe, se los comería vivos —Rosas se tocó el brazo vendado.

—Pues, ¡por mil diablos!, piensa algo mejor, Mike. Tenemos cuatro mil clientes. Debe haber alguien que pueda ayudarle ¡Un chico perdido al que nadie quiera recoger! ¡Sería algo inaudito!

¡Y qué chico! Pero Mike no podía olvidarse de Sally y Arta:

—Ya.

Durante la conversación Naismith se había mantenido en silencio, casi sin hacer caso de los dos agentes. Parecía estar más interesado por lo que pasaba en la Old 101 que por lo que hablaban. Luego se retorció sobre su silla de madera, para mirar hacia el *sheriff* y hacia su ayudante.

—Recogeré a este muchacho, Sy.

Rosas y Wentz le miraron estupefactos, sin articular palabra. Paul Naismith estaba considerado como anciano en un país donde dos tercios de la población ya habían pasado de los cincuenta. Wentz se humedeció los labios, al parecer sin encontrar la manera de rechazar su oferta.

—Mire, Paul, ya ha oído usted lo que Mike ha dicho. El muchacho casi le mata esta tarde. Ya sé lo que la gente de su… uh… edad siente por los jóvenes pero…

El anciano movió la cabeza, y dirigió a Mike una rápida mirada que no era ni abstracta ni débil.

—Ya sabe usted que desde hace años me están diciendo que me busque un aprendiz, Sy. Pues bien, me he decidido. Además de intentar matar a Mike, jugó Celeste como un maestro. La maniobra de buscar la ayuda de la gravitación es algo que no había visto hacer jamás sin aparatos de cálculo.

—Mike me lo ha contado. Es muy rebuscado pero he visto a muchos jugadores hacer lo mismo. Casi todos lo hacemos. ¿Es tan extraordinariamente listo?

—Según su instrucción, es mucho más que eso. Isaac Newton no hizo mucho más, cuando dedujo las órbitas elípticas a partir de la ley del inverso del cuadrado.

—Mira, Paul… lo siento de verdad pero, incluso con Bill e Irma, es demasiado peligroso…

Mike se acordó del dolor de su brazo. Y luego se acordó de sus hermanas gemelas que otrora había tenido.

—Eh, jefe, ¿podemos hablar un poco, usted y yo?

Wentz enarcó una ceja.

—Pues… De acuerdo. Dispénsenos por un momento, Paul.

***

Hubo un momento de embarazoso silencio cuando ambos abandonaron la habitación. Naismith se frotó la mejilla con su mano ligeramente paralizada y miró, a lo largo de la carretera 101, las pálidas luces que se iban encendiendo en el Centro Comercial. Todo había cambiado mucho, y los años que habían transcurrido quedaban como borrosos. ¿Centro Comercial? Toda la gente de la Santa Inés actual podría haberse perdido entre el público asistente a un buen partido

de baloncesto en la década de 1990. En la actualidad, un condado con siete mil habitantes era considerado como un territorio floreciente.

El Sol ya se había puesto, y la oficina se iba haciendo cada vez más oscura. Las pantallas de la habitación eran como unos fantasmas débilmente visibles que flotaran en el aire. Muchas de estas imágenes habían sido obtenidas con cámaras instaladas en el Centro Comercial. Paul pudo ver que allí el negocio iba en aumento. Los Quincalleros, los Mecánicos y los Restauradores habían sacado sus mercancías, y grandes grupos de compradores se reunían delante de las pantallas aéreas. Al otro lado de la habitación, otras pantallas coloreadas de rojo pálido y verde, recibían las imágenes infrarrojas procedentes de cámaras compradas por los clientes de Wentz.

La conversación de los dos agentes en la habitación contigua se oía como un leve murmullo. Naismith se inclinó hacia adelante y aumentó al máximo su audífono. Por unos instantes el sonido del funcionamiento de sus pulmones y de su corazón pareció dominarlo todo; después los filtros reconocieron las notas periódicas y las hicieron disminuir, con lo que pudo oír a Wentz y a Rosas más claramente que cualquier persona con oído normal. Poca gente podía presumir de un equipo como aquél, pero Naismith exigía pagas elevadas y los Quincalleros, desde Norcross hasta Beijing, estaban más que satisfechos al suministrarle las prótesis de una calidad superior a la normal.

La voz de Rosas le llegó claramente:

—… pienso que Paul Naismith puede cuidar de sí mismo, jefe. Hace muchos años que vive en las montañas. Y los Morales son robustos y no tienen más que unos cincuenta y cinco años. En tiempos pasados allí vivían bandidos y ex militares…

—Y todavía quedan algunos —añadió Wentz.

—Pero ahora ya no es como cuando por allí había muchas armas. Naismith ya era viejo incluso cuando eran fuertes, y pudo sobrevivir. He oído hablar de aquel sitio. Tiene aparatos que tardaremos años en poder conocer. Por algo será que le llaman el Mago de los Quincalleros. Yo creo…

El resto de la frase se perdió a causa del ruido de unos crujidos que fue aumentando hasta llegar a tener una intensidad casi dolorosa para los oídos de Naismith, y que luego disminuyó cuando los filtros amortiguaron la amplificación. Naismith, sobresaltado, miró a su alrededor, y luego se dio cuenta de que era un temblor de tierra. Eran muy frecuentes y habituales en aquella zona tan próxima a Vandenberg. La mayoría apenas si eran perceptibles, a menos que se utilizara un potente amplificador, como había hecho Paul. El estruendo lo había originado un ligero agrietamiento de los maderos de la pared. El ruido desapareció y pudo seguir escuchando a los agentes.

—Lo que dice sobre su necesidad de un aprendiz, es verdad, jefe. Y no somos sólo nosotros, los de la California Central, los que insistimos en ello. Sé de gente de Medford y de Norcross que se asustan en gran manera cuando piensan que se puede morir sin dejar un sucesor. Podemos decir a ojos cerrados que es el mejor especialista en algoritmos de Norteamérica, y no digo del mundo para no parecer exagerado. ¿Sabe usted qué aparatos de comunicaciones tenemos atrás en la sala de control? Ya sé que usted los quiere como a sus ojos, y que son sus juguetes más apreciados, y los míos. Pues bien, la compresión de la anchura de banda que hace posible que todas estas bonitas imágenes en color lleguen por medio de la fibra y las microondas, sería completamente imposible sin los dispositivos que él ha vendido a los Quincalleros. Y esto no es todo…

—Para, para. Está bien —rió Wentz—. Puedo afirmar que lo tomaste en serio cuando te aconsejé que te especializaras en los clientes de alta tecnología. Ya sé que sin él California Central sería como agua estancada, pero…

—Y lo volverá a ser, cuando falte, a no ser que encuentre un aprendiz. Durante muchos años le han estado insistiendo en que se buscara algunos estudiantes, o que diera clases como antes del Estallido, pero siempre lo ha rechazado. Y estoy convencido de que tenía razón. A menos de tratarse de alguien terriblemente creativo, para empezar, es imposible que sea capaz de hallar nuevos algoritmos. Pienso

que ha estado esperando, sin aceptar a nadie, pero que siempre se ha mantenido alerta. Creo que hoy ha encontrado a su aprendiz. El chico es malo… puede matar. Y no sé qué es lo que quiere, además de dinero. Pero tiene una cosa que todas las buenas intenciones y motivaciones del mundo no pueden conseguir: cerebro. Debería haberlo visto usted en el Celeste, jefe…

La conversación, o conferencia, duró algunos minutos más, pero se podía predecir el resultado: el Mago de los Quincalleros por fin había logrado tener un aprendiz.

Capítulo III

Era de noche y había una triple luz lunar. Wili yacía en la trasera del vehículo, envuelto en abundantes mantas. Los blandos muelles absorbían muchos de los golpes y sacudidas causados por el paso del carro sobre el roto pavimento de cemento. Los únicos sonidos que Wili oía eran los que el frío viento producía al pasar entre los árboles, el rítmico sonido de las herraduras cauchutadas del caballo, o su ocasional relincho en la oscuridad. Todavía no habían llegado al gran bosque negro que se extendía de norte a sur; era como si toda la California Central se extendiera delante de él. La niebla marítima, que con gran frecuencia hacía que las noches fueran oscuras, estaba ausente, y la luz de la Luna daba al aire un tono azul casi luminoso. Directamente hacia el oeste, la dirección hacia la que Wili estaba encarado, estaba Santa Inés que parecía helada, vista bajo aquella luz silenciosa. Había pocas luces visibles, pero la forma de las

calles se veía claramente y había un suave tinte anaranjado y violeta que procedía del recinto del bazar.

Wili se movió arrebujándose más entre las mantas, la hormigueante parálisis de sus extremidades casi había desaparecido, el calor en sus piernas y brazos, el aire frío que le daba en la cara y la visión panorámica que tenía delante de él, eran mucho más eficaces que cualquier medicina que hubiera podido robar en Pasadena. La tierra era hermosa, pero no había resultado ser tan fácil de recolectar como se había figurado cuando se había escapado de Ndelante encaminándose hacia el norte. Había muchas ruinas deshabitadas, esto era cierto.

Podía ver lo que debió haber sido la Santa Inés de antes del Estallido, trazos rectangulares recubiertos de malezas y ninguna luz.

Las ruinas eran mucho más extensas que la moderna versión de la ciudad, pero nada que pudiera compararse con la promesa de la Cuenca de Los Ángeles, donde kilómetros y kilómetros de ruinas —muchas de ellas sin saquear— se extendían tan lejos como un hombre podía andar en una semana. Y si uno quería algo más excitante, un modo más provechoso de hacerse rico, allí estaban las mansiones Jonque en las colinas que dominaban la bahía. Desde aquellos puntos de observación privilegiados, Los Ángeles presentaba su aspecto de país de las hadas: de horizonte a horizonte había destellos de pequeños fuegos que

señalaban la localización de ciudades entre las ruinas. Aquí y allá brillaban las luces incandescentes de los puestos avanzados de los Jonque. Y, en el centro, como un luminoso desarrollo cristalino, estaban las torres del Enclave de la Autoridad de la Paz. Wili suspiró. Todo había sucedido antes de que su mundo en Ndelante Ali se hubiera roto, antes de que descubriera lo de Old Ebenezer… Si alguna vez regresaba allí, habría una pelea entre los Ndelante y los Jonque para decidir entre ellos quién iba a despellejarle primero.

Wili no podía regresar.

Pero durante su viaje hacia el norte, había visto una cosa que bien merecía la pena de que le hubieran perseguido. Esta cosa hacía el paisaje mucho más espectacular que el de Los Ángeles. Miraba sobre Santa Inés hacia el objeto de su admiración.

La cúpula plateada salía del mar y se dirigía hacia la luz de la Luna. Incluso a la distancia y a la altitud en que él se encontraba, todavía parecía estar por encima. La gente la llamaba de muchas maneras, e incluso en Pasadena había oído hablar de ello, aunque nunca había podido creer aquellas historias. Larry Faulk la llamaba el Monte Vandenberg. El anciano Naismith, el mismo que ahora silbaba algo inconcreto mientras su criado guiaba su carromato hacia las colinas, la llamaba la Burbuja de

Vandenberg. Pero la llamaran como la llamaran, su concepto iba mucho más allá del nombre.

Por su tamaño y por su perfección parecía rebasar a la propia naturaleza. Desde Santa Bárbara ya la había podido ver.

Era una semiesfera que medía más de veinte kilómetros de un lado, al otro. Allí donde caía al Pacífico, Wili podía ver muchas líneas de rompientes iluminadas por la Luna que batían silenciosamente contra su curvado arco. Por el lado de tierra, el lago que llamaban Lompoc estaba negro y en silencio.

Perfecta, perfecta. Su forma era una abstracción más allá de la realidad. Su perfecta superficie especular cogía la Luna y formaba una segunda imagen tan brillante como la primera. Y así, la noche tenía dos lunas, una muy alta en el cielo y la otra que lucía desde la cúpula. A lo lejos, en el mar, la más normal reflexión formaba una barra de plata que estaba acostada sobre el horizonte del mar. ¡Era el equivalente de tres lunas! Durante el día, el gran espejo capturaba el sol de una manera similar. Larry Faulk aseguraba que los granjeros sembraban en sus tierras para sacar partido de la doble luz solar.

¿Quién había hecho la Cúpula Vandenberg? ¿El Único Dios Verdadero? ¿Algún dios Jonque o Anglo? Y si era de origen humano, ¿cómo se había podido hacer tal cosa?, ¿qué era lo

que había debajo de ella? Wili dormitaba, imaginando el mayor robo de todos los robos. ¡Meterse dentro y robar todos los tesoros que podían estar ocultos por algo tan valioso como aquella Cúpula!

Cuando se despertó, estaban en el bosque, desplazándose colina arriba, los árboles eran abundantes y a su alrededor había muchas zonas oscuras. Los pinos más altos se movían y hablaban sin cesar con el viento. Era el bosque mayor que jamás había visto. Ahora, la verdadera Luna estaba baja; un eventual destello plateado se colaba por entre las ramas y alcanzaba a los árboles que había detrás, haciendo relucir sus agujas. Sobre su cabeza, era visible una franja de noche, con más luz que entre los árboles. Las estrellas estaban allí.

El sirviente anglo había moderado la marcha del caballo. La vieja carretera de cemento se había acabado, y el camino sólo tenía la anchura justa para que pasara el carro. Wili intentó mirar hacia adelante, pero las mantas y los efectos residuales del inmovilizador se lo impidieron. Ahora el viejo habló en voz baja hacia la oscuridad. ¡Una contraseña! Wili se dobló para comprobar si el guardia había encontrado su otro cuchillo. No. Estaba todavía allí, sujeto a la parte interior de su pantorrilla. Sabía mucho, desde Los Ángeles, sobre los hombres viejos que cultivaban campos. Pero él era un esclavo del que el viejo no podría aprovecharse.

Un momento después, una voz de mujer les dijo alegremente que siguieran adelante. El caballo volvió a

coger su paso normal. Wili no vio ninguna señal de quién había hablado. El carro cogió la primera desviación que encontró. El sonido de los neumáticos era casi imperceptible porque iban por encima de una capa de agujas de pino que recubría el camino. Otros cien metros, otro giro, y…

¡Aquello era un palacio! Árboles y enredaderas cerraban el paso por todos los lados de la estructura, pero aquello era claramente un palacio, aunque fuera mucho más abierto que las fortalezas de los Jonque en Los Ángeles. Estos personajes generalmente reconstruían mansiones del tiempo de antes del Estallido, instalaban rejas electrificadas y nidos de ametralladoras para su seguridad. Este lugar era también viejo, pero además era extraño por otros motivos. No se veía señal de defensas de primera línea, lo que no podía significar más que el propietario controlaba el territorio de muchos kilómetros a la redonda.

Pero Wili no había visto fuertes protectores en su viaje hasta allí. Era imposible que estos norteños fueran tan estúpidos e indefensos como aparentaban.

El carro marchó paralelo a la mansión, hasta que el camino se ensanchó, formando un claro delante de la entrada, y Wili pudo verlo todo mucho mejor. Era menor que los palacios de Los Ángeles. Si el patio interior tenía un tamaño razonable, allí no había sitio suficiente para el alojamiento de los sirvientes de un gran jefe y de sus familias. Pero el edificio era grande, y con la madera y la piedra sabiamente

armonizados. La luz lunar que llegaba hasta allí hacía destacar los perfiles metálicos y daba imágenes vaporosas de la Luna que relucían en el pulimento de la madera. El techo era más oscuro y casi no producía reflejos. Había tejados a dos aguas y una torre muy rara que tenía unas esferas oscuras, de diámetros que variaban desde cinco centímetros a casi dos metros, empaladas en una centelleante aguja.

—Despiértate. Ya hemos llegado —unas manos desataron las mantas, y el anciano le sacudió suavemente por el hombro.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no empezar a dar cuchilladas. Gruñó suavemente, y simuló que estaba despertándose poco a poco.

—Estamos llegando, chico —dijo el sirviente Morales.

Wili dejó que le ayudaran a bajar del carro. La verdad era que todavía se sostenía algo inseguro sobre sus pies, pero cuanto menos supieran de sus facultades, tanto mejor. Iba a dejarles que creyeran que estaba débil y que desconocía su idioma.

Llegó uno de los sirvientes corriendo desde la entrada principal, ¿o acaso la entrada de sirvientes podía ser tan grande? No apareció nadie más, pero Wili había decidido ser dócil hasta que pudiera saber más cosas. La mujer, que al

igual que Morales era de mediana edad, recibió calurosamente a los dos hombres y después condujo a Wili a través de un camino de piedra hasta la entrada.

El muchacho mantuvo los ojos bajos como si estuviera atontado. Por el rabillo del ojo pudo ver, sin embargo, una red plateada, parecida a una tela de araña, que iba desde un árbol a la pared de la mansión.

Después de pasar por las enormes puertas labradas, se veía el suave brillo de una luz, y Wili vio que aquel palacio no tenía igual en Pasadena, aunque allí no había ostentación de tesoros o de estatuas doradas. Le condujeron hasta arriba (¡No hacia abajo! ¿Qué clase de jefe era aquel que ponía a sus sirvientes en un piso superior?), por una amplia escalera hasta una buhardilla.

La única luz que llegaba allí era la de la Luna, que penetraba por una ventana lo bastante grande como para escaparse por ella.

—¿Tienes hambre? —le preguntó la mujer.

Wili movió negativamente la cabeza, sorprendido de sí mismo. En realidad no tenía hambre, podía ser un efecto residual del inmovilizador.

Ella le enseñó una habitación vecina que era el cuarto de aseo y le dijo que intentara dormirse.

¡Y le dejaron solo!

Wili estaba tumbado en la cama y miraba hacia el bosque. Pensó que podía ver un destello de la Cúpula de Vandenberg. Su suerte era tal que decir que le maravillaba era poco.

Dio gracias al Único Dios por no haberse revelado en la entrada de la mansión. Quienquiera que fuera el dueño de allí, no sabía nada sobre seguridad y había dado empleo a unos sirvientes tontos. Le bastaría una semana para saber todo lo que valía la pena robar. Después de una semana se marcharía con un tesoro suficiente para vivir durante mucho, mucho tiempo.

FLASHFORWARD

El nuevo mundo de la capitana Allison Parker empezó con el ruido de metal que se desgarraba.

Durante algunos segundos no hizo más que percibir y reaccionar, sin intentar explicarse nada. El casco de la nave se había roto. Quiller intentaba arrastrarse hacia atrás, para acercarse a ella. Tenía sangre en su cara. A través de las rendijas del casco podía ver árboles y el cielo pálido. ¿Árboles?

Su mente apartó la impresión de absurdo, y luchó por librarse de las correas que la sujetaban. Apartó a un lado el equipo de disco, y bajó la visera de su casco ligero que tenía una reserva de aire para respirar durante diez minutos. Sin pensarlo, estaba siguiendo los procedimientos de emergencia en caso de rotura del casco de la nave que

tantas veces les habían repetido en su instrucción. Si hubiera razonado sobre ello, se habría quitado su casco —había sonidos de pájaros y el viento hacía ruido en los árboles— y habría muerto.

Allison tiró de Quiller para apartarle de los mandos y vio la causa de que su arnés no le hubiera protegido. La parte delantera de la cabina estaba abombada hacia el piloto, y habían faltado muy pocos centímetros para que hubiese sido aplastado. Un ruido áspero de rotura le llegó atravesando las delgadas paredes de su casco de protección. Cerró el de Quiller y abrió el suministro de oxígeno. Reconoció el olor que todavía impregnaba su casco. Era el hedor que delataba las fugas de su combustible de aterrizaje.

Angus Quiller se soltó de ella. Miró a su alrededor, atontado.

—¿Fred? —gritó.

En el exterior, los árboles empezaban a arder. Sólo Dios podía saber cuánto tiempo resistiría la parte delantera del casco que evitaba que el fuego de los depósitos delanteros alcanzara el habitáculo de la tripulación.

Allison y Quiller se arrastraron más y pudieron ver lo que le había sucedido a Fred Torres. El ruido terrible con que había empezado aquella pesadilla era debido a que todo el

frente de la nave se había incrustado en el puente de mando. El respaldo de la cama de aceleración de Fred estaba intacto, pero Allison pudo ver que ya no se podía hacer nada para ayudar a aquel hombre. Quiller había tenido mucha suerte.

Ambos miraron a través de la rotura que estaba encima de sus cabezas. Era irregular y larga, quizá sería posible salir por allí. Allison miró a través de la cabina hasta la mampara de salida. Estaba tan deformada que nunca podrían abrirla para escapar. A pesar de sus trajes presurizados empezaban a notar el calor. El cielo que podían ver a través de la grieta ya no era azul, ahora sólo veían una masa de humo y llamas que ascendía por los pinos más cercanos.

Quiller formó un estribo con sus manos para elevar a la especialista del NMV y hacerla pasar a través del desgarrón del casco. La cabeza de Allison se asomó fuera. En otras circunstancias menos críticas, Allison hubiera empezado a chillar al ver lo que parecía estar sentado en las llamas. Una inmensa forma oscura que parecía un pulpo, cuyas patas ardían, crujían y se retorcían. Allison consiguió pasar sus hombros por el agujero y se elevó, hasta salir por completo. En seguida se inclinó sobre el agujero para ayudar al piloto. Simultáneamente una parte de su mente reconoció que lo que había visto no era un pulpo sino una masa de raíces de un gigantesco árbol que de alguna manera había caído delante de la nave de exploración. Y esto era lo que había matado a Fred Torres.

Quiller saltó para cogerse a la mano de Allison. Durante unos instantes su cuerpo mucho más ancho que el de ella se quedó enclavado en el agujero, pero gracias a una combinación de tirones y empujones coordinados logró pasar, pero no sin dejar parte de su arnés y equipo en los cortantes bordes de la rotura del casco.

Estaban en el fondo de un amplio cráter, que ahora ya estaba lleno de humo rojo y de calor. Sin su oxígeno no hubieran tenido la menor oportunidad. A pesar de todo, el fuego era muy intenso. Por la parte de delante la situación era muy comprometida, y de allí salían riachuelos de fuego que iban hacia atrás, que era precisamente donde estaba almacenado casi todo el combustible para el descenso. Miraron a su alrededor, ya sin sorprenderse, sólo con la idea fija de buscar una salida.

Quiller señaló el trozo del ala derecha. Si pudieran correr por encima de ella, un breve salto les permitiría llegar hasta la cascada de maleza y árboles pequeños que habían caído en el cráter. Hasta mucho más tarde, Allison no se preguntó cómo era posible que toda aquella maleza hubiera quedado encima del orbitador cuando éste se estrelló.

Unos segundos después estaban trepando, mano sobre mano, por la pared de arbustos y lianas. El fuego estaba prendiendo en la blanda masa que les sostenía y les lanzaba lenguas de fuego que hacían arder las agujas de pino que estaban clavadas en las lianas. Cuando llegaron arriba se

detuvieron un instante para mirar hacia abajo. En aquel mismo instante pudieron ver cómo se rompía, por la mitad, la bodega de carga y la nave de reconocimiento cayó dentro. Así desaparecieron los millones de dólares que costaba aquel equipo óptico y de sondeo profundo que había utilizado Allison. Su mano se cerró sobre el disco que todavía llevaba colgado a su costado.

El depósito principal explosionó, y simultáneamente la pierna derecha de Allison se dobló debajo de ella. Cayó al suelo. Y Quiller también cayó un segundo después.

—¡Condenada estupidez! —oyó Allison que decía Quiller mientras los escombros les caían encima—. ¡Quedarnos contemplando una bomba! Salgamos de aquí.

Allison intentó levantarse, vio la mancha roja en el lado de su pierna. El piloto se detuvo y la llevó a través de la maleza húmeda, hasta veinte o treinta metros en dirección contraria al viento. La dejó en el suelo y se agachó para observar la herida. Sacó un cuchillo de su equipo de supervivencia y cortó la dura tela alrededor de la herida.

—Tienes suerte. Lo que fuera ha pasado limpiamente a través del lado de tu pierna. Se podría decir que es una rozadura si fuera menos profunda.

Pulverizó encima de la herida una cola de primeros auxilios, y el dolor se redujo hasta una presión palpitante que seguía el ritmo de su pulso.

El pesado humo rojo seguía brotando, pero se dirigía lejos de ellos. El mismo orbitador quedaba oculto por los bordes del cráter. Las explosiones seguían produciéndose irregularmente, pero con intensidad menor. Allí podían considerarse a salvo. Quiller le ayudó a que se quitara el traje de presión, y luego se quitó el suyo.

Quiller anduvo algunos pasos en dirección al cráter. Se inclinó y cogió un objeto de forma extraña, como tallada.

—Parece como si esto hubiera llegado hasta aquí por efecto de la explosión.

Era una cruz cristiana, y su base estaba todavía cubierta de polvo.

—Nos hemos estrellado en un maldito cementerio. —Allison intentó reír, pero no logró más que aumentar su sensación de vértigo.

Quiller no contestó. Estudió la cruz durante algunos segundos. Finalmente la volvió a dejar en el suelo y regresó para observar la pierna herida de Allison.

—Esto ya no sangra. Y no veo otras heridas. ¿Cómo estás?

Allison miró la mancha roja sobre el color gris de su traje de vuelo. Un color muy hermoso excepto cuando el rojo era la propia sangre.

—Deja que me siente un rato. Apuesto a que seré capaz de ir andando hasta los helicópteros de rescate, cuando lleguen.

—Humm. De acuerdo. Voy a echar un vistazo por ahí. Tal vez haya una carretera que pase cerca.

Se desprendió del equipo de supervivencia y lo dejó al lado de Allison.

—Hasta dentro de unos quince minutos.

Capítulo IV

Empezaron con Wili al día siguiente por la mañana. Fue la mujer, Irma, la que le hizo bajar, le sirvió el desayuno en una pequeña alcoba que estaba junto al comedor principal. Era una mujer agradable, mayor, pero lo suficientemente joven para ser robusta, y hablaba muy bien el español. Wili no se fiaba de ella. Pero nadie le amenazaba, y la comida parecía que no se iba a acabar; comió tanto que su hambre persistente casi quedó satisfecha. Durante todo este tiempo Irma iba hablando, pero sin decir gran cosa, como si supiera que él sólo se concentraba en su enorme desayuno. No se veían otros sirvientes. En realidad Wili se dio cuenta de que la mansión no contaba con más personal, pero debía haber un equipo de servicio de la casa para tenerla preparada para el dueño ausente. El jefe debía ser muy poderoso o muy estúpido, porque, incluso a la luz del día, Wili no podía ver

ninguna clase de defensas. Si él pudiera largarse antes de que regresara el jefe…

—¿Sabes por qué estás aquí, Wili? —le preguntó Irma cuando recogía los platos de la superficie embaldosada de la mesa.

Wili asintió, simulando timidez. Claro que lo sabía. Todo el mundo necesitaba trabajadores, y los ancianos y los de mediana edad necesitaban a mucha gente para poder vivir bien. Pero dijo:

—¿Para que le ayude a usted?

—No a mí, Wili. A Paul. Serás su aprendiz. Lo ha estado buscando durante mucho tiempo, y al final te ha elegido a ti.

Estaba claro. El viejo jardinero, o lo que fuera, parecía tener por lo menos ochenta años. Hasta ahora a Wili lo habían tratado a cuerpo de rey. Pero suponía que esto sólo era porque el viejo y sus dos lacayos estaban haciendo uso ilegítimo de la casa de su amo. Sin duda se organizaría un gran jaleo cuando regresara el jefe.

—¿Y qué puedo hacer por usted, señora? —Wili habló con su mejor cortesía.

—Todo lo que Paul te pida.

Irma le acompañó hasta detrás de la mansión, donde había un gran estanque, casi un lago, que se extendía debajo de los pinos. El agua estaba limpia, a pesar de que aquí y allá flotaban pequeños aglomerados de agujas de pino. Hacia el centro, fuera de la sombra de los árboles, reflejaba el azul brillante del cielo. A través de un claro entre los árboles, Wili pudo ver unas cabezas de cohetes que apuntaban hacia Vandenberg.

—Ahora, quítate la ropa y vamos a ver si te baño. —Ella hizo ademán de desabotonarle la camisa. Un adulto ayudando a un niño.

Wili saltó hacia atrás.

—¡No! —¡Estar allí desnudo, con una mujer!

Irma se rió y le cogió por el brazo y siguió desabotonándole la camisa. Por un instante, Wili se olvidó de su papel (de que fingía ser un niño, y aún más, un niño obediente). Desde luego, aquella situación era inconcebible entre los Ndelante. Incluso en territorio Jonque, el cuerpo se respetaba. Ninguna mujer obligaba a un varón a desnudarse y a bañarse.

Pero Irma era fuerte. Cuando le sacó la camisa por la cabeza, él se hizo con su cuchillo que llevaba atado a la pantorrilla y lo dirigió a la cara de la mujer. Irma chilló. Al momento, Wili se estaba maldiciendo a sí mismo.

—¡No, no! Se lo diré a Paul. —Se echó hacia atrás poniendo las manos por delante, como para defenderse.

Wili sabía que podía echar a correr —y no se imaginaba a aquellos tres dándole caza—, o bien podía hacer lo posible para lograr quedarse. Y por ahora quería quedarse.

Dejó caer el cuchillo y gimoteó:

—Por favor, señora, lo he hecho sin pensar —lo que era cierto—. Por favor, perdóneme, haré lo que sea para que esté contenta, incluso, incluso…

La mujer se detuvo, regresó y recogió el cuchillo. Obviamente no tenía la experiencia de un capataz, para poder creer lo que le decía. La situación resultaba extraña e imprevisible. Wili casi hubiera preferido el látigo; lo previsto. Irma movió la cabeza, y cuando habló se notaba que todavía había algo de temor en su voz. Wili estaba seguro de que ahora ella ya sabía que él era mucho mayor de lo que aparentaba. No hizo ningún movimiento para tocarle.

—Muy bien, Wili. Esto quedará entre nosotros. No se lo diré a Paul.

Sonrió, y Wili tuvo la impresión de que había algo más que ella no le había dicho. Estiró el brazo y le dio el jabón y el cepillo. Wili se desnudó, se metió en el agua y se lavó.

—Vístete con esto —le dijo ella cuando el chico ya se había secado.

La ropa nueva era suave y estaba limpia, lo que para él ya era un pequeño botín. Irma casi volvió a ser la misma de antes cuando regresaron a la mansión, y Wili creyó que ya era oportuno hacerle la pregunta que le había estado bailando por la cabeza durante toda la mañana:

—Señora, veo que estamos solos, nosotros cuatro, o al menos así parece. ¿Cuándo podremos contar con la protección del señor de la mansión?

Irma se detuvo y después de un segundo empezó a reír.

—¿Qué señor? ¡Tu español es tan raro! Parece como si creyeses que esto es un castillo que debería tener siervos y tropas por todas partes.

Y continuó casi hablando para sí misma:

—Quizás en tu lugar de origen se estile esto. Nunca he vivido en el sur. Tú ya conoces al señor de la mansión —observó su mirada sobresaltada—. Es Paul Naismith, el hombre que te trajo desde Santa Inés.

—Y… —Wili apenas se atrevía a hacer la pregunta—. Ustedes, los tres, ¿viven aquí, solos?

—En efecto, así es. Pero no te preocupes. Aquí estarás mucho más a salvo de lo que estabas en el sur. Estoy convencida de ello.

«Yo también estoy convencido, señora. Tan a salvo como un coyote entre las gallinas».

Si en su vida había tomado una decisión acertada, ésta había sido la de escaparse a California Central. Si Paul Naismith y los otros tenían aquella mansión para ellos solos, era muy extraño que los Jonques no se hubieran apoderado de aquella tierra mucho tiempo antes. Este pensamiento casi despertó sus sospechas, pero la esperanza de lo que podía hacer allí le hacía superarlo todo. No había ninguna razón para que tuviera que huir con su botín. Wili Wáchendon, a pesar de ser tan débil, podría llegar a ser el jefe, si era lo bastante listo durante las próximas semanas. Por lo menos podría ser rico para siempre. Si Naismith era el jefe, y si Wili había de ser su aprendiz, en esencia era como si hubiese sido adoptado por el señor de la mansión. Esto pasaba también ocasionalmente en Los Ángeles. Hasta las familias más ricas sufrían la maldición de la esterilidad. Tales familias con frecuencia deseaban un heredero apropiado. Por lo general adoptaban a alguien de elevada cuna, un huérfano de otra familia, quizás al superviviente de alguna venganza. Pero no había demasiados niños, particularmente en los viejos días. Wili conocía por lo menos un caso en que los señores habían adoptado a un chico corriente, desde luego no a un negro, pero sí a un chico de una familia

campesina. Pero estas cosas sólo ocurrían en los sueños. Wili apenas podía creer que esto se le ofrecía a él. Si jugaba bien sus bazas podría llegar a poseer todo aquello ¡y sin tener que robar nada, o exponerse a la tortura y a la ejecución! Era… poco normal. Pero si aquellas gentes estaban locas, a buen seguro que él iba aprovecharse de ello.

Wili se apresuró a reunirse con Irma para volver a la casa.

I

Pasó una semana, y luego otra. A Naismith no se le veía por ninguna parte, y Bill e Irma Morales sólo sabían decir que estaba trabajando «en negocios». Wili empezaba a preguntarse si en realidad «aprendizaje» significaba lo que él había supuesto. Le trataban bien, pero no con la aduladora cortesía que debía merecer un posible heredero de la mansión. Era posible que estuviera sometido a una especie de prueba. Irma le despertaba al alba y, después de desayunar, pasaba la mayor parte del día, suponiendo que no lloviese, en los pequeños campos de cultivo de la mansión, regando, plantando o cavando. No era un trabajo pesado, le recordaba al que había hecho en la empresa de contratas de trabajo de Larry Faulk, pero era terriblemente aburrido.

Cuando llovía, cuando alrededor de Vandenberg el viento borrascoso soplaba hacia la tierra, se quedaba dentro de la casa y ayudaba a Irma en la limpieza. Esto tampoco le

entusiasmaba demasiado, pero le daba ocasión para espiar. La mansión no tenía un patio interior pero, en algunos aspectos, era más compleja de lo que había pensado en un principio. Él e Irma limpiaron algunas habitaciones muy grandes escondidas debajo del nivel del suelo. Irma no quería explicarle nada en relación con ellas, aunque parecían destinadas a celebrar reuniones o banquetes. Las dimensiones del edificio, pero no las reservas de alimentos, hacían suponer que allí podía vivir mucha gente. Tal vez ésta era la manera cómo aquellos inocentes se protegían. Simplemente se escondían hasta que sus enemigos se hubieran cansado de buscarles. Pero, realmente, esto no tenía mucho sentido. Si él hubiese sido un bandido, habría quemado la casa o se habría apoderado de ella. Nunca se retiraría simplemente en el caso de no poder matar a nadie. Y, a pesar de todo, no había señales de violencia en los pulidos plafones de madera ni en las gruesas y blandas alfombras.

Por las noches, ambos le trataban casi como si fuera el hijo adoptivo de un señor. Se le permitía sentarse en el salón principal y jugar al Celeste o al ajedrez. El Celeste era tan fascinante como el que había utilizado en Santa Inés. Pero nunca llegó a alcanzar la precisión que había conseguido en aquella ocasión. Empezaba a sospechar que, en gran parte, su triunfo había sido debido a la suerte. Era la precisión de su vista y de su mano la que le traicionaba, y no su intuición. Un retraso de una milésima de segundo en un tiro por banda

podía originar un fallo al llegar al destino. Bill le dijo que había ayudas mecánicas para obviar esta dificultad, pero Wili se fiaba poco de ellas. Se pasó muchas horas inclinado sobre el reluciente aparato de Celeste, mientras en el otro extremo de la habitación Bill e Irma miraban el holo. (Después del primer par de días, los programas le parecían terriblemente sosos. Eran cotilleos locales o juegos de televisión planos, del siglo anterior).

Si jugaba al ajedrez con Bill, le resultaba casi tan aburrido como mirar el holo. Después de algunos juegos, podía ganar muy fácilmente al sirviente. ¡Le resultaba mucho más divertido jugar contra la versión programada!

A medida que iban pasando los días sin que Naismith regresara, el aburrimiento de Wili se iba incrementando. Volvió a considerar sus posibilidades. Después de todo aquel tiempo, nadie le había ofrecido las habitaciones del dueño, nadie le había mostrado el adecuado respeto y no había tabaco disponible, aunque podía pasar sin él. Tal vez aquello no era más que un benigno contrato de trabajo, como los de Larry Faulk. Si éste era el concepto Anglo de la adopción, no quería saber nada al respecto y su situación se convertía en una gran oportunidad para robar.

Wili empezó por cosas pequeñas: ceniceros con joyas procedentes de las habitaciones subterráneas, un Celeste de bolsillo que había encontrado en un dormitorio vacío. Escogió un árbol oculto a las miradas, detrás del estanque,

para esconder en él su botín, metido en una bolsa impermeable. Las raterías, aunque fueran tan insignificantes, le daban una impresión de poder y le hacían la vida más llevadera. Incluso el dolor de sus entrañas había disminuido, y la comida le sabía mejor.

Wili podría haberse contentado con oscilar continuamente entre la posibilidad de heredar la propiedad y la de robarla, si no hubiera sido por una cosa: en la casa había fantasmas. No se trataba del aire de misterio de las habitaciones escondidas. Había algo vivo en aquella casa. Algunas veces podía oír una voz de mujer, que no era la de Irma, sino la que había oído al final de su viaje. Wili la vio una noche. Era más de medianoche. Estaba regresando furtivamente a la casa después de ir a esconder sus últimas adquisiciones. Wili se deslizaba por el borde de la terraza, moviéndose silenciosamente de sombra en sombra. De repente, notó que alguien estaba detrás de él, de pie frente a la luz de la Luna. Era una mujer, alta y Anglo. Su pelo, que parecía de plata bajo aquella luz, estaba cortado de un modo extraño. Sus vestidos parecían haber sido copiados de los de la televisión de otros tiempos que veían los Morales. Ella se dio la vuelta y le miró directamente. En su cara había una ligera sonrisa. Él dio un salto y aquella criatura se desvaneció.

Wili se convirtió en una rauda sombra que se metió corriendo en su habitación. Encajó una silla debajo del pomo de la puerta y se tumbó en la cama durante algunos minutos mientras se tranquilizaban los latidos de su corazón. ¿Qué

era aquello que había visto? Le hubiera gustado poder aceptar que era una jugarreta de la luz de la Luna. La criatura se había desvanecido como si hubieran apartado un espejo, y muchas partes de las paredes que rodeaban el patio eran de lustroso cristal negro. Pero los trucos visuales no tenían tanto detalle, no sonreían con gesto suave. Pero entonces, ¿qué era? ¿Televisión? Wili había visto mucha televisión plana, y desde que había llegado a California Central había usado los tanques de holo. Lo de aquella noche había sido otra cosa. Además, la visión se había vuelto para mirarle directamente.

O sea que… no podía ser más que un fantasma. Tenía sentido. Nadie, y desde luego ninguna mujer, se había vestido de aquella manera desde antes de las plagas. El anciano Naismith debía haber sido joven por aquellas fechas. ¿Podría tratarse del fantasma de alguna de sus amadas? Historias como ésta eran corrientes en las ruinas de Los Ángeles, pero hasta entonces Wili había sido muy escéptico.

Cualquier deseo de heredar la propiedad había desaparecido. Lo que ahora le preocupaba era si podría salir con vida de todo aquello. Y si salía, ¿con cuánto botín? Wili miraba, con una horrible fascinación, el pomo de la puerta. Si podía sobrevivir a aquella noche, suponía que podía considerarse a salvo durante algunos días más. Aquella visión quizá no era más que el aviso de un espíritu celoso. Un espíritu como aquél no iba a negarle algunos pocos

cachivaches más, siempre que ya se hubiera marchado cuando Naismith estuviera de regreso.

Wili durmió muy poco aquella noche.

Capítulo V

Los jinetes, eran cuatro con una reata de cinco mulas de carga, llegaron por la tarde en un día lluvioso. Antes había tronado mucho y soplado mucho viento, pero ahora las nubes que venían de Vandenberg descargaban una llovizna constante desde un cielo tan cubierto que parecía que ya hubiera anochecido.

Cuando Wili vio a aquellos cuatro y descubrió que ninguno era Naismith se esfumó de la casa y se dirigió hacia la laguna y su escondrijo. Se detuvo durante un momento, pensando si debía regresar para avisar a Bill y a Irma.

Pero los dos estúpidos sirvientes ya bajaban corriendo las escaleras para dar la bienvenida a los intrusos: un hombre terriblemente gordo, acompañado por tres guardianes armados con rifles. Mientras se escondía entre los arbustos,

Bill se volvió, pareció mirar directamente a su escondrijo y dijo:

—Wili, ven a ayudar a nuestros huéspedes.

Con toda la dignidad de que fue capaz, el chico apareció y se dirigió hacia el grupo. El anciano obeso desmontó. Parecía un Jonque, pero su inglés tenía un acento extraño.

—Ah, ¿éste es el aprendiz, *hein*? Siempre me había preguntado si el maestro iba a encontrar un sucesor y qué tipo de persona iba a ser —y dio unos golpecitos en la cabeza de Wili, incurriendo en el habitual error sobre la edad del muchacho.

El gesto parecía ser protector, pero Wili creyó descubrir una pizca de respeto, casi de admiración, en su voz. Era posible que aquel tipo odioso no fuera un Jonque y no hubiera visto nunca a un negro. El individuo se quedó mirando en silencio a Wili y después pareció que se daba cuenta de la lluvia. Tembló exageradamente, y casi todos subieron los escalones. Bill y Wili se quedaron para llevar los animales a la cuadra.

Cuatro huéspedes. Pero la cosa no se había acabado. Por parejas, por tríos, por grupos de a cuatro, durante toda la tarde y noche fueron llegando otros. Los caballos y las mulas ya no cabían en la cuadra, y Bill le mostró a Wili unos establos escondidos. No había criados. Los mismos

huéspedes, o, en ocasiones, el más joven de cada grupo, llevaban el equipaje hasta la casa y ayudaban a cuidar de los animales. La mayor parte del equipaje no se trasladaba a los dormitorios, sino que iba a parar a las habitaciones subterráneas. El resto resultó ser comida y bebida, lo que tenía sentido porque la finca no producía más que para alimentar a tres o cuatro personas.

Era de noche y seguía lloviendo. Llegaron los últimos viajeros, y uno de éstos era Naismith. El anciano se llevó aparte a su aprendiz:

—¡Ah! Wili. Te has quedado.

Su español era tan forzado como siempre, y se detenía frecuentemente como si esperara a que alguien le apuntara la palabra con la que no atinaba.

—Después de la reunión, cuando nuestros huéspedes se hayan ido, tú y yo tenemos que hablar de tus estudios. Eres demasiado mayor para esperar más tiempo. Por ahora, sin embargo, ayuda a Bill y a Irma y no… molestes… a nuestros invitados.

Miró a Wili como si sospechara que el chico pudiera hacer lo que en realidad estaba pensando. Había más de una substanciosa bolsa en poder de aquellos inocentes viajeros.

—Un aprendiz novato no tiene nada que decir a las personas mayores, y es muy poco lo que podría aprender de

ellos en tan breve tiempo —dicho esto, el anciano se fue a las habitaciones situadas en los subterráneos de su pequeño castillo, y Wili se quedó para trabajar con Bill, Irma y dos de los visitantes en la poca iluminada cocina.

Los huéspedes misteriosos se quedaron toda la noche y todo el día siguiente. Muchos se quedaron en sus habitaciones o en las salas de reuniones. Algunos ayudaron a Bill en las reparaciones de las cuadras y otros edificios exteriores. Incluso en esto se comportaban de un modo raro. Por ejemplo, era evidente que el techo del establo necesitaba una reparación urgente, pero cuando salió el sol aquellos hombres no quisieron ni tocarlo. Al parecer sólo querían trabajar en donde hubiera sombra. Y nunca trabajaban en el exterior en grupos mayores de dos o tres personas. Bill le aseguró que era así por deseo de Naismith.

Al día siguiente por la tarde se celebró un banquete en una de las salas. Wili, Bill e Irma llevaron la comida allí, pero esto fue todo lo que pudieron ver. Las pesadas puertas se cerraron y ellos tres se retiraron a la sala de estar. Después de que los Morales se dispusieran a ver su holo, Wili se marchó como si se dirigiera a su habitación.

Atravesó por la cocina, hacia las escaleras laterales. Las gruesas alfombras favorecían su silencioso andar y en un instante había llegado a la puerta de la sala de reuniones. No había guardias, pero las puertas de roble permanecían cerradas. Un trípode de madera sostenía un letrero de oro

sobre fondo negro. Wili cruzó silenciosamente el *hall* y tocó el letrero. El terciopelo era grueso, pero el oro sólo era purpurina. Se veía agrietado por varias partes y parecía muy antiguo. Las letras decían:

N C C

y debajo de ellas, escrito a mano:

2047

Wili dio un paso hacia atrás, más intrigado que nunca. ¿Por qué? ¿Quién estaba allí para leer el letrero, cuando las puertas estaban cerradas con llave? ¿Es que aquellas gentes creían en los conjuros de los espíritus? Wili se deslizó hasta la puerta y puso su oído en la madera oscura.

No oyó más que el ruido del fluir de su propia sangre. Las puertas eran demasiado recias pero, por lo menos, debería poder oír el murmullo de voces. Podía oír el sonido de un juego de un siglo anterior que venía desde el cuarto de estar, pero del otro lado de aquella puerta no le llegaba ningún sonido.

Wili salió volando hacia su habitación, y fue un modelo de corrección hasta que los huéspedes se marcharon al día siguiente.

No hubo la menor despedida; se fueron tal como habían llegado. ¡Vaya costumbres extrañas las de los Anglos!

Pero una cosa era como en el sur. Habían dejado regalos. Y los regalos estaban convenientemente amontonados en la gran mesa que había a la entrada de la mansión. Wili intentaba aparentar indiferencia, pero notaba cómo sus ojos casi se le salían de sus órbitas cuando pasaba por allí. Hasta entonces no había visto nada que se pareciera a la riqueza de Los Ángeles, pero allí había rubíes, esmeraldas, diamantes, oro. También había aparatos en artísticas cajas de madera y plata. No podía saber si eran juegos, holos u otra cosa. Había tantas cosas que se podía coger una fortuna sin que se echara de menos.

Los últimos que se marcharon lo hicieron a medianoche. Wili les vio partir desde la ventana de su buhardilla. Desaparecieron rápidamente por el camino, y poco después ya no se podía oír el ruido de las herraduras. Wili sospechaba que, al igual que los otros, habían abandonado el camino principal y se habían ido por otros caminos secretos.

Wili no volvió a acostarse. El fino creciente de la Luna se elevó lentamente en el cielo y las horas fueron pasando. Wili intentó ver referencias conocidas en la costa, pero había niebla y sólo se veía la Cúpula de Vandenberg. Esperó hasta un poco antes del amanecer. No le llegaba ningún sonido desde el piso bajo. Hasta los caballos estaban silenciosos. Si

había de obtener parte de aquel tesoro, tenía que actuar entonces, tanto si había luz como si no la había.

Wili se deslizó escaleras abajo, con su mano levemente apoyada en la empuñadura de su cuchillo. (No era el mismo cuchillo con que había asustado a Irma, porque con aquél había hecho mucho teatro al entregarlo. Este de ahora era un cuchillo de cortar carne que había cogido en la cocina). No se habían producido más apariciones fantasmales desde la de aquella noche en la terraza. Wili casi se había convencido a sí mismo de que todo había sido una ilusión, o algún juego holográfico destinado a dar sustos. De todos modos, no tenía ganas de quedarse.

Allí, brillando a la luz de la Luna, estaba su tesoro. Incluso parecía más hermoso que a la luz de la lámpara. A lo lejos, oyó cómo Bill se removía en la cama y empezaba a roncar. Wili, sin hacer ruido, llenó su saco con las más pequeñas y más valiosas piezas que estaban sobre la mesa. Era difícil detenerse, pero lo hizo cuando el saco estuvo lleno a medias. ¡Cinco kilos tenían que ser suficientes! ¡Más riqueza que la que el viejo Ebenezer había dado a su amante Ndelante en un año! Ahora debía dar la vuelta a la casa, ir hacia el estanque y llevar todo aquello a su escondrijo.

Wili salió subrepticiamente a la terraza y su corazón latió con fuerza. Ésta iba a ser la última oportunidad del fantasma para atraparle.

¡Dios! Allí había alguien más. Wili se quedó inmóvil por completo, sin respirar. Se trataba de Naismith. El anciano estaba en un diván, con el cuerpo encogido a causa del frío. Al parecer estaba contemplando el cielo, pero no a la Luna, porque estaba en las sombras. Naismith miraba en dirección contraria a donde estaba Wili; esto no podía ser una trampa. No obstante, el muchacho había empuñado con fuerza su cuchillo. Después de un momento se movió alejándose del anciano y en dirección al estanque.

—Acércate, ven a sentarte aquí —dijo Naismith sin volver la cabeza.

Wili por poco echó a correr, pero se dio cuenta de que si el anciano estaba allí contemplando las estrellas, no había ninguna razón para que la misma excusa no le sirviera a él. Soltó el saco del tesoro entre la maleza en sombras y se acercó a Naismith.

—Ya estás bastante cerca. Siéntate. ¿Por qué estás por aquí tan tarde, joven?

—Supongo que por lo mismo que usted, mi señor… Para mirar al cielo —(¿Para qué otra cosa el anciano podía estar allí?).

—Es una buena razón.

El tono de voz era neutral, y Wili no podía decir si mostraba una sonrisa o un ceño fruncido en su cara. Le era muy difícil

distinguir el perfil del anciano. La mano de Wili seguía apretando nerviosamente el mango del cuchillo. Nunca había matado a nadie, pero sabía el castigo que daban a los ladrones.

—Pero yo no admiro el cielo como un todo —prosiguió Naismith—, aunque sea muy hermoso. Me gusta el amanecer y el atardecer, especialmente, porque entonces es posible ver los… —hubo una de sus características pausas en que parecía buscar la palabra correcta— satélites. ¿Los ves? Ahora hay dos que son visibles.

Señaló primero hacia el cénit y luego en dirección a algo próximo al horizonte. Wili siguió su primera indicación y alcanzó a ver un débil punto luminoso que se movía lentamente, sin esfuerzo, por el cielo. Demasiado lento para ser una aeronave y demasiado lento también para ser un meteorito. Era, evidentemente, una estrella que se movía. Por unos momentos había creído que el anciano iba a mostrarle algo mágico. Wili se encogió de hombros y, de alguna manera, Naismith se dio cuenta del gesto.

—No estás impresionado, ¿eh? En otros tiempos allí había hombres, pero ahora ya no.

A Wili le costaba mucho disimular su desprecio. ¿Cómo podía ser aquello? En los aviones se podía apreciar que eran un vehículo.

Aquellas cosas tan diminutas eran como las estrellas y tan sin significado como ellas. Pero no dijo nada y hubo un largo silencio.

—No me crees, ¿verdad, Wili? Pero es cierto. Allí había hombres y mujeres, tan arriba que no se podía ver la forma de su nave.

Wili se relajó, echado en el suelo delante de la silla del otro. Trató de parecer humilde.

—Pero entonces, señor, ¿qué es lo que les sostiene allí arriba? Incluso los aviones deben bajar para repostar combustible.

Naismith se rió:

—¡Y esto lo dice el experto jugador de Celeste! Piensa, Wili. El universo es como un gran juego de Celeste. Estas luces móviles se desplazan alrededor de la Tierra, igual que los planetas en la pantalla del juego.

¡Del Nico Dio! Wili se sentó en las losas ruidosamente. Una especie de mareo se apoderó de él. El cielo ya no volvería a ser lo mismo para él. La cosmología de Wili, hasta aquel momento, había sido una imagen intuitivamente plana. Ahora, de repente, había descubierto que el cosmos interior de Celeste le rodeaba para siempre y por todos los lados. No existía el arriba ni el abajo, sino únicamente el enorme campo central de fuerza que era la Tierra, con la Luna y todas

aquellas estrellas que giraban a su alrededor. Y no podía desconocer las distancias que esto representaba. Estaba demasiado familiarizado con Celeste para poder ignorarlo. Se sentía como si fuese un infinitésimo que se fuera encogiendo hacia un cero imposible de conocer.

Su mente se debatía en la oscuridad, prisionera entre las relaciones que la cruzaban como chispazos, y el firmamento negro que tenía encima de él. Así pues, todos aquellos objetos tenían su propia gravedad, y todos se movían, al menos en menor grado, a causa de la atracción de los demás. Lentamente se iba formando una idea, no muy apartada de la realidad, del sistema solar. Cuando por fin se decidió a hablar, su voz era muy baja y su humildad no era fingida.

—Pero ¿el juego representa viajes que los hombres han efectuado realmente? ¿A la Luna, a las estrellas que se mueven? Usted… nosotros… ¿podemos hacerlo?

—Pudimos hacerlo, Wili. Pudimos hacer esto y mucho más. Pero ahora ya no.

—Pero ¿por qué no?

Era como si le hubieran quitado el universo que ya estaba a su alcance. Su voz era casi un gemido.

—Al principio fue la Guerra. Hace cincuenta años había hombres vivos allí arriba. Murieron de hambre o pudieron

regresar a la Tierra. Después de la Guerra llegaron las plagas. Ahora… Ahora podemos volver a conseguirlo. Ha de ser distinto esta vez. Pero podríamos hacerlo… si no fuera por la Autoridad de la Paz.

Estas dos últimas palabras las pronunció en inglés. Hizo una pausa y entonces dijo:

—Mundopaz.

Wili miró hacia el cielo. La Autoridad de la Paz. Siempre le había parecido que formaba parte del universo, tan lejana e indiferente como las mismas estrellas. Había visto sus aviones a reacción y en algunas ocasiones sus helicópteros. Por las grandes carreteras pasaban dos o tres de sus transportes cada hora. Tenían su enclave en Los Ángeles. Los Ndelante Ali nunca se habían propuesto robar allí, era mejor emplearse en las mansiones feudales de Aztlán. Y Wili recordó que incluso los Señores de Aztlán, a pesar de toda su arrogancia, sólo hablaban en tono neutral de la Autoridad de la Paz. Encajaba bien el que algo casi sobrenatural hubiera robado las estrellas a los humanos. Encajaba, pero era intolerable.

—Nos trajeron la paz, Wili, pero el precio fue muy elevado.

Un meteorito cruzó por el cielo como un relámpago, y Wili se preguntaba si aquello también era obra del hombre. La voz de Naismith se hizo más objetiva y fue al grano.

—Te dije que teníamos que hablar, y ahora es un momento perfecto para hacerlo. Quiero que seas mi aprendiz. Pero esto no sirve para nada a menos que tú también lo quieras. De algún modo, creo que nuestras metas no son iguales. Creo que quieres obtener riquezas. Sé lo que hay en el saco que has escondido allí abajo. Sé lo que hay en el árbol de detrás del estanque.

La voz de Naismith era seca, fría. La mirada de Wili seguía dirigida al punto donde se había extinguido el meteorito. Aquello era como un sueño. Si estuviese en Los Ángeles ya estaría camino del jefe principal porque era un hijo adoptivo cogido en flagrante traición.

—Pero ¿qué es lo que podrías conseguir con la riqueza, Wili? Una seguridad mínima, hasta que alguien te despojara de ella. Suponiendo, incluso, que mandaras aquí, sólo seguirías siendo un pequeño señor inseguro. Mas allá de la riqueza, Wili, está el poder, creo que tú ya has visto lo suficiente para valorarlo, aunque nunca hayas creído que tenías alguno.

El poder. Sí. Controlar a los demás, como le habían controlado a él. Hacer que los otros sintieran miedo, como lo había sentido él. Ahora vio el poder en Naismith. ¿Qué otra cosa podía significar lo que ocurría en un castillo? Y Wili había pensado que era el celoso espíritu de un antiguo amor. ¡Ah!, fuese espíritu o proyección, estaba al servicio de este hombre. Una hora antes, esta apreciación habría bastado

para obligarle a quedarse y devolver lo que había robado. Ahora era casi incapaz de apartar su mirada del firmamento.

—Y más allá del poder, Wili, está el conocimiento, que muchos dicen que también es poder.

Había pasado a su inglés nativo y Wili no se molestó en pretender que no lo entendía.

—El que sea o no poder, sólo depende de la voluntad del que lo utilice. Si eres mi aprendiz, Wili, puedo ofrecerte el conocimiento, seguro; el poder, tal vez; la riqueza, sólo lo que ya has visto.

La Luna en cuarto creciente asomaba ya por encima de los pinos. Era otra de las cosas que jamás volverían a ser lo mismo para Wili.

Naismith miró al muchacho y levantó su mano. Wili le ofreció su cuchillo, sosteniéndolo por la hoja. El otro lo aceptó sin el menor signo de sorpresa. Se levantaron y regresaron a la casa.

Capítulo VI

Después de aquella noche, muchas cosas siguieron como antes. En las cosas externas Wili trabajaba en los jardines casi tanto como antes. A pesar de los regalos de comida que habían traído los huéspedes, debían seguir cultivando para alimentarse. (El apetito de Wili era mayor que el de los demás, pero no parecía que el comer más ayudara en algo, parecía tan enclenque y mal alimentado como antes). Pero durante la tarde y la noche trabajaba con las máquinas de Naismith.

Resultó que el fantasma era una de aquellas máquinas. Jill, así la llamaba el anciano, era en realidad un programa de interfase que se desarrollaba en un sistema informático especial. Era muy buena, casi como una persona. Con el equipo de proyección que Naismith había construido en las paredes de la terraza, podía hacerla aparecer hasta en el

espacio libre. Jill era una tutora perfecta, infinitamente paciente, pero con la suficiente «humanidad» para lograr que Wili quisiera complacerla. Hora tras hora, iba preguntándole cosas del lenguaje. Era como un Celeste verbal. En cuestión de semanas, Wili había hecho muchos progresos y, de ser prácticamente iletrado, había pasado a tener un buen dominio del inglés técnico escrito.

Al mismo tiempo, Naismith había empezado a enseñarle matemáticas. Al principio, Wili se mostraba desdeñoso. Podía hacer los cálculos aritméticos tan aprisa como Naismith. Pero no tardó en ver que en las matemáticas había algo más que las cuatro operaciones aritméticas básicas. Existían las raíces y las funciones trascendentes, existían las relaciones que hacían funcionar tanto a Celeste como a los planetas.

Las máquinas de Naismith le mostraban las funciones en forma de gráficos así como las operaciones relacionadas con la obtención de los mismos. A medida que iban pasando los días, las funciones se hacían más específicas e interesantes. Una noche, Naismith se puso en los controles e hizo aparecer en la pantalla una sucesión de rectángulos de anchura variable que parecían una especie de almenas irregulares de un castillo. Debajo del primer dibujo, el anciano hizo aparecer un segundo y después un tercero, que se parecían al primero pero con más rectángulos y más estrechos. Las alturas iban variando arriba y abajo entre 1 y −1.

—Bien —dijo separándose de la pantalla—. ¿Cuál es la pauta de formación? ¿Puedes dibujar las tres gráficas siguientes en esta serie?

Éste era un juego al que se dedicaban desde hacía algunos días. Desde luego se trataba de un asunto de opinión sobre cuál era la ley de formación y, en muchas ocasiones, existía más de una respuesta diferente que podía satisfacer el gusto de cada persona. Pero era curioso ver cómo, con frecuencia, Wili notaba instintivamente que una solución era más correcta, y que otras tenían algo antiestético. Miró la pantalla durante algunos segundos. Esto era más difícil que Celeste, donde sólo tenía que considerar las relaciones determinísticas. Hmmm. Los cuadriláteros se hacían menores pero las alturas permanecían invariables. La anchura de las figuras menores disminuía en un factor dos, cada vez que se cambiaba de línea. Alargó el brazo y con el índice fue marcando sobre la pantalla las tres gráficas de su respuesta.

—Bien —dijo Naismith—. Creo que ya ves cómo podrías seguir haciendo más dibujos hasta que los rectángulos fuesen tan estrechos que ya no pudieses señalarlos con el dedo, ni siquiera dibujarlos correctamente. Ahora mira esto.

Dibujó otra línea de almenas que evidentemente no pertenecía a la secuencia de las anteriores. Las alturas no quedaban restringidas entre 1 y −1.

—Escríbeme esto como la suma o diferencia de las funciones que ya hemos dibujado. O sea, descomponla en las otras funciones. —Wili arrugó el entrecejo. Esto era peor que el «busca la ley de formación». Casi en seguida lo vio: tres veces la primera gráfica, menos cuatro veces la segunda, más…

Su respuesta era la correcta, pero la satisfacción de Wili duró poco porque el viejo siguió con problemas de descomposiciones similares que cada vez le costaba más resolver… hasta que Naismith le enseñó un truco, algo que se llama descomposición ortogonal y que usaba una propiedad peculiar y maravillosa de aquellas gráficas, las llamadas «ondas de Valsh». Esta revelación le produjo un sentimiento de admiración, algo parecido a lo que le había sucedido cuando se enteró de la existencia de las estrellas móviles, al saber que escondidas entre las leyes de formación de aquellas series había realidades que le costaría muchos días llegar a descubrir por sí mismo.

Wili se pasó una semana inventando otras familias de gráficas ortogonales, y tuvo un desengaño cuando supo que muchas de ellas ya eran famosas: las ondas de Haar, las curvas trigonométricas… y que otras eran casos especiales de familias generales que se conocían desde más de doscientos años atrás. Ahora estaba preparado para los libros de Naismith. Se sumergió en ellos, leyó de corrido los primeros capítulos para poder llegar antes a las fronteras,

allí donde se habían parado los exploradores que le habían precedido.

Los asuntos del mundo exterior, del campo y del bosque, constituían una parte muy pequeña de su vida consciente. Del verano se pasó al otoño. Trabajaron más horas para recoger las cosechas antes de que empezaran las heladas. Hasta Naismith hizo cuanto pudo para ayudar, aunque los otros intentaban impedírselo. El anciano no era débil, pero a su alrededor había un aura de fragilidad.

Desde el extremo más elevado de la parcela de las judías, Wili podía mirar por encima de los pinos. Los frondosos bosques habían cambiado de color y se veía una gama de tonos rojos y anaranjados, además del verde de las plantas perennes. La tierra que estaba al borde del mar permanecía cubierta de nubes, pero Wili sospechaba que allí la jungla era todavía húmeda y verde. La Cúpula de Vandenberg parecía estar suspendida en las nubes, tan pavorosa como siempre. Wili sabía ahora más cosas referente a ella, y algún día llegaría a descubrir todos sus secretos. Bastaría con formular las preguntas adecuadas, a sí mismo o a Paul Naismith.

Dentro de la casa, en su gran universo, Wili había completado su primer pasaje por el análisis funcional y ahora iba a emprender una expedición en las tres direcciones que Naismith le había fijado: en la teoría finita de Galois, en la estocástica y en el electromagnetismo. Tenía una meta a la vista, aunque Wili sabía, y su conocimiento le

hacía feliz, que no habría jamás un final a lo que él podía aprender. Naismith tenía su proyecto, que pasaría a ser el de Wili, si llegaba a ser lo bastante inteligente.

Wili comprendió por qué Naismith era tan apreciado y se dio cuenta del peculiar servicio que rendía a la gente del continente. Naismith resolvía los problemas. Casi todos los días el anciano hablaba por teléfono, algunas veces con la gente de la localidad, como por ejemplo con Miguel Rosas que estaba en Santa Inés, pero muchas veces lo hacía con personas que estaban mucho más alejadas, en Fremont, e incluso en sitios tan lejanos que se veía en la pantalla que allí era de noche, mientras en la California Central era pleno día. Hablaba en inglés y en español, y en otros lenguajes que Wili no había oído hasta entonces. Hablaba con gentes que no eran Jonques, ni Anglos, ni negros.

Wili había aprendido lo suficiente para saber que aquellas comunicaciones no eran tan fáciles de establecer como las llamadas locales. Las comunicaciones entre las ciudades de la costa eran muy fáciles gracias a la fibra óptica, donde podía caber casi cualquier anchura de banda. Para distancias algo mayores, como, por ejemplo, desde el palacio de Naismith hasta la costa, era todavía fácil tener comunicación en vídeo. Las antenas radiantes coherentes que estaban en el tejado podían lanzar haces de microondas y de infrarrojos en cualquier dirección. En un día despejado, cuando se podía usar la antena de infrarrojos, era casi igual que con la fibra (incluso con todos los trucos que Naismith empleaba para

disimular su localización). Pero cuando se trataba de hablar más allá de la curvatura de la Tierra, a través de bosques y de ríos donde no se había instalado la fibra y no había línea visual, la historia era muy diferente. Naismith usaba lo que él llamaba «ondas cortas» (pero que, en realidad, estaban en la zona de uno a diez metros). Éstas eran inadecuadas para las comunicaciones de alta fidelidad. Para poder transmitir vídeo (incluso el parpadeante blanco y negro con figuras planas que Naismith usaba para sus comunicaciones intercontinentales) hacía falta una codificación terriblemente complicada y un tiempo de adaptación a las condiciones reales que hubiera en la alta atmósfera.

La gente que estaba al otro lado de la comunicación planteaba problemas a Naismith, y éste les daba la respuesta. Desde luego no en el acto. En ocasiones necesitaba semanas pero, al final, daba con ella. Sus interlocutores eran felices por fin. A pesar de que entonces Wili todavía no veía claro en qué forma la gratitud del otro lado del continente podía ser de utilidad para Naismith, empezaba a comprender cómo se había pagado el palacio y por qué Naismith podía permitirse proyectores holo de escala natural. Naismith había pasado uno de estos problemas a su aprendiz. Si tenía éxito, podrían ser capaces de captar las fotografías que hacían los satélites espías de la Autoridad.

Pero no eran únicamente personas lo que aparecía en las pantallas.

Una tarde, poco después de la primera nevada de la temporada, Wili llegó frente al establo y encontró a Naismith contemplando lo que parecía ser un sector de campo vacío cubierto de nieve. La imagen daba sacudidas cada pocos segundos, como si un borracho sostuviera la cámara. Wili se sentó junto al anciano. Su estómago estaba más alterado que otras veces y el balanceo de la imagen no ayudaba a mejorarlo, pero su curiosidad no descansaba nunca. La cámara, de repente, bajó su ángulo y enfocó una casa a través de los pinos, poco visible a causa de la poca luz del atardecer. Wili jadeó. Era la misma casa en donde ahora estaban.

Naismith apartó los ojos de la pantalla para mirarle a él y sonrió.

—Es un ciervo, creo. Está al sur de la casa. Lo he seguido durante las dos últimas noches.

Wili tardó un segundo en darse cuenta de que se refería a lo que sostenía la cámara. Wili trató de imaginar cómo alguien era capaz de coger un ciervo y montarle una cámara encima. Naismith pareció darse cuenta de su perplejidad.

—Espera un segundo.

Rebuscó en un cajón que tenía cerca y entregó a Wili una pequeña bola de color pardo.

—Esto es una cámara como la que lleva el animal. Es lo bastante ancha para que pueda tener la misma resolución que el ojo humano. Y puedo hacer variar los parámetros del decodificador para que pueda «mirar» en diferentes direcciones sin necesidad de que el ciervo se mueva.

—Jill, mueve el eje de visión, ¿quieres?

—De acuerdo, Paul.

La imagen se desplazó hacia arriba hasta que pudieron ver las ramas que colgaban por encima del animal, y después hacia abajo por el otro lado. Wili y Naismith vieron un escuálido lomo y parte de una oreja peluda.

Wili miró el objeto que tenía en la palma de la mano. La «cámara» no tenía más de tres o cuatro milímetros de diámetro. En su mano parecía cálida y pegajosa. Estaba muy lejos de las complicadas cámaras de lentes que había visto en las villas de los Jonques.

—O sea que se ponen pegadas en el pelo, ¿verdad? —dijo Wili.

—Más fácil todavía —contestó Naismith—. Estas cámaras las puedo comprar, a cientos, a los Verdes de Norcross. Las distribuyo por el bosque, en las ramas y por ahí. Las recogen toda clase de animales. Esto nos proporciona una mayor seguridad. Ahora las colinas son más seguras que eran antes, pero todavía quedan allí algunos bandidos.

Si Naismith tuviera armas semejantes a sus aptitudes, la mansión estaría mejor protegida que cualquier castillo de Los Ángeles.

—La protección sería mucho mayor si hubiera gente que vigilara constantemente todas las imágenes.

Naismith sonrió y Wili se acordó de Jill. Ahora ya sabía que se podía hacer un programa que hiciera todo aquello.

Wili estuvo más de una hora viendo las escenas que le enseñaba Naismith desde muchas cámaras, incluyendo una que estaba en un pájaro. Con ésta podía obtener la misma panorámica que imaginaba se podía alcanzar desde una aeronave de la Autoridad de la Paz.

Cuando, por fin, Wili se retiró a su dormitorio, estuvo durante mucho tiempo encorvado, mirando por la ventana a los árboles cubiertos de nieve, mirando lo que había visto hacía poco rato, con la claridad que pudiera tener un dios que dispusiera de docenas de ojos. Finalmente se incorporó, intentando no hacer caso de los calambres de sus intestinos, los cuales se habían vuelto muy persistentes en los últimos días. Sacó sus ropas del armario y las dejó sobre la cama para poder inspeccionar cada centímetro cuadrado con sus dedos y sus ojos. Su chaqueta favorita y los pantalones de trabajo tenían pequeñas bolas pardas incrustadas en los puños o en las costuras. Wili las sacó. Parecían completamente

inofensivas vistas a la pálida luz de la lámpara de la habitación.

Las guardó en un cajón, y devolvió sus ropas al armario.

Estuvo despierto algunos minutos, meditando sobre un lugar y un tiempo que había decidido olvidar. ¿Qué podían tener en común un tugurio en Glendora y un palacio en las montañas? Nada. Y todo. Allí había estado a salvo. Allí estaba el Tío Sylvester. Allí había podido aprender, también, aritmética y algo de lectura. Antes de los Jonques, antes de los Ndelante. Había sido su paraíso cuando era niño, un pasado perdido para siempre.

Wili se levantó sin hacer ruido y volvió a poner las cámaras en su ropa. Tal vez aquel pasado no estaba perdido para siempre.

Capítulo VII

Durante todo el mes de enero hubo tempestades de nieve casi sin interrupción. Los vientos que llegaban desde Vandenberg amontonaban la nieve de tal modo que al final alcanzó hasta el segundo piso de la mansión, y hubiera quedado bloqueada la entrada de no ser por los heroicos esfuerzos de Bill y de Irma. El dolor que Wili sentía era constante e intenso. Los inviernos siempre habían sido malos para él, pero éste estaba resultando el peor de todos. Los otros se dieron cuenta de ello, porque ya no podía ocultar los gestos de dolor y los quejidos. Siempre estaba hambriento, siempre estaba comiendo, y sin embargo perdía peso.

Pero también había cosas buenas. ¡Había sobrepasado las fronteras de los libros de Naismith! ¡Paul aseguraba que nadie más tenía los conocimientos que requería el problema

de codificación que estaba tratando de resolver! Wili ya no necesitaba las máquinas de Naismith. Sus imágenes mentales eran mucho más completas. Permanecía sentado en el cuarto de estar durante horas, casi todo el tiempo que estaba despierto, sin enterarse del mundo exterior, casi sin enterarse de su dolor, soñando con sus problemas y sus planes para resolverlos. Toda su existencia consistía en grupos, gráficas y una inacabable combinación de refinamientos en la descripción de la estrategia que creía iba a resolver el problema.

Pero cuando comía, incluso cuando dormía, el dolor volvía a aflorar con toda su realidad.

Fue Irma, y no Wili, quien descubrió que la pálida piel de las palmas de sus manos tenía un tono amarillento, además del moreno natural. Estaba sentada a su lado en la mesa del comedor y sostenía las pequeñas manos de Wili con las suyas, muy grandes y encallecidas. Wili se sobresaltó cuando ella se las cogió. Estaba allí para comer, no para sufrir inspecciones. Pero Paul estaba detrás de ella.

—Y las uñas también parecen descoloridas.

Alcanzó una uña amarillenta de Wili y le dio un tirón suave. Sin ruido y sin dolor, la uña se soltó de raíz. Wili lo observó estúpidamente durante un segundo y retiró su mano con una sacudida. El dolor era una cosa, pero esto era la pesadilla de un cuerpo que se desmembraba lentamente. Durante un

instante el terror eclipsó al dolor, igual que habían hecho antes las matemáticas. Le instalaron en una habitación del sótano, donde pudiera estar siempre caliente. Wili se quedaba en cama la mayor parte del día. El exterior, la pureza de Vandenberg libre de nubes, no lo veía más que a través del holo. La nieve de la montaña era demasiado abundante para que se pudiera viajar y allí no había médicos. Pero Naismith colocó cámaras y equipo de onda larga en la habitación y, en una ocasión en que Wili no estaba perdido en sus ensoñaciones, vio que alguien que se encontraba muy lejos le estaba mirando mientras Naismith le interrogaba. El anciano parecía muy enfadado.

Wili se incorporó para poder tocar su manga.

—Todo irá bien, Tío Syl, Paul. Este problema y aún peores los he tenido siempre durante el invierno. Cuando llegue la primavera estaré bien.

Naismith sonrió, asintió y luego se fue.

Pero Wili no estaba delirando, en el sentido normal de la palabra. Durante las pesadas horas, un paciente normal habría yacido mirando al techo o al holo intentando ignorar el dolor. Durante aquellas últimas semanas, Wili soñaba más y más con el problema de comunicaciones, que se le resistía una vez tras otra. Cuando le dejaban solo, todavía tenía a Jill, que tomaba notas y estaba siempre a punto para pedir ayuda; era mucho más real que los otros. Le resultaba difícil

pensar que la voz y la hermosa cara de ella le hubieran podido parecer amenazantes.

En cierto sentido, ya había resuelto el problema, pero su método resultaba muy lento, necesitaba la función n × log(n) para poder hacerlo mejor. Esto quedaba muy por encima de lo que había aprendido en su breve e intensa educación. Necesitaba algo nuevo, algo más inteligente, y ¡por el Único Dios Verdadero! iba a encontrarlo.

Cuando la solución se hizo aparente, fue como el sol naciente en una clara mañana, lo que era muy oportuno porque aquél era el primer día sereno desde hacía un mes. Bill le subió a la planta baja, para que estuviera sentado al sol detrás de los cristales que acababan de limpiar. El cielo no sólo estaba sereno sino que además era de un intenso color azul. La nieve estaba apilada en altos montones de un blanco deslumbrante.

Los carámbanos pendían de cada arista y de cada rincón, goteando lo que por efecto de la tibia luz parecían pequeños diamantes.

Wili había dictado a Jill durante casi una hora, cuando el anciano se acercó para desayunar. Echó una mirada por encima del hombro de Wili y cogió su cuaderno sin decir una palabra a Wili ni a los demás. Naismith se detuvo muchas veces, con sus ojos medio cerrados para concentrarse mejor.

Estaba casi a tres pasos de él, cuando Wili acabó de dictar. Levantó la mirada cuando Wili cesó de hablar.

—¿Lo has conseguido?

Wili hizo un gesto afirmativo y sonrió:

—Claro que sí. Y además en n × log(n) unidades de tiempo.

Miró el cuaderno que Naismith leía:

—Está mirando el montaje del filtro. El verdadero truco lo encontrará, por lo menos, cien páginas después.

Fue buscando más adelante.

Naismith lo estuvo mirando durante mucho tiempo, y al final asintió:

—Sí, creo que ya lo veo. Tengo que estudiarlo, pero creo que… Mi pequeño Ramanujan, ¿cómo te sientes?

—Muy bien —dijo lleno de satisfacción—, pero cansado. He tenido menos dolor estos últimos días. Supongo. ¿Quién es Ramanujan?

—Un matemático del siglo veinte. Un hindú. Hay muchas semejanzas entre vosotros dos. También empezó sin mucha educación previa, y los dos sois muy, muy buenos.

Wili sonrió, el calor del sol apenas se podía comparar con el que sentía por dentro. Eran las primeras palabras de alabanza real que le dedicaba Naismith. Decidió que miraría todos los ficheros que se refirieran a Ramanujan. Su mente se echó a volar, libre ya de la fijación de las últimas semanas. Por entre los pinos podía ver el sol de Vandenberg. Allí había tantos misterios que desentrañar…

Capítulo VIII

Al día siguiente, Naismith hizo algunas llamadas por teléfono. La primera fue a Miguel Rosas de la Compañía de Seguridad de Santa Inés. Rosas era el ayudante del *sheriff* Sy Wentz, pero los Quincalleros de los alrededores de Vandenberg le contrataban para casi todas sus operaciones de tipo policial.

La oscura cara del policía parecía estar algo más pálida cuando acabó de ver la grabación de vídeo de Naismith.

—Está bien —dijo finalmente—. ¿Quién era Ramanujan?

Naismith notó que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—Fue una gran equivocación; estoy seguro de que ahora el muchacho va a enterarse de todos los datos. Ramanujan

era todo lo que le dije a Wili. Una persona realmente brillante, sin mucha educación superior.

Esto debería impresionar a Mike, Naismith estaba seguro de ello. Ahora ya no había educación superior, sólo aprendizajes.

—Le invitaron a ir a Inglaterra para trabajar con algunos de los mejores especialistas en teoría de números de su época. Estaba tuberculoso y murió joven.

—¡Oh! Ya veo la conexión, Paul. Pero confío en que usted no crea que cuando se llevó a Wili a las montañas, hizo algo que pudiera perjudicarle.

—Su problema se agrava durante los inviernos, y nuestros inviernos son mucho más crudos que los de Los Ángeles. Éste casi ha estado a punto de matarle.

—No lo creo. Puede haber agudizado su problema, pero ahora tiene mejor comida y en mayor cantidad. Enfréntese a ello, Paul. Esta clase de enfermedad siempre va de mal en peor. Lo habrá visto muchas veces.

—¡Muchas más veces que usted!

Esta enfermedad y las otras más agudas de los años de la plaga casi habían destruido a la humanidad. Entonces Naismith se detuvo en seco, al recordar a las dos hermanas de Miguel. Habían sido tres los huérfanos de Arizona, pero

sólo uno había podido sobrevivir. Cada invierno las chicas habían estado enfermas otra vez. Cuando murieron, sus cuerpos casi eran esqueletos. El joven policía había visto demasiados casos, muchos más que los otros de su generación.

—Escucha, Mike, tenemos que hacer algo. Como máximo le quedan dos o tres años. Pero, diablo, incluso antes de la guerra un buen laboratorio farmacéutico podría haber curado un caso como éste. Estábamos a punto de descifrar el código DNA y…

—¿Incluso entonces, Paul? ¿De dónde cree usted que salieron las plagas? Esto no es sólo propaganda de la Autoridad de la Paz. Sabemos que la Autoridad teme tanto a la investigación biológica como a que alguien pueda descubrir el secreto de sus burbujas. Envolvieron en una burbuja a Yakima hace unos pocos años, porque uno de sus agentes descubrió un analizador de recombinaciones en el hospital de la ciudad. Es cierto. Diez mil personas se asfixiaron por culpa de una reliquia estúpida. Reconózcalo: los bastardos que iniciaron las plagas ya llevan muertos cuarenta años… e hicieron muy bien al librarse de ellos.

Naismith suspiró. Su conciencia se lo iba a reprochar, pero se trataba de defender a sus clientes:

—Estás equivocado, Mike. Tengo negocios con muchas clases de personas. Y tengo una buena idea de lo que muchos de ellos hacen.

La cabeza de Rosas se alzó de golpe:

—¿Sugiere que hay laboratorios biológicos en nuestro tiempo?

—Sí. Por lo menos hay tres, quizá sean diez. No puedo estar seguro porque, desde luego, ellos nunca lo admiten. Y sólo sé con certeza dónde está instalado uno de ellos.

—¡Jesús! Paul, ¿cómo es posible que usted trate con gente de tan ruin calaña?

Naismith se encogió de hombros.

—La Autoridad de la Paz es el enemigo real. A pesar de lo que digas, es sólo su palabra la que afirma que los biocientíficos provocaron las plagas, cuando los gobiernos trataron de reconquistar lo que todos los ejércitos no habían podido defender. Yo sé lo que es la Paz.

Se detuvo un momento, recordando la traición que había sido un secreto personal durante cincuenta años.

—He tratado de convenceros, a vosotros, los técnicos. La Autoridad no os puede tolerar. Obedecéis sus leyes: no construís fuentes de potencia de alta densidad, no construís

vehículos ni hacéis experimentos nucleónicos o biológicos. Pero ¡si la Autoridad supiera lo que se está llevando a cabo siguiendo sus reglas! Debes haber oído hablar de la NCC. He podido comprobar que la Autoridad está empezando a comprender lo lejos que hemos llegado sin grandes fuentes de potencia, sin universidades y sin una industria al viejo estilo. Empiezan a ver que nuestra electrónica es muy superior a la mejor que ellos pueden conseguir. Cuando estén convencidos del todo y vean claro lo que somos, se interpondrán en nuestro camino del mismo modo que hacen con cualquiera que se les oponga, y entonces tendremos que luchar.

—Usted, Paul, dice siempre lo mismo desde que yo recuerdo, pero…

—Pero, en secreto, vosotros los Quincalleros no sois tan infelices con esta situación. Habéis leído sobre las contiendas de antes de la Guerra, y tenéis miedo de lo que pudiera suceder si, de repente, la Autoridad perdiera el poder. Aunque engañéis a la Autoridad, en el fondo estáis contentos de que esté ahí. Pues bien, permíteme que te diga una cosa, Mike —las palabras brotaban con un incontenible vigor—: Conocí a la chusma que llamáis Autoridad de la Paz cuando no eran más que unos burócratas y unos pequeños estafadores. Estaban en el sitio oportuno y en el momento conveniente para realizar la mayor estafa y expoliación de todos los tiempos. No tienen el menor interés por la

humanidad o por el progreso. Por esta razón jamás han podido inventar nada.

Se interrumpió, asombrado de su vehemencia. Pero, a juzgar por lo que veía en la cara de Rosas, su explicación no había sido comprendida. El anciano se volvió a sentar e intentó relajarse.

—Lo siento, estaba divagando. Lo que ahora importa es que mucha gente, desde Beijing a Norcross, me debe dinero. Si tuviéramos un sistema de patentes y de *royalties* sería una cantidad enorme. Quiero presentar estas facturas. Quiero que mis amigos lleven a Wili a la biociencia clandestina.

»Y si el pasado no es suficiente, piensa en que tengo setenta y ocho años. Si no es Wili, no podrá serlo otro. Nunca he sido modesto. Sé que soy el mejor matemático que tienen los Quincalleros. Wili no es solamente mi sustituto. Ya es mejor que yo, o llegará a serlo con algunos años más de experiencia. ¿Sabes el problema que acaba de resolver? Hacía más de tres años que los Quincalleros de la California Central me atosigaban con él: querían captar en secreto las comunicaciones de los satélites de observación de la Autoridad.

Los ojos de Rosas se abrieron ligeramente.

—Si, éste era el problema. Ya sabes lo que representa. Wili ha encontrado un método que creo satisfacerá a tus amigos,

y que además tiene un riesgo muy pequeño de ser descubierto. Wili lo ha conseguido en sólo seis semanas, contando solamente con la base técnica que pudo aprender de mí el pasado otoño. Su técnica es radical, y creo que puede ser el punto de apoyo para resolver muchos otros problemas. Vais a necesitar a alguien como él, durante los próximos diez años.

—Hum. —Rosas jugueteaba con su chapa de *sheriff* de color oro y azul—. ¿Dónde está ese laboratorio?

—Exactamente al norte de San Diego.

—¿Tan cerca? ¡Caray! —desvió la vista—. O sea que el problema está en llevarle hasta allí. La nobleza Aztlán resulta terriblemente desagradable cuando se trata de negros que regresan desde el norte, al menos en circunstancias normales.

—¿Circunstancias normales?

—Sí, los campeonatos de la Federación Norteamericana de Ajedrez se harán en La Jolla, este abril. Esto significa que los mejores técnicos superiores estarán allí… legítimamente. La Autoridad ha llegado a ofrecer sus medios de transporte a los participantes de la Costa Este, y es muy difícil que manchen sus aviones con nosotros, la gente ordinaria. Si yo fuera tan paranoico como usted, estaría receloso, pero la Paz parece que lo hace sólo por lo que pueda resultar a

efectos de propaganda. El ajedrez es incluso más popular en Europa que aquí; supongo que la Autoridad está preparando el terreno para patrocinar los campeonatos mundiales de Berna, del próximo año.

—En cualquier caso, esto puede significar una justificación y una perfecta protección frente a los Aztlanes; ya sea negro o Anglo. Nunca han tocado a nadie que estuviera bajo la protección de la Autoridad de la Paz.

Naismith se dio cuenta de que estaba sonriendo. Esto era un poco de buena suerte, después de todo lo malo. Otra vez tenía los ojos humedecidos por las lágrimas, pero ahora el motivo era muy distinto.

—Gracias, Mike. Necesitaba esto, mucho más que cualquier cosa que te hubiera pedido antes.

Rosas le sonrió brevemente para corresponderle.

FLASHFORWARD

Allison no sabía gran cosa sobre identificación de especies vegetales (a menos de cien kilómetros de distancia, desde luego), pero encontraba algo raro en aquel bosque. En algunos sitios la vegetación había crecido desmesuradamente; en otros lugares había muchos claros. Por todas partes, una densa techumbre de hojas y enredaderas no dejaba ver más que vistas parciales del cielo. Le recordaba en cierta manera los bosques escuálidos, de segundo crecimiento, de la California del Norte, excepto que aquél era un revoltillo de especies distintas: coníferas, eucaliptos, incluso algo que parecía ser una especie de manzanita enferma. El aire era muy tibio y olía a moho. Allison se subió las mangas de su traje de vuelo.

El fuego apenas se podía oír. El bosque estaba tan húmedo que no le permitía que se extendiera. Exceptuando el dolor

que sentía en la pierna, Allison podía figurarse que estaba en algún parque, de excursión. En realidad era posible que fuesen rescatados por verdaderos excursionistas antes de que llegasen las Fuerzas Aéreas.

Oyó que Quiller regresaba, mucho antes de que pudiera verle. Cuando por fin le vio, la expresión de Quiller era sombría. Volvió a preguntarle por su herida.

—Creo que está bien. Le puse unos puntos para que se quedara cerrada y volví a pulverizar el protector —se detuvo y le miró devolviéndole una mirada también sombría—. Sólo que…

—¿Sólo qué?

—Sólo… Para ser sincera, Angus, cuando nos estrellamos algo le pasó a mi memoria. No recuerdo nada del intervalo que va desde la reentrada hasta que nos encontramos en el suelo. ¿Qué sucedió? ¿Dónde fuimos a parar?

La cara de Quiller parecía helada. Por fin dijo:

—Allison, creo que a tu memoria no le pasa nada, está bien, tan bien como la mía, desde luego. Verás, yo tampoco puedo recordar nada después de sobrevolar algún lugar de la California Norte hasta que el casco empezó a desgarrarse sobre el suelo. Y la verdad es que no creo que hubiera nada que recordar.

—¿Qué?

—Creo que estábamos a unos cuarenta klicks arriba, y en seguida estuvimos abajo, en una superficie planetaria. Así, tal cual —hizo chasquear los dedos—. Pienso que hemos caído en una condenada fantasía.

Allison no hacía más que mirarle, dándose cuenta de que, muy probablemente, él era el que estaba peor de los dos. Quiller parecía que había interpretado correctamente aquella mirada.

—En realidad, Allison, a menos que aceptemos que los dos tenemos el mismo grado de amnesia, la única explicación es ésta. En un momento determinado estábamos en un vuelo normal de reconocimiento, y al instante siguiente estábamos… estábamos aquí, igual que en muchas películas que vi de pequeño.

—Es más fácil de creer lo de la amnesia paralela, Angus. ¡Si pudiera figurarme, al menos, dónde estamos!

El piloto asintió.

—Sí, pero tú no te has subido a un árbol, como yo, para echar un vistazo alrededor, Allison. Aparte de la clase de plantas, esta área se parece vagamente a la costa de California. Estamos encerrados entre colinas, pero en una dirección pude ver que el bosque llega hasta el mar. Y…

—¿Y qué?

—Hay algo en la costa, Allison. Es una montaña. Una montaña de plata que se eleva en el cielo hasta kilómetros de altura. Nunca ha habido algo igual en la Tierra.

Ahora Allison empezaba a sentir el miedo atávico que iba destrozando a Quiller. Para mucha gente, lo que es inexplicable es peor que la muerte. Allison era de este grupo. El haberse estrellado, incluso la misma muerte de Fred, eran cosas con las que podía bregar. La amnesia había sido una explicación conveniente. Pero ahora ya había transcurrido más de media hora y los aviones, y mucho menos los de rescate, no aparecían por ninguna parte. Allison se dio cuenta de que estaba susurrando, recitando las diferentes y demenciales alternativas.

—¿Estás pensando que nos hallamos en una especie de mundo paralelo, o en un planeta de otra estrella, o en el futuro? ¿Un futuro en que los invasores interplanetarios plantan sus plateados castillos monumentales en la costa de California?

Quiller se encogió de hombros, empezó a hablar, pareció que lo pensaba mejor, y finalmente lo soltó:

—Allison, ¿sabes… aquella cruz que encontré cerca del borde del cráter?

Allison hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Era muy antigua, la inscripción estaba muy borrada por el tiempo y la intemperie, pero pude ver… llevaba tu nombre y… la fecha de hoy.

Precisamente aquella cruz, y precisamente aquel nombre. Durante mucho rato estuvieron callados los dos.

Capítulo IX

Era abril. Los tres viajeros atravesaban el bosque bajo un cielo sereno y claro. El viento agitaba las ramas de los eucaliptos y las enredaderas que estaban sobre sus cabezas, salpicándoles con el agua contenida en sus hojas. Pero, a nivel del sendero embarrado, el aire era tibio y quieto.

Wili caminaba con dificultad, contento porque las fuerzas habían retornado a sus piernas. Durante las últimas semanas se había encontrado bien. En el pasado, siempre se había sentido bien durante un par de meses después de haber estado realmente enfermo, pero este último invierno lo había pasado tan mal que se preguntaba si llegaría a sentirse mejor. Habían salido de Santa Inés tres horas antes, tan pronto como hubo cesado la lluvia matutina, pero no estaba demasiado cansado y rehusaba las sugerencias de sus acompañantes para que se montara en el carro.

Con relativa frecuencia el camino ascendía permitiendo ver, por encima de los árboles circundantes, alguna zona despejada. Todavía había nieve en las montañas del este. Hacia el oeste no se veía nieve, sino bosque con torrenteras. El lago Lompoc aparecía de un color azul celeste en la base de la Cúpula, y todo el paisaje se veía duplicado, en aquel enorme espejo que parecía elevarse hasta alcanzar una gran altura.

Se le hacía raro abandonar su hogar de las montañas. Si Paul no estuviera con él, todavía le habría resultado más desagradable de lo que Wili estaba dispuesto a admitir.

Desde hacía una semana Wili sabía que Paul le llevaría a la costa y luego viajarían hacia el sur, a La Jolla, en busca de una posible cura. La necesidad de saber le hacía ser más impaciente que nunca por volver a estar en forma. Pero hasta que Jeremy Kaladze no se reunió con ellos en Santa Inés, Wili no advirtió cuan inusual iba a ser aquella primera parte del viaje. Wili observaba al otro muchacho disimuladamente. Como acostumbraba hacer, Jeremy hablaba de todo lo que estaba a la vista. De vez en cuando se adelantaba para enseñarles algún peñasco peculiar o un atajo, otras veces se retrasaba poniéndose detrás del carro de Naismith para estudiar algo que casi se le había escapado. Después de estar con él durante casi un día, Wili no podía decidirse sobre la probable edad del muchacho. Solamente los niños muy pequeños de los Ndelante Ali demostraban una clase de entusiasmo tan abierto. Por otra parte, Jeremy

medía casi dos metros de altura y jugaba muy bien al ajedrez.

—Sí, señor, doctor Naismith —dijo Jeremy, la única persona que había llamado doctor a Paul en presencia de Wili—, el coronel Kaladze cayó sobre este camino. Fue un salto nocturno, y perdieron un tercio del batallón Flecha Roja, pero supongo que el gobierno ruso pensó que debía ser muy importante. Si fuésemos un kilómetro hacia abajo por estos torrentes, veríamos el mayor montón de vehículos acorazados que se pueda imaginar. Sus paracaídas no se abrieron bien.

Wili miró en la dirección indicada, pero no pudo ver más que mucha maleza verde y quizás una posible senda. En Los Ángeles, las personas muy mayores hablaban siempre del glorioso pasado, pero parecía extraño que en medio de aquella paz profunda estuviera enterrada una guerra, y que aquel muchacho hablase de la historia antigua como lo haría de cosas que hubiesen ocurrido ayer. Su abuelo, el teniente coronel Nikolai Sergeivich Kaladze, había estado al mando de un desembarco aéreo, realizado antes de que se viera claro que la Autoridad de la Paz (que era entonces una innominada organización de burócratas y científicos) había logrado hacer que la guerra fuera obsoleta.

La misión del batallón Flecha Roja era descubrir el secreto del misterioso campo de fuerzas que según parecía habían inventado los americanos. Desde luego, descubrieron que

los americanos estaban tan intrigados como todo el mundo por las extrañas burbujas plateadas que surgían de manera tan repentina como misteriosa, algunas veces para evitar la explosión de las bombas, otras veces para eliminar instalaciones peligrosas.

En aquel caos, en que cada uno estaba perdiendo una guerra que nadie había comenzado, las fuerzas de desembarco aéreo de los rusos y lo que quedaba del ejército de los americanos hicieron su propia guerra con armas que ya no tenían servicio de mantenimiento, ni repuestos de proyectiles. El conflicto se fue prolongando durante meses, hasta que, cuando ya ambos lados sólo podían atacarse con armas pequeñas, fue disminuyendo en violencia. Entonces había aparecido milagrosamente la Autoridad y se había proclamado guardiana de la paz y fabricante de las burbujas.

Lo que quedaba de las fuerzas rusas se retiró a las montañas, y se escondió, mientras la nación que habían invadido empezaba a recuperarse. Entonces llegaron los virus de la guerra, distribuidos (como declaraba la Autoridad de la Paz) por los americanos como último recurso para mantener la soberanía nacional. Las guerrillas rusas se refugiaron en las fronteras del mundo y se mantuvieron pendientes de alguna oportunidad para actuar. No hubo ninguna oportunidad. Durante los años posteriores a la Guerra murieron miles de millones de personas y la fertilidad se redujo casi hasta cero. La especie *homo sapiens* estuvo muy cerca de su extinción. Los rusos que

estaban en las montañas se hicieron viejos gobernando unas tribus andrajosas.

Pero el coronel Kaladze había sido capturado pronto (aunque no fue por culpa suya), antes de los virus, cuando todavía funcionaban los hospitales. Allí había una enfermera y más tarde tuvo lugar un matrimonio. Cincuenta años después, la finca de los Kaladze tenía una extensión de centenares de hectáreas próximas al borde sur de la Cúpula de Vandenberg. Aquella tierra era uno de los pocos lugares al norte de América Central donde se podían cultivar las bananas y el cacao. Como muchas de las cosas que le habían sucedido al coronel Kaladze en la última mitad de siglo, eso habría sido imposible si no hubiera sido por las burbujas, especialmente la de Vandenberg. La doble luz del sol era tan intensa como se pudiera encontrar en cualquier latitud, y el gran obstáculo que la Cúpula representaba en la atmósfera, provocaba más de 250 centímetros de lluvia al año en una tierra que siempre había sido muy seca. Nikolai Sergeivich Kaladze había acabado por ser un verdadero coronel de Kentucky, aunque fuera originario de Georgia.

Gran parte de aquella historia, Wili la aprendió en los primeros noventa minutos de la inagotable charla de Jeremy.

Por la tarde se detuvieron para comer. Desmintiendo su pacífica apariencia, Jeremy era un entusiasta de la caza, aunque aparentemente no era un experto. El muchacho

necesitó varios tiros para hacer caer un solo pájaro. Wili hubiera preferido la comida que llevaban preparada, pero le pareció mucho más cortés probar lo que Jeremy había cazado. Seis meses antes, la cortesía habría sido lo que menos le hubiera importado.

Reemprendieron la caminata, pero lo hicieron con menos entusiasmo. Aquél era el camino más corto a la Granja Flecha Roja, pero era una pesada marcha de diez horas desde Santa Inés. Considerando que habían salido tarde, muy probablemente tendrían que pasar la noche en la orilla de aquel lado del lago Lompoc, en la estación del transbordador. El parloteo de Jeremy se hizo más lento a medida que el Sol fue bajando sobre el mar y producía dobles sombras detrás de ellos. En medio de una larga discusión (digamos mejor monólogo) que trataba de sus varias amigas, Jeremy se volvió hacia Naismith. Hablando muy bajo, le dijo:

—Sabe, señor. Creo que nos están siguiendo.

El anciano parecía dormitar en su asiento, dejando que *Berta*, su caballo, fuera a su aire sin ser guiado.

—Lo sé —dijo—. Están por lo menos dos kilómetros detrás nuestro. Si dispusiera de otro equipo, lo sabría con más seguridad, pero al parecer son de cinco a diez hombres que van a pie, y que avanzan algo más de prisa que nosotros. Nos alcanzarán cuando sea de noche.

Wili notó un escalofrío que no había provocado precisamente el aire de la tarde. Las historias de Jeremy que trataban de los bandidos rusos, quedaban algo descoloridas si las comparaba con lo que había visto con los Ndelante Ali, pero eran bastante malas de por sí.

—¿Puede usted llamar a los que nos esperan, Paul?

—No quiero transmitir por radio, les tendríamos encima inmediatamente. La gente de Jeremy es la que está más cerca para ayudarnos, pero aunque vinieran con caballos rápidos tardarían por lo menos dos horas. Vamos a tener que valernos por nosotros mismos.

Wili miró a Jeremy, cuyos parientes lejanos, aquellos de los que había estado presumiendo todo el día, al parecer iban a prepararles una emboscada. La ancha cara del muchacho estaba pálida.

—¡Pero si yo lo estaba inventando casi todo! Nadie ha visto en estos tiempos bandas de bandidos en sitios tan alejados como éste en… bien, en muchísimo tiempo.

—Lo sé —dijo Naismith que estaba de acuerdo con él—. Pero sigue siendo un hecho real. Es indudable que alguien viene detrás nuestro.

Miró a *Berta*, como sopesando si había algún modo de lograr que los tres pudieran correr más rápido que los diez hombres que les seguían.

—¿Es buena esa escopeta que traes, Jeremy?

El muchacho alzó el arma. Excepto por su excelente mira telescópica y su cañón recortado, a Wili le parecía muy corriente. Era un típico rifle automático de Nuevo México, pesado y sencillo. El cargador probablemente era de diez disparos de 8 milímetros. Con el cañón recortado no podía ser más preciso que una pistola. Wili había esquivado disparos parecidos a cien metros de distancia. Jeremy golpeó cariñosamente el rifle. Al parecer ignoraba todo esto.

—La verdad es que es fenomenal. Es maravilloso.

—¿Y la munición?

—También. Tengo otros dos cargadores.

Naismith le dedicó una media sonrisa.

—Hay que reconocer que Kolya os mima mucho, a vosotros los jóvenes, pero me alegro de ello. Muy bien —pareció que llegaba a una conclusión—. Todo va a depender de ti, Jeremy. Yo no tengo nada tan grande. A una hora de aquí hay un camino que va hacia el sur. Deberíamos poder llegar allí entre las dos luces. A media hora y por este camino hay una burbuja. Me consta que desde allí se puede ver en línea recta vuestra granja. Y la burbuja debería confundir a nuestros «amigos», suponiendo que no estén familiarizados con esta tierra que está tan cerca de la costa.

Una nueva expresión de sorpresa apareció en la cara de Jeremy.

—Es verdad. Ya conocemos esta burbuja, pero ¿cómo lo sabía usted? ¡Es formidable!

—No te preocupes. Me gustan las caminatas. Confiemos que nos dejarán llegar hasta allí.

Prosiguieron por el camino. De momento, la lengua de Jeremy permanecía quieta. El Sol estaba directamente delante de ellos. Más tarde se pondría detrás de Vandenberg. Su reflexión en la Cúpula iba subiendo cada vez más alta, como si verdaderamente quisiera tocar al Sol cuando éste se pusiera. El aire era más cálido y el verde de los árboles más intenso que en un ocaso normal. Wili no podía oír ni veía señales de los hombres que sus amigos decían que les estaban siguiendo.

Finalmente, los dos soles se besaron. El disco verdadero se escondió detrás de la Cúpula. Durante algunos minutos, Wili creyó ver una luz fantasmal que bailaba sobre la Cúpula, por encima del punto donde se había ocultado el Sol.

—Yo también lo he visto —contestó Naismith a la silenciosa interrogación de Wili—. Supongo que es la corona, el resplandor alrededor del sol que normalmente es invisible. Por lo menos es la única explicación que se me ocurre.

Lentamente, aquella luz pálida fue desapareciendo y el cielo, pasando del color naranja al verde, se tornó finalmente del más profundo color azul. Naismith hizo que *Berta* fuera a un paso algo más rápido y los dos muchachos se montaron en la trasera del carro. Jeremy colocó un nuevo cargador en su rifle y se dispuso a cubrir el camino.

Por fin llegaron a la desviación. El paso era tan pequeño como los que Jeremy había ido señalando durante todo el día. Era demasiado estrecho para que el carro pudiera pasar. Naismith, cuidadosamente bajó del carro y desenganchó a *Berta*. Luego distribuyó varios bultos para que los llevaran los chicos.

—Vámonos. Les dejo bastantes cosas en el carro para que estén satisfechos… supongo.

Se fueron en dirección sur, llevándose a *Berta*. La senda se iba estrechando hasta el punto que Wili se preguntaba si Naismith andaba perdido. A lo lejos, detrás de ellos, oía alguna vez cómo se rompía una rama y, algo más raramente, el sonido de voces. Él y Jeremy se miraron.

—Se oyen bastante alto —susurró el muchacho.

Naismith no decía nada, sólo procuraba que *Berta* marchara más aprisa. Si los bandidos no quedaban satisfechos con lo del carro, los tres deberían

enfrentarse a ellos y, como era lógico, procuraba que aquello ocurriera lo más lejos posible.

Los ruidos que hacían sus perseguidores eran más fuertes que antes, seguramente ya habían dejado el carro atrás. Paul guió a *Berta* hacia un lado. Por un momento el caballo le miró estúpidamente. Entonces pareció que Naismith le decía algo al oído y el animal entró en seguida en las sombras. Todavía no estaba del todo oscuro, Wili creyó que podía ver aún el verde de las copas de los árboles, y en el cielo se vislumbraban sólo unas pocas estrellas brillantes.

Se dirigieron hacia un barranco profundo y estrecho que, aparentemente, no tenía salida. Wili miró hacia adelante y vio tres figuras que se dirigían hacia ellos y que salían de un túnel brillantemente iluminado. Saltó a un lado, pero Jeremy le cogió por la chaqueta y señaló en silencio hacia las extrañas figuras. Ahora una de ellas sujetaba a otra y estaba señalando con el dedo. Reflexiones. Esto era lo que estaban viendo. Frente a ellos y al fondo del barranco, un gigantesco espejo curvo mostraba las imágenes de Jeremy, de Naismith y de él mismo que aparecían silueteadas frente al cielo del anochecer.

Con el máximo silencio posible, se deslizaron por la maleza hasta llegar a la base del espejo y, desde allí, empezaron a subir las laderas del barranco. Wili no se pudo aguantar. Allí por fin, tenía una burbuja. Era mucho menor que Vandenberg pero, de todas maneras, era una burbuja. Se

detuvo, alargó una mano y tocó la superficie plateada, pero se apartó rápidamente muy sorprendido. Incluso en el aire frío de la tarde, la superficie del espejo estaba caliente como si fuera sangre. Se acercó para inspeccionarla más de cerca y vio que la imagen de su cabeza se hinchaba delante de él. No había la menor mella, la menor irregularidad en aquella superficie. Vista de tan cerca era tan perfecta como Vandenberg se veía desde lejos. Era trascendentalmente perfecta, como las mismas matemáticas. Entonces, la mano de Jeremy le volvió a coger por la chaqueta y le empujó hacía arriba, siguiendo la esfera.

El bosque llegó al mismo nivel que la parte alta de la esfera. Un árbol muy alto había crecido al mismo borde del bosque y sus raíces parecían tentáculos que quisieran tocar la cima de la esfera. Wili se escondió entre las raíces y miró hacia el barranco. Naismith observaba una pequeña pantalla, mientras Jeremy se adelantaba un poco y vigilaba los accesos a través del visor de su rifle. Desde su espléndido puesto de observación, Wili vio que el barranco era un cráter alargado, del que la burbuja, que media unos treinta metros de diámetro, formaba el lado sur. La historia parecía evidente. No sabía cómo, pero aquella burbuja había caído del cielo, haciendo una cortadura profunda en las colinas, hasta que por fin se detuvo. Los árboles que estaban encima del corte habían crecido durante las décadas transcurridas desde la Guerra. Cuando hubiera transcurrido un siglo, la esfera estaría enterrada del todo.

Durante un momento se quedaron sentados y sin aliento. El zumbido de una cigarra sonaba tan fuerte que no sabían si podrían oír a sus perseguidores.

—No van a dejarse engañar por esto —Naismith habló casi para sí mismo—. Jeremy, quiero que las repartas, por detrás de nosotros tan lejos como puedas, tienes cinco minutos.

Entregó algo al muchacho, que probablemente eran cámaras diminutas como las que tenía alrededor de su mansión. Jeremy dudó y Naismith le dijo:

—No te preocupes. Durante este tiempo no vamos a necesitar tu rifle. Si intentan venir por detrás, nos conviene saberlo.

La vaga sombra que era Jeremy Kaladze asintió y se metió a rastras en la oscuridad. Naismith se volvió hacia Wili y le puso en las manos un transmisor coherente.

—Procura poner esto lo más lejos que puedas —y le señaló la conífera entre cuyas raíces estaba acurrucado.

Wili se movió más silenciosamente que el otro muchacho. Ésta había sido una de las especialidades de Wili, aunque en la zona de Los Ángeles había más ruinas que bosques. El musgo del suelo del bosque pronto humedeció sus pantalones y sus mangas, pero se mantuvo pegado al suelo. Cuando se acercaba a la base del tronco su rodilla golpeó contra algo duro y artificial. Se detuvo y palpó el obstáculo.

Era una antigua cruz de piedra. En realidad era una cruz de un cementerio cristiano. Algo blando y oloroso estaba al lado del brazo mayor. ¿Serían flores?

Después, trepó diestramente por el árbol. Las ramas estaban tan regularmente espaciadas que muy bien se las habría podido considerar como escalones. Pronto se quedó sin aliento. No estaba todavía en perfecta forma. Por lo menos confiaba que ésta fuera la explicación.

El tronco del árbol se iba haciendo más estrecho y empezó a oscilar de acuerdo con sus movimientos. Estaba por encima de los árboles vecinos, que eran unas formas puntiagudas y oscuras a su alrededor. En realidad no estaba a demasiada altura; casi todos los árboles de aquel bosque eran jóvenes.

Júpiter y Venus relucían como linternas, y no se veían las estrellas. Sólo podía distinguirse un débil resplandor amarillo que aparecía hacia el oeste, en el horizonte, sobre Vandenberg. Su vista alcanzaba hasta la base de la Cúpula. O sea que ya estaba lo bastante arriba. Wili aseguró el emisor de manera que tuviera una línea visual directa hacia el oeste. Luego descansó un momento, dejando que la brisa nocturna hiciera pasar el frescor de sus pantalones y mangas hasta su piel. No se veía ninguna luz. La posible ayuda estaba muy lejos.

Tendrían que confiar en los dispositivos de Naismith, y en la escasa experiencia como tirador de Jeremy.

Se deslizó hacia abajo, por el tronco, y llegó junto a Naismith en un momento. El anciano pareció no darse casi cuenta de su regreso, tan interesado estaba por su pantalla.

—¿Y Jeremy? —susurró Wili.

—Está bien. Todavía está colocando cámaras.

Paul miraba alternativamente a cada uno de los dos diminutos aparatos. Las imágenes eran muy débiles, pero se podían reconocer. Wili se preguntaba lo que durarían las baterías.

—Lo cierto es que nuestros amigos se acercan por el mismo camino que nosotros abrimos.

En la pantalla, evidentemente desde alguna cámara de las que Paul había ido dejando caer en el camino, Wili podía ver de vez en cuando un pie calzado con una bota.

—¿Cuánto tardarán?

—Cinco o diez minutos. Jeremy todavía tiene mucho tiempo para regresar antes de que ellos lleguen.

Naismith sacó algo de dentro de su zurrón: el mando del transmisor que Wili había colocado en el árbol. Afinó el

orientador de fase y habló quedamente, tratando de ponerse en contacto con la granja Strela. Después de unos segundos, que se les hicieron muy largos, una voz que parecía salir de un insecto, contestó por el aparato y el anciano explicó su situación.

—He de cerrar. Poca batería —terminó.

Detrás de él, Jeremy se deslizó hasta su sitio y descolgó el fusil.

—La gente de tu abuelo viene hacia aquí, pero tardarán horas. Todos estaban en la casa.

Esperaron. Jeremy miró por encima del hombro de Naismith, y por fin preguntó:

—¿Son hijos de los primitivos? No andan como los hombres viejos.

—Ya lo sé —dijo Naismith.

Jeremy se arrastró hasta el borde del cráter. Se puso en posición boca abajo e hizo descansar su rifle sobre una gran raíz. Inspeccionaba todo el terreno a través del visor.

Los minutos pasaban y la curiosidad de Wili se iba incrementando poco a poco. ¿Qué era lo que planeaba el anciano? ¿Qué había en aquella burbuja que pudiera ser una amenaza para alguien? No es que no se sintiera

impresionado. Si vivían hasta el día siguiente, podría verlo a la luz del día y éste sería uno de los primeros placeres de la supervivencia. Había algo casi vivo en el calor que había percibido en su superficie, a pesar de que ahora le parecía que no era más que el calor reflejado de su propio cuerpo. Recordó lo que en cierta ocasión le había contado Naismith: las burbujas lo reflejaban todo, nada podía atravesarlas en ninguna dirección. Lo que estaba dentro era como si estuviera en un pequeño universo distinto. En alguna parte, allí dentro, estaban los restos de un accidente de avión o proyectil, envueltos en la burbuja por la Autoridad de la Paz cuando acabó con todos los ejércitos del mundo. Suponiendo que algún miembro de la tripulación de la nave hubiera podido sobrevivir, se habría asfixiado al cabo de poco tiempo. Había peores maneras de morir. Wili había deseado siempre un lugar para esconderse y estar definitivamente a salvo. En lo más hondo de su corazón creía que podía hallarlo dentro de las burbujas.

Voces. No eran muy fuertes, pero no intentaban pasar desapercibidas. Además, se oía ruido de pisadas y de roturas de ramas. En las pantallas, que cada vez estaban más apagadas, Wili pudo ver por lo menos cinco pares de pies. Pasaban cerca de un árbol doblado y retorcido que recordaba haber visto a unos doscientos metros de donde ellos estaban. Wili aguzó sus oídos intentando captar el sentido de sus palabras, pero aquello no era ni inglés ni español, Jeremy murmuró:

—¡Después de todo, por lo menos es ruso!

Finalmente, el enemigo llegó a la cresta que marcaba el principio del barranco, en el extremo más alejado. Sorprendentemente no iban en fila india. Wili contó diez siluetas que se destacaban sobre el fondo estrellado del cielo. Como si se tratara de un solo hombre, el grupo se quedó inmóvil y luego todos saltaron, en busca de refugio, a la vez que disparaban sus armas en posición de tiro automático. El árbol que se apoyaba en la burbuja empezó a desprender broza y polvo, mientras las andanadas se dirigían hacia allí, incrustándose en los troncos. El ruido del rebotar de las balas, al dar sobre la burbuja, se parecía mucho al del granizo grueso cuando cae en un tejado. Wili mantenía su cara metida entre el húmedo lecho de agujas de pino y se preguntaba cuánto tiempo iban a durar los tres.

Capítulo X

—Caballeros de la Autoridad de la Paz: Gran Tucson ha sido destruido.

El general de la Fuerza Aérea de Nuevo México golpeó con su fusta el mapa topográfico para dar más énfasis a sus palabras. Un pulido disco rojo se había colocado sobre el distrito del centro de la ciudad y una zona rosa señalaba la zona afectada por la lluvia radioactiva. Aquello parecía muy real aunque Hamilton Avery suponía que, en conjunto, era más teatro que otra cosa. El gobierno de Alburquerque tenía un equipo de comunicaciones casi igual al de la Autoridad, pero habría sido necesario un reconocimiento aéreo o por satélite para haber conseguido tan pronto un informe detallado sobre una de las ciudades del este. La detonación había ocurrido hacía menos de diez horas.

El general (Avery no podía ver su nombre en la tarjeta, y probablemente no tenía la menor importancia), prosiguió:

—Esto representa la muerte inmediata de tres mil hombres, mujeres y niños, y sólo Dios puede saber cuántos centenares más van a morir a causa de la radiación venenosa en los meses venideros.

Miró a través de la mesa a Avery y a los ayudantes que éste había traído para dar a su delegación una debida imagen de importancia.

Durante unos momentos pareció que el oficial había terminado de hablar, pero sólo estaba recuperando su aliento. Hamilton Avery se apoyó contra su respaldo y dejó que siguiera intentando apabullarle.

—Ustedes, los de la Autoridad de la Paz, nos niegan los aviones y los tanques. Ustedes han debilitado todo lo que quedaba de la nación que les vio nacer, hasta el punto de que sólo podemos utilizar la fuerza para proteger nuestras fronteras de los estados que antaño fueran nuestros amigos. ¿Y qué nos han dado a cambio?

La cara del hombre se iba poniendo roja. Las implicaciones habían estado allí, pero aquel loco intentaba deletrear todas sus letras. Si la Autoridad de la Paz no podía proteger a la República frente a las armas nucleares, entonces sería muy difícil que fuera la organización que pretendía ser. Y el

general proclamaba que la explosión de Tucson era la prueba indiscutible de que alguna nación poseía armas nucleares y las estaba usando, a pesar de la Autoridad, de todos sus satélites, de todos sus aviones y de todos sus generadores de burbujas.

En un lado de la mesa, el de la República, algunas pocas cabezas hacían gestos afirmativos, pero aquellos individuos eran demasiado cautelosos para decir en voz alta lo que su chivo expiatorio gritaba a las cuatro paredes. Hamilton aparentaba escuchar y dejaba que aquel sujeto se ahorcara él mismo. Los subordinados de Avery siguieron su pauta, aunque a algunos les resultó difícil hacerlo. Después de tres generaciones de mando indiscutido, muchos miembros de la Autoridad creían que su poder lo habían recibido de Dios. Hamilton conocía mucho mejor el tema.

Estudió a los que estaban sentados al lado del general. Algunos de ellos eran generales de la Armada, uno de ellos acababa de llegar de Colorado. Los demás eran civiles. Hamilton conocía a los de este último grupo. En los primeros años, había pensado que la República de Nuevo México era la amenaza mayor para la Autoridad de la Paz en Norteamérica, y en consecuencia la había vigilado. Este grupo era el Comité de Estudios Estratégicos. Su rango era mayor, en el gobierno de Nuevo México, que el del Grupo de los Cuarenta del Consejo de la Seguridad Nacional, y desde luego mucho más alto que el Gabinete. En cada generación, los gobiernos parecían crear un nuevo círculo interno a

partir del anterior, quedando éste como una simple forma de satisfacer a un número mucho mayor de gente de menor influencia. Aquellos hombres, junto con el presidente, eran el verdadero poder de la República. Sus «estudios estratégicos» se extendían desde Colorado al Mississippi. Nuevo México era una nación poderosa. Podrían volver a inventar la burbuja y las armas atómicas si se les dejara.

No obstante, era fácil asustarles. El general de la Fuerza Aérea no podía ser un miembro de hecho y derecho del grupo. La Fuerza Aérea de Nuevo México sólo tenía unos cuantos globos de aire caliente y soñaba con los buenos viejos tiempos. Lo más cerca que podían estar de un avión moderno, era en un vuelo de cortesía en un aparato de la Autoridad. Estaba allí, sólo para decir las cosas que los de su gobierno querían que se dijesen, pero que no tenían el valor de decir directamente.

Por fin el oficial dejó de hablar y se sentó. Hamilton recogió sus papeles y se fue a la tribuna. Miró blandamente a los oficiales de Nuevo México y dejó que el silencio se alargara y adquiriera significación.

Era probable que el haber ido allí personalmente hubiese sido un error. Las conversaciones con los gobiernos se efectuaban normalmente por funcionarios de graduación inferior, en dos grados, a la que él tenía en la Autoridad de la Paz. Su aparición personal podía fácilmente dar a aquellos hombres una idea sobre la verdadera importancia del

incidente. De todas maneras había querido ver de cerca a aquellos hombres. Había una lejana posibilidad de que estuvieran involucrados en una amenaza a la Autoridad que habían descubierto hacía pocos meses.

Finalmente, empezó:

—Gracias, general Halberstamm. Comprendemos su ansiedad, pero queremos subrayar la promesa que la Autoridad de la Paz hizo hace ya mucho tiempo. Ningún artefacto nuclear ha hecho explosión en los casi cincuenta años pasados, y ninguno explosionó ayer en Gran Tucson.

El general balbuceó:

—¡Señor! ¡La radiación! ¡La explosión! ¿Cómo puede usted decir que…?

Avery levantó la mano y sonrió pidiendo silencio. Había en su gesto un sentido de nobleza obliga y una ligera amenaza.

—Dentro de un momento, general. Sea indulgente conmigo, permítame. Es cierto, hubo una explosión y cierta cantidad de radiación. Pero le aseguro que nadie, aparte de la Autoridad, tiene armas nucleares. Si alguien las tuviera, nos ocuparíamos de él con los métodos que todos ustedes conocen.

»En realidad, si ustedes consultan sus archivos, comprobarán que el centro del área de la explosión coincide

con la esfera de confinamiento de diez metros generada el… (simuló consultar sus notas)… el 5 de julio de 1997.

Vio varios grados de sorpresa, pero ni una sola palabra rompió el silencio. Se preguntaba si realmente estaban sorprendidos. Desde el principio había sabido que no tenía objeto el intentar esconder el origen de la explosión. El viejo Alex Schelling, el consejero técnico del presidente, hubiera sacado inmediatamente la conclusión correcta.

—Sé que varios de ustedes han estudiado la literatura no reservada que trata de los confinamientos, y también sé que usted, Schelling, ha malgastado muchas miles de horas-hombre en las ruinas de Sandia, intentando repetir el efecto pero será oportuno que hagamos un resumen.

»Las esferas de confinamiento, las burbujas, no son sólo campos de fuerza, sino que, además, son separaciones de lo que está fuera y de lo que está dentro de su superficie, colocándolos en universos distintos. Únicamente puede penetrar la gravedad. La burbuja de Tucson se generó alrededor de un proyectil ICBM cuando cruzaba sobre el ártico. Cayó al suelo cerca de su objetivo, los campos de misiles de Tucson. La bomba infernal que transportaba explosionó sin causar daños, porque lo hizo en el otro universo, el del interior de la burbuja.

»Como todos ustedes saben, es necesario un consumo enorme de energía del generador que la Autoridad tiene en

Livermore para crear la menor de las esferas de confinamiento. De hecho, éste es el motivo por el cual la Autoridad ha prohibido todas las actividades que requieran gran cantidad de energía y guarda el secreto sobre la forma que utilizamos para mantener la Paz. Pero, una vez establecida, una burbuja no requiere ya ningún consumo de energía para mantenerse estable.

—Y dura para siempre —añadió el viejo Schelling; y no era una pregunta.

—Esto es lo que todos nosotros creíamos, señor. Pero no hay nada que dure para siempre. Hasta los agujeros negros sufren una degradación cuántica. Incluso a la materia normal le puede suceder esto finalmente, aunque en una escala temporal que escapa a la imaginación. Hasta ahora no se había hecho un estudio y un análisis sobre la posible degeneración de las esferas de confinamiento.

Hizo una seña a un ayudante para que pusiera tres pesados manuscritos al alcance de los funcionarios de Nuevo México. Schelling apenas si pudo ocultar su impaciencia por hacer saltar el sello de los secretos de la Autoridad de la Paz (la más alta clasificación que un funcionario de un gobierno había podido ver jamás) y empezó a leer.

—Así pues, caballeros, parece ser que, al igual que todas las demás cosas, las burbujas decaen. La constante de tiempo depende del radio de la esfera y de la masa que

engloban. La explosión de Tucson ha sido un trágico accidente debido al azar.

—¿Y está usted diciéndonos que cada vez que alguna de estas condenadas cosas se suelte, va a haber una explosión tan terrible como las bombas de las que se supone nos están protegiendo?

Avery se permitió mirar ferozmente al general.

—No. Yo no he dicho esto. Pensaba que mi descripción del accidente de Tucson había sido lo suficiente clara. Allí había un arma nuclear, que ya había explotado, encerrada dentro de la esfera de confinamiento.

—Cincuenta años atrás, señor Avery, cincuenta años atrás.

Hamilton abandonó el podio.

—Señor Halberstamm, ¿puede usted imaginarse lo que es el interior de una burbuja de diez metros de diámetro? Nada entra ni nada sale. Si usted hace explotar una cabeza nuclear en un sitio como aquél, no se puede enfriar. En cuestión de milisegundos se alcanza el equilibrio termodinámico, pero a una temperatura de algunos millones de grados. La burbuja aparentemente inofensiva, enterrada en Tucson durante todas estas décadas, contenía el corazón de una gran bola de fuego. Cuando la burbuja degeneró, quedó liberada la explosión.

Hubo unos movimientos de incomodidad entre los miembros del Comité de Estudios Estratégicos, mientras aquellos caballeros consideraban los miles de burbujas que polucionaban Norteamérica. Gerardo Álvarez, un hombre de confianza del presidente, con tanto poder que nunca tomaba una posición declarada, levantó una mano y preguntó tímidamente:

—¿Y con qué frecuencia cree la Autoridad que esto va a suceder?

—El doctor Schelling podrá explicarle con detalle las estadísticas pero, en principio, la degeneración es exactamente igual que la de los otros procesos cuánticos. Sólo podemos hablar de lo que sucederá en un conjunto muy grande de objetos. Puede transcurrir un siglo o dos sin que ocurra el menor accidente. Por otra parte, es perfectamente concebible que tres o cuatro puedan producirse en un solo año. Pero, incluso para las burbujas de menor tamaño, creemos que la constante temporal de degradación debe ser mayor que diez millones de años.

—¿O sea, que se desvanecerán como átomos, con una determinada vida media, en lugar de surgir a la vida simultáneamente como hacen los polluelos dentro de su cascarón?

—Exactamente, señor. Ésta es una buena analogía. Y mirándolo bien puedo ser más específico y animoso. Hay

muchas burbujas que no contienen explosiones nucleares; y otras burbujas grandes, incluso si contienen explosiones «fósiles», pueden ser inofensivas. Por ejemplo, estimamos que la temperatura de equilibrio producida por una cabeza nuclear dentro de las burbujas de Vandenberg o de Langley, será inferior a los cien grados. Podría ocasionar algunos daños materiales cerca de su perímetro, pero nada que se pareciera a lo de Tucson.

—Y ahora, caballeros, voy a ceder mi puesto a los oficiales de enlace Rankin y Nakamura —dirigió una inclinación de cabeza a su gente de tercer nivel—. En particular, deben decidir con ellos el grado de atención pública que vamos a dar a este incidente ¡Y es mejor que no sea mucha! Debo volar a Los Ángeles. Aztlán ha detectado la explosión, y ellos también merecen una explicación.

Hizo una seña a su hombre principal en Alburquerque, que era el representante habitual de la Autoridad de la Paz en la República, para que le acompañara. Salieron, haciendo caso omiso de los labios apretados y de las caras enrojecidas que estaban al otro lado de la mesa. Era necesario poner a aquella gente en su sitio, y una de las mejores maneras de hacerlo era recalcar el hecho de que Nuevo México no era más que un pez, entre otros muchos de la pecera.

Unos minutos después estaban fuera del edificio y en la calle. Afortunadamente no había periodistas. La prensa de

Nuevo México estaba bien controlada; además, la existencia del Comité de Estudios Estratégicos era un secreto.

Junto con Brent, el oficial de enlace principal, subió a un coche, y los caballos les condujeron por entre el tránsito de la tarde. Puesto que la visita de Avery no era oficial, usaba vehículos locales y no llevaba escolta. Tenía una visualidad muy buena. La distribución de la ciudad era parecida a la del Capitolio de los antiguos Estados Unidos, siempre que no se hiciera caso de las montañas peladas que se destacaban irregularmente. Pudo ver al menos una docena de vehículos en el amplio paseo. Alburquerque era casi tan cosmopolita y dinámica como un Enclave de la Autoridad. Pero una cosa era cierta: la República de Nuevo México era una de las más pobladas y poderosas de la Tierra.

Miró a Brent:

—¿Estamos limpios?

Durante unos momentos, el hombre joven se quedó intrigado, luego dijo:

—Sí, señor. Hemos revisado el coche con todos esos nuevos procedimientos.

—Muy bien. Quiero llevarme los informes detallados, pero hágame un resumen, ¿Schelling, Álvarez y compañía estaban tan inocentemente sorprendidos como aseguraban?

—Apostaría mi empleo en la Paz a que sí.

Por la expresión de la cara de Brent se podía ver que acababa de darse cuenta de cuánta verdad podía haber en sus propias palabras.

—No tienen nada que se parezca al equipo del que usted nos había puesto en guardia. Usted siempre ha tenido aquí un departamento muy eficaz de contrainteligencia. No le hemos dejado en la estacada. Nos habríamos dado cuenta, aunque fuera de lejos, si representaban una amenaza.

—Humm.

Aquella afirmación estaba de acuerdo con la intuición de Avery. El gobierno de la República haría todo aquello que pudiera hacer impunemente. Por este motivo los tenía sujetos a vigilancia especial desde hacía tantos años. Sabía que no tenían suficiente poder técnico para hallarse detrás de lo que estaba sucediendo.

Se recostó en el mullido asiento de cuero. Así pues, Schelling era «inocente». Bien, entonces ¿compraría la historia que Avery había intentado venderle? ¿En realidad era realmente un cuento? Cada una de las palabras que Avery había pronunciado en aquella reunión era estrictamente verdadera, ensayada una y otra vez por los equipos científicos de Livermore. Pero no era toda la verdad. Los oficiales de Nuevo México no sabían nada de la burbuja

de diez metros que había explotado en Asia Central. Aquella teoría podía explicar también este incidente, pero ¿quién iba a creer que la degeneración de dos burbujas podía producirse en un solo año, después de cincuenta años de estabilidad?

Como polluelos saliendo a la vez de sus cascarones. Ésta fue la imagen que Álvarez había utilizado. El equipo científico estaba seguro de que, simplemente, era la degeneración de la vida media, pero ellos no habían podido ver el cuadro general, la evidencia que había estado latiendo allí durante un año. Como los huevos incubados… Cuando se trata de la supervivencia, las reglas de la evidencia se convierten en un arte, y Avery sentía con absoluta certeza que alguien, en alguna parte, había descubierto cómo anular las burbujas.

Capítulo XI

El fuego de los rifles de los bandidos iluminó los árboles. Una andanada seguía a otra. Wili oyó que Jeremy se movía, como si se estuviera preparando para devolver el fuego. Se dio cuenta de que los rusos estaban tirando contra ellos mismos. La reflexión que antes le había engañado a él, también lo hacía con ellos. ¿Qué pasaría cuando se dieran cuenta de que aquello que tenían delante era solamente una burbuja? Una burbuja y un rifle en las manos de un tirador muy malo.

El tiroteo se fue apagando poco a poco.

—¡Ahora, Jeremy! —dijo Naismith.

El muchacho más grande saltó a campo abierto e hizo oscilar su arma de uno a otro lado del barranco. Disparó todo el cargador. El rifle tartamudeó de un modo irregular, como

si estuviera a punto de encasquillarse. El resplandor de su boca recortada iluminó el barranco. El enemigo era visible, a excepción de un individuo que se podía distinguir vagamente delante de las piedras de color claro que estaban a un lado de la cortadura. Éste tuvo mala suerte. Casi saltó sobre sus pies cuando un impacto de bala le dio en el pecho y le lanzó sobre la roca.

Unos gritos de dolor salieron de todo el barranco. ¿Cómo lo había podido hacer Jeremy? Para él, un solo impacto logrado habría sido una suerte fantástica, porque Jeremy Kaladze era de los pocos que a plena luz del día podían errar el tiro contra la tapia más grande de un corral.

Jeremy dio un salto para ponerse a su lado.

—¿Les di… a todos?

Había algo de horror en su voz, pero metió otro cargador en su arma recortada.

Nadie había contestado a sus disparos. El bandido que había quedado tendido en el suelo… ¡se había levantado y corría alejándose de ellos! El impacto debería haberle dejado muerto, o por lo menos gravemente herido. A través de la maleza, pudieron oír que los otros se juntaban y echaban a correr hacia el lado mas lejano del barranco. Vieron sus siluetas, una a una, cuando corrían.

Jeremy se puso de rodillas, pero Naismith tiró de él hacia abajo.

—Hijo, tienes razón. Hay algo raro en todo esto. No queramos forzar nuestra buena suerte.

Estuvieron tendidos en silencio durante mucho tiempo, hasta que se volvieron a oír los ruidos de los animales y hasta que la luz de las estrellas les pareció más brillante. No había ni señal de otros humanos dentro de un radio de quinientos metros, por lo menos.

¿Proyecciones? Jeremy iba pensando en voz alta. ¿Zombies? Wili se preguntaba en silencio a sí mismo. Pero no podía ser ninguna de las dos cosas. Habían sido heridos, los habían tumbado; y luego se habían levantado y echado a correr empavorecidos. Y esto no se parecía en lo más mínimo a las leyendas de zombies de Ndelante. Naismith no tenía dudas que quisiera compartir con nadie. Cuando llegaron los que iban a rescatarles, había empezado a llover otra vez.

No eran más que las nueve de la mañana de un día de abril y ya el aire estaba caliente y húmedo, con treinta grados de temperatura. Sobre el arco de la Cúpula había nubes tormentosas. Por la tarde seguramente llovería. Wili Wáchendon y Jeremy Sergeivich Kaladze andaban por el ancho camino de grava que iba desde la granja hasta algunos edificios aislados que estaban cerca de la Cúpula. No hacían

buena pareja. Uno de los muchachos medía dos metros de altura, era blanco y larguirucho; el otro era bajito, delgado, negro y además parecía que aún no había alcanzado la adolescencia. Pero Wili empezaba a darse cuenta de que también había algunas similitudes entre ellos. Resultó que ambos tenían la misma edad: quince años. Y el otro muchacho era agudo, aunque no de la misma forma que Wili. Nunca había intentado imponerse por su corpulencia, más bien parecía temer un poco a Wili (si esto era posible en alguien tan movido y hablador como Jeremy Sergeivich).

***

—El coronel dice… —Jeremy y los demás nunca llamaban «abuelo» al viejo Kaladze aunque no parecía que hubiera temor en su actitud, sino un gran afecto—. El coronel dice que alguien está vigilando la granja desde que llegamos nosotros tres.

—¡Oh! ¿Los bandidos?

—No lo sabemos. No podemos tener los aparatos que el doctor Naismith puede comprar: esas microcámaras y cosas por el estilo. Pero tenemos un visor telescópico y una cámara, que funciona durante las veinticuatro horas del día, instalada en el tejado. El ordenador que va con el equipo

descubrió algunos destellos entre los árboles —señaló con la mano hacia donde el borde del bosque casi llegaba hasta la plantación de bananas de la finca—, probablemente eran reflejos que venían de aparatos ópticos anticuados.

Wili notó un escalofrío, a pesar de estar al sol y de que hacía calor. Por allí había mucha gente, en comparación con la mansión de Naismith, pero no era un sitio debidamente fortificado. No tenían muros, torres de vigía ni globos de observación. Había varios niños de muy corta edad, y la mayor parte de los adultos ya había cumplido los cincuenta años. Existía la típica distribución por edades, pero era muy poco adecuada para la defensa. Wili se preguntó cuáles podrían ser los recursos secretos que los Kaladzes podían tener.

—Entonces, ¿qué vais a hacer?

—Muy poca cosa. No deben de ser muchos, porque son demasiado tímidos. Les hubiéramos perseguido si tuviésemos más gente. La verdad es que no tenemos más de cuatro buenos rifles y el mismo número de hombres que puedan utilizarlos. El *sheriff* Wentz ya conoce cómo están las cosas… Vamos, no te preocupes.

No había advertido la piel de gallina que se le había puesto a Wili. El muchacho más pequeño la había disimulado bastante bien. Empezaba a darse cuenta de que Jeremy no tenía la menor malicia.

—Quiero enseñarte lo que producimos por aquí.

Salió del camino de grava y se dirigió a un gran edificio de una planta. Estaba claro que no era un almacén. Toda su cubierta estaba llena de baterías solares.

—Si no fuera por la Cúpula de Vandenberg, creo que la California Central sería sólo famosa por los productos Flecha Roja, que es nuestra marca comercial. No somos tan sofisticados como los Green de Norcross, o tan grandes como los Quen de Beijing, pero lo que nosotros hacemos es lo mejor.

Wili aparentó indiferencia.

—A mí me parece que esto no es más que una granja grande.

—Seguro, tan seguro como que el doctor Naismith es un ermitaño. Ésta es una finca muy grande y muy buena. Pero ¿de dónde crees que mi familia sacó el dinero para comprarla? La verdad es que hemos tenido mucha suerte. Mi abuela y el coronel tuvieron cuatro hijos después de la guerra, y cada uno de éstos ha tenido por lo menos dos. Prácticamente, formamos un clan y además hemos adoptado a otra gente que puede resolver cosas que nosotros no podemos. El coronel cree en la diversificación. Entre la granja y nuestro *software* nadie puede con nosotros, somos indestructibles.

Jeremy golpeó la pesada puerta blanca. Nadie contestó, pero giró lentamente hacia adentro y los muchachos pudieron entrar. A lo largo de las paredes del edificio había ventanas que dejaban pasar la luz matutina y la brisa suficiente para estar relativamente confortable. Daba la impresión de un desorden elegante. Unas plantas ornamentales rodeaban las dispersas mesas de oficina. Había más de un acuario. La mayoría de las mesas estaban desocupadas, pero en la parte más alejada de la habitación una especie de conferencia tenía lugar. Los hombres saludaron a Jeremy con la mano, pero siguieron con lo que parecía sonar como una discusión.

—Aquí hay mucha más gente que de costumbre. Muchos tipos prefieren trabajar en casa. Mira.

Señaló a uno de los pocos trabajadores que estaban sentados. El hombre parecía no darse cuenta de su presencia. En el holo que estaba encima de su mesa flotaban formas coloreadas que cambiaban y giraban. El hombre las examinaba detenidamente. Movió su cabeza hacia abajo, como si hiciera una seña afirmativa y, de repente, el dibujo se hizo triple y cortado a trozos. De algún modo, controlaba aquella pantalla. Wili reconoció la composición de transformaciones lineales y no lineales. Dentro de su cabeza, Wili había jugado con aquellas cosas durante gran parte del invierno.

—¿Qué está haciendo?

El vozarrón normal de Jeremy se había convertido en algo casi inaudible.

—¿Quién crees que utiliza los algoritmos que inventáis el doctor Naismith y tú? —con su mano pareció señalar toda la sala—. Hemos logrado hacer con ellos las más complicadas aplicaciones del mundo.

Wili no hacía otra cosa que mirarle.

—Mira, Wili. Ya sé que tenéis toda clase de máquinas maravillosas, allí arriba en la montaña. ¿De dónde crees que han salido?

Wili lo estaba meditando. ¡Nunca había pensado en ello! Su educación había recorrido raudamente los caminos que Naismith le había señalado. El precio que había pagado por sus progresos era que, en muchos aspectos, las opiniones de Wili sobre lo que hacía que las cosas trabajaran eran una combinación de abstracciones matemáticas y del mito de Naismith.

—Creo que daba por seguro que Paul las había hecho casi todas.

—El doctor Naismith es un hombre asombroso, pero necesitamos centenares de hombres, por todo el mundo, para poder hacer todas las cosas que necesita. Mike Rosas dijo que esto era como una pirámide. En la cúspide hay muy pocos hombres, digamos Naismith en algoritmos y Masaryk

en física de superficies, hombres que realmente pueden inventar cosas. Con las prohibiciones de la Autoridad de la Paz sobre las grandes organizaciones, estas personas tienen que trabajar solas, y probablemente en todo el mundo no hay más que cinco o seis. Un poco más abajo de la pirámide hay casas de *software*, como la nuestra. Cogemos los algoritmos y los implementamos para que las máquinas puedan trabajar con ellos.

Wili miró a aquellos fantasmas programados que giraban y se cambiaban en la pantalla situada encima de la mesa. Aquellos fantasmas eran a la vez familiares y extraños. Era como si sus propias ideas se hubieran transformado en una especie de Celeste.

—Pero estas personas no hacen nada. ¿De dónde salen las máquinas?

—Tienes razón. Sin *hardware* donde trabajen nuestros programas, no seríamos más que soñadores despiertos. Éste es el nivel siguiente de la pirámide. Los procesadores estándar son muy baratos. Antes de las plagas, muchas familias del Valle del Sol se instalaron en Santa María. Trajeron un camión cargado con maquinaria para grabar con rayos gamma. Desde entonces se ha mejorado mucho. Importamos de Oregón los materiales purificados de base. Y si se necesita algo muy especial, incluso lo importamos de mucho más lejos. Por ejemplo, los Green hacen las mejores piezas ópticas sintéticas.

Jeremy se dirigió hacia la puerta.

—Te habría enseñado muchas más cosas, pero hoy parece que tienen mucho trabajo. Es muy probable que vosotros tengáis la culpa. Parece que el coronel está muy excitado por lo que vosotros dos habéis inventado durante el invierno.

Se detuvo y miró a Wili, como si esperara que éste le pudiera facilitar alguna información adicional. Y Wili se decía a sí mismo, «¿Cómo voy a explicárselo?». Le habría resultado muy difícil explicar el algoritmo en pocas palabras. Era un asunto muy delicado, lleno de esquemas de codificación destinados a yuxtaponer y separar ciertos objetos muy sabia y muy rápidamente. Entonces comprendió que su compañero estaba interesado por sus efectos, en la posibilidad que podía dar a los Quincalleros de escuchar los satélites de la Autoridad.

Su vacilación fue mal interpretada, porque el muchacho más alto se rió:

—No importa. No quiero sonsacarte. Es muy probable que no pudiera entenderlo. Vamos. Hay otra cosa que quiero que veas, aunque es posible que también sea otro secreto. El coronel cree que si la Autoridad de la Paz lo supiese hubiera hecho pública su Prohibición.

Siguieron unos mil metros por el camino principal de la finca, que llegaba hasta la Cúpula de Vandenberg. Wili sentía

mareos cuando miraba en aquella dirección. Al estar tan cerca, no se percibía la grandiosidad de la Cúpula, en cierto sentido resultaba invisible porque sólo se veía un gran espejo vertical. En este espejo veía las colinas del final de la finca, y el paisaje que se extendía detrás de ellos. Había un par de veleros pequeños que navegaban hacia la orilla norte del lago Lompoc, y se podía ver el transbordador amarrado a su muelle en la orilla más próxima, en el fiordo Salsipuedes.

A medida que caminaban, acercándose a la burbuja, el terreno que estaba al mismo borde de ella aparecía erosionado, torturado. La lluvia que caía desde la Cúpula había excavado un profundo río alrededor de la base, que iba a desembocar al lago Lompoc. El terreno temblaba débil, pero constantemente, a causa de pequeños terremotos. Wili trató de imaginarse la otra mitad de la Cúpula, extendiéndose kilómetros hacia el interior de la tierra. No era extraño que el mundo temblara a causa de aquella obstrucción. Miró hacia lo alto y se encogió de hombros.

—Te impone, ¿no es verdad?

Jeremy le cogió por el brazo, para detenerle.

—Yo he nacido cerca de aquí, pero todavía me caigo de espaldas cuando vengo y me imagino que intento escalar esta cosa.

Chapotearon en el barro y miraron hacia el río. A pesar de que ya no llovía desde hacía algunas horas, las aguas fangosas se movían de prisa, mordiendo el terreno. Desde la otra parte del río, los fantasmas de Jeremy y de Wili les devolvían sus miradas.

—Es peligroso acercarse más. Los canales de agua van también por debajo del suelo. Hemos tenido algún que otro corrimiento de tierras importante. Pero, desde luego, no es para esto por lo que te he traído hasta aquí.

Condujo a Wili hasta un pequeño edificio.

—Hay otro nivel en la pirámide de Mike. La gente que hace cosas como carros, casas y arados. Los reparadores todavía tratan con muchas de estas cosas, pero están agotando las ruinas, por lo menos por nuestra región. Las cosas nuevas se hacen tal como se hacían hace cientos de años. Es muy caro y requiere mucho trabajo. Es el tipo de trabajo en el cual destacan la República de Nuevo México y Aztlán. Pues bien, podemos programar procesadores para controlar las partes móviles de las máquinas. No veo por qué no podemos hacer una máquina que tenga partes móviles para hacer todas estas cosas. Éste es mi proyecto especial.

—Si pero esto está Prohibido. ¿Vas a decirme que…?

—Las máquinas de partes móviles no están Prohibidas. Por lo menos, no directamente. La Autoridad la ha tomado con

todo aquello que signifique alta energía y alta velocidad. No quieren que alguien pueda empezar a hacer bombas o burbujas y comience otra Guerra.

El edificio se parecía al que habían visto antes, pero con menos ventanas.

Un antiguo poste de metal emergía del suelo, cerca de la entrada.

Wili lo miró con curiosidad, y Jeremy le dijo:

—Esto no tiene nada que ver con mi proyecto. Cuando yo era pequeño, todavía se podían leer unos números que tenía pintados. Se sacó de una de las alas de un aeroplano de la época anterior a la Autoridad. El coronel opina que debía estar despegando de la Base Vandenberg de la Fuerza Aérea, en el preciso momento en que fue envuelto por una burbuja. La mitad del él cayó aquí, y la otra mitad quedó dentro de la Cúpula.

Siguió a Jeremy hasta dentro del edificio. Estaba mucho más oscuro que dentro de la casa del *software*. Algo se movió. Algo hizo un ruido de tono muy elevado, semejante a un zumbido. A Wili le costó algunos segundos cerciorarse de que él y Jeremy eran los únicos seres vivos que estaban allí. Jeremy le condujo por una pasarela hasta donde estaba el foco del zumbido. Una pequeña cinta transportadora se

perdía entre las sombras. Cinco pequeños brazos que acababan en unas manos mecánicas hacían un… ¿qué?

Aquello tenía unos dos metros de largo y uno de alto. Tenía ruedas, pero eran mucho menores que las de un carro. No había espacio para los pasajeros o para la carga. Detrás de la máquina que se estaba montando, Wili vio al menos cuatro copias acabadas.

—Éste es mi fabricador.

Jeremy tocó uno de los brazos mecánicos. La máquina cesó inmediatamente sus precisos movimientos, como si quisiera expresar su respeto a su dueño.

—No puede hacer el trabajo completo. Sólo el bobinado del motor y el cableado. Pero voy a mejorarla.

Wili estaba más interesado en saber qué era lo que se fabricaba allí.

—¿Qué son estas cosas? —y señaló a los vehículos.

—Tractores de granja, ¡desde luego! No son grandes. No pueden llevar pasajeros. Has de ir andando detrás de ellos. Pero pueden tirar de un arado y pueden sembrar. Pueden tomar energía de las baterías del tejado. Es un primer proyecto peligroso, ya lo sé. Pero quería hacer algo bonito. Los tractores no son en realidad vehículos. No creo que la

Autoridad llegue a enterarse, y si se entera, haremos cualquier otra cosa. Mis fabricadores son flexibles.

También van a Prohibir tus fabricadores. No era sorprendente que Wili hubiera asimilado la opinión de Paul sobre la Autoridad de la Paz.

Habían prohibido la investigación que hubiera curado sus propios problemas. Era como todas las demás tiranías, sólo que más poderosa.

Pero Wili no dijo nada de esto en voz alta. Se acercó al más próximo «tractor» ya terminado y puso su mano sobre el motor, esperando que tal vez notaría alguna energía eléctrica. Ésta era, después de todo, una máquina que podía moverse por efecto de su propia potencia. Cuántas veces había soñado en que podía conducir un automóvil. Sabía que el más íntimo y ardiente deseo de algunos pequeños aristócratas Jonque era que sus hijos pudieran ser aceptados como conductores de los camiones de la Autoridad.

—¿Sabes, Jeremy? Creo que esto puede llevar un pasajero. Apuesto a que puedo sentarme en la parte trasera y alcanzar los mandos.

Una sonrisa apareció lentamente en la cara de Jeremy.

—¡Caramba! Veo lo que quieres decir. Si yo no abultara tanto, también podría hacerlo. Anda, ¡si vas a ser un

automovilista! Ven. Vamos a sacarlo fuera. Hay un terreno llano delante del edificio donde podremos…

Un débil «biiip» llegó desde el teléfono que Jeremy llevaba al cinto.

Se lo puso en el oído.

—De acuerdo, está bien. Lo siento.

—Wili, el coronel y el doctor Naismith quieren vernos. Y quieren que sea ahora mismo. Se suponía que debíamos estar cerca de la casa principal y a su disposición en cualquier momento.

Fue la única vez que Wili oyó que Jeremy decía algo poco respetuoso referido a sus superiores. Se fueron hacia la puerta.

—Volveremos antes de que llueva por la tarde, y probaremos si podemos conducirlo.

Pero había amargura en su voz, y Wili miró otra vez a aquella habitación en penumbra. No sabía por qué, pero no esperaba poder volver pronto por allí.

Capítulo XII

Podría haber sido un consejo de guerra. Ciertamente, el coronel Kaladze estaba muy en su papel. A Wili, en algunos aspectos, Kaladze le recordaba a los jefes de Ndelante Ali. Tenía cerca de los ochenta años, pero se mantenía tan tieso como una baqueta. Su pelo estaba cortado al mismo estilo que lo llevaban los demás, o sea cinco milímetros de largo por todas partes, incluso en la cara. Su barba plateada brillaba sobre el color moreno de su tez. Su ropa de trabajo, de un color gris verdoso, podría decirse que era de tipo corriente, si no fuese por su almidonado y su reluciente limpieza. Sus ojos azules eran capaces de expresar un gran buen humor (Wili lo recordaba de la comida de bienvenida) pero aquella mañana eran penetrantes y duros. A su lado, Miguel Rosas, incluso armado y con su insignia de *sheriff*, parecía un simple ciudadano.

Paul daba la impresión de ser el de siempre, pero evitaba mirar a los ojos de Wili.

Y ésta era, de todas ellas, la señal más clara de malos presagios.

—Siéntense, caballeros —dijo el anciano ruso a los muchachos. Todos sus hijos estaban presentes, menos el padre de Jeremy que estaba en viaje de negocios por Corvallis—. Wili, Jeremy, vais a salir para San Diego antes de lo que habíamos planeado. La Autoridad quiere patrocinar el Torneo Norteamericano de Ajedrez, igual que patrocinó los Juegos Olímpicos estos últimos años. Van a proporcionar medios de transporte especiales, y han anticipado las semifinales.

Esto era como si a un ladrón su próxima víctima le enviara una invitación, pensó Wili.

Hasta Jeremy parecía algo preocupado por todo ello:

—¿Y qué va a pasar con el plan de Wili, que pretende buscar alguna ayuda médica, allí abajo? ¿Podrá hacerlo en sus mismas narices?

—Creo que sí. Y Mike piensa igual —miró a Miguel Rosas, que asintió con una breve inclinación de cabeza—. En el peor de los casos, la Autoridad puede sospechar de nosotros, los Quincalleros, como de un grupo. No tienen ninguna razón especial para vigilar a Wili. En cualquier caso, si hemos de

participar, nuestro grupo debe estar preparado cuando llegue su convoy de camiones. Pasará por la granja en menos de quince horas.

¡Convoy de camiones! Los muchachos se miraron uno al otro. Por unos instantes, el peligro parecía muy pequeño. ¡La Autoridad iba a permitirles viajar como reyes, por la costa de California, hasta la misma La Jolla!

—Todos los que tengan que ir, deberán salir de la granja dentro de dos o tres horas, para llegar a tiempo a la carretera 101 antes de que pase el convoy —sonrió a Iván, que era su hijo mayor—. Aunque la Autoridad vigile, aunque Wili no necesitase ayuda, los Kaladze irían igualmente. Vosotros, muchachos, no podéis engañarme. Sé que durante mucho tiempo lo habéis deseado. Sé todo el tiempo que habéis desperdiciado en programas que vosotros pensabais que eran invencibles.

Iván Nikolayevich pareció sorprenderse, pero en seguida contestó sonriendo:

—Además, allí hay gente con la que tratamos desde hace años, pero que nunca hemos podido conocer personalmente. Si nos retirásemos ahora, todavía sería más sospechoso.

Wili miró a Paul, a través de la mesa.

—¿Estás de acuerdo, Paul?

De repente, Naismith pareció ser mucho más viejo que el coronel. Bajó la cabeza y habló en voz baja.

—Sí, Wili. Es nuestra mejor oportunidad de conseguir alguna ayuda para ti… pero hemos contratado a Mike para que vaya en mi lugar. Yo no puedo ir. Ya ves…

La voz de Paul siguió hablando, pero Wili ya no la escuchaba. Paul no iba a ir. Era una gran ocasión para encontrar una cura, y Paul no podía ir. Por un momento, que se eternizó dentro de su cabeza, la habitación empezó a dar vueltas y se redujo a un punto giratorio que dio paso a los primeros recuerdos de Wili.

Claremont Street, la veía a través de un cristal que deformaba la imagen, desde una cama pequeña. Había pasado la mayor parte de los primeros cinco años de su vida en aquella cama, mirando hacia aquella calle vacía. Hasta en aquello había tenido suerte. En aquel tiempo Glendora había sido una tierra de nadie, fuera del alcance de los señores Jonque y de la suave tiranía de los Ndelante Ali. Durante aquellos primeros cinco años, Wili estaba tan débil que apenas si podía comer cuando tenía comida al alcance de su mano. Su supervivencia había dependido de Tío Sly. Si todavía vivía, Sylvester debía ser más viejo que Naismith. Cuando los padres de Wili querían dejar a su enfermizo hijo recién nacido a merced de los coyotes y de los buitres, el Tío Sly había protestado y suplicado, y al final había conseguido que Wili le fuese entregado a él, en vez de ser abandonado.

Wili nunca podría olvidar la cara del anciano, tan negra y retorcida, rodeada de cabello plateado. Por fuera era muy distinto a Naismith, pero por dentro era igual que él.

Sylvester Washington (insistía en la pronunciación inglesa de su apellido) tenía algo más de treinta años cuando empezó la Guerra. Había sido un maestro de escuela, y no iba a entregar fácilmente a su último muchacho. Hizo una cama para Wili, y se aseguró de que desde ella se pudiera ver la calle, para que el niño inválido pudiera ver y oír todo lo que fuera posible. Sylvester Washington hablaba con el niño durante horas, cada día. Allí donde niños parecidos pasaban hambre y se consumían, Wili crecía lentamente. Los recuerdos más antiguos que tenía, después de la vista de Claremont Street desde el agujero de la ventana, eran los de Tío Sly jugando con él a los números, obligándole a trabajar con su inteligencia, ya que no podía hacer nada con su cuerpo.

Más tarde, el Tío Sly ayudó al niño para que también hiciera ejercicio corporal. Lo hacían después de oscurecer, en el polvoriento patio que estaba detrás de la ruina que él llamaba «casa rancho». Noche tras noche, Wili se arrastraba sobre el tibio terreno, hasta que por fin sus piernas fueron bastante fuertes para sostenerle. Sly no le dejó parar hasta que pudo andar.

Pero nunca le sacó durante el día, porque decía que era demasiado peligroso. El muchacho no lo podía comprender

ya que la calle que estaba detrás de la ventana estaba siempre silenciosa y vacía.

Wili tenía ya casi seis años cuando encontró la explicación de aquel misterio, y su mundo se acabó. Sylvester ya se había marchado a trabajar en una balsa secreta que sus amigos habían construido a espaldas del proyecto de riego de los Ndelante. Le había prometido que regresaría pronto a casa y le llevaría algo especial, como premio a sus esfuerzos por andar.

Wili estaba cansado del terrible calor que hacía durante el día en la casucha. Echó un vistazo por la rendija de la puerta mal ajustada y, poco a poco, salió a la calle, gozando de su libertad. Se fue andando calle abajo sin ver a nadie. De pronto se dio cuenta de que con unos pocos pasos más podía llegar al cruce de Claremont y Catalina, que quedaba más lejos de donde había llegado antes en sus exploraciones anteriores. Vagó por la calle Catalina durante un cuarto de hora o veinte minutos. Para él, aquello era el país de las maravillas: las abandonadas ruinas se calcinaban al sol. Las había de todas clases y de variados y deslucidos colores según el color de la pintura original. A uno de los lados de la calle, algunos trozos oxidados de chatarra parecían insectos gigantescos.

Sólo una casa de cada veinte estaba habitada. Aquel sector había sido saqueado una y otra vez. Pero, como Wili supo por aventuras posteriores, había otros sectores que no

habían sido tocados. Incluso cincuenta años después de la Guerra, se descubrían tesoros escondidos. No en vano Aztlán tenía un impuesto sobre lo que se recuperaba.

Wili todavía no tenía seis años, pero no se extravió; evitaba las casas que pudiesen estar habitadas y se mantenía a la sombra. Después de cierto tiempo, se cansó y retrocedió. Se detenía de vez en cuando para mirar cómo algún lagarto se escurría de un agujero a otro. Cogiendo confianza, cruzó una zona de aparcamiento de una tienda de comestibles, pasó bajo un letrero que ofrecía gangas que hacía cincuenta años que se habían acabado, y se dirigió de nuevo a la calle Claremont. Entonces todo pareció ocurrir al mismo tiempo.

Allí estaba el Tío Sly, que regresaba pronto a casa de su trabajo en la balsa. Llevaba un saco cargado a su espalda. Vio a Wili y su cara se desencajó. Dejó caer el saco y echó a correr hacia el chiquillo. Al mismo tiempo un ruido de cascos desde un callejón cercano. Cinco jóvenes Jonques irrumpieron bajo la luz del sol. Eran secuestradores de mano de obra. Uno de ellos cogió a Wili al vuelo mientras los demás golpeaban a Sly con sus látigos, manteniéndole a raya. Tumbado sobre su estómago, sobre la silla, Wili se retorció y consiguió echar una última mirada. Allí quedaba Sylvester Washington, ya muy lejos, en mitad de la calle, con los brazos cruzados, sin decir nada, sin hacer el menor esfuerzo para salvarle de aquellos hombres extraños que se habían apoderado de él.

Wili sobrevivió. Cinco años después fue vendido a los Ndelante Ali. Otros dos años más tarde ya había adquirido alguna reputación por sus latrocinios. Alguna vez pudo regresar a aquel cruce de Claremont Street. La casa estaba todavía allí, porque las cosas no habían cambiado mucho en aquel sector, pero estaba vacía. El Tío Sly se había ido.

Y ahora, también iba a perder a Naismith.

La inmutable cara del muchacho podría haberse atribuido a que prestaba una extrema atención. Naismith estaba hablando, pero todavía no miraba directamente hacia Wili:

—En realidad, Wili, hay que darte las gracias a ti por este descubrimiento. Lo que hemos visto es… bueno, es extraño, es maravilloso y puede que sea el prólogo de muchas cosas. Tengo que quedarme aquí. ¿Lo comprendes?

En realidad, Wili no quería decir exactamente aquello, pero le salieron las palabras por sí solas:

—Comprendo que usted no quiera venir conmigo. Comprendo que algún tonto tema de matemáticas sea más importante.

Lo peor fue que sus palabras no provocaron el enfado de Paul, que inclinó su cabeza y dijo:

—Es verdad. Hay algunas cosas que para mí son más importantes que cualquier persona. Déjame que te explique lo que hemos visto…

—Paul, si Mike, Jeremy y Wili se han de meter en la boca del león, no tiene ningún sentido que se les explique nada, ahora.

—Como tú digas. Kolya —Naismith se levantó y se fue andando lentamente hacia la puerta—. Dispensadme, por favor.

Hubo un corto silencio, que rompió el coronel.

—Hemos de trabajar de prisa si queremos que vosotros tres salgáis a tiempo. Iván, muéstrame únicamente lo que tus fanáticos del ajedrez quieren que envíes con Jeremy. Si la Autoridad paga el transporte, tal vez Mike y los muchachos podrían llevarse un aparato procesador más complicado.

El coronel se puso a discutirlo con sus hijos y Jeremy. Mike y Wili quedaron solos. El muchacho se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Tú, espera un momento.

La voz de Mike tenía el tono duro que Wili recordaba de su primer encuentro unos meses antes. El ayudante

del *sheriff* dio la vuelta alrededor de la mesa y empujó a Wili para que se volviera a sentar en su silla.

—Tú crees que Paul te ha abandonado. Puede que sí, pero te puedo decir que han descubierto algo mucho más importante que todos nosotros juntos. No sé exactamente de qué se trata, porque si lo supiera tal vez tampoco iría contigo y con Jeremy. ¿Lo entiendes? No podemos permitir que Naismith caiga en poder de la Autoridad.

»Considera que es una gran suerte para ti que continuemos con los arriesgados planes de Naismith para que puedan curarte. Él es el único hombre en toda la Tierra capaz de convencer a Kaladze para que tratara, aunque fuese directamente, con la cochina biociencia.

Miraba amenazadoramente a Wili, como si esperara su contraataque, pero el chico estaba callado y esquivaba sus miradas.

—Está bien. Te esperaré en el comedor —dijo Rosas, y se fue de la habitación.

Wili se quedó inmóvil durante mucho rato. No lloraba; no había llorado desde aquel atardecer en Claremont Street. No había culpado a Sylvester Washington y ahora no culpaba a Naismith. Ambos habían hecho por él todo lo que un hombre puede hacer por otro. Pero lo cierto es que sólo hay una persona que no puede escapar a sus problemas: uno mismo.

Capítulo XIII

Desde los cinco metros de altura donde estaba parado, el helicóptero de rotores gemelos levantó una nube de polvo en el helipuerto de la Torre Comercial. Desde su puesto en la cabina principal, Della Lu veía cómo los presentes sujetaban sus sombreros y guiñaban los ojos. El viejo Hamilton Avery fue el único que conservó su aplomo.

Cuando el helicóptero se posó, uno de sus tripulantes abrió la compuerta delantera, y saludó agitando la mano a los personajes importantes que estaban esperando. Desde su ventanilla plateada vio cómo el director Avery asentía y se daba la vuelta para dar un apretón de manos a Smythe, el titular de la licencia para Los Ángeles. Luego Avery se dirigió solo hacia el miembro de la tripulación, que no se había apartado de la puerta.

Smythe era probablemente el personaje más poderoso de la Autoridad de la Paz en la California del Sur.

Della se preguntaba lo que habría pensado él, cuando su jefe se había resignado a ser recogido de semejante manera. Sonrió con la boca torcida. ¡Diablos! Ella estaba al mando de la operación y tampoco sabía de qué se trataba.

Cuando oyó que se cerraba la compuerta, aumentó la velocidad de los rotores. Su tripulación ya había recibido órdenes. El helipuerto pareció caer hacia abajo mientras el helicóptero se elevaba como si fuera uno de los ascensores mágicos de la Torre Comercial. Se alejaron de la azotea y miró a la calle, ochenta pisos más abajo.

Cuando el helicóptero se dirigió hacia LAX y Santa Mónica, Della se puso en pie porque un instante antes Avery había entrado en la cabina. Se le veía completamente relajado, pero también completamente formal; su traje era a la vez normal y caro. En teoría, en la Comisión de Directores de la Autoridad de la Paz, todos sus miembros eran de igual categoría. Pero, de hecho, Hamilton Avery había sido su fuerza motriz desde que Della Lu estaba al tanto de la política interna. Aunque no era un hombre famoso, sí era el hombre más poderoso del mundo.

—¡Querida! ¡Cuánto me alegro de verla!

Avery se acercó a ella y le dio la mano como si ella fuera su igual y no un oficial tres grados por debajo del suyo. Ella permitió que el canoso Director la cogiera por el codo y la acompañara hasta su asiento. Daba la sensación de que ella era su huésped.

Se sentaron, y el Director observó rápidamente toda la cabina. Era un cuarto de mando sólido y móvil. No tenía bar, ni alfombras. Dada su prioridad, ella habría podido tenerlas, pero Della no había alcanzado su puesto actual dando coba a sus jefes.

La nave se dirigía hacia el oeste, el batir de sus palas quedaba silenciado por el grueso aislamiento de la cabina. Debajo, Della podía ver los edificios de la Autoridad de la Paz. En realidad, el Enclave era un corredor que se extendía desde Santa Mónica y LAX que estaban en la costa, hasta tierra adentro, donde antes había estado el centro de Los Ángeles. Era el Enclave mayor del mundo. Allí vivían más de cincuenta mil personas, la mayoría cerca de los estudios del Servicio de Noticias. Y vivían bien. En las parcelas suburbanas de tres acres cada una que estaban sobrevolando podían verse piscinas y pistas de tenis.

Por el norte se veían los castillos y las rutas fortificadas de los aristócratas de Aztlán. Éstos tenían responsabilidad de gobierno, pero como no disponían de la Tecnología Prohibida, sus «palacios» no eran más que basureros medievales. Al igual que la República de Nuevo México,

Aztlán miraba a la Autoridad con una importante envidia mientras seguían soñando con los antiguos tiempos de esplendor.

Avery levantó la vista.

—Veo que ha hecho borrar la bandera de Beijing.

—Sí, señor. En su mensaje se decía muy claro que no era conveniente que la gente supiera que utilizaba a personal que no procedía de Norteamérica.

Ésta era una de las pocas cosas que tenía claras. Tres días antes había estado en el Enclave de Beijing, cuando regresaba de hacer su última inspección sobre la situación en el Asia Central. Se había recibido vía satélite un megabyte de detalladas instrucciones procedentes de Livermore. Pero no iban dirigidas al propietario de la licencia en Beijing, sino a una tal Della Lu, agente de tercer nivel de la contraguerrilla y ejecutora general. Se le asignó un reactor de carga (la carga era aquel helicóptero) y se le ordenó que volara atravesando el Pacífico hasta LAX. Nadie debía asomarse fuera del transporte en las paradas intermedias. Cuando hubieran llegado a LAX, la tripulación del carguero debía dejar el helicóptero y a su gente y regresar inmediatamente.

Avery hizo señas de aprobación.

—Bien. Necesito alguien a quien no haya que decirle las cosas letra por letra. ¿Ha tenido usted ocasión de leer el informe de Nuevo México?

—Sí, señor.

Se había pasado todo el viaje estudiando el informe y poniéndose al día en la política de Norteamérica. Había estado ausente tres años, y andaba atrasada de noticias, aun sin contar con la crisis de Tucson.

—¿Cree usted que la República aceptó nuestra historia?

Pensó en los registros en cinta de la reunión y en los informes sobre la misma.

—Sí. Es una ironía, pero el que más sospechaba era también el más ignorante. Schelling se tragó el anzuelo, el hilo y el flotador. Tiene los suficientes conocimientos teóricos para ver que era razonable.

Avery estuvo de acuerdo.

—Pero sólo lo seguirá creyendo si no explotan más burbujas. Y entiendo que esto ha sucedido ya, al menos dos veces más, en las últimas semanas. No creo en la explicación de la degeneración cuántica. Los antiguos campos de misiles de USA están plagados de burbujas. Si las degeneraciones continúan ocurriendo, no podrán dejar de entenderse.

Avery volvió a asentir, y no parecía estar sorprendido por el análisis.

El helicóptero se ladeó ligeramente al pasar sobre Santa Mónica, permitiendo que ella viera las mayores mansiones del Enclave. Alcanzó a ver la playa de la Autoridad y la ruinosa línea de la costa de Aztlán más hacia el sur. Volaban ya sobre el mar. Recorrieron algunos kilómetros hacia el sur antes de volver a hallarse sobre tierra firme. Tenían que volar en amplios círculos hasta que se hubiera terminado aquella conferencia. Ni lo sucedido en Tucson podía explicar aquella misión. Della casi frunció el ceño.

Avery levantó una mano, muy bien cuidada.

—Lo que usted dice es correcto, pero puede que sea irrelevante. Todo depende de cuál resulte ser la verdadera explicación. ¿Ha tomado usted en consideración la posibilidad de que alguien haya descubierto la manera de destruir las burbujas, y que lo que estamos viendo sean sus experimentos?

—La elección de los lugares de los experimentos es muy extraña, señor: los campos de hielo de Ross, Tucson, Ulan Ude. Y no comprendo cómo una tal organización podría escapar sin ser descubierta.

Hace cincuenta y cinco años, antes de la Guerra, lo que luego habría de llegar a ser la Autoridad de la Paz, había sido

un laboratorio contratado, una corporación, subvencionada por el Estado para hacer investigaciones secretas militarmente muy provechosas. Estas investigaciones habían producido las burbujas. Campos de fuerza, cuya generación requería la utilización de toda la energía de la mayor planta nuclear del laboratorio durante un mínimo de treinta minutos. El antiguo gobierno de los Estados Unidos no había sido informado del descubrimiento. El padre de Avery se había ocupado de ello. En su lugar, los directores del laboratorio jugaron su propia versión de la geopolítica. Incluso en las enrarecidas alturas burocráticas donde habitaba Della, no se tenía una evidencia sólida de que el laboratorio de Avery hubiera empezado la Guerra, pero ella tenía sus sospechas.

En los años que siguieron al gran colapso, la Autoridad había desposeído al resto del mundo de toda la tecnología de alta energía. Los gobiernos más peligrosos, tales como el de los Estados Unidos, fueron destruidos, y sus territorios quedaron en una situación que iba desde la anarquía de los villorrios de la California Central, hasta el fascismo de Nuevo México, pasando por el medievalismo de Aztlán. Donde existían gobiernos, tenían la fuerza justa para recaudar los impuestos de la Autoridad. Estas pequeñas naciones eran, de alguna manera, soberanas. Llegaban a tener sus propias guerras. Pero les faltaba la gran industria y las armas de alta potencia que hacían de la guerra una amenaza para la especie.

Della dudaba de que, fuera de los Enclaves, pudiera existir la pericia técnica suficiente para reproducir las invenciones antiguas, ni mucho menos efectuar mejoras en ellas. Y si alguien hubiera encontrado el secreto de las burbujas, los satélites de la Autoridad habrían descubierto la construcción de las plantas de energía y de las fábricas necesarias para llevar de nuevo a cabo la invención.

—Lo sé. Puede que parezca paranoico. Pero una cosa que ustedes los jóvenes no saben es cuan técnicamente ignorante es la Autoridad.

La miró, como si esperara que se lo discutiera.

—Tenemos todas las universidades y todos los grandes laboratorios. Controlamos a todas las personas altamente cualificadas de la Tierra. Pero, a pesar de todo, hacemos muy poca investigación. Lo sé porque puedo recordar cómo era el laboratorio de mi padre, antes de la Guerra; y más aún porque desde entonces me he asegurado de que no se iniciasen proyectos que fueran realmente imaginativos.

»Nuestras fábricas pueden producir casi todo lo que existía antes de la Guerra —golpeó con su mano la pared de la cabina—. Ésta es una nave buena y fiable, probablemente ha sido construida en los últimos cinco años. Pero los planos tienen más de sesenta.

Hizo una pausa y su tono de voz se hizo menos casual.

—A lo largo de los últimos seis meses, he llegado a la conclusión de que al actuar así hemos cometido un grave error. Hay gente que trabaja bajo nuestras propias narices y que tiene una tecnología que sustancialmente está por encima de los niveles de antes de la Guerra.

—Supongo que usted no estará pensando en los nacionalistas mongoles, señor. En mis informes intenté dejar muy claro que sus armas nucleares procedían de depósitos antiguos de los soviéticos. Muchas no se podían utilizar. Y sin estas bombas no eran más que…

—No, querida Della, no es esto en lo que estaba pensando.

Puso una caja de plástico sobre la mesa.

—Mire lo que hay dentro.

Sobre el forro de terciopelo había cinco pequeños objetos. Lu levantó uno y lo miró a la luz del sol.

—¿Es una bala?

Parecía un proyectil de 8 milímetros. No podía asegurar si había sido disparada. Había algunas señales, pero no eran del estriado de un cañón. Algo oscuro y pegajoso manchaba su punta.

—Sí, lo es. Pero una bala que tiene un cerebro. Permítame que le cuente cómo obtuvimos esta joya. Puesto que yo

tenía sospechas acerca de estos científicos aficionados, de los Quincalleros, he intentado infiltrar a alguien entre ellos. No ha sido fácil. En la mayor parte de Norteamérica no hemos tolerado que existan gobiernos. Aunque la recaudación de impuestos se resienta, el riesgo de los nacionalismos parecía demasiado alto. Ahora me doy cuenta de que era un error. De una manera u otra han ido más lejos que los de las áreas que tienen alguna forma de gobierno, y no tenemos una manera fácil de vigilarles si no es desde una nave orbital.

»No obstante, mandé equipos a las tierras sin gobierno, usando cualquier tapadera que pareciera apropiada. En California Central, por ejemplo, lo más fácil fue pretender que eran descendientes de la antigua fuerza de invasión soviética. Tenían instrucciones para andar por las montañas y tender emboscadas a los que parecieran viajeros. Suponía que poco a poco iríamos acumulando información sin tener que hacer incursiones oficiales. La última semana, un equipo preparó una emboscada a tres hombres locales, en los bosques que hay al este de Vandenberg. La presa sólo tenía un fusil, un Nuevo México de ocho milímetros. Estaba casi oscuro, pero desde una distancia de más de cuarenta metros, el enemigo hirió a cada uno de los diez miembros del equipo, con una sola ráfaga del fusil.

—El Nuevo México de ocho milímetros sólo tiene un cargador de diez tiros. O sea que…

—Una puntuación de campeonato, querida. Y mis hombres juran que el arma fue disparada en posición automática.

»Si no hubieran llevado armaduras corporales, o si los tiros hubieran llevado la velocidad normal, ninguno de ellos habría vivido para poder contar la historia. Diez hombres armados, muertos por un hombre con un fusil hecho a mano. Magia. Y usted está sosteniendo un trozo de esta magia. Otras personas se han ocupado de hacer todos los ensayos y disecciones que eran posibles en los laboratorios de Livermore. ¿Ha oído usted hablar de bombas inteligentes? Claro que sí, sus unidades las usan en Mongolia. Pues bien, señorita Lu, esto son balas inteligentes.

»El proyectil lleva delante un ojo de vídeo, conectado a un procesador tan potente como el que nosotros somos capaces de introducir en una maleta, y nuestra versión "maleta" de este procesador nos costaría unas cien mil monedas. Evidentemente, el cañón del fusil no está rayado; el proyectil puede cambiar de trayectoria cuando está en vuelo para ir hasta su objetivo.

Della hizo rodar la bala en la palma de su mano.

—¿Es decir que queda bajo el control del tirador?

—Sólo indirectamente, y sólo en el momento del «lanzamiento». Debe haber un procesador en el fusil que

sigue la pista del objetivo y escoge el momento del disparo. El procesador del proyectil es lo bastante potente para dirigirse al blanco previsto. Muy interesante, ¿no es cierto?

Della estuvo de acuerdo. Estaba recordando lo delicado que era el mecanismo de ataque de los A551, y lo caro que costaban. Además, necesitaban un suministro constante de repuestos que les enviaban desde Beijing. Si aquellas cosas se podían hacer tan baratas para desecharlas después de usarlas…

Hamilton Avery sonrió un poco, aparentemente satisfecho de su reacción.

—Y esto no es todo. Eche un vistazo a las otras cosas que hay en la caja.

Della dejó caer la bala en el terciopelo de la cajita y tomó una bola de color pardo. Se adhería ligeramente a sus dedos. No se apreciaban marcas, ni variaciones en su superficie. Alzó sus cejas interrogativamente.

—Es un dispositivo de escucha, Della. Pero no es uno de nuestros sistemas normales de audio, sino que, además, es de vídeo, y suponemos que capta en todas direcciones. Algo que tiene que ver con la Óptica de Fourier, me dicen mis expertos. Puede grabar, o transmitir a una distancia muy corta. Todo esto lo hemos supuesto por las microfotografías

de rayos X de su interior. Ni siquiera tenemos equipo que pueda enfrentarse a él.

—¿Está seguro de que ahora mismo no está grabando?

—¡Oh, sí! Destruyeron el interior antes de dármelo. Los microscopistas aseguran que no ha quedado ninguna conexión que pueda funcionar. De todas formas, creo que ahora podrá comprender el motivo de tantas precauciones.

Della asintió lentamente. Las explosiones de las burbujas no eran el verdadero motivo; él esperaba que sus verdaderos enemigos ya supieran todo lo que tenían que saber en relación a ellas. Sí. Avery era muy inteligente, y estaba tan asustado como su fría personalidad le permitía mostrar.

Permanecieron sentados durante unos treinta segundos. El helicóptero dio otra vuelta, y los rayos de sol iluminaron la cara de Della. Estaban volando hacia el este, sobre Long Beach y en dirección a Anaheim, por lo menos éstos eran los nombres que figuraban en los libros de historia. Las huellas de las calles se perdían a lo lejos, en medio de una neblina gris y anaranjada. Daba una falsa impresión de orden. En realidad eran kilómetros y más kilómetros de desierto quemado y abandonado. Era difícil creer que una amenaza como aquélla pudiera originarse en Norteamérica. Pero, después de los hechos, tenía sentido. Si a la gente se le niega

la gran industria y la gran investigación, es seguro que buscará otros medios de conseguir lo que necesita.

Y si podían hacer aquellas cosas, quizá también era posible que pudiesen ir más allá de las teorías de la mecánica cuántica y encontrar la manera de hacer reventar las burbujas.

—¿Cree usted que se han infiltrado dentro de la Autoridad?

—Estoy seguro de que lo han hecho. Pasamos la escoba por nuestros laboratorios y salas de conferencias. Encontramos diecisiete de estos aparatos de escucha en la Costa Oeste, dos en China y unos pocos más en Europa. No había repetidores cerca de los que se encontraron más allá del océano, por lo que creemos que se trataba de exportaciones involuntarias. El mal parece que se extiende a partir de California.

—O sea que ya saben que andamos tras de ellos.

—Sí, pero muy poco más. Han cometido algunos errores grandes y nosotros hemos tenido un poco de buena suerte. Tenemos un informador en el grupo de California. Nos llegó, viniendo de la nada, hace menos de un par de semanas. Creo que es legítimo. Lo que nos ha contado se ajusta a nuestros descubrimientos, pero va mucho más lejos. Vamos a hacer que esta gente se ponga de rodillas, y lo haremos

oficialmente. No hemos hecho un escarmiento desde hace mucho tiempo, desde el incidente de Yakima.

»Su papel en esto será crucial, Della. Usted es una mujer, y fuera de la Autoridad el sexo débil se mira con cierto desprecio.

»No es sólo fuera de la Autoridad», pensó Della.

—Usted será invisible para el enemigo, hasta que ya sea demasiado tarde.

—¿Se refiere usted a un trabajo de campo?

—Sí, sí, querida. Usted ha tenido misiones mucho más duras.

—Sí, pero… yo era director de campo en Mongolia.

Avery puso sus manos sobre las de Della.

—No es que le disminuya en su cargo. Usted sólo será responsable ante mí. Mientras las comunicaciones lo permitan, usted controlará la operación California. Pero necesitamos lo mejor que tenemos allí, en tierra, alguien que conozca el terreno y que pueda tener una cobertura verosímil.

Della había nacido y se había criado en San Francisco. Durante tres generaciones, sus familiares habían sido restauradores y confidentes de la Autoridad.

—Y hay una cosa muy especial que quiero que se haga. Esto puede ser más importante que todo el resto de la operación.

Avery dejó sobre la mesa una fotografía en color. La fotografía era muy granulada, ampliada hasta casi el límite de resolución. En ella vio un grupo de hombres que estaba delante de una cuadra. Eran granjeros del norte, exceptuando un niño negro que hablaba con un muchacho alto que llevaba un NM 8 mm. Pudo adivinar quiénes eran.

—Vea al individuo del medio, el que está al lado del de la barba de soldado.

La cara era poco más que una mancha, pero se veía perfectamente que debía tener setenta u ochenta años de edad. Della podría pasear entre la gente de cualquier enclave de Norteamérica y ver una docena de personas iguales que aquélla.

—Creemos que es Paul Hoehler —miró a su agente—. Este nombre no le dice nada, ¿verdad? Bueno, no lo encontrará en los libros de historia, pero yo lo recuerdo. Hace mucho tiempo en Livermore, un poco antes de la Guerra. Yo era sólo

un muchacho. Estaba en el laboratorio de mi padre y es el hombre que inventó la burbuja.

La atención de Della se centró otra vez en la fotografía. Sabía que se le acababa de dar acceso a uno de aquellos secretos que se guardaban ignorados por todo el mundo, y que deberían haber muerto con el último de los viejos directores. Ella trató de ver algo remarcable en aquellas facciones borrosas.

—¡Oh! Schmidt, Kashihara y Bhadra convirtieron aquella cosa en algo que se pudiera proyectar y realizar. Pero era una de las brillantes ideas de Hoehler. Y lo peor de todo es que el hombre no era, ni siquiera es ahora, un físico.

»De todas maneras desapareció poco después de que empezara la Guerra. Muy inteligente. No esperó a tomar una postura moral, que nos permitiera deshacernos de él. Después de eliminar a los ejércitos nacionales, dábamos la mayor prioridad a poderle atrapar. Nunca lo logramos. Después de diez o quince años, cuando ya tuvimos el control de todos los laboratorios y reactores que quedaban, se terminó la búsqueda del doctor Hoehler. Pero ahora, después de todos estos años, cuando vemos burbujas que explotan, le descubrimos de nuevo… Ya puede usted comprender por qué la “degradación de las burbujas” no es natural.

Avery tecleó sobre la fotografía.

—Éste es el hombre, Della. En las próximas semanas, vamos a tomar acciones de Paz contra centenares de personas. Pero todo esto no servirá de nada si usted no puede atrapar a este hombre.

FLASHFORWARD

La herida de Allison no presentaba señales de que fuera a abrirse otra vez, y le parecía que no debía tener mucha hemorragia interna. Le dolía, pero podía andar. Ella y Quiller establecieron su campamento (en realidad era más un escondite que un campamento) a unos veinte minutos del lugar del accidente.

El fuego había formado en el cielo un largo penacho de humo rojizo. Si todo aquello tenía una explicación coherente, era muy lógico esperar que aquella señal debería atraer a los aparatos de rescate de la Fuerza Aérea. Y si lo que atraía era algo o alguien no amistoso, estaban suficientemente lejos de la zona de impacto para poder escapar, o por lo menos en ello confiaba.

Pasaron los días, cálidos y hermosos, sin el menor signo de vida humana. Allison se había vuelto impaciente y habladora. Tenía sus propias teorías. La existencia de una fuga en la cabina durante la última órbita podía explicar casi todas las cosas. La hipoxia puede afectarte antes de que te enteres. ¿No era esto lo que había matado a tres pilotos soviéticos en los primeros tiempos de los vuelos espaciales tripulados? ¡Caramba! También podría haber sido la explicación de todos los fallos de memoria. De algún modo su secuencia de reentrada se había retrasado. Así pues, habían caído en las junglas de Australia. No, esto no era posible si el problema había surgido en la última órbita. Tal vez Madagascar fuera una posibilidad. Su República del Pueblo no iba precisamente a darles la bienvenida. Deberían estar ocultos hasta que la Fuerza Aérea pudiera seguir y localizar el lugar del accidente. Una incursión de rescate llegaría en cualquier momento, digamos que tal vez la Fuerza Aérea daría cobertura al aterrizaje de un avión de despegue vertical de la Marina.

Angus no lo aceptaba.

—Está la cúpula, Allison. Ninguna nación de la Tierra puede construir una cosa así, sin que nosotros nos enterásemos. Juro que tiene kilómetros de altura.

Señaló con un gesto al segundo sol que estaba en el oeste. Los dos soles eran difíciles de ver a través de la espesura del bosque, pero durante su desplazamiento, desde donde

habían caído hasta allí, habían tenido una mayor visibilidad. Cuando Allison había mirado al falso sol con los párpados entrecerrados, había podido ver que el disco era un óvalo distorsionado, era claro que se trataba de la reflexión en alguna superficie curvada muy extensa.

—Ya sé que es muy grande, Angus. Pero no es necesario que sea una estructura física. Tal vez sea un efecto óptico de inversión.

—Piensa que sólo estás viendo la parte que está muy alejada del suelo, donde no hay más que el cielo que pueda ser reflejado. Si trepas a uno de los árboles más altos, podrás ver la línea de la costa reflejada en la base de la cúpula.

—Humm.

No le hacía falta subirse a ningún árbol para poder creerle. Lo que ella no podía creer era la explicación que Quiller daba al fenómeno.

—Acéptalo, Allison. No estamos en ninguna parte del mundo que conozcamos. Pero las lápidas de las tumbas demuestran que todavía estamos en la Tierra.

La lápida. Muchísimo menor que la cúpula y muchísimo más difícil de explicar.

—¿Todavía crees que esto es el futuro?

—Es lo único que cuadra. No sé el tiempo que tardan las lápidas de cementerios en deteriorarse. No creo que estemos más de mil años adelante —sonrió—. No más que un intervalo corto, igual al de Buck Rogers.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Prefiero que sea Buck Rogers y no El planeta de los simios.

—Yo también. Nunca me ha gustado aquello de que maten a los viajeros del tiempo que les sobran.

Allison seguía mirando al segundo sol a través del follaje. A la fuerza debía existir otra explicación.

Estuvieron discutiendo durante mucho tiempo, y al final se pusieron de acuerdo en dar veinticuatro horas más de crédito a la teoría de «Rescate en Madagascar». Después de este plazo, andarían hasta la costa y la irían siguiendo, hasta encontrar alguna forma de civilización.

***

Era ya casi de noche cuando lo oyeron. Era un chillido agudo que se convirtió en un bramido.

—¡Aviones! —exclamó Allison y se puso en pie.

Angus se sobresaltó y miró hacia arriba. Y también se puso en pie, saltando y bailando.

Algo oscuro y en forma de flecha se cernió sobre ellos.

—Es un A-5-11. ¡Gracias a Dios! —Angus saltaba de alegría y luego la abrazó—. Tenías razón, Allison.

Por lo menos, había tres reactores. El aire estaba lleno de su sonido. Y se trataba de una operación conjunta. Vieron cómo el tercer aparato se quedaba en suspenso en el aire, a unos trescientos metros de distancia de ellos. Era uno de los nuevos transportes de tropas Sikorski. Sólo los marines volaban en ellos.

Se dirigieron por el estrecho sendero hacia la nave más cercana. Allison andaba a la pata coja. De pronto la mano de Angus se apretó sobre su brazo. Giró en redondo al perder el equilibrio. El piloto le estaba señalando un claro por donde se veía al Sikorski quieto en el aire.

—¿Quiénes son? —fue lo único que dijo.

—¿Qué?

Y entonces ella lo vio. La parte más exterior de las alas estaba cubierta por un extravagante dibujo. En su centro estaba colocado un emblema verde que parecía una letra phi o una theta. No se parecía en lo más mínimo a ninguna insignia militar que hubiera visto antes.

Capítulo XIV

El ambiente de un torneo abierto de ajedrez no había cambiado mucho en los últimos cien años. Un visitante que llegara del año 1948, quizá se extrañaría de las elegantes vestimentas hechas a mano y de los cortes de pelo insólitos. Pero las cosas realmente importantes —la familiaridad mezclada con una intensa concentración, la amplia gama de edades, el silencio durante las partidas, las largas mesas y las filas de jugadores— las reconocería inmediatamente.

Sólo una cosa importante había cambiado, y ésta, a nuestro hipotético viajero del tiempo, le iba a costar un poco descubrirla: los contrincantes no jugaban solos. No estaban autorizados los equipos, pero prácticamente todos los jugadores serios tenían asistencia, generalmente en forma de una pequeña caja gris dispuesta al lado del tablero, o junto a sus pies. Los jugadores más conservadores utilizaban diminutos teclados para comunicarse con sus programas. Otros, parecían estar desconectados de cualquier ayuda,

pero de vez en cuando se quedaban con la mirada fija en la distancia, absortos en su concentración. Algunos de éstos eran jugadores en el sentido antiguo de la palabra, y desdeñaban la magia de los ordenadores.

Wili era el que tenía más éxitos, de entre todos estos jugadores atávicos. Sus ojos brillaban mirando toda la fila de tableros, tratando de decidir cuáles eran los jugadores verdaderamente humanos y cuáles eran los farsantes. Hacia el final de la mesa, el océano Pacífico era una banda azul que se divisaba por las ventanas abiertas del pabellón.

Wili fijó su atención en su propio juego, intentando olvidarse de la muchedumbre de espectadores. Aunque no había hecho más que acabar una apertura de Ruy López (éste es el nombre que Jeremy le había dado unas noches antes), Wili tenía una buena impresión referente a la partida. Ahora era posible un potente ataque por la banda del rey, a menos que su oponente se sacara una verdadera sorpresa de su manga. Ésta sería su quinta victoria consecutiva. Esto explicaba la afluencia de público. Era el único jugador, estrictamente humano, imbatido. Wili se sonrió a sí mismo. Éste era un subproducto de la expedición totalmente inesperado, pero muy agradable. Nunca había sido causa de admiración (aunque su reputación entre los Ndelante se podría calificar de admirable). Sería un verdadero placer para él poder demostrar a aquella gente lo inútiles que eran sus máquinas, en realidad. De momento, se había olvidado de que toda la atención suplementaria que

recibiera haría más difícil su eclipse cuando llegara el momento.

Wili se fijó en el tablero un segundo más, entonces desplazó su peón de alfil, iniciando una secuencia de acontecimientos que debería ser imparable. Paró su reloj, y por fin levantó los ojos para mirar a su oponente.

Unos ojos de color pardo oscuro le devolvieron la mirada. La muchacha, la mujer (estaría en los veinte años) sonrió a Wili como si acusara recibo de su jugada. Ella se inclinó hacia adelante y sostuvo junto a su sien una banda que contenía un dispositivo de entrada y salida de datos. Un suave mechón de cabello negro cubrió su mano.

Casi transcurrieron diez minutos. Algunos de los espectadores empezaron a dispersarse. Wili no hacía otra cosa que permanecer sentado y simular que no estaba mirando a la muchacha. Ésta no tenía más de un metro cincuenta de estatura, un poco más alta que él. Y era la criatura más hermosa que jamás había visto. Podía estar sentado tan cerca de ella, sin tener que decir nada, sin tener que entablar conversación, que Wili hubiera preferido que aquella partida no acabara nunca.

Cuando por fin ella movió, hizo otro movimiento de peón. Muy raro, muy arriesgado. Decididamente, era una jugadora muy floja. En los últimos tres días, Wili había jugado más al ajedrez que en los tres meses anteriores. Casi todas sus

partidas habían sido contra jugadores que tenían ayuda. Algunos de ellos eran tan sólo servidores de sus máquinas. Se podía estar seguro de que no iban a cometer el más mínimo error y que se aprovecharían de los que pudiera cometer su antagonista. Jugar con ellos era como torear a un toro, imposible si vas a acometerle de frente, pero fácil si sabes encontrar sus puntos flacos. Otros jugadores, como Jeremy, eran flojos, se equivocaban más veces, pero estaban llenos de sorpresas rebuscadas. Jeremy decía que su programa se acoplaba a su propia creatividad. Aseguraba que, con su ayuda, él era mejor que cualquier máquina o que cualquier humano, por separado. Wili sólo estaba de acuerdo en que esto era mejor que ser sólo el esclavo de un procesador.

El juego de Della Lu era tan atractivo como su presencia. Su última jugada estaba llena de riesgos y (ahora lo veía) llena de posibilidades. Una máquina por sí sola nunca habría hecho aquella jugada.

Rosas y Jeremy aparecieron detrás de ella. Rosas no participaba en el campeonato. Jeremy y su Flecha Roja especial iban bien, pero no jugaba en aquella ronda. Jeremy le miró a los ojos. Querían que saliera al exterior. Wili notó una punzada de irritación.

Por fin decidió cuál iba a ser su mejor ataque. Su alfil salió de la tercera línea, y se colocó delante de los peones. Paró su reloj. Pasaron algunos minutos. La muchacha cogió su rey

y ¡lo hizo caer! Se levantó y extendió su mano a Wili por encima de la mesa.

—Un juego muy bonito. Muchas gracias.

Hablaba en inglés con un ligero acento del Área de la Bahía.

Wili trató de ocultar su sorpresa. Ella ya no hubiera podido ganar, estaba seguro de esto. Pero si lo había visto tan pronto era porque debía de ser, por lo menos, tan inteligente como él. Wili sostuvo la fría mano de ella durante un momento, y luego recordó que debía apretarla. Se puso en pie y murmuró algo ininteligible, pero ya era demasiado tarde. Los espectadores le rodeaban felicitándole. Wili se encontró apretando manos que se le ofrecían por todos lados, y algunas de aquellas manos iban enjoyadas, pertenecían a aristócratas Jonques. Le decían que era la primera vez en cinco años que un jugador sin ayudas había podido llegar a las finales. Algunos opinaban que tenía la posibilidad de ganar a todos los finalistas, y se preguntaban cuánto tiempo hacía que un simple humano no había sido campeón de Norteamérica.

Cuando pudo salir del cerco de sus admiradores, Della Lu se había retirado del lugar de su derrota. De todas maneras, Miguel Rosas y Jeremy Sergeivich estaban esperando para recogerle.

—Una buena victoria —dijo Mike echando su brazo por encima de los hombros del muchacho—. Apuesto a que te gustará respirar algo de aire fresco, después de tanta concentración.

Wili asintió sin demasiadas ganas y dejó que le llevaran hasta el exterior. Por lo menos, así pudieron esquivar a los dos periodistas de Paz que cubrían el acontecimiento.

Los pabellones de la Fonda La Jolla se habían edificado en una de las más bellas playas de Aztlán. Enfrente de la bahía, a unos dos mil metros, los viñedos verdes y grises llegaban hasta la parte alta de los acantilados. Wili podía seguir con la vista aquellos acantilados y el romper de las olas hasta que se desvanecían entre la bruma, en alguna zona próxima a Los Ángeles.

Subieron por el césped hasta el restaurante. Detrás de él estaban las ruinas de la antigua La Jolla. Allí había más piedras labradas que en Pasadena. Aquello era más seco y pálido, sin la vida oculta de la cuenca de Los Ángeles. No era de extrañar que los señores Jonques hubieran escogido La Jolla para su lugar de recreo. El sitio estaba alejado, tanto de los barrios bajos como de las grandes propiedades. Los señores se podían reunir allí en una especie de tregua, olvidando sus rivalidades. Wili se preguntaba qué habrían hecho los de la Autoridad para convencerles de que el campeonato de ajedrez se celebrara allí, aunque era muy

probable que la misma popularidad del juego pudiera explicarlo.

—He encontrado a los amigos de Paul —dijo Rosas.

Volvió a sus verdaderos problemas con un gesto de desagrado.

—¿Cuándo tenemos que irnos?

—Esta tarde, después de tu próxima partida. Tienes que perderla.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mira. —Mike le hablaba con dureza—. Nos arriesgamos mucho por tu causa. Danos una excusa para que podamos abandonar este proyecto y lo haremos.

Wili se mordió los labios. Jeremy iba detrás en silencio, y Wili se dio cuenta de que, por una vez, Rosas tenía razón. Ambos habían arriesgado su libertad, quizás hasta sus vidas, por él, o ¿era por Paul? No importaba. Dejando aparte la investigación sobre las burbujas, la biociencia era el crimen más funesto en la lista de la Autoridad. Y se habían enredado en todo esto para que él pudiera curarse.

Rosas interpretó el silencio de Wili como la aquiescencia que en realidad era.

—Entonces, de acuerdo. Dije que tenías que perder la próxima vez. Haz mucho teatro, algo que justifique el que te saquemos fuera de la sala y lejos de todos.

Dirigió una mirada de soslayo al muchacho.

—No va a ser demasiado difícil para ti, ¿verdad?

—¿Dónde hemos… de ir? —preguntó Jeremy.

Pero Rosas sólo movió la cabeza, y una vez entraron en el restaurante no tuvieron oportunidad para seguir con aquella conversación.

***

Roberto Richardson, así estaba escrito en la lista. Éste era su próximo contrincante, frente a quien debía perder. «Esto va a ser más difícil de lo que creía», pensó Wili, y observó que su obeso oponente atravesaba el pabellón y se dirigía hacia la mesa de juego. Richardson pertenecía al tipo más repugnante de los Jonques: el Anglo. Y peor todavía, por el dibujo de su chaqueta se veía que era de los estados que estaban por encima de Pasadena. Había muy pocos Anglos en la nobleza de Aztlán. Richardson era tan pálido como Jeremy Sergeivich, y Wili se estremecía al pensar lo

asqueroso que debía ser por dentro para compensar tanta blancura. Probablemente tenía los equipos de trabajadores peor tratados de Pasadena. Esta clase de tipos siempre abusaba de sus siervos, intentando convencer, a los de su categoría social, de que eran tan señores como ellos.

En el pabellón, muchos Jonques tenían tan sólo un guardia personal. Richardson estaba rodeado por cuatro.

El hombre gordo sonrió a Wili mientras ponía su equipo sobre la mesa y se colocaba un conector en el cuero cabelludo. Extendió una gruesa mano blanca y Wili la estrechó.

—Me han dicho que usted era paisano mío, en otro tiempo. De Pasadena, nada menos —estaba usando el formal «usted».

Wili asintió. En el rostro del otro no había más que buena camaradería, como si las diferencias sociales fuesen una rareza histórica.

—Pero ahora vivo en California Central.

—¡Ah!, sí. Difícilmente podría haber desarrollado sus talentos en Los Ángeles, ¿verdad hijo?

Se sentó y se puso en marcha el reloj. Muy adecuadamente, Richardson tenía las blancas.

La partida empezó muy rápida, al principio, pero Wili estaba fastidiado por la charla del otro. El Jonque era casi demasiado amistoso, le preguntaba si le gustaba California Central, y afirmaba lo bonito que debería ser haberse podido alejar de las «desventajosas condiciones» de la Cuenca. En otras circunstancias Wili le hubiera dicho al otro que se callara (probablemente no sería demasiado peligroso en aquel área de tregua). Pero Rosas le había dicho que dejara durar la partida por lo menos una hora, antes de iniciar la discusión.

Diez jugadas después de empezar la partida, Wili se dio cuenta de que su enfado le hacía jugar mal. Vio que el ala de dama de Richardson se abría y que la ventaja posicional estaba claramente en las manos de su oponente. La conversación no había distraído a Richardson en lo más mínimo. Wili miró hacia el océano por encima del hombro del otro. En el horizonte, y muy lejos, un buque cisterna de la Autoridad se desplazaba lentamente hacia el norte. Más próximos, dos veleros de carga de Aztlán navegaban en sentido contrario. Se concentró en su silencioso y pacífico desplazamiento hasta que los comentarios de Richardson se redujeron en su conciencia a ininteligibles susurros. Entonces volvió a mirar el tablero y puso toda su atención en recuperarse.

El parloteo de Richardson continuó por algunos momentos, pero luego se fue apagando por completo. El pálido aristócrata miró a Wili con una expresión vagamente

confusa, pero no se enfadó. Wili ni siquiera se dio cuenta. Para él la única evidencia de su oponente eran las jugadas de la partida. Incluso cuando Jeremy y Rosas se acercaron, incluso cuando su anterior oponente, Della Lu, se paró junto a la mesa, Wili siguió sin enterarse.

Porque Wili estaba en apuros. Ésta había sido su apertura más débil de todo el campeonato y, dejando aparte la guerra psicológica, éste era su oponente más fuerte. Richardson jugaba a la vez fuerte y blando. No cometía errores y había imaginación en todo lo que hacía. Jeremy había dicho algo sobre el hecho de que Richardson era un adversario muy fuerte, que tenía una máquina rápida, unos soberbios programas interactivos y la adecuada inteligencia para utilizar ambas cosas. Esto se lo había dicho algunos días atrás, y Wili lo había olvidado. Ahora se estaba enterando de nuevo.

El ataque fue madurando en los cinco movimientos siguientes. Era un nudo corredizo que se iba cerrando sobre el campo de juego de Wili. El enemigo (Wili ya no pensaba en él como un nombre, ni siquiera como una persona) podía ver varias jugadas futuras, y podía descubrir una estrategia incluso más allá. Wili casi había encontrado a su verdadero contrincante.

Cada movimiento les iba costando más tiempo que el anterior y los jugadores se quedaban en un estado catatónico, evaluando su próxima jugada. Finalmente, ya a

la vista del fin de la partida, Wili realizó la más aguda filigrana de su corta carrera. Su enemigo se había quedado con dos torres, contra un caballo, un alfil y tres peones bien colocados. Para ganar necesitaba alguna combinación genial, algo tan inteligente como su descubrimiento del invierno anterior. Pero sólo disponía de veinte minutos y no de veinte semanas.

Con cada uno de los movimientos, la presión dentro de su cabeza iba en aumento. Tenía la impresión que era un corredor pedestre que persiguiese a un automóvil, o como el John Henry de los discos de historia de Naismith. Su desnuda inteligencia estaba luchando con un monstruo artificial, una máquina que analizaba un millón de combinaciones durante el tiempo que él empleaba en analizar una.

El dolor se trasladaba de sus sienes a su nariz y a sus ojos. Era una sensación punzante que le hizo salir a la superficie del mundo real desde las profundidades.

¡Humo! Richardson había encendido un enorme puro. El humo alquitranado fue a parar a la cara de Wili.

—¡Tire eso! —la voz de Wili era casi inarticulada, con la rabia apenas controlada.

Los ojos de Richardson se ensancharon denotando una inocente sorpresa. Aplastó el caro cigarro.

—Lo siento. Sabía que los del norte no están cómodos con esto, pero ustedes los negros ya tienen bastante humo en los ojos.

Sonrió. Wili se levantó a medias, con las manos convertidas en puños. Alguien le empujó para obligarle a sentarse de nuevo.

Richardson le miró con una altiva tolerancia, como si dijera «la carrera ya se ha terminado».

Wili intentó olvidarse de aquella mirada y del público que estaba cerca de la mesa. ¡Ahora tenía que ganarle!

Miró fijamente al tablero y lo volvió a mirar otra vez. Estaba seguro de que, si los movía bien, aquellos peones podrían sortear el fuego enemigo.

Pero el tiempo se estaba acabando y no podía volver a capturar su anterior estado mental.

Su enemigo seguía sin cometer errores, su juego era tan diabólicamente profundo como antes.

Tres movimientos más. Los peones de Wili iban a morir. Todos. Tal vez los espectadores no lo veían todavía, pero Wili sí, y también Richardson.

Wili tragó saliva intentando dominar las náuseas. Cogió a su rey, para tumbarlo y así abandonar. Sin quererlo, sus ojos se encontraron con los de Richardson.

—Ha jugado muy bien, hijo. Es el mejor juego que he visto jugar sin ayudas.

No había una aparente burla en la voz del otro, pero ahora Wili ya lo conocía bien. Se lanzó por encima de la mesa, agarrando a Richardson por la garganta. Los guardias intervinieron rápidamente. Wili se encontró izado sobre la mesa, sostenido por media docena de manos no demasiado delicadas. Le chilló a Richardson las más expertas y obscenas maldiciones en español-negro.

El Jonque se apartó de la mesa e indicó con un gesto a sus guardias que dejaran a Wili en el suelo. Buscó la mirada de Rosas y le dijo suavemente:

—¿Por qué no se lleva a su pequeño Alekhine para que se enfríe?

Rosas hizo un gesto afirmativo. Entre él y Jeremy se llevaron hasta la puerta al perdedor que todavía luchaba. Wili oyó, detrás de ellos, que Richardson intentaba convencer a los directores del campeonato (con aparente sinceridad) para que permitieran que Wili siguiera en el torneo.

Capítulo XV

Unos momentos después estaban en el exterior y libres de los curiosos. Los pies de Wili se afirmaron en el césped y ya pudo andar, más o menos voluntariamente, entre Rosas y Jeremy.

Era la primera vez en muchos años, la primera desde que perdió a Tío Sly, que Wili lloraba. Se tapaba la cara con las manos, intentando aislarse del mundo exterior. No podía haber humillación más punzante que aquélla.

—Podemos llevarle hasta detrás de los coches, Jeremy. Un paseo le sentará bien.

—Fue una partida muy buena, de verdad, Wili —dijo Jeremy—. Ya te había dicho que Richardson estaba clasificado como Experto. Te faltó muy poco para ganarle.

Wili apenas si le oía.

—Ya lo tenía, ya tenía a aquel bastardo Jonque. Cuando encendió aquel puro, me hizo perder la concentración. Os lo aseguro. Si no hubiera hecho trampas, le hubiera hecho jaque mate.

Anduvieron unos treinta metros, y Wili se fue calmando gradualmente. Entonces se dio cuenta de que nadie le había contestado dándole ánimos. Dejó caer los brazos y miró a Jeremy.

—¿Es que no lo crees así?

Jeremy estaba afectado, y su honestidad luchaba con su amistad.

—Richardson es un bocazas, tienes razón. Siempre hace lo mismo; parece como si pensara que esto entra en el juego. Te diste cuenta de que nada podía influir en su concentración. Mientras habla está comprobando sus programas, y así siempre puede volver fácilmente a su estado mental previo. Nunca da un traspié, ni pierde la onda.

—Aun así, yo hubiera podido ganarle.

Wili no iba a permitir que el otro se fuera del asunto.

—Bueno, Wili, mira: tú eres el mejor jugador sin ayudas que he visto. Has aguantado mucho más que cualquiera de

los otros jugadores estrictamente humanos. Pero sé sincero: ¿No notaste algo diferente de los demás cuando jugaste contra él? Quiero decir, aparte de su labia. ¿No era más astuto que los otros jugadores de antes… un poco más mortífero?

Wili recordó la imagen de John Henry y la perforadora de vapor, de pronto recordó que la de Experto era la categoría inferior en los campeonatos. Empezó a ver el punto de vista de Jeremy.

—Así pues, ¿crees que las máquinas y sus conexiones al cuero cabelludo pueden representar tanta diferencia?

Jeremy asintió. Era igual que en la contabilidad o que en el refuerzo de memoria, pero si podían convertir a un Roberto Richardson en un genio, ¿qué no podrían hacer por…? Wili recordó la irónica sonrisa de Paul, cuando Wili desdeñaba las ayudas mecánicas. Recordó las horas que Paul se pasaba conectado a un procesador.

—¿Puedes enseñarme a usar estas cosas, Jeremy? ¿Y para otras cosas distintas del ajedrez?

—Desde luego que sí. Requerirá algún tiempo. Hay que hacer un programa a medida del usuario y, además, el aprendizaje para interpretar una conexión al cuero cabelludo es algo laborioso. Pero cuando se haga el próximo

campeonato, vas a derrotar a cualquier cosa animal, vegetal o mineral —se rió.

—Muy bien —intervino Rosas, inesperadamente—. Ahora ya podemos hablar.

Wili miró a su alrededor. Ya habían rebasado la zona de los aparcamientos. Iban andando por un camino polvoriento que se dirigía hacia al norte, hacia los viñedos circunvalando la bahía. El hotel se había perdido de vista. Era como salir de un sueño, de golpe, para darse cuenta de que la partida y la discusión sólo habían sido una argucia.

—Lo has hecho muy bien, Wili, una actuación perfecta. Éste era el incidente que necesitábamos, y ocurrió en el momento adecuado.

Al Sol le quedaban todavía unos veinte minutos antes de hundirse en el horizonte, aunque su luz ya se iba velando. Se iniciaba el crepúsculo de color naranja. Una niebla espesa se concentraba sobre la playa, como un ejército silencioso que se preparaba para ir al asalto, tierra adentro.

Wili se secó la cara con su manga.

—No era ninguna actuación.

—Mejor. No podría haber salido mejor. No creo que nadie vaya a sorprenderse si no te ve hasta mañana.

—Magnífico.

El camino iba bajando. La única vegetación que había allí eran unos arbustos aromáticos, con unas pequeñas flores de color púrpura, que crecían escuálidos entre los cimientos y las paredes derruidas.

La niebla cubrió la costa, con sucios jirones de bruma, muy diferentes a una niebla de tierra adentro y que daban la sensación de verdaderas nubes que se hubieran acercado al suelo. El Sol brillaba a su través. Los acantilados eran aún visibles, y su color se iba volviendo más dorado: un color seco que contrastaba con la humedad del aire.

Cuando llegaron al nivel de la playa, el Sol se escondió detrás de una densa masa de nubes que estaba frente al horizonte y, en su lugar, apareció una franja de color naranja. Los colores se fueron apagando y la niebla empezó a tomar más cuerpo. Tan sólo una estrella, casi en la vertical, seguía siendo visible a través suyo.

El camino se estrechó. El borde del mar estaba delineado con eucaliptos, cuyas ramas se agitaban con la brisa. Llegaron hasta un gran letrero donde se anunciaba que la carretera estatal (aquel sucio camino) cruzaba por Viñas Scripps. Detrás de los árboles, Wili alcanzó a ver unas líneas regulares de estacas clavadas verticalmente. Las parras eran unas borrosas gárgolas apoyadas en las estacas. Ascendieron, andando sin parar, pero la niebla que iba

invadiendo la zona corría más que ellos y se hacía más espesa. Se oía el romper de las olas incluso desde sesenta metros por encima de la playa.

—Creo que aquí estamos completamente solos —dijo Jeremy en voz baja.

—Desde luego que, si no hubiera esta niebla, desde el hotel nos podrían ver tan bien como a Vandenberg.

—Éste es uno de los motivos por el cual lo hacemos esta noche.

De vez en cuando encontraban algún carro, usado, sin duda, para llevar las uvas al lagar. El camino se hizo más ancho hacia la izquierda y se bifurcó. Tomaron la desviación y vieron un resplandor de color naranja que flotaba en la oscuridad. Era un farol de aceite que estaba colgado en la entrada de un blanco edificio de adobe. Un letrero, que probablemente de día era grande y coloreado, anunciaba en español y en inglés que aquélla era la bodega central de Viñas Scripps y que las visitas de las señoras y los caballeros deberían efectuarse durante las horas diurnas. En el solar que estaba delante del edificio sólo había unos carros vacíos.

Los tres llegaron casi tímidamente hasta la entrada. Rosas dio unos golpes en la puerta. La abrió una mujer Anglo, de unos treinta años. Iban a entrar, pero ella dijo inmediatamente:

—Las visitas han de ser durante las horas del día, caballeros.

La última palabra tenía un cierto deje cansino, dejaba muy claro que no eran ni siquiera aristócratas de menor grado. Wili se extrañó de que se hubiera molestado en abrir la puerta.

Mike le contestó que habían dejado el campeonato de La Jolla cuando todavía era de día y no sabían que la caminata era tan larga.

—Hemos venido desde Santa Inés, en parte para ver su famosa bodega y sus instalaciones…

—Desde Santa Inés —repitió la mujer y pareció apiadarse de ellos.

Vista a la luz, parecía más joven, pero no era tan hermosa como Della Lu. La atención de Wili se centró en los carteles que cubrían las paredes de la entrada. Ilustraban las diferentes fases del cultivo de las vides y de la elaboración del vino.

—Déjenme consultarlo con el supervisor. Tal vez esté todavía arriba, en cuyo caso tal vez… —y se encogió de hombros.

Les dejó solos. Rosas hizo un signo afirmativo con la cabeza destinado a Jeremy y a Wili. Entonces, aquél era el

laboratorio secreto que Paul había descubierto. Wili lo sospechaba desde que los autobuses habían llegado a La Jolla. Aquella parte del condado estaba tan vacía que ofrecía las máximas posibilidades.

Por fin un hombre (¿el supervisor?) apareció por la puerta.

—¿Señor Rosas? —dijo en inglés—. Por favor, vengan por aquí.

Jeremy y Wili se miraron uno al otro. Al parecer habían pasado la inspección.

Detrás de la puerta había una amplia escalera. A la luz de la linterna eléctrica de su guía, Wili vio que las paredes eran de piedra natural. Éste era el sistema de bodegas de cava que se anunciaba en los letreros con orgullo. Llegaron al fondo y atravesaron una habitación llena de enormes barriles de madera. Un olor a levadura, no desagradable, impregnaba toda la caverna. Tres trabajadores jóvenes les saludaron con una inclinación de cabeza, pero no les hablaron. El supervisor se encaminó hacia la parte trasera de uno de los toneles. Éste se abrió silenciosamente y apareció una escalera de caracol. Era tan estrecha que Jeremy pasaba de lado con cierta dificultad.

—Siento que el paso sea tan estrecho —dijo el supervisor—. Pero, así, en caso de necesidad, podemos tirar de la escalera desde debajo sacándola del tonel. De esta

manera ni el registro más cuidadoso podría dar con la entrada.

Oprimió un botón de la pared, y un resplandor verde se extendió a lo largo de la escalera. Jeremy lo miraba con sorpresa.

—Bioluz hecha a la medida —explicó el hombre—. El dispositivo utiliza el dióxido de carbono que exhalamos. ¿Pueden imaginarse lo que representaría este sistema para la iluminación interior, si nos permitieran lanzarlo al mercado?

Siguió de esta guisa mientras iban descendiendo, hablándoles de las inocuas invenciones de la biociencia que podrían hacer un mundo tan diferente, si no estuvieran Prohibidas.

En el fondo, había otra caverna. El techo de ésta estaba recubierto de resplandor verde. Daba una luz lo suficientemente intensa hasta para poder leer, por lo menos allí donde se concentraba, o sea encima de las mesas y en los cuadros de instrumentos. Bajo aquella luz, todo el mundo tenía un color de cara como si llevaran cinco días muertos. Todo estaba silencioso; ni siquiera el ruido del oleaje podía atravesar la roca. No había nadie más en la habitación.

Les condujo hasta una mesa cubierta con sábanas muy usadas. Dio unos golpecitos en la mesa y miró a Wili.

—Nos han contratado para que curemos a un amigo. ¿Es usted?

—Es correcto —dijo Rosas porque Wili solamente se había encogido de hombros.

—Bien. Siéntese sobre la mesa y vamos a ver qué le pasa.

Wili obedeció, con precaución. No se olía a antiséptico, ni se veían agujas. Esperaba que el hombre le dijera que se desnudara, pero no sucedió nada de eso. El supervisor no tenía ni la arrogante indiferencia del veterinario de una cuadrilla de esclavos, ni las solícitas maneras del doctor que Paul había llamado durante el pasado invierno.

—Antes de todo, quiero ver si hay algún problema estructural… Déjeme ver. Debo tener mi endoscopio por aquí —dijo revolviendo en un viejo armario metálico.

Rosas preguntó muy serio:

—¿No tiene usted ayudantes?

—¡Oh no! Pobre de mí —contestó el otro sin dejar de buscar—. Aquí sólo estamos cinco a la vez. Antes de la Guerra había docenas de biocientíficos en La Jolla. Pero cuando nos volvimos clandestinos las cosas cambiaron. Al principio, queríamos desarrollar una industria farmacéutica que fuese la tapadera. La Autoridad no las ha Prohibido, ya deben saberlo ustedes. Pero era demasiado arriesgado.

Naturalmente, sospecharían de cualquiera que estuviera en el negocio de las drogas.

»Por esto fundamos la Bodega Scripps. Casi es perfecto. Podemos recibir y expedir abiertamente materiales biológicos activos. Y muchas de las actividades que hemos desarrollado pueden tener lugar en nuestros propios campos. El emplazamiento es también muy bueno. No distamos más de cinco kilómetros de la carretera Old 5. Las cuevas de la playa se usaban para el contrabando mucho antes de la Guerra, incluso antes de que los Estados Unidos… ¡aja!, aquí está.

Sacó a la luz un cilindro de plástico. Se fue a otro armario y volvió con uno de metal de unos 150 centímetros de diámetro. Hizo un ruido seco cuando lo deslizó en la base del cilindro. Parecía algo loco, era como un cazamariposas, pero sin la red.

—Pero —continuó mientras se acercaba a Wili—, el inconveniente es que sólo podemos mantener unos pocos «técnicos bodegueros» a la vez. Es una pena. ¡Hay tanto que aprender! ¡Es tanto el bien que podríamos hacer a la gente!

Paseó el cerco de metal alrededor de la mesa y del cuerpo de Wili, al mismo tiempo que vigilaba la pantalla situada a los pies de la mesa.

—Sí, seguro. Igual que el bien que hicieron con la plaga… —dijo Rosas.

Se interrumpió cuando la pantalla empezó a animarse. Los colores eran intensos, brillaban con luz propia. Parecían ser lo más vivo de todo el laboratorio pintado de verde. Por unos momentos se parecían a los dibujos abstractos que tan fáciles son de hacer. Después, Wili percibió movimientos y asimetrías. Cuando el supervisor volvió a pasar el aro por encima del pecho de Wili, la forma elíptica se encogió dramáticamente, y luego volvió a ensancharse cuando el aro se aproximó a su cabeza. Wili se alzó sobre sus codos, sorprendido, y la imagen se ensanchó más.

—Procure estar tumbado, aunque no es necesario que esté inmóvil, pero déjeme buscar el ángulo de observación.

Wili se tumbó y se sintió casi violado. Estaban viendo una sección transversal de sus mismas tripas, ¡tomada en el plano del aro! El supervisor lo volvió a pasar por encima del pecho de Wili. Veían las contracciones de su corazón. El biocientífico hizo un ajuste, y la imagen se aumentó hasta que el corazón ocupó toda la pantalla. Se podía ver cómo la sangre corría dentro y fuera de cada una de las cámaras. Una segunda pantalla, al lado de la primera, se llenaba de números de significado desconocido para él.

El supervisor prosiguió durante diez o quince minutos, examinando todo el torso de Wili. Finalmente, apartó el aro y estudió en las pantallas el resumen de los datos.

—Se ha acabado la función. No tengo necesidad de hacerle una genopsia, muchacho. Está muy claro que su problema es algo que ya hemos curado otras veces.

Miró a Rosas, contestando por fin a la hostilidad que manifestaba.

—¿No está contento con nuestro precio, señor Rosas?

El ayudante del *sheriff* iba a contestar, pero el supervisor le hizo callar con un ademán.

—El precio es elevado. Necesitamos tener el último equipo electrónico que exista. Durante los últimos cincuenta años, la Autoridad ha permitido que ustedes, los Quincalleros, florecieran. Me atrevo a decir que la tecnología de ustedes va muy por delante de la de la Autoridad. Por otra parte, nosotros los pocos y pobres que nos dedicamos a la bioinvestigación, hemos tenido que vivir con miedo y nos hemos tenido que ocultar en cuevas para continuar nuestro trabajo. Y puesto que la Autoridad les ha convencido a ustedes de que somos unos monstruos, la mayoría de ustedes ni siquiera nos quieren vender nada. A pesar de todo, en estos cincuenta años hemos realizado muchos milagros, señor Rosas. Si hubiésemos tenido la misma

libertad que ustedes, habríamos logrado hacer más que milagros. La Tierra sería ahora un Edén.

—O un osario —repuso Rosas.

El supervisor movió la cabeza, y pareció que estaba sólo un poco enfadado.

—Usted dice esto incluso cuando tiene necesidad de nosotros. Las plagas han deformado la verdad, tanto para ustedes como para la Autoridad. Si no hubiese sido por estos extraños accidentes, las cosas podrían haber sido muy diferentes. De hecho, si nos hubiesen dejado las manos libres, hubiéramos podido salvar a gente como este muchacho, y hasta evitar que estuviera enfermo.

—¿Cómo? —preguntó Wili.

—Pues, con otra plaga —contestó el otro con sencillez.

Esta respuesta le hizo recordar a Wili los viejos programas de televisión que Irma y Bill veían, en los que aparecían los «científicos locos».

—Si lo he entendido bien, ¿usted sugiere otra plaga, después de todo lo que las plagas hicieron?

—Sí, otra plaga. Verá usted. Su problema fue debido a una lesión genética causada a sus padres. La contramedida más elegante hubiera sido hacer un virus a la medida que se

transmitiera a toda la población, corrigiendo precisamente aquellos genotipos que eran la causa del problema.

La fascinación por la experimentación se percibía claramente en sus palabras. Wili no sabía qué pensar de su salvador, aquel hombre de buena voluntad que podía llegar a ser más peligroso que toda la Autoridad de la Paz y todos los Jonques juntos.

El supervisor suspiró y apagó las pantallas.

—Sí, supongo que estamos aún más locos que antes, y quizá también somos menos responsables. Después de todo, nos jugamos nuestras vidas por nuestras creencias, mientras que ustedes pueden navegar a plena luz sin temer a la Autoridad. De todas maneras, hay otros procedimientos para curar su enfermedad, y los conocemos desde hace décadas —miró a Rosas—. Y son procedimientos más seguros.

Se aproximó a un armario que estaba a mitad del corredor y miró el letrero que había en su puerta.

—Me parece que tendremos bastante —llenó una botella de vidrio ordinario con algo que sacó del armario y regresó. No se preocupe, no se trata de nada relacionado con la plaga. Se puede decir que es un parásito, o mejor diría un simbionte —se rió brevemente—. La verdad es que es una especie de levadura. Si toma cinco tabletas cada día,

mientras queden en la botella, establecerá un cultivo estable en sus intestinos. Empezará a notar la mejoría dentro de diez días.

Puso el frasco en las manos de Wili. El muchacho lo miraba fijamente. Sólo: «Ten, toma esto, y todos tus problemas se habrán solucionado mañana por la mañana», o dentro de diez días, o los que sean. ¿Dónde estaba el sacrificio, el dolor? La salvación sólo llegaba, así de rápido, en los sueños.

Rosas no parecía estar impresionado.

—Muy bien. Flecha Roja y los otros le pagarán lo prometido: programas y *hardware* según sus especificaciones, durante tres años.

Estas palabras habían sido pronunciadas con algún esfuerzo, y Wili se dio cuenta de la repugnancia de Rosas a ser su guía y de lo importantes que eran los deseos de Paul para los Quincalleros.

El supervisor asintió y, por primera vez pareció acobardado ante la hostilidad de Rosas. Por primera vez se dio cuenta que en aquel negocio no iba a haber ni gratitud, ni amistad.

Wili se bajó de la mesa, saltando, y todos se dirigieron a la escalera. No habían dado ni diez pasos, cuando Jeremy dijo:

—Señor, ¿ha dicho antes que la Tierra hubiera podido ser un Edén?

En su voz se apreciaba timidez, casi miedo, pero mucha curiosidad. Hay que tener en cuenta que Jeremy era el que se atrevía a desafiar a la Autoridad con sus vehículos autopropulsados.

Jeremy era el que siempre hablaba de que la ciencia habría de reconstruir el mundo.

—Usted dijo el Edén. ¿Qué pueden hacer, además de curar unas pocas enfermedades?

El supervisor se dio cuenta de que no había rastro de burla en la pregunta. Se detuvo debajo de un panel luminoso del techo e indicó a Jeremy Sergeivich que se acercara.

—Hay muchas cosas, hijo. Pero aquí tienes una… ¿Qué edad crees que tengo? ¿Qué edad crees que tienen los demás de la bodega?

Sin tomar en consideración la luz verdosa que hacía parecer que todos estaban muertos, intentó adivinarla. Su piel era suave y tersa, con sólo un inicio de arrugas alrededor de los ojos. El cabello pareció ser natural y abundante. Antes había supuesto que debería tener unos cuarenta años. Ahora quizá diría que era más joven.

¿Y los otros que había visto? Casi igual. Pero en cualquier grupo normal de adultos, más de la mitad estaban por encima de los cincuenta años. Y entonces el muchacho recordó que cuando el supervisor había hablado de la

Guerra, lo había hecho como un veterano, como si lo de aquel tiempo correspondiera a su memoria personal. «Nosotros» decidimos esto y «nosotros» hicimos aquello.

¡Era ya un adulto cuando estalló la Guerra! Era tan viejo como Naismith o Kaladze.

La mandíbula inferior de Jeremy se abrió, y después de un momento movió la cabeza afirmativamente. Su pregunta ya había obtenido una respuesta.

El supervisor sonrió al muchacho.

—Ya lo ves. El señor Rosas habla de riesgos, y puede ser que sean tan grandes como dice. Pero lo que se puede ganar es también algo grande.

Se dio la vuelta y anduvo la corta distancia que le separaba de la puerta de la escalera…

… que se abrió en su misma cara. Quien entró era uno de los trabajadores de la habitación del barril.

—Juan —el hombre empezó a hablar muy de prisa—. Este sitio está siendo analizado con sondas de profundidad. Hay helicópteros volando sobre los campos, y luces por todas partes.

Capítulo XVI

El supervisor retrocedió, bajando los escalones, y el hombre apareció por la escalera.

—¿Qué? ¿Por qué no nos han avisado antes? Bueno, no se preocupe. Ya lo sé. ¿Se ha desconectado todo el equipo Prohibido?

El hombre contestó afirmativamente.

—¿Dónde está la jefe?

—Se ha quedado en la oficina principal. Como los demás. Va a intentar salir del paso representando su papel.

—Humm —el supervisor dudó un momento—. En realidad es lo único que se puede hacer. Nuestra cobertura debería

ser eficaz. Pueden registrar la habitación de los barriles tanto como quieran.

Miró a los tres norteños.

—Nosotros dos, vamos a ir arriba a saludar a las fuerzas de la ley y el orden mundial. Si nos preguntan por ustedes, les diremos que se han marchado por la ruta de la playa.

La curación de Wili podía aún ser posible.

El supervisor hizo algunos rápidos ajustes en un panel de la pared. Las lámparas fueron reduciendo su actividad gradualmente hasta dejar sólo una línea de luz apenas perceptible. Pero que parecía señalar un camino.

—Sigan el resplandor y podrán llegar hasta la playa, señor Rosas. Confío en que aprecie usted el riesgo que corremos al dejarles marchar. Espero que, si sobrevivimos, mantendrán ustedes su parte del trato.

Rosas asintió y, algo violento, aceptó la linterna que el otro le ofrecía. Se dio la vuelta e hizo que Jeremy y Wili se apresuraran a internarse en la oscuridad. Wili alcanzó a oír que los dos biocientíficos subían por la escalera para enfrentarse a su destino.

***

La estrecha faja de luz se desvió dos veces, y el corredor se fue estrechando hasta llegar a tener la anchura de sus hombros. La piedra era irregular y estaba húmeda bajo la mano de Wili. Entonces, el túnel empezó a descender y quedó completamente a oscuras. Mike encendió la linterna y les hizo ir más aprisa, casi corriendo.

—¿Sabéis lo que la Autoridad hará con el laboratorio?

Jeremy iba pegado a los talones de Wili, y a veces chocaba con el muchacho, aunque nunca con bastante fuerza para hacerle perder el equilibrio. ¿Qué iba a hacer la Autoridad? La respuesta de Wili fue más un jadeo que otra cosa:

—¿Encerrarlo en una burbuja?

¡Desde luego! ¿Por qué iban a correr los riesgos de un asalto convencional? Cuando tenían sospechas bien fundadas, lo más seguro era encerrarlo todo en una burbuja, matando a todos los científicos y al mismo tiempo aislando toda semilla de mal que pudiera haber allí. Aunque sólo sirviera para confirmar la reputación que tenía la Autoridad de castigar duramente la investigación Prohibida, tal actitud tendría sentido. A partir de entonces, en cualquier momento podían encontrarse dentro de un gran esfera plateada. ¡Dentro!

¡Dios!, tal vez ya había sucedido. Wili casi dio un traspié al pensarlo y casi se le cayó el tarro que había sido la causa de

aquella aventura. Lo sabrían seguro cuando fueran a dar contra la misma pared de la burbuja. Podrían vivir durante horas, quizá días, pero cuando se acabara el aire morirían como todos los miles que antes de ellos habían muerto, en Vandenberg, en Punta Loma, en Huachuca, en tantos sitios.

El techo del túnel se fue haciendo más bajo hasta que sólo quedaba a escasos centímetros por encima de la cabeza de Wili. Jeremy y Mike seguían hacia adelante, agachados pero intentando correr a la máxima velocidad posible. Las luces y las sombras danzaban irregularmente alrededor de ellos.

Wili miraba hacia adelante esperando ver tres figuras corriendo. El primer síntoma, si estaban en una burbuja, sería su propia reflexión, que verían delante de ellos. Y allí cerca había algo que se movía. Muy cerca.

—¡Esperad! ¡Esperad! —chilló.

Los tres se detuvieron en seco, delante de una puerta, una puerta casi normal. Su superficie era metálica, lo que explicaba lo de la reflexión. Descorrió el cerrojo, la puerta se abrió hacia afuera y pudieron oír el ruido de las olas. Mike apagó la luz.

Empezaron a bajar por una escalera, pero lo hicieron demasiado de prisa. Wili oyó que alguien tropezaba e instantes después fue golpeado desde atrás. Los tres rodaron por la escalera. Las piedras hirieron salvajemente

sus brazos y su espalda. Los dedos de Wili se abrieron espasmódicamente y su frasco voló por los aires. Su caída fue acompañada por el ruido del vidrio cuando se rompe.

Su posibilidad de vivir estaba desperdigada por la escalera.

Se dio cuenta de que Jeremy gateaba a su lado.

—La linterna, Mike, rápido.

Al cabo de un segundo, la luz bañaba la escalera. Algún guardia de la Paz podía estar mirando desde la playa hacia aquel lugar y podía ver el resplandor.

Era un riesgo que debían correr.

Jeremy y Wili recogieron todo lo que había por los escalones, sin preocuparse de los posibles cortes con los trozos de cristal. En unos pocos segundos habían recogido las tabletas y una considerable cantidad de suciedad y cristales. Lo metieron todo revuelto en la mochila impermeable de Jeremy. El muchacho metió también un pedazo de papel.

—Serán las instrucciones, supongo.

La cerró y la entregó a Wili.

Rosas mantuvo la luz encendida un segundo más para que todos pudieran memorizar el camino que iban a seguir. Los

escalones eran apenas algo más que unas ondulaciones desbastadas por el agua. En la cueva no se apreciaba ninguna otra intervención humana.

Otra vez la oscuridad. Los tres empezaron a descender cuidadosamente, aunque todavía demasiado aprisa para que resultara fácil. ¡Si hubieran podido contar con un visor de noche! Esta clase de equipo no estaba Prohibido, pero los Quincalleros no disponían de ellos. La única cosa de alta tecnología que habían llevado a La Jolla era el procesador de ajedrez Flecha Roja.

Wili creyó ver una luz delante de ellos. Dominando el ruido de las olas pudo oír un sonido de hélices que primero era fuerte y que luego se fue apagando. Un helicóptero.

Después de un recodo final, vieron el mundo exterior a través de una grieta vertical que constituía la entrada de la cueva. Había niebla, pero no era tan espesa como antes. Una raya horizontal de color gris pálido estaba suspendida a la altura de sus ojos. Después de unos momentos, Wili vio que aquello estaba a treinta o cuarenta metros y que era la línea de los rompientes. Cada pocos segundos algo brillante se reflejaba sobre el agua.

Rosas, que iba detrás de él, susurró:

—Son los haces de los reflectores que han puesto encima del acantilado. Quizá tengamos suerte.

Se adelantó a Jeremy y les condujo hasta la abertura. Se escondieron allí unos segundos y miraron arriba y abajo de la playa, tan lejos como pudieron. No se veía a nadie, pero había un cierto número de naves aéreas que sobrevolaban el lugar. Debajo de la entrada había un montón de cantos rodados, lo bastante alto para que pudiera ocultarles.

Sucedió en el preciso momento en que salían por la abertura. Un profundo sonido, como el tañido de una campana. Fue seguido por el de choques y roturas de rocas que se acababan de liberar de los estratos donde estaban. La avalancha continuó a su alrededor, miles de toneladas de rocas se añadieron a los escombros naturales de la línea costera. Se acurrucaron, esperando ser aplastados de un momento a otro.

Pero nada cayó cerca de ellos, y cuando al fin Wili se atrevió a mirar hacia arriba, vio el motivo. Frente a la niebla y las estrellas se veía la silueta de una esfera perfecta. La burbuja debía tener unos doscientos o trescientos metros de diámetro, y se extendía, desde la más inferior de las cuevas de la bodega, hasta mucho más allá de la parte más alta del acantilado, y desde las viñas de tierra adentro hasta el mismo borde de las rocas.

—Lo han hecho. Es verdad, lo han hecho —murmuró Rosas para sí mismo.

Wili estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio. Unos pocos centímetros más atrás y habrían quedado sepultados.

¡Jeremy!

Wili corrió hasta el borde de la esfera. El otro muchacho iba un poco detrás de ellos dos, probablemente lo bastante cerca para haber quedado a salvo. Pero ¿dónde estaba? Wili golpeó con el puño cerrado la superficie de la burbuja que estaba caliente como la sangre. Una mano de Rosas le tapó la boca y notó que le levantaba del suelo. Wili luchó durante un momento, en obligado silencio, y luego se quedó inerte. Rosas le dejó en el suelo.

—Ya lo sé —la voz de Mike era un susurro reprimido—. Debe haberse quedado al otro lado. Pero vamos a asegurarnos.

Encendió la luz, casi a la misma intensidad a que se había atrevido antes en la cueva, y anduvieron varios pasos arriba y abajo a lo largo de la línea que la burbuja marcaba entre las piedras. No encontraron a Jeremy, pero…

El haz de la lámpara de Mike se detuvo un momento sobre un pequeño trozo del suelo. Entonces se apagó, pero no sin que antes Wili pudiera ver dos pequeñas manchas rojas, Eran dos… puntas de dedo… sobre el polvo.

Sólo unos centímetros hacia dentro, Jeremy debía estar retorciéndose de dolor, mirando en la oscuridad,

percibiendo la sangre en sus manos. La herida no podía ser fatal. Seguramente el muchacho tardaría horas en morir. Tal vez intentaría regresar al laboratorio y acompañar a los otros mientras esperaban a que se terminara el aire. La incomunicación final.

—¿Tienes la mochila? —la voz de Rosas temblaba.

La pregunta sorprendió a Wili cuando iba a recoger los restos de los dedos. Se detuvo, se enderezó.

—Sí.

—Bien. Entonces, vámonos —las palabras salían entrecortadas. El tono dejaba traslucir la histeria apenas controlada.

El ayudante del *sheriff* cogió por el hombro a Wili y le obligó a pasar por entre el laberinto de rocas que apenas podían ver. El aire estaba lleno de polvo y de la fría humedad de la niebla. Las superficies de las rocas que se acababan de romper ya estaban húmedas y resultaban resbaladizas. Andaban pegados a las rocas, temiendo tanto a los deslizamientos de tierras, como a ser vistos desde el aire. La burbuja y los montones de piedras creaban una zona de sombras en el resplandor de los haces de luz que barrían el terreno. Oían el ruido de los camiones y de los aviones.

Pero en la playa no había nadie. A medida que se arrastraban y trepaban por entre las rocas, Wili pensaba.

¿Podría ser que la Autoridad no conociera la existencia de las cuevas?

No hablaron durante mucho tiempo. Rosas iba delante, lentamente, intentando regresar al hotel. Podría salirles bien. Acabarían el campeonato, subirían a un autobús y regresarían a California Central como si nada hubiera sucedido. Como si Jeremy no hubiera existido jamás.

***

Les costó casi dos horas llegar a la playa del hotel. La niebla era ahora mucho más ligera. La marea había avanzado y las fosforescentes olas batían muy cerca de ellos, haciendo llegar casi hasta sus pies las guirnaldas de espuma.

El hotel estaba iluminado brillantemente, más de lo que había estado los días anteriores. Había también muchas luces en las zonas de aparcamiento. Se agazaparon entre dos grandes piedras e inspeccionaron la escena. Demasiadas luces. Las zonas de aparcamiento se habían convertido en una especie de hormigueros de vehículos y hombres que llevaban los uniformes verdes de Paz. En uno de los lados aparecía una formación de civiles andrajosos (¿Prisioneros?). Estaban de pie, bajo el resplandor de las luces de los camiones, con las manos enlazadas sobre sus cabezas. Un continuo desfile de soldados llevaban cajas y pantallas, las ayudas técnicas de los jugadores de ajedrez, que habían recogido del hotel. Estaban demasiado lejos para

poder reconocer las caras, pero Wili creyó reconocer entre los prisioneros a Roberto Richardson por su forma y por su chaqueta deslumbrante. Le produjo un cierto estremecimiento ver así al Jonque, como si fuera un esclavo recapturado.

—Han detenido a todo el mundo. Tal como Paul dijo que harían. Al fin han decidido librarse de todos nosotros —había cólera en las palabras de Mike.

¿Dónde estaba la chica, Della Lu? Intentó localizarla entre los prisioneros. ¡Era tan menuda! O bien estaba de pie detrás de los demás o no estaba allí. Algunos de los autobuses ya se marchaban. Tal vez iba en uno de ellos.

Habían tenido una suerte excepcional al poder evitar la burbuja, al poder llegar hasta allí sin que les descubrieran y, ahora, al evitar también las detenciones del hotel. Pero la suerte se acababa allí. Habían perdido a Jeremy. Habían perdido su equipaje en el hotel. El territorio Aztlán se extendía más de trescientos kilómetros al norte. Tendrían que andar más de cien klicks por el desierto sólo para poder llegar a la Cuenca. Suponiendo que la Autoridad no los estuviera persiguiendo, no podrían evitar a los barones Jonque, que confundirían a Wili con un esclavo fugitivo y a Rosas con un labrador, hasta que le oyeran hablar, porque entonces creerían que era un espía.

Y si por algún milagro conseguían llegar a California Central, ¿entonces qué? Este pensamiento era el que más les deprimía. Paul Naismith había hablado con frecuencia de lo que pasaría cuando llegara un día en que, al fin, la Autoridad considerara a los Quincalleros como enemigos. Al parecer, ya había llegado este día. A lo largo y a lo ancho de todo el continente (¿o tal vez de todo el mundo? Wili recordó que algunos de los mejores grabadores de chips estaban en Francia y en China) la Autoridad había empezado a golpear. Tal vez la granja de los Kaladze era ya una humeante ruina, y sus habitantes habrían sido puestos en fila, con las manos sobre su cabeza aguardando para ser enviados al olvido.

Y era posible que Paul fuese uno de ellos, o que ya hubiese muerto.

Estuvieron sentados durante mucho tiempo en los montones de piedras, de donde sólo se movían para que no les alcanzara la marea. Disminuyó el ruido de los soldados y de los vehículos. Uno tras otro se fueron apagando los reflectores. Uno tras otro se fueron marchando los autobuses, los mismos que pocos días antes les habían parecido maravillosas carrozas con velocidad y confort y que ahora ya no eran más que transporte de ganado.

Si eran tan idiotas como para no registrar la playa, él y Rosas tendrían que ir andando hacia el norte, después de todo.

Debían ser las tres de la madrugada. La marea ya había llegado a su máximo alcance y empezaba a retroceder. Todavía quedaban guardias en la colina próxima al hotel, pero no parecía que se dedicaran demasiado a vigilar. Rosas empezó a hablar de irse hacia el norte mientras todavía estaba oscuro.

Oyeron un ruido regular, de roce contra las rocas, a unos pocos metros de donde estaban ellos. Los dos fugitivos se asomaron ligeramente desde su escondite. Alguien estaba en el agua y empujaba una pequeña embarcación para intentar situarse detrás de las rompientes.

—Creo que a esta chica le vendría muy bien algo de ayuda —comentó Mike.

Wili se acercó más para asegurarse. Era una muchacha, mojada y con la ropa rota, que le resultaba familiar. Después de todo, no habían capturado a Della Lu.

Capítulo XVII

Paul Naismith estaba agradecido por el hecho de que en aquellos tiempos, normalmente plácidos, todavía anduvieran sueltos algunos paranoicos, además de él, naturalmente. En algunos aspectos Kolya Kaladze era peor que él. El anciano ruso había dedicado una parte importante del presupuesto de su «granja» a construir un maravilloso sistema de pasadizos secretos, caminos disimulados, pequeños depósitos de armas y reductos fortificados. Naismith había podido viajar más de diez kilómetros por la finca, dando toda la vuelta a Salsipuedes, sin tener que estar expuesto a la vista desde el cielo, o a las miradas de los mal recibidos visitantes que estaban al acecho de todo cuanto sucedía en la granja.

Entonces estaba en las colinas y se sentía relativamente a salvo. No tenía la menor duda de que la Autoridad había observado el mismo suceso que él. Más pronto o más tarde desviarían algunos de sus recursos, de las diversas emergencias con que se enfrentaban, e investigarían aquel penacho de humo rojo tan especial. Paul esperaba poder estar muy lejos cuando aquello sucediera. Entretanto, iba a aprovecharse de su increíble buena suerte. La venganza había esperado durante cincuenta años, pero ya había llegado su hora.

Naismith arreó al caballo. El carro y el caballo no eran los mismos con los que habían llegado a la granja. Kolya se lo había suministrado todo, incluido un disfraz tonto, de anciana, que él sospechaba era más molesto que eficaz.

Nikolai no se había opuesto, pero tampoco había estado contento con su partida. Naismith se arrellanó en el asiento almohadillado y estuvo pensando tristemente en su última discusión. Estaban sentados en el porche de la casa principal. Las persianas estaban levantadas, y una ligera vibración en el aire permitió a Naismith saber que los cristales eran incapaces de oponerse a una sonda acústica transmitida por un láser. Los «bandidos» (¡qué nombre más apropiado!) de la Autoridad de la Paz, no habían hecho ninguna maniobra. A excepción de lo que se recibía por la radio, y de lo que Paul había visto, no aparecía el menor indicio de que el mundo estaba siendo puesto patas arriba.

Kaladze comprendió la situación (o pensó que la había comprendido), y no quiso saber nada del proyecto de Naismith.

—Te lo digo sinceramente, Paul. No te entiendo. Aquí estamos, relativamente, a salvo. No me importa lo que digan los de la Paz. No pueden actuar contra todos a la vez. Por este motivo se apoderaron de nuestros amigos en el torneo. Para tenerlos como rehenes.

Hizo una pausa, muy probablemente se acordaba de tres rehenes en especial. Hasta entonces no habían podido saber si Jeremy, Wili y Mike estaban vivos o muertos, presos o libres. El haber tomado rehenes podía resultar una estrategia efectiva, desde luego.

—Si nos mantenemos con la cabeza gacha, no hay ninguna razón para creer que van a invadir la granja Flecha Roja. Podrás estar tan a salvo aquí, como en cualquier otra parte. Pero —Nikolai empezó a hablar más aprisa como para evitar que el otro le diera una respuesta inmediata—, si te vas ahora, estarás solo y a la vista. Quieres ir a uno de los sitios de Norteamérica donde, con toda seguridad, habrá muchos de los de la Paz, como un enjambre. Y, a cambio de este tremendo riesgo, no vas a conseguir nada.

—Te has equivocado en tres cosas, querido amigo —le contestó en voz baja Paul, que apenas si podía contener su impaciencia por marcharse. Y le fue señalando los puntos.

Primero, tu segundo alegato. Si me marcho ahora mismo puedo llegar allí muy probablemente antes que los de la Autoridad, porque tienen muchas otras cosas de que preocuparse, puesto que ya tenemos operando el invento de Wili. Yo y mis programas hemos estado recibiendo constantemente datos de los satélites de reconocimiento de la Paz, buscando evidencias de la degeneración de las burbujas. Estoy seguro que la misma Autoridad no tiene la capacidad de seguimiento que tengo yo. Es posible que no sepan todavía que una burbuja ha estallado esta mañana en estas colinas.

»En cuanto a tu tercer punto, el riesgo merece la pena. Voy a conseguir el mayor de todos los premios: el método para destruir a la Autoridad. Algo o alguien logra hacer que las burbujas estallen. Así pues, hay algún tipo de defensa contra las burbujas. Si puedo descubrir el secreto…

Kaladze se encogió de hombros.

—¿Y qué? Aunque sepas cómo hacerlo, siempre vas a necesitar un generador de energía nuclear para llevarlo a cabo.

—Tal vez. Finalmente, mi respuesta a tu primer punto. Yo, nosotros, no estamos seguros, en lo más mínimo, disimulados en la granja. Llevo años intentando convencerte de que la Autoridad es mortal de necesidad si te clasifica como un peligro. Van a utilizar los rehenes de La Jolla para

identificarte y sacarte de aquí. Incluso suponiendo que no hayan cogido a Mike y a los muchachos, la granja Flecha Roja debe ocupar un lugar prominente en su lista. Y si llegan a sospechar que estoy aquí, van a venir por todos nosotros en cuanto dispongan de suficientes fuerzas en el área. Tienen razones para temerme.

—¿Quieren apoderarse de ti? —preguntó Kaladze—. Entonces, ¿por qué no nos han encerrado ya en una burbuja, sin más historias?

Paul sonrió.

—Lo más probable es que en el reconocimiento de los «bandidos» no me identificaran, o quizá quieran estar seguros de que cuando cierren la jaula yo esté dentro. Ya me escapé de Avery una vez. No pueden permitirse quedar en la duda. Y ésta es la última línea de defensa, Kolya: la Autoridad de la Paz se ha puesto en marcha para cogernos. Debemos presentarles batalla lo mejor que podamos. Si descubrimos lo que hace explotar las burbujas, vamos a ganarles la partida.

No había necesidad de contarle a Kolya que igualmente lo hubiera hecho, aunque los de la Paz no hubieran intervenido en las detenciones de La Jolla. Al igual que muchos Quincalleros, Nikolai Kaladze nunca había estado en conflicto abierto con la Autoridad. Aunque era tan viejo como Naismith, no se había enterado de primera mano de

la traición que había llevado a la Autoridad al poder. Incluso la denegación de bioproductos a chiquillos como Wili no era conceptuado, por la gente de entonces, como una verdadera tiranía. Pero, por fin, existía la oportunidad técnica y también política, si la Autoridad cometía la tontería de seguir presionando a los que eran como Kaladze, de destronar a los de la Paz.

La discusión continuó durante unos treinta minutos y, poco a poco, los argumentos de Naismith fueron prevaleciendo. El verdadero problema para conseguir la ayuda de Kolya era convencerle de que Paul tenía la oportunidad de descubrir algo con la simple inspección de aquel último estallido de una burbuja. Al final, Naismith tuvo éxito, aunque tuvo que revelarle algunos secretos de su pasado, cosa que más tarde podría acarrearle muchas dificultades.

***

El camino que seguía Naismith se niveló un poco al discurrir por una cresta. Si no hubiera sido por el bosque, desde allí habría podido ver el cráter. Entonces abandonó sus meditaciones para decidir la mejor manera de acercarse. Todavía no se veían señales de la gente de la Paz, pero si le atrapaban tan cerca de aquel lugar el disfraz de anciana iba a servirle de muy poco.

Guió a su caballo fuera del camino y entró unos mil metros en el cráter. Cuando ya se encontró entre los arbustos, bajó del carro. En circunstancias ordinarias la maleza hubiera sido protección más que suficiente para ocultar el caballo y el carro. Pero entonces y allí, no podía ser tan confiado.

Era un riesgo que debía correr. Durante cincuenta años, las burbujas (y especialmente aquellas que tenía delante) le habían obsesionado. Durante cincuenta años había tratado de convencerse de que todo aquello no era culpa suya. Durante cincuenta años había tenido la esperanza de poder deshacer lo que sus antiguos jefes realizaron con su invento.

Sacó su mochila del carro y se la ajustó a la espalda. El resto del viaje tendría que hacerse a pie. Naismith ascendió penosamente por la ladera cubierta de árboles. Mientras avanzaba, se preguntaba cuánto tiempo faltaba para que el arnés de la mochila empezara a cortarle o si, antes de que ocurriera aquello, se iba a quedar sin aliento. Lo que hubiera sido un saludable paseo para un hombre de sesenta años, podía amenazar la vida de uno de su edad. Intentó olvidarse de la rodilla que le fallaba y de su entrecortado aliento.

¡Aviones! El sonido pasó por encima de él, pero no se apagó en la distancia. Luego se escuchó otro y otro. ¡Maldición!

Naismith sacó algunos aparatos y empezó a controlar los visores remotos que Jeremy había distribuido por allí la

noche de la emboscada. Estaba todavía unos trescientos metros lejos del cráter, pero algunas de las pastillas podían recibir suficiente luz del Sol.

Buscó metódicamente por todo el espacio que podían cubrir los transmisores de sus microcámaras. Las más próximas al cráter se habían perdido o estaban tan metidas en el suelo del bosque que sólo se podía ver el cielo que tenían encima de ellas. Se había producido un fuego y quizás hasta una pequeña explosión cuando aquella burbuja se desvaneció. Pero ningún fuego normal podía haber ardido dentro de la burbuja durante cincuenta años. Si una explosión nuclear hubiera quedado atrapada dentro, al estallar la burbuja se hubiera producido algo mucho más espectacular. (Y Naismith sabía muy bien que allí no había existido ninguna carga nuclear). Esto era lo especial de aquella burbuja, lo que podría explicar todo el misterio.

Percibía vistas fragmentarias de uniformes. Tropas de la Paz. Habían abandonado sus naves aéreas y se estaban desparramando por el cráter. Naismith conectó el audio a su aparato de sordera. Estaba demasiado cerca. Y sería una locura acercarse más todavía. Tal vez, si no quedaban allí muchas tropas, a la mañana siguiente podría llegar hasta el cráter sin ser visto. Había llegado demasiado tarde para ganarles la partida y demasiado pronto para eludirles. Mientras lanzaba juramentos en voz baja, Naismith desempaquetó el ligero saco de dormir que Kaladze le había dado. Miraba continuamente hacia la pantalla que

permanecía apoyada en el tronco de un árbol próximo. El programa que la controlaba variaba la escena entre las cinco mejores vistas que había logrado en su inspección inicial. Además, le avisaría si alguien empezaba a dirigirse hacia él.

Naismith se instaló e intentó relajarse. Podía escuchar los sonidos de una gran actividad, pero debía ser precisamente dentro del cráter, ya que no podía ver nada.

El Sol derivó lentamente hacia el oeste. En otra ocasión distinta, Naismith habría admirado aquel día tan hermoso. La temperatura era superior a los veinte grados, muy cerca de los treinta, y los pájaros trinaban. Los extraños bosques que crecían cerca de Vandenberg debían ser únicos. Allí donde existía una vegetación de clima seco, se habían producido de repente las condiciones climatológicas propias de los lluviosos trópicos. Sólo Dios sabía la flora que podría llegar a desarrollarse allí.

En aquellos momentos, no podía pensar más que en la forma de llegar al cráter situado a unos trescientos metros al norte.

Con todo, estaba casi dormitando cuando un distante tiro de rifle le hizo volver a su plena conciencia. Echó una mirada a la pantalla un instante y tuvo suerte. Vio un hombre vestido de color gris y plata, que corría en dirección contraria a la cámara. Naismith se estiró para acercarse más a la pantalla, boquiabierto. Más tiros. Aplicó el *zoom* a la

imagen. Gris y plata. No había visto esta combinación de colores desde antes de la Guerra. Durante unos momentos, su mente no le pudo dar ninguna explicación, no era más que un desconcertado observador. Tres soldados pasaron corriendo cerca de la cámara. Debían ser los que habían disparado por encima de la cabeza del primer individuo, que no se había parado. Entonces, el trío disparó de nuevo. El hombre vestido de gris dio una vuelta sobre sí mismo y cayó al suelo. Durante unos instantes, los perseguidos parecieron mantenerse tan inmóviles como su blanco. Luego echaron a correr hacia adelante, recriminándose unos a otros.

La pantalla estaba llena de uniformes. Se produjo un repentino silencio cuando llegó un personaje en traje de paisano. Era el responsable de la operación. Según Naismith pudo deducir de sus chillonas reconvenciones, no estaba muy contento con lo sucedido. Se acercaron con una camilla, cargaron en ella el cuerpo inmóvil y se lo llevaron. Naismith cambió la fase de su cámara y siguió visualmente a la víctima por el camino que, en dirección norte, llevaba hasta el cráter.

Los pájaros y los insectos permanecieron en un silencio total durante los siguientes minutos, casi tan callados y pasmados como la misma imaginación de Paul ¡Ahora lo sabía! Las burbujas no reventaban a causa de la degeneración cuántica. Las explosiones de las burbujas no eran el resultado de los esfuerzos de algún grupo clandestino enemigo de la Paz. Luchó por reprimir una risa

histérica. Él mismo había inventado aquellas cosas malditas y proporcionado a sus jefes cincuenta años de imperio, pero ni él, ni ellos, se habían dado cuenta de que, aunque el invento funcionaba magníficamente, su teoría no era más que un cúmulo de basura de pies a cabeza.

Ahora lo sabía. Los de la Paz lo sabrían al cabo de unas horas, si no lo habían supuesto ya. Llevarían allí una división entera, con sus equipos de científicos. Lo más probable era que él muriera con su secreto, a menos que se escapara de allí en seguida y se marchara hacia el este, hacia su casa de la montaña.

Sin embargo, cuando Naismith se puso en marcha, no fue para retroceder hasta donde estaba su caballo. Fue hacia el norte. Con mucho cuidado, en silencio, se dirigió hacia el cráter, porque su descubrimiento tenía un corolario, y éste era más importante que su propia vida, quizá más importante incluso que su odio hacia la Autoridad de la Paz.

Capítulo XVIII

Naismith se detenía con frecuencia, tanto para descansar como para consultar la pantalla que llevaba sujeta a su antebrazo. Las cámaras diseminadas le permitieron ver que los soldados no llegaban a treinta. Si hubiera podido saber con precisión sus localizaciones, habría podido arrastrarse hasta mucho más cerca.

Dio un rodeo de unos doscientos metros para alejarse de uno de ellos. Estaba bien escondido y se mantenía en absoluto silencio mientras escuchaba, padeciendo por causa de las piedras y las zarzas. Con sumo cuidado, iba inspeccionando el terreno que estaba inmediatamente delante de él, para evitar las ramas y otras cosas que pudieran delatarle con su ruido. Cada movimiento debía ser calculado con precisión. Era algo en lo que no tenía práctica, pero que era necesario hacer bien al primer intento.

Ya estaba muy cerca de su meta; Naismith dejó de mirar a su pantalla e inspeccionó un pequeño barranco. ¡Aquél era el lugar! La forma femenina, que se había detenido de repente, estaba acurrucada entre los arbustos. Si no hubiera sabido mediante las microcámaras dónde debía mirar, no hubiera podido ver los destellos de plata entre las hojas y las ramas. Durante la última media hora la había estado vigilando mientras se desplazaba lentamente hacia el sur, tratando de evitar a los soldados que estaban al borde del cráter. Al cabo de otros quince minutos se toparía con el soldado que Naismith había visto.

Se deslizó hacia abajo, por la ladera, a través de nubes de mosquitos que pululaban en la humedad del musgo. Estaba seguro de que ella ya le había visto. Pero estaba muy claro que él no era ningún soldado y que se arrastraba con las mismas preocupaciones que ella. Paul la perdió de vista en los últimos tres o cuatro metros de su aproximación. No se preocupaba por ella, sino que iba en busca de las zonas de sombra más profunda que a ella le servían de cobijo.

De pronto, una mano se cerró sobre la boca de él y le tumbó de espaldas en el suelo. Miró y vio unos sorprendentes ojos azules.

La mujer joven esperó para ver si Naismith se resistía. Luego le soltó el hombro y se llevó un dedo a sus labios. Naismith hizo una seña afirmativa y al cabo de un segundo

apartó la mano de su boca. Bajó su cabeza hasta el nivel de su oído y susurró:

—¿Quién es usted? ¿Sabe cómo puedo escapar de ellos?

Naismith comprendió que ella no se había dado cuenta de que iba disfrazado. Ella creía que había derribado a una vieja aturdida. Tal vez era mejor así. No tenía idea de lo que ella podía pensar qué ocurría, pero era muy difícil que se acercara a la realidad. No existía una respuesta verdadera que la mujer pudiera comprender y, mucho menos, creer. Naismith se mojó los labios, como si estuviera nervioso, y le contestó muy débilmente:

—A mí también me persiguen. Si nos cogen, nos matarán como a tu compañero. Hemos de ir en sentido contrario al que vas. He visto a uno de ellos que está escondido aquí delante, muy cerca.

La mujer joven, por su gesto, dejó traslucir sus sospechas. Estaba viendo que Naismith lo sabía todo.

—¿O sea que usted sabe cómo salir de aquí?

Él asintió:

—Mi caballo y mi carro están al sureste de todo este jaleo. Sé la manera de que podamos deslizarnos hasta detrás de estos tipos. Tengo una pequeña granja allá arriba.

Sus palabras se perdieron en medio de un estruendo que iba aumentando y que les pasó por encima de sus cabezas. Miraron hacia arriba y tuvieron la rápida impresión de algo alargado, con fuego que brotaba de las alas y de la cola. Otro transporte de tropas. Y podían oír otros que iban detrás del primero. Era el inicio de la verdadera invasión. El único sitio donde podían aterrizar era en la carretera principal, al norte del cráter. Si esperaban otra media hora se iban a encontrar con un cordón de soldados de una punta a otra y no se podría escapar ni un ratón.

Naismith se puso de rodillas y tiró de la mano de ella. La joven no tenía elección posible. Ambos se pusieron en pie y anduvieron rápidamente por el mismo camino que él había utilizado. El ruido de los reactores era un estruendo continuo; aunque hubieran hablado a gritos, no les habrían podido oír. Disponían, tal vez, de quince minutos para marcharse lo más aprisa que pudieran.

El crepúsculo verdoso había llegado al suelo del bosque. Con su traje oscuro y moteado, Naismith debía ser muy difícil de ver; pero el traje de vuelo de la chica debía convertirla en un blanco perfecto. La tenía cogida de la mano, y hacía que se apresurara cuando la senda parecía más segura. Miraba a su muñeca una y otra vez, intentando descubrir dónde se hallaban apostados los invasores. La chica estaba muy ocupada mirando en todas direcciones y todavía no había visto la pantalla.

Los ruidos se quedaron atrás. El sonido de los reactores era aún fuerte, pero las voces de los soldados se fueron amortiguando en la distancia. Muy cerca de ellos un ciervo se dejó oír.

Cuando la espesura del bosque se hacía más tupida, iban casi corriendo. A Naismith le quemaban los pulmones y sentía un dolor punzante y continuo en el pecho. La mujer cojeaba un poco, pero respiraba sin esfuerzo. No había la menor duda: disminuía adrede su ritmo para adaptarse al de él.

Al fin, el paso del anciano se convirtió en un andar a tropezones. Ella le pasó un brazo alrededor de los hombros para que no cayera. Naismith hizo una mueca, pero no se quejó. Supuso que debía dar gracias de que todavía pudiera andar. Pero le parecía que era muy injusto que una corta carrera pudiera ser casi fatal para alguien que todavía se sentía joven por dentro. Entre gruñidos, pudo decirle a la chica dónde estaban escondidos el carro y el caballo.

Diez minutos después sentía una ligera esperanza. No había signos de emboscadas. De allí en adelante, conocía docenas de senderos por las montañas, rutas que las guerrillas de años muy lejanos habían hecho difíciles de encontrar. Si tenían un poco más de suerte, lograrían escapar. Paul se apoyó en el lateral del carro. El bosque empezó a bailar y volverse oscuro ante sus ojos. ¡Ahora no, Señor, ahora no!

Se aclaró la vista, pero no tenía ya fuerzas para subirse al carro. Un brazo de la joven le cogió por la cintura, y el otro le pasó por debajo de las piernas. Paul era algo más alto, pero pesaba muy poco y ella era fuerte. Le dejó sentado en la parte trasera, y faltó poco para que lo soltara por efecto de la sorpresa.

—Usted no es una…

Naismith la obsequió con una débil sonrisa.

—¿Una mujer? Tienes razón. Lo cierto es que hay muy pocas cosas, de las que has visto hoy, que sean lo que parecen.

Los ojos de ella se abrieron aún más. Paul ya casi no podía hablar. Le señaló con la mano uno de los caminos secretos. Si ella lo podía seguir, les llevaría a sitio seguro.

Y entonces el mundo se oscureció y se alejó de él.

Capítulo XIX

El océano era plácido, pero la barca de pesca era pequeña. Della Lu estaba en la borda y miraba hacia el agua que brillaba al sol, con una fascinación enfermiza. En la Paz tenía tanta experiencia contra la subversión como el que más. En cierta manera, su experiencia había empezado cuando tuvo la edad suficiente para darse cuenta de cuál era el verdadero trabajo de sus padres. Y ya en su edad adulta había dirigido y participado en asaltos de tropas aerotransportadas, había dirigido el encierro en burbujas de tres fortalezas de los mongoles, había sido tan dura como su concepto de la Paz le exigía… pero hasta entonces no había navegado en algo mayor que una canoa.

¿Era posible que estuviese mareada? Cada tres segundos las olas se alzaban casi hasta dos metros de su cara y acto seguido, bajaban hasta dejar ver, cubiertos de espuma, los

maderos que estaban por debajo de la línea de flotación. Al principio le había parecido algo vagamente agradable, pero en las últimas treinta y seis horas había aprendido que no terminaba nunca. No tenía la menor duda de que se encontraría bien con tan sólo saber que aquel movimiento podía cesar según su voluntad. Pero no podía escapar a sus efectos, a menos que dejara de pensar tanto en ello.

Della ordenó a sus tripas que durmieran y a su nariz que ignorara el hedor a sardinas. Miró hacia el horizonte. Tenía mucho de qué sentirse orgullosa. En Norteamérica, y especialmente en California Central, el servicio de espionaje de la Autoridad era abominable. No se habían producido amenazas en esta región desde hacía muchos, muchísimos años. La Paz mantenía la mayor parte del continente en un estado anárquico. La observación desde satélites podía descubrir la menor concentración de energía que pudiera generarse. Los directores sólo veían alguna necesidad de mantener espías en los estados como Aztlán y Nuevo México. Las cosas eran muy diferentes en la gran extensión de tierra que constituía el Asia Central.

Pero Della se las arreglaba bien. En cuestión de días, con su experiencia en Asia, había improvisado algo que podía ser eficaz frente a la amenaza que Avery había visto. Pero Della no se había limitado a copiar sus procedimientos en Mongolia. En Norteamérica los subversivos habían violado, por lo menos en el sentido electrónico, algunos de los secretos de la Autoridad. Las comunicaciones, por ejemplo.

La mirada de Della se posó en el carguero de la Autoridad que estaba cerca del horizonte. No podía informar directamente desde el barco de pesca, sin arriesgar su cobertura. Tenía un láser instalado cerca de la línea de flotación y, por medio del mismo, hablaba con el carguero, desde donde sus mensajes eran puestos en una clave más complicada y retransmitidos, por los canales normales de la Autoridad, a Hamilton Avery y al centro de coordinación de las operaciones que Della estaba dirigiendo por su encargo.

Risas. Uno de los pescadores estaba hablando en español, algo sobre «personas que estaban acostumbradas a dormir mucho». Miguel Rosas acababa de salir del camarote del barco. Respondió a las chanzas con una sonrisa de circunstancias, mientras escogía el camino para atravesar por entre las redes. Aquellos pescadores eran un punto débil en su montaje. Eran de verdad, contratados para hacer aquel trabajo. Si les daba tiempo, llegarían a descubrir para quién estaban trabajando. La Autoridad debería haber contado con un verdadero cuadro de profesionales para aquel tipo de menesteres. ¡Diablo! Éste había sido el propósito original al establecer a sus abuelos en San Francisco. La Autoridad estaba preocupada por aquel gran puerto, situado tan cerca del más importante de sus Enclaves. Habían razonado que los «restauradores» serían los que más fácilmente podrían darse cuenta de cualquier acumulación de material militar. ¡Si en lugar de ello, hubieron decidido establecerlos entre los Quincalleros! De

todas formas, los años pasaron sin que se desarrollara ninguna amenaza, y la Autoridad nunca aumentó su estructura clandestina.

Della le sonrió, pero no le habló hasta que el californiano hubo llegado a su lado.

—¿Cómo está el muchacho?

—Todavía duerme —contestó Rosas, algo preocupado—. Confío en que esté bien. No tiene muy buena salud, ya sabe.

Della no estaba preocupada. Había drogado el pan del muchacho negro, con el que los pescadores le habían alimentado la noche anterior. Aquella droga no le iba a causar el menor daño al muchacho, pero seguiría dormido algunas horas más. Era importante que ella y Rosas mantuvieran una conversación privada, y aquélla podría ser la única oportunidad natural que tuvieran.

Le miró, manteniendo su expresión inocente y amistosa. «No me parece que sea débil. No me parece que sea un hombre que pueda traicionar a los suyos», pensó. Y, sin embargo, lo había hecho. Finalmente dijo:

—Queremos darle las gracias por descubrirnos el laboratorio de La Jolla.

La cara del ayudante de *sheriff* se puso rígida y al mismo tiempo se sobresaltó.

Lu giró su cabeza interrogativamente.

—¿Va usted a decirme que no se había figurado quién soy?

Rosas se volvió a apoyar en la borda y la miró de lado.

—Lo sospechaba. Todo era demasiado fácil. Nuestra fuga, estos amigos que nos recogieron. No había esperado encontrarme con una mujer. Resulta más propio de otros tiempos.

Sus oscuras manos apretaban la madera con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—¡Maldición!, señora. Usted y sus hombres mataron a Jeremy. Mataron a uno de los dos muchachos que yo debía proteger. Y después detuvieron a toda aquella gente del campeonato. ¿Por qué? ¿Se han vuelto ustedes locos?

El hombre no podía suponer que las detenciones del campeonato eran el meollo de la operación de Avery. Lo del biolaboratorio había sido secundario, aunque era importante ya que les había llevado a Miguel Rosas hasta ellos. Necesitaban rehenes, necesitaban información.

—Siento mucho que en nuestro ataque al laboratorio muriera uno de ustedes, señor Rosas. No era éste nuestro propósito.

Esto era cierto, pero además le daba un apoyo bien recibido para el reparto de culpas.

—Podría usted simplemente habernos dicho dónde estaba, sin insistir en una identificación a lo «beso de Judas». Debe darse cuenta de que no podíamos correr el riesgo de que lo que había en el laboratorio pudiera salir de él.

Rosas iba asintiendo, casi para sí mismo. Aquel hombre tenía un odio patológico a la biociencia, mucho más fuerte que el simple miedo de una persona normal. Esto era lo que le había empujado a la traición.

—Y en cuanto a las detenciones que hicimos en el campeonato, teníamos muy buenas razones para hacerlas, razones que algún día usted podrá saber y suscribir. Por ahora deberá confiar en nosotros, tal como todo el mundo ha confiado en nosotros estos últimos cincuenta años, y seguir nuestras directrices.

—¿Directrices? Al diablo. Hice lo que tenía que hacer, pero esto es el fin de mi cooperación. Ya pueden encerrarme como a los demás.

—Creo que no. El feliz regreso de ustedes dos a California Central tiene una prioridad muy elevada para nosotros. Usted, Wili y yo desembarcaremos en Santa Bárbara. Desde allí deberemos ir a la granja Flecha Roja. Seremos unos héroes, los únicos supervivientes de las infames redadas de

La Jolla —vio el desafío en la cara de Rosas—. Lo cierto es que usted no puede elegir. Usted ha traicionado a sus amigos, a sus jefes y a toda esa gente que hemos arrestado en La Jolla. Si usted, Miguel Rosas, no nos obedece, daremos a conocer su participación en ambas operaciones, explicaremos que usted es agente nuestro desde hace muchos años.

—¡Eso es una condenada mentira! —exclamó, aunque cortó su desahogo en seco cuando vio que no iba a servirle de nada.

—Por otra parte, si usted nos ayuda, estará sirviendo a una buena causa —Rosas no protestó, pero estaba claro que tampoco él lo creía—, y cuando todo esto haya pasado será muy rico y, si hace falta, estará protegido por la Paz, durante todo el resto de su vida.

Era una estrategia que había sido eficaz en muchos casos, y no solamente durante la historia de la Paz: se toma una persona débil, se la anima para que cometa una traición (por cualquier motivo, no importa) y luego se la amenaza con denunciarle y el ofrecimiento de la riqueza, para obligarle a hacer mucho más de lo que, en principio, había tenido el valor o el motivo para hacer. Hamilton Avery había confiado que en aquel caso también sería eficaz y había rehusado dar más tiempo a Della para que buscara algo más sutil.

Miguel Rosas les podía dar una pista que les condujera hasta Hoehler.

Della le observaba cuidadosamente, tratando de traspasar su tensa expresión y poder así calibrar si llegaría a ser lo bastante fuerte para sacrificarse.

El ayudante de *sheriff* miraba atentamente a las gaviotas que volaban en círculo sobre la barca y que llamaban estrepitosamente a sus congéneres, porque la primera redada de peces era subida a bordo. Durante unos instantes estuvo abstraído en el revoloteo de alas, luego los músculos de su mandíbula se fueron relajando poco a poco.

Por fin se volvió para mirar a Della.

—Usted debe de saber jugar muy bien al ajedrez. No podía creer que la Autoridad tuviera programas de ajedrez para jugar como usted jugó en su partida con Wili.

Della estuvo a punto de echarse a reír ante lo inoportuno de lo que había dicho, pero contestó la verdad.

—Tiene razón, no los tiene. Pero yo apenas si sé los movimientos de las piezas. Lo que usted creyó que era mi ordenador, era un enlace telefónico con Livermore. Allí tenía a nuestros mejores jugadores estudiando el juego, buscando las jugadas más convenientes y transmitiéndomelas.

Ahora Rosas rió. Su mano cayó sobre el hombro de ella. Casi devolvió el golpe, pero se dio cuenta a tiempo de que aquello era una caricia y no un ataque.

—Estaba preocupado por eso. De verdad, estaba preocupado. Señora, odio su comportamiento, y después de hoy odiaré todo lo que usted defienda. Pero me ha robado el alma —la risa se había esfumado de su voz—. ¿Qué quiere usted que haga?

«No, Miguel, no tengo tu alma, y ya veo que nunca podré tenerla». Della, de pronto, pensó con temor, por razones que no convencerían a Hamilton Avery, que Miguel Rosas no era su instrumento. Evidentemente era ingenuo. Fuera de Aztlán y Nuevo México, muchos norteamericanos lo eran. Pero la debilidad que le obligó a traicionar a los del laboratorio Scripps, se había acabado allí. Y de alguna manera, ella sabía que la decisión que había tomado, fuera cual fuera, no lograría cambiarle por mucho que le obligara a cometer actos cada vez más traicioneros.

En Rosas había algo muy fuerte. Incluso después de haber cometido un acto de traición, los que fueran sus amigos podían estar orgullosos de conocerle.

—¿Lo que quiero que haga? No gran cosa. A la hora que sea, vamos a llegar esta noche a Santa Bárbara. Quiero que me lleve con usted cuando desembarquemos. Cuando lleguemos a California Central, quiero que respalde mi

historia. Quiero conocer directamente a los Quincalleros —hizo una pausa—. Hay una cosa más. Entre todos los subversivos hay uno que es el más peligroso para la paz mundial. Se llama Paul Hoehler —Rosas no se inmutó—. Le hemos visto en la granja Flecha Roja. Queremos saber qué está haciendo. Queremos saber dónde está.

Para Hamilton Avery, éste había resultado ser el punto principal de la operación. El director tenía una paranoia permanente centrada en Hoehler. Estaba convencido de que los estallidos de las burbujas no eran a causa de un fenómeno natural, de que alguien de California Central era el responsable. Hasta el día anterior, ella había considerado que todo aquello no era más que una fantasía peligrosa, algo que distorsionaba su estrategia y oscurecía la amenaza a largo plazo de los Quincalleros. Pero ahora ya no estaba tan segura. Durante la noche pasada, Avery le había llamado para hablarle de la nave espacial que la Paz había descubierto en las colinas que estaban al este de Vandenberg. El accidente había ocurrido pocas horas antes y los informes eran sólo parciales, pero era evidente que el enemigo disponía de una estación espacial tripulada. Si podía hacer esto y mantenerlo en secreto, podía hacer casi cualquier cosa. Eran unos momentos que requerían una mano mucho más dura que la que habían necesitado en Mongolia.

Encima y alrededor de ellos, las gaviotas se lanzaban en picado a través del frío resplandor azul y trazaban círculos

cada vez más próximos a medida que el pescado se iba amontonando en la popa de la barca. La mirada de Rosas andaba perdida entre las aves carroñeras. Della, a pesar de su larga experiencia, no podía decir si Rosas era su aliado a la fuerza o un traidor doble. Por el bien de los dos, confiaba en que fuera lo primero.

Capítulo XX

Las fiestas y las ferias eran muy usuales entre los Quincalleros de la Costa Oeste. Algunas veces era muy difícil distinguir si se trataba de una cosa o de la otra, tan grandes eran las fiestas y tan familiares eran las ferias. Cuando era niño, los puntos culminantes de la existencia de Rosas habían sido tales acontecimientos: mesas abarrotadas de comida, pequeños y grandes que llegaban desde muchos kilómetros alrededor para disfrutar de la compañía de los demás, en los brillantes exteriores de los días soleados o apiñados en los calientes y ruidosos comedores cuando la lluvia azotaba el exterior.

Los sucesos de La Jolla habían cambiado todo esto. Rosas se esforzaba en aparentar que estaba atento mientras escuchaba a una sobrina de Kaladze que se hacía cruces de su fuga y la posterior odisea del regreso a California Central.

Su mente vagaba con tristeza y nerviosismo por la escena de su fiesta de bienvenida a casa. Solamente estaban presentes los miembros de la familia Kaladze. No había nadie de otra granja o de Santa Inés; incluso faltaba Seymour Wentz. Los de la Paz no debían sospechar que algo especial ocurría en la granja Flecha Roja.

Pero Sy no estaba del todo ausente. Él y algunos de los vecinos se habían puesto en la línea de televisión desde sus casas de tierra adentro. En algún momento de aquella noche entrarían en contacto para tener un consejo de guerra.

«Me gustaría saber si podré mirar a Sy, sin contarle todo lo que en realidad pasó en La Jolla».

Wilma Wentz, que era sobrina de Kaladze y cuñada de Sy, una mujer a la que le faltaba poco para cumplir los cincuenta años, estaba luchando por hacerse oír por encima de la música emitida por un altavoz escondido en un árbol cercano.

—Pero todavía no puedo comprender cómo os las arreglasteis al llegar a Santa Bárbara. Tú, con el muchacho negro y con una mujer asiática, viajando juntos. Sabemos que la Autoridad había pedido a Aztlán que os detuvieran. ¿Cómo pudisteis atravesar la frontera?

Rosas hubiera deseado que su cara estuviera en la sombra en vez de estar iluminada por las bombillas que colgaban

entre los árboles. Wilma no era más que una mujer, pero era inteligente y más de una vez, cuando él era chico, le había atrapado cuando se apartaba de la verdad. Debía andar con mucho cuidado con aquella mujer. Debía tener tanto cuidado con ella como con cualquier otro. Se rió.

—Fue muy sencillo, Wilma —después de que se le ocurriera a Della—, simplemente, volvimos a meter nuestras cabezas en la boca del león. Encontramos una estación de combustible de la Paz y nos montamos en la parte inferior de uno de sus camiones cuba. Ningún guardia de Aztlán se atreve a hacerles parar. Hicimos un viaje sin paradas desde allí hasta la estación de combustible que está al sur de Santa Inés.

Había ocurrido así, pero no fue un viaje divertido. Habían sido kilómetros y kilómetros de ruido y humo de los motores diesel. Más de una vez, durante las dos horas que duró el trayecto, habían estado a punto de desmayarse y caer, entre los ejes en movimiento, hasta el pavimento de la Old 101. Pero Lu había sido tajante. Su retorno debía ser difícil y real. Nadie, ni siquiera Wili, debía sospechar nada.

Los ojos de Wilma se hicieron ligeramente mayores.

—¡Oh! ¡Esta Della Lu! ¡Es tan maravillosa! ¿No crees?

Rosas miró por encima de Wilma hacia donde estaba Della, haciéndose amiga de las mujeres.

—Sí, es maravillosa.

Les tenía embelesados a todos con sus relatos de cómo era la vida en San Francisco. Aunque lo hubiera querido (y hubiera sido suicida) no habría podido cometer el menor desliz. Era una embustera sobrenaturalmente buena. ¡De qué manera odiaba a aquella pequeña cara asiática y aquel cuerpo tan agradable! Nunca había conocido a nadie, hombre, mujer o animal, que fuese tan atractivo y también tan pérfido. Se esforzó para apartar sus ojos de ella, tratando de olvidar sus esculturales hombros, su risa espontánea, el poder que tenía para destruirle a él y a todo lo bueno que hubiera podido hacer.

—Es maravilloso teneros otra vez aquí —la voz de Wilma de repente se había vuelto muy dulce—. Pero estoy muy apenada por toda aquella pobre gente de La Jolla y del laboratorio secreto.

¡Y por Jeremy, por Jeremy que se quedó atrás, para siempre! Era tan amable al decir esto, tan amable al recordarle que no había regresado uno de aquéllos a los que debía haber protegido, ya que se le había contratado para esto. La amabilidad removía, sin saberlo, un profundo sentimiento de culpabilidad. Rosas no pudo ocultar la dureza de su voz cuando dijo:

—No te preocupes por la gente biocientífica, Wilma. Eran algo malo que tuvimos que utilizar para curar a Wili. Y en

cuanto a los demás, te prometo que vamos a conseguir que regresen todos.

Alargó su mano para estrechar la de ella. Todos menos Jeremy.

—Da —dijo una voz detrás de él—. Vamos a conseguir que regresen todos, desde luego.

Era Nikolai Kaladze, que se había metido en su conversación, como era habitual en él, sin previo aviso.

—Pero, de esto es de lo que vamos a discutir ahora, Wilma querida.

—¡Oh! —ella aceptó la despedida implícita, como una perfecta mujer moderna. Se fue a reunir con las mujeres y los hombres más jóvenes y dejar así las cosas importantes para los mayores.

Della, de momento, se sorprendió por este giro de los acontecimientos. Sonrió y se despidió de Mike con un ademán. A él le habría gustado pensar que había cólera en su expresión, pero era una actriz demasiado buena para exteriorizarla. Sólo cabía imaginar su rabia por haber sido echada de la reunión. Tenía el morboso deseo de que ella hubiera confiado en poder asistir a la misma.

En unos pocos minutos, la fiesta se había acabado, y las mujeres y los niños se habían ido a otra parte. La música

procedente de los árboles se oía más suavemente, y los sonidos de los insectos dominaban el ambiente. El holo de Seymour Wentz se quedó allí. Su imagen podía casi confundirse con la de alguien que estuviera sentado en el extremo más alejado de la mesa campestre. Pasaron treinta segundos y aparecieron algunos visitantes electrónicos más. Uno estaba en una pantalla plana y en blanco y negro. Era alguien situado muy lejos, desde luego. Rosas se preguntaba si aquella transmisión estaba bien protegida. Entonces reconoció al personaje, era uno de los Green de Norcross. Tratándose de ellos, probablemente era a prueba de captaciones no deseadas.

Wili andaba por allí y saludó silenciosamente a Mike. El muchacho había estado muy callado desde aquella noche en La Jolla.

—¿Estamos todos presentes?

El coronel Kaladze estaba sentado en la cabecera de la mesa. Había muchas más imágenes que gente de carne y hueso. Tan sólo Mike, Wili y Kaladze con sus hijos estaban realmente allí. El resto eran imágenes en cajas de holo. El quieto aire nocturno, el pálido resplandor de las bombillas, las caras envejecidas, y Wili, moreno, pequeño y en cierto modo poderoso. Todo aquello componía un cuadro que sugirió a Rosas una escena fantástica: un oscuro príncipe de los duendes que reunía su consejo de guerra, en un bosque lleno de fantasmas.

Los asistentes se miraron unos a otros durante unos instantes, quizá percibiendo, también ellos, lo insólito de la situación. Por fin, Iván Nikolayevich dijo a su padre:

—Coronel, con el respeto debido, ¿es correcto que alguien tan joven y desconocido como el señor Wáchendon esté presente en esta reunión?

Antes de que el anciano pudiera hablar, Rosas interrumpió, lo que era otra falta de decoro.

—Le pedí que se quedara. Compartió nuestro viaje al sur, y sabe mucho más que algunos de nosotros de los problemas técnicos que se nos plantean —Mike se excusó ante Kaladze con un gesto.

Sy Wentz le sonrió con mala intención.

—Puesto que estamos olvidando las reglas de la corrección, quiero preguntar acerca de la seguridad de las comunicaciones.

Kaladze se mostró sólo ligeramente molesto por la usurpación de funciones.

—Esté tranquilo, *sheriff*. Esta parte del bosque está en un pequeño valle, invisible desde tierra adentro. Y creo que en los árboles que nos rodean hay más aparatos para confundir a los extraños que hojas —miró hacia una pantalla—. No se escapa nada por este lado. Si nuestros amigos que están en

línea visual directa han tomado las precauciones mínimas, estamos seguros.

Miró hacia el hombre de Norcross, que dijo:

—No se preocupe por mí. Estoy utilizando filos de cuchillos y pasillos convergentes, toda clase de adelantos técnicos. Los de la Paz podrían estar vigilando hasta el fin de sus días y no llegarían a saber que se ha producido una transmisión. Caballeros, ustedes no se dan cuenta de lo atrasados que están nuestros enemigos. Desde los secuestros de La Jolla, hemos colocado algunos espías en sus laboratorios. La técnica electrónica de los expertos de la Autoridad de la Paz es de cincuenta años atrás. Descubrimos que sus investigadores se consideraban merecedores de la gloria porque habían conseguido una densidad de diez millones de componentes por milímetro cuadrado —alrededor de la mesa se oyeron carcajadas reprimidas—. En operaciones de campo, todavía son peores.

—Es decir que no tienen más que las bombas, los reactores, los tanques, los ejércitos y las burbujas.

—Correcto. Somos como los cazadores de la edad de piedra que luchaban contra un mamut. Nosotros les aventajamos en número y en inteligencia, y ellos sólo tienen la fuerza física. Estoy seguro de que nuestro destino será igual al de los cazadores. Puede ser que tengamos bajas. Pero, al final, el enemigo será vencido.

—¡Pues sí que es un punto de vista que da ánimos! —intervino Sy secamente.

—Hay una cosa que me gustaría saber —dijo un fabricante de *hardware* de San Luis Obispo—. ¿Quién les puso en guardia? Durante los últimos diez años hemos tenido mucho cuidado en no presumir de nuestros mejores productos; estuvimos todos de acuerdo en no poner dispositivos espías en la Autoridad. Esto ahora ya es agua pasada, pero tengo la impresión de que alguien, deliberadamente, les ha puesto en guardia. Los aparatos de escucha que acabamos de infiltrar nos han permitido saber que están muy trastornados por la elevada tecnología de lo que habían encontrado en sus laboratorios a principios de este año. ¿Alguien puede explicarme esto?

Miró alrededor de la mesa. Nadie quiso o pudo contestarle. Pero Mike, de pronto, estuvo seguro de una cosa. Allí había por lo menos un hombre que deseaba restregar la superioridad de los Quincalleros en las narices de los de la Paz, un hombre que siempre buscaba pelea. Dos semanas atrás se hubiera sentido traicionado por un acto semejante. Mike sonrió amargamente para sí mismo. No era él la única persona que podía arriesgar las vidas de sus amigos en beneficio de la causa.

El Green se encogió de hombros.

—Si sólo era esto todo lo que sucedía, hubieran hecho algo más sutil que tomar rehenes. Los de la Paz creen que hemos descubierto algo que es una verdadera amenaza inmediata para ellos. Sus comunicaciones internas están llenas de órdenes de búsqueda de alguien llamado Paul Hoehler. Suponen que está en California Central. Es por esto que hay tantas unidades de la Paz en su área, Kolya.

—Sí, tiene usted toda la razón —dijo Kaladze—. En realidad ésta es la verdadera razón por la que he pedido esta reunión. Paul lo quería así. Paul Hoehler, Paul Naismith, le podemos llamar de cualquiera de estas dos maneras, ha sido el centro de sus temores desde hace mucho tiempo. Pero sólo ahora puede ser tan mortal para ellos, como temen. Paul tiene algo que puede matar al mamut de que hablaba usted, Zeke. Debéis saber que Paul puede generar burbujas sin necesidad de una planta de energía nuclear. Quiere que nos preparemos.

La voz de Wili rompió las oleadas de asombro que se difundían alrededor de la mesa.

—¡No! No digas nada más. ¿Quiere usted decir que Paul no estará aquí esta noche, ni siquiera en imagen? —se notaba un gran pánico en su voz.

Las cejas de Kaladze se elevaron.

—No. Paul intenta estar completamente escondido hasta que pueda difundir su técnica. Eres la única persona que…

Wili se había puesto en pie, y casi estaba temblando.

—Pero él tiene que verlo. Tiene que escucharme. ¡Es quizás el único que podrá creerme!

El viejo soldado se volvió a sentar.

—¿Creer, en qué?

Rosas notó un escalofrío que corría por su espalda. La mirada acusadora de Wili estaba fija en él desde el otro lado de la mesa.

—¡Creerme a mí cuando diga que Miguel Rosas es un traidor! —miró, uno tras otro, a todos los visitantes pero no encontró apoyo—. Es cierto. Se lo digo a ustedes. Él sabía lo de La Jolla desde un principio. Explicó a los de la Paz lo del laboratorio. ¡Él hizo que Jeremy resultara muerto en aquel agujero de los acantilados! Y ahora está sentado aquí mientras usted lo explica todo; mientras usted le explica el plan de Paul.

La voz de Wili se había ido elevando hasta convertirse en infantil e histérica. Iván y Sergei, que eran hombres de más de cuarenta años, se dirigieron hacia él. El coronel les hizo seña de que retrocedieran, y cuando Wili hubo acabado, contestó suavemente:

—¿Dónde está la evidencia, hijo?

—En el barco. ¿Sabe usted el «afortunado rescate» que Mike se siente tan feliz de contar? —Wili escupió—. ¡Vaya rescate! Era un montaje de los de la Paz.

—¡Las pruebas, joven! —era Sy Wentz, que salía en defensa del que era su ayudante desde hacía diez años.

—Creían que me habían drogado, y que estaba dormido como un muerto. Pero yo estaba despierto. Me arrastré hacia arriba por los escalones de la cabina. Le vi cuando hablaba con esta puta de la Paz, este monstruo que se llama Lu. ¡Ella le dio las gracias por habernos traicionado! Saben quién es Paul, tiene usted razón. Y estos dos están aquí buscando su rastro. Ellos mataron a Jeremy. Ellos…

Wili se detuvo en seco, pareció que se daba cuenta de que aquel torrente de palabras estaba empeorando su causa.

Kaladze le preguntó:

—¿Pudiste oír todo lo que decían?

—No. Hacía mucho viento, y yo estaba mareado. Pero…

—Ya basta, muchacho —la voz de Sy Wentz se elevó en el claro de bosque—. Conocemos a Mike desde que era más joven que tú. Entre yo y los Kaladzes nos repartimos su educación. Creció aquí, y no en cualquier *ghetto* de la

Cuenca, y nosotros sabemos a favor de quién está su lealtad. Ha arriesgado su vida más de una vez por la gente. Al mismo Paul le salvó hace un par de años.

—Lo siento, Wili —la voz de Kaladze era suave, muy diferente de la de Sy—. Conocemos a Mike. Y después de esta mañana estoy seguro de que la señorita Lu es lo que parece. He llamado a algunos amigos míos de San Francisco. Allí sus padres han sido, desde hace muchos años, «restauradores» de vagones pesados. Reconocieron su fotografía. Ella y su hermano fueron a La Jolla, tal como han dicho.

«¿Es que nadie va a detenerla?», pensó Rosas.

—¡Caray! Ya sabía que no me creerían. Si Paul estuviera aquí —el muchacho miró a los hijos de Kaladze—. No se preocupen. Seguiré siendo un caballero.

Dio la vuela y se marchó muy tieso.

Rosas luchó para que su expresión no fuera otra que la de sorpresa. Si el muchacho no se hubiera acalorado tanto, o si Della hubiera sido menos lista, aquello habría sido el fin de Miguel Rosas. En aquel momento estuvo terriblemente cerca de confesar todo lo que las acusaciones del muchacho no podían probar. Pero no dijo nada. Mike quería que su venganza precediera a su propia destrucción.

Capítulo XXI

Nikolai Sergeivich y Sergei Nikolayevich, que iban sentados en el asiento delantero, delante de Wili, tenían un color malva pálido. Era muy entrada la noche y la lluvia provocaba un siseo continuado a su alrededor. Durante los últimos cuatro kilómetros el «túnel secreto» del anciano ruso iba a nivel del suelo. Cuando el carro se acercaba mucho a las paredes, Wili notaba que unas hojas mojadas y una áspera red le rozaban. A través de sus gafas de noche, la madera se veía más caliente que las hojas o la red, que debía ser una especie de enmascaramiento. Las paredes estaban tejidas de forma muy tupida y, probablemente, desde fuera debían parecer un bosque espeso. Debido a que el techo del pasaje estaba empapado de agua, una especie de lluvia caía sobre ellos cuatro. Wili puso la capucha de su impermeable en forma que le protegiera del persistente goteo.

Sin las gafas de noche, todo estaba oscuro. Pero sus otros sentidos podían darle razón de aquel camino disimulado que les llevaba hacia las tierras del interior, más allá de los vigilantes que la Autoridad había distribuido alrededor de la granja. Su olfato le indicó que ya habían rebasado las hileras de plataneros que marcaban el lindero este de la finca. Además del olor de la madera mojada, creyó percibir el olor de las lilas, lo que significaba que ya estaban a la mitad del camino hacia la carretera 101. Le hubiera gustado saber si Kaladze tenía intención de acompañarle tan lejos.

Por encima de los crujidos de las ruedas del carro, podía oír a Miguel Rosas que iba delante, conduciendo los caballos.

Los labios de Wili se retorcieron en una especie de gruñido silencioso. Nadie le había creído. Estaba allí como un prisionero virtual de la gente que debía ser su aliada, ¡y todos ellos iban guiados a través de la oscuridad por el Jonque traidor! Wili se volvió a poner las pesadas gafas y observó el borrón de color malva que era la cabeza de Rosas. Era divertido ver que, en el fantástico mundo de las gafas de noche, el color de la piel Jonque era el mismo que el de la suya.

¿Cuándo se iba a acabar aquel pequeño viaje? Sabía que Kaladze y su hijo pensaban que sólo les iban a acompañar hasta el final del túnel, para dejar que Wili se reuniera con Naismith en las montañas. Y aquellos locos creían que Rosas

les iba a dejar regresar. Durante veinte minutos había estado a punto de saltar, esperando ver un foco de luz real delante de ellos, oír una voces enérgicas dando órdenes y, detrás de todo aquello, los hombres vestidos de verde de la Autoridad con rifles y aturdidores. Una repetición de la traición de La Jolla. Pero los minutos iban pasando sin otra cosa que el ruido de la lluvia y el de las altas ruedas del carro. El túnel serpenteaba por las colinas. De vez en cuando era subterráneo, otras veces pasaba sobre maderos dispuestos por encima de los arroyos. Considerando lo mucho que llovía cerca de Vandenberg, debía representar un considerable esfuerzo mantener en funcionamiento aquel camino y guardar al mismo tiempo el secreto. Era una verdadera pena que el anciano lo hubiera echado todo a rodar, pensaba Wili.

—Parece ser que ya nos acercamos al final, señor —el susurro de Rosas le llegó muy quedo, ¿ominoso?, por encima del ruido leve de la lluvia.

Wili se puso de rodillas para poder mirar por encima de los hombros de los Kaladze. El Jonque estaba empujando una puerta, una puerta construida con ramaje y hojas y que no obstante se abrió suavemente y en silencio. Una luz brillante le deslumbró a través de la abertura. Wili casi se tiró del carro antes de que sus gafas se ajustasen y pudiera asegurarse de que todavía no les habían descubierto.

Wili se sacó las gafas un momento y vio que la noche seguía siendo tan negra como el dorso de su mano. Casi

sonrió. Sin las gafas las sombras eran de un negro absoluto. En el túnel, las gafas no podían ver otra cosa que no fuera el calor de sus cuerpos. En el exterior, aunque hubiera unas nubes muy espesas, aunque fuera en una noche lluviosa, siempre había suficiente luz natural para ver con las gafas. Aquellas gafas eran algo mucho mejor que la mira nocturna del rifle de Jeremy.

Rosas guió el caballo hasta la luz.

—Adelante —dijo.

Sergei Nikolayevich accionó las riendas y el carro pasó muy apretada y lentamente a través de la abertura.

Rosas estaba de pie delante de un paisaje extraño, sin sombras, pero ahora los colores de su capucha y de su cara no resplandecían, y Wili pudo distinguir claramente sus facciones. Las abultadas gafas impedían leer en su cara. Wili se apeó y fue andando hasta el centro del espacio abierto. A su alrededor, por todos lados, los árboles quedaban muy cerca. Las nubes se podían ver de vez en cuando a través de los claros que dejaban las ramas. Pudo percibir que detrás de Rosas había un camino ordinario. Miró hacia atrás y comprobó que allí donde estaba la puerta crecían arbustos vivos para disimularla.

El carro avanzó hasta llegar a la altura del muchacho. Rosas fue a ayudar al anciano para que se bajara, pero el ruso meneó la cabeza.

—Sólo estaremos unos minutos —murmuró.

Su hijo miró un instrumento que llevaba en su regazo.

—Por esta zona, somos los únicos animales del tamaño de un hombre, coronel.

—Está muy bien. Pero esta noche todavía tenemos que hacer muchas cosas en casa —durante un instante su voz parecía indicar que estaba cansado—. Wili, ¿sabes por qué nosotros tres hemos venido acompañándoos hasta aquí?

—No, señor.

El «señor» le salía espontáneamente cuando hablaba con el coronel. Después del mismo Naismith, Wili había encontrado en este hombre más cosas que merecieran su respeto que en nadie más. Los jefes Jonque, y los amos Ndelante Ali, exigían siempre unas maneras respetuosas de sus dependientes, pero el anciano Kaladze siempre daba algo a cambio.

—Pues bien, hijo. Quería convencerte de que eres importante, y que lo que haces es todavía más importante. No queríamos ofenderte anoche en la reunión; sólo se trataba de que sabíamos que estabas equivocado en lo de

Mike —levantó un par de centímetros su mano y Wili sofocó el nuevo ruego que afloraba a sus labios—. No voy a tratar de convencerte de que estabas equivocado, sé que crees todo lo que dices. Pero, a pesar de este desacuerdo, todavía te necesitamos desesperadamente. Sabes que Paul Naismith es la clave de todo esto. Puede ser capaz de descubrir el secreto de las burbujas. Puede ser capaz de liberarnos a todos los que estamos bajo la Autoridad.

Wili hizo una señal afirmativa.

—Paul nos ha dicho que te necesita y que sin tu ayuda su éxito se retrasaría. Le están buscando, Wili. Si le cogen antes de que pueda ayudarnos creo que no nos quedaría ninguna posibilidad. Nos tratarían como a los Quincalleros de La Jolla. Así es. Hemos traído a Elmir —hizo un gesto en dirección a la yegua que conducía Rosas—. Mike dice que aprendiste a montar en Los Ángeles.

Wili asintió nuevamente. Aquello era una exageración. Sólo sabía mantenerse en la silla. Con los Ndelante Ali, las escapadas solían ser, a veces, a caballo.

—Queremos que vuelvas con Paul. Creemos que lo lograrás desde aquí. Este camino que se ve ahí delante cruza bajo la Old 101. No deberás encontrarte con nadie a no ser que te desvíes mucho hacia el sur. Hay un campamento de camioneros siguiendo este camino.

Por primera vez, Rosas habló:

—Paul necesita de verdad tu ayuda, Wili. Lo único que le protege es su escondite. Si te capturaran y te obligaran a hablar…

—No hablaría.

Wili dijo esto y trató de no pensar en lo que había visto que les pasaba en Pasadena a los prisioneros que no cooperaban.

—Con la Autoridad no podrías elegir.

—¿Sí? ¿Es esto lo que le pasó a usted, señor Jonque? No creo que hubiera planeado desde el principio hacernos traición. ¿Qué pasó? Ya sé que la perra china le ha conquistado. ¿Es esto lo que ha pasado? —Wili oyó cómo su propia voz iba subiendo de tono—. ¿Es tan bajo su precio?

—¡Ya basta! —La voz de Kaladze no era alta, pero su brusquedad hizo callar de golpe a Wili. El coronel luchó por bajar desde la banqueta al suelo, y luego se inclinó, llevando todavía las gafas de noche, hasta que su cara estuvo al nivel de la de Wili. De algún modo, Wili pudo sentir aquellos ojos que se clavaban en los suyos, a través de las oscuras lentes de plástico.

—Si alguien ha de estar amargado, debemos ser Sergei Nikolayevich y yo. ¿No es cierto? Soy yo, y no tú, el que ha

perdido a un nieto en la burbuja de la Autoridad. Si alguien ha de tener sospechas soy yo, y no tú. Mike Rosas te salvó la vida. Y no me refiero sólo a que regresó aquí, contigo y vivo. Consiguió meterte y sacarte de aquellos laboratorios secretos. Unos pocos segundos de diferencia y todos habrían quedado atrapados en la burbuja. Y lo que tú lograste allí, fue la propia vida. Te vi antes de que fueras a La Jolla. Si ahora estuvieses tan enfermo como entonces, estarías tan débil que no podrías permitirte el lujo de la ira.

Esto detuvo a Wili. Kaladze tenía razón, pero no acerca de la inocencia de Rosas. Los últimos ocho días habían sido de tanto trajín, tan llenos de furia y frustración, que no se había dado cuenta del todo. En veranos anteriores su estado siempre había mejorado. Pero desde que empezó a tomar aquello, el dolor le había ido abandonando, mucho más aprisa que las otras veces. Desde que había regresado a la granja había comido con más placer que en los cinco años anteriores.

—Conforme. Le ayudaré, pero con una condición.

Nikolai Sergeivich se puso tenso, pero no dijo nada. Wili prosiguió:

—El juego se habrá perdido si la Autoridad encuentra a Naismith. Mike Rosas y Lu tal vez conozcan dónde está. Si usted me promete, por su honor, mantenerles apartados durante diez días de todos los medios de comunicación

exterior, entonces valdrá la pena que yo haga lo que usted dice.

Kaladze no contestó en seguida. Era una promesa muy fácil de hacer para seguirle la corriente en sus «fantasías», pero Wili sabía que si el ruso daba su palabra, la iba a mantener. Finalmente dijo:

—Lo que pides es muy difícil y muy inoportuno. Prácticamente me pides que les tenga encerrados —miró a Rosas.

—Por mí, no tengo inconveniente —el traidor habló aprisa, casi con impaciencia.

Wili se preguntó qué era lo que no alcanzaba a entender.

—Muy bien. Tienes mi palabra —Kaladze extendió su pequeña pero fuerte mano para estrechar la de Wili—. Ahora marchémonos, antes de que la aurora medie en nuestras agradables discusiones.

Sergei y Rosas dieron la vuelta a los caballos y al carro y cuidadosamente borraron las huellas de su presencia. El traidor evitó mirar a Wili cuando cerró la puerta secreta.

Y Wili se quedó solo con una pequeña yegua en la más negra de las noches. A su alrededor la lluvia caía inaudiblemente. A pesar del impermeable, su espalda empezaba a mojarse.

***

Wili no había previsto lo difícil que iba a resultarle guiar la yegua en aquella oscuridad absoluta pese a que Rosas había hecho suponer que le resultaría fácil. Desde luego, Rosas no tenía que luchar con ramas mal colocadas que, si no se apartaban cuidadosamente, golpearían la cabeza del animal. La primera vez que aquello sucedió, casi perdió el control de la pobre Elmir. El camino iba dando vueltas y revueltas alrededor de las colinas y desaparecía en algunos lugares donde las lluvias constantes habían hecho mayores las torrenteras de la estación anterior. Sólo los mapas de Kaladze podían sacarle entonces del apuro.

Ya sólo le faltaban quince kilómetros para llegar a la Old 101, y era un largo paseo, largo y húmedo. Pero todavía no estaba muy cansado, y el calor que sentía en sus músculos era la saludable sensación del ejercicio. Nunca, ni en sus mejores momentos, se había sentido tan activo. Acarició la pequeña bolsa que llevaba junto a su piel, y elevó una corta plegaria al Único Dios Verdadero para que siguiera concediéndole suerte.

Tenía mucho tiempo para pensar. Una y otra vez, Wili volvía a recordar la aparente facilidad con que Rosas había aceptado el arresto domiciliario para él y para Lu. Debían tener algo ya planeado. ¡Lu era tan lista y tan hermosa! No sabía qué era lo que había cambiado a Mike, pero se inclinaba a creer que lo había hecho sólo por causa de ella.

¿Serían todas las chicas chinas como ella? Nunca había visto una dama, negra, Anglo o Jonque, como Della Lu. Wili iba distraído, imaginando varias confrontaciones finales y victoriosas, hasta que, pese a llevar las gafas de noche, cayó por el borde de un torrente lleno a medias de agua, que bajaba con fuerza. Tardaron, él y su montura, quince minutos en poder salir de allí. Tuvieron que trepar por los resbaladizos márgenes embarrados, y casi perdió las gafas en la aventura.

Esto le volvió a la realidad. Lu era hermosa como las adelfas, o mejor, como un gato de Glendora. Ella y Rosas habían tramado algo, y si él no podía adivinar de qué se trataba, podría resultar fatal.

***

Horas después, todavía no lo había descubierto. Poco debía faltar para la aurora, y la lluvia había cesado. Wili se detuvo en un lugar donde un claro del bosque le permitía ver lo que había hacia el este. Algunas partes del cielo se habían aclarado. Estaban tomando un aspecto rojizo, como si hubiera un fuego. Los árboles tenían muchas sombras, cada una de un color diferente. Un largo tramo de la 101 era visible entre las colinas. No había tránsito, pero hacia el sur vio unos destellos de luces cambiantes que debían ser camiones de carga de la Autoridad. Pudo contemplar también un resplandor constante que debía ser el

campamento de los camioneros del que le había hablado Kaladze.

Directamente debajo de su mirador, un pantano con árboles se extendía hasta la Old 101. La carretera había sido arrasada por las aguas y vuelta a construir muchas veces, hasta que se había reducido a ser sólo un puente de madera sobre los pantanos. Podía elegir, entre cien, el sitio por dónde iba a cruzar por debajo de la 101.

Quedaba más lejos de lo que parecía. Cuando llegaron a la mitad de la distancia, el cielo estaba ya muy iluminado por el este, y Elmir parecía que ya tenía más fe en lo que estaban haciendo.

Escogió un paso que parecía haber sido algo transitado, y se dispuso a pasar por debajo de la carretera. Todavía iba pensando en lo que Rosas y Lu habrían podido tramar. Si ellos no podían mandar un mensaje, entonces ¿quién era el que podría hacerlo? ¿Quién sabía dónde estaba Naismith y al mismo tiempo se hallaba fuera de la granja Flecha Roja? La súbita comprensión le hizo detener, inmovilizándole en mitad del camino. El blando morro de Elmir le golpeó y le hizo caer de rodillas, pero apenas si se dio cuenta de ello. ¡Desde luego! Pobre y estúpido Wili, siempre dispuesto a ayudar a sus enemigos.

Wili se levantó del suelo y volvió al lado de Elmir y empezó a buscar cuidadosamente por si había equipaje no deseado.

Pasó la mano por el lado interior del cincho de la yegua y allí encontró lo que buscaba. El transmisor era grande, medía unos dos centímetros en diagonal. Sin lugar a dudas debería llevar un temporizador, porque en caso contrario los Kaladze podrían haberse enterado si emitía. Sopesó el aparato en su mano. Era enormemente grande, sin duda era un transmisor de la Autoridad. Pero Rosas habría podido utilizar muy fácilmente algo mejor y menos visible. Volvió a examinar el animal y todos sus arreos, extremando el cuidado. Luego se sacó sus ropas e hizo lo mismo con ellas. El fresco aire matutino y el musgo rezumaba entre los dedos de sus pies. Se sentía bien.

Miró cuidadosamente, pero no pudo encontrar nada más, lo que le dejó con tremendas dudas. Si únicamente se hubiera tratado de Lu, lo podría entender. Quedaba por resolver el problema del transmisor que había encontrado. Se vistió y volvió a conducir a Elmir por el camino que pasaba por debajo de la carretera. En la distancia, el ruido de motores se hizo cada vez más intenso. Los maderos empezaron a vibrar, proporcionándoles una ducha de salpicaduras de barro. Por fin el camión de carga pasó directamente por encima de sus cabezas, mientras Wili se preguntaba cómo aquella estructura de caballetes de madera podía resistir.

Esto le dio una idea. Hacia el sur quedaba el campamento de camioneros, tal vez sólo a unos dos kilómetros. Si dejaba a Elmir atada, probablemente podía llegar hasta allí en

menos de una hora. En aquel lugar no sólo paraban los transportes de la Autoridad. Los transportistas ordinarios, con sus grandes carros con tiros de caballos, también estarían allí. Habría de resultarle fácil acercarse sin que le vieran aprovechando la poca luz del amanecer, y poner en alguno de los carros un polizón que sólo pesaba unos quince gramos.

Wili se rió a carcajadas. Un saludo a Lu y a Rosas. ¡Con un poco de suerte, conseguiría que la Autoridad creyese que Paul se escondía en Seattle!

Capítulo XXII

Estaba atrapada en alguna clase de novela gótica. Y éste no era el menor de sus problemas.

Allison Parker estaba sentada junto a un afloramiento de aguas y miraba hacia el norte. Se había alejado de la Cúpula pero el tiempo era como antes, tal vez un poco más lluvioso. Si no miraba hacia la derecha ni hacia la izquierda podía imaginar que estaba en una acampada, descansando al fresco de la mañana. Podía imaginar que Angus Quiller y Fred Torres todavía estaban vivos, y que cuando regresara a Vandenberg, Paul Hoehler habría ido hasta allí, desde Livermore, porque estaban citados.

Pero le bastaba una mirada hacia la izquierda para poder ver la mansión de quien la había rescatado, escondida en un lugar oscuro y profundo entre los árboles. Aunque fuese de

día, había algo fantasmal y extraño en el edificio. Tal vez se tratara de su propietario. El anciano, Naismith, parecía tan furtivo, tan aparentemente amable y, al mismo tiempo, tan capaz de esconder algún secreto o deseo terrible. Y, como en las novelas góticas, sus sirvientes, que tenían unos cincuenta años de edad, eran igualmente furtivos y callados.

Desde luego, muchos eran los misterios que se habían desvelado en los últimos días, y el mayor de ellos durante la primera noche. Cuando llegó, llevando al anciano consigo, los criados se habían sorprendido mucho al verla. Todo lo que podían decir era «el amo le explicará todo lo que necesite ser explicado». Entonces «el amo» estaba inconsciente, o sea que resultaba de poca ayuda. Por otra parte, le habían tratado bien, le habían dado alimentos y ropa limpia, aunque no era de su talla. Su dormitorio era casi una buhardilla, con su ventana en mitad del tejado. Los muebles eran sencillos, pero elegantes. Sólo la cómoda con espejo podría valer muchos miles allí donde ella vivía. Se había sentado en la colcha y estaba pensando que, con toda seguridad, a la mañana siguiente le darían algunas explicaciones o, en caso contrario, se marcharía andando hasta la costa, hubiera o no ejércitos poco amistosos.

La enorme casa permanecía silenciosa y muerta cuando el crepúsculo se hizo más negro. Débilmente, pero destacando sobre el silencio, Allison pudo oír el ruido de gente que reía y aplaudía. Le costó cierto tiempo darse cuenta de que alguien había conectado una televisión, a pesar de que no

había visto ningún aparato durante el día. ¡Ah! Quince minutos de programa podrían decirle mucho más sobre aquel nuevo universo, que un mes de charla con «Bill» e «Irma». Abrió la puerta de su habitación y escuchó aquellos débiles sonidos.

El programa le resultaba extrañamente familiar y hacía surgir en ella recuerdos de cuando era una niña tan pequeña que apenas alcanzaba para conectar la televisión de su madre. ¿Sábado noche? Se trataba de este programa o de alguno parecido. Escuchó unos momentos más, oyó referencias a actores y políticos que ya habían muerto cuando ella ingresó en la universidad. Bajó las escaleras y estuvo sentada junto a los Morales viendo unas horas de antiguos programas de televisión.

No se habían opuesto y, con el transcurrir de los días, incluso se habían abierto un poco acerca de algunas cosas. Estaba en el futuro, aproximadamente medio siglo más allá de su presente. Le hablaron de la Guerra y de las plagas que habían acabado con su mundo, y de los campos de fuerza, las «burbujas» que habían iniciado el mundo actual.

Pero si bien le explicaron algunas cosas, otras se convirtieron por sí solas en misterios. El anciano no hacía vida social, pero los Morales decían que ya se encontraba bien. La casa era grande y tenía muchas habitaciones cuyas puertas permanecían cerradas. Él, y cualquier otro que pudiera hallarse en la casa, la evitaban. Misterio. No había

sido bien recibida. Los Morales eran un poco amistosos y le permitían tomar parte en muchos de los quehaceres de la casa, pero percibía que, detrás de ellos, el anciano deseaba que se marchara. Al mismo tiempo, no podían permitir que lo hiciera. Temían al ejército de ocupación, la Autoridad de la Paz, tanto o más que ella misma. Si resultase capturada, aquel escondite sería descubierto. O sea que seguían siendo sus disgustados anfitriones.

Apenas si había podido ver al anciano un puñado de veces, después de la primera tarde, y nunca había vuelto a hablar con él. Pero estaba en la casa. Ella había oído su voz, detrás de puertas cerradas, alguna vez hablaba con una mujer que no era Irma Morales. Aquella voz femenina le resultaba algo familiar.

¡Dios! Lo que daría por ver ahora una cara conocida. Alguien con quien poder hablar. Angus, Fred, Paul Hoehler.

Allison bajó, deslizándose, de su elevado mirador rocoso y se paseó, enfadada, de un lado a otro. En la costa, las nubes matutinas todavía cubrían las tierras bajas. El arco de plata que encerraba a Vandenberg y a Lompoc parecía flotar hasta medio camino del cielo. No podía existir una estructura de sostén tan grande. Las montañas, por lo menos, tenían la decencia de anunciarse con laderas y estribaciones. La Burbuja de Vandenberg simplemente estaba allí, perpendicular e inmaterial como un sueño. Sabía que aquella semiesfera contenía muchas cosas de su mundo, y a

muchos de sus amigos. Estaban atrapados allí, sin que para ellos corriera el tiempo, tal como le había sucedido a ella, a Angus y a Fred cuando habían sido atrapados en la burbuja proyectada alrededor de su nave de reentrada. Y un día cualquiera la Burbuja de Vandenberg podía reventar.

Entre los árboles, fuera de su área de visión, se oyó un graznido; un cuervo se elevó por encima de los pinos y voló en círculos para cambiar de sitio. Sobre el murmullo de los insectos, Allison escuchó un ruido apagado de cascos. Se acercaba un caballo por el estrecho sendero situado detrás del mantón de rocas. Allison se retiró entre la sombra y esperó.

Pasaron tres minutos y apareció un jinete solitario. Era un negro, tan delgado que resultaba difícil saber su edad, aunque se podía asegurar que era joven. Iba vestido de verde oscuro, casi un uniforme de camuflaje, y su cabello era corto y encrespado. Parecía cansado, pero sus ojos no cesaban de inspeccionar a ambos lados del camino que tenía por delante. Sus ojos pardos la vieron.

—¡Jill! ¿Qué haces tan lejos de la terraza?

Las palabras tenían un marcado acento español; su significado era algo incongruente y que estaba fuera de su alcance. Una ancha sonrisa apareció en la cara del muchacho, que se apeó y se apresuró a reunirse con ella, sorteando las rocas situadas entre ambos.

—Naismith dice que… —el muchacho y las palabras se detuvieron a la vez. Estaba a la distancia de su brazo, y su boca entreabierta era señal de incredulidad—. Jill, ¿eres tú, de verdad?

Su mano describió un arco horizontal en dirección a la cintura de Allison. El gesto era demasiado lento para ser un golpe, pero ella no iba a correr riesgos. Le agarró la muñeca.

El muchacho lanzó un chillido, pero era a causa de la sorpresa y no del dolor. Era como si no pudiera creer que le hubiera tocado. Ella le obligó a regresar al camino y luego los dos se dirigieron hacia la casa, mientras la joven le sujetaba un brazo detrás de la espalda. El muchacho no luchó, aunque tampoco estaba acobardado. En su mirada se percibía más sorpresa que miedo.

Ahora que ya no era ella, sino el otro quien estaba en desventaja, tal vez podría obtener algunas respuestas.

—Ni tú, ni Naismith me habíais visto antes, pero parece ser que todos me conocéis. Quiero saber por qué.

Ella le dobló el brazo un poco más, aunque no lo bastante para que le doliera. La violencia estaba en su voz.

—Pero es que yo te he visto —hizo una pausa breve, y luego añadió—: en fotografías, quiero decir.

Quizá no fuera toda la verdad, pero… Tal vez las cosas fueran como en aquellas fantasías que Angus acostumbraba leer. A lo mejor ella era importante y el mundo había estado esperando a que salieran de su sueño intemporal. En este caso sus fotografías deberían haber sido difundidas ampliamente.

Dieron una docena de pasos más por el blando camino cubierto de agujas de pino. No. Debía haber algo más. Aquellas gentes actuaban como si la hubieran conocido en persona. ¿Era posible esto? No lo era en cuanto al muchacho, pero Bill e Irma, y aún más Naismith, tenían edad suficiente para que ella les hubiera conocido antes. Intentó imaginarse aquellas caras cincuenta años más jóvenes. Los sirvientes no podían ser más que niños muy pequeños, pero el anciano debía tener la misma edad que ella tenía ahora.

Dejó que el muchacho fuera delante. Ahora le cogía la mano en vez de torcerle el brazo y pensaba en la lápida funeraria que llevaba su nombre, lo cual representaba que alguien se había preocupado mucho por ella. Pasaron andando por delante de la entrada de la casa y bajaron por la rampa que llevaba hasta una entrada situada bajo el nivel del suelo. La puerta estaba abierta, tal vez para dejar entrar los frescos aromas de la mañana. Naismith se encontraba sentado, dándoles la espalda, y muy atento a los mecanismos con los que estaba jugando. El muchacho, que todavía sostenía las riendas de su caballo, atravesó la puerta y dijo:

—¿Paul?

Allison miró por encima del hombro del anciano la pantalla que éste contemplaba. Un caballo y un muchacho, y una mujer estaban mirando por la abertura de una puerta a un anciano que estaba mirando a una pantalla que… Allison, como un eco del muchacho, pero en un tono mucho más suave, más amargo y más interrogativo, preguntó:

—¿Paul?

El anciano, que un mes antes había sido joven, se volvió, al fin, para reunirse con ella.

Capítulo XXIII

Existían muy pocos sitios en la Tierra que fueran más activos y populosos que antes de la Guerra. Livermore era uno de éstos. Cuando se hallaba en su apogeo, antes de la Guerra. Junto a la ciudad, y desparramados por sus colinas se había construido un gran número de laboratorios comerciales y federales. Aquéllos eran tiempos de esplendor, con los antiguos Laboratorios de Energía de Livermore que poseían docenas de grandes empresas, y trabajaban con centenares de compañías contratadas, desde su gigantesca sede en las afueras de la ciudad. Y una de estas empresas contratadas, desconocidas para el resto de ellas, había sido la llave de su futuro. Su director, el padre de Hamilton Avery, había sido lo suficientemente listo para comprender lo que se podía conseguir con el invento de determinado científico de la plantilla, y había cambiado el curso de la historia.

De esta manera, cuando el antiguo mundo desapareció dentro de unas burbujas de plata, después de ser arrasado por los hongos de fuego nuclear y desangrado por las plagas, Livermore había seguido creciendo. Al principio desde todo el continente y luego desde todo el planeta, los nuevos gobernantes habían concentrado allí su gente mejor y más brillante. Con excepción de un breve período durante la peor etapa de las plagas, el crecimiento había sido casi exponencial. Y la Paz había gobernado el nuevo mundo.

El corazón de la Autoridad cubría mil kilómetros cuadrados, a lo largo de una franja que se extendía hacia las pequeñas ciudades de Berkeley y Oakland, al oeste de la Bahía. Ni los Enclaves de Beijing y París podían compararse con el de Livermore. Hamilton Avery había querido que aquello fuera un edén. Habían dispuesto de cuarenta años, además de la riqueza y los genios de todo el planeta, para conseguirlo.

Pero, todavía, en el centro del corazón se encontraba la Milla Cuadrada, los primitivos laboratorios federales y la Universidad de California, con su arquitectura de cien años atrás, en medio de las burbujas de mil metros de diámetro, de las torres de obsidiana y de los parques forestales.

«Si los tres nos hemos de reunir —pensó Avery—, ¿dónde mejor que aquí?». Había abandonado su séquito acostumbrado, en el césped que bordeaba la Milla Cuadrada. Él y un simple ayudante iban andando por la

vetusta acera de cemento hacia el edificio gris de ventanas alargadas, donde en otros tiempos estaban ubicadas las oficinas centrales.

A cierta distancia de las zonas de césped cuidadosamente regadas y de los bosques ornamentales, el aire era cálido, muy en consonancia con el habitual clima de verano del valle de Livermore. La camisa blanca de Avery se le pegaba ya a la espalda.

En el interior, el aire acondicionado era ruidoso y antiguo, pero todavía resultaba eficaz. Caminó por encima de un antiguo suelo de linóleo, y pareció como si sus pisadas pudieran tener un eco del pasado. Su ayudante se adelantó para abrirle las puertas, y Hamilton Avery avanzó unos pasos para saludar (o enfrentarse) a sus iguales.

***

—Caballeros…

Alargó su brazo por encima de la mesa para dar un apretón de manos, primero a Kim Tioulang y, después, a Christian Gerrault. Ninguno de los dos estaba contento. Avery les había hecho esperar, pese a que no quería llegar tarde. En las últimas horas se había presentado una crisis tras otra hasta el punto de que la experiencia de toda una vida de actividad política y diplomática no le servía apenas para nada.

Por otra parte, Christian Gerrault nunca había tenido mucho tiempo para la diplomacia. Sus ojos porcinos estaban todavía más hundidos en su cara de lo que parecían estarlo en el vídeo. Tal vez era debido a su enfado.

—Usted tiene que explicar muchas cosas, *monsieur*. No somos sus sirvientes para que nos haga venir desde el otro extremo del mundo.

«Entonces, ¿por qué has venido, loco gordo?», pensó. Pero en voz alta dijo:

—Christian, *monsieur* le Directeur, nos hemos reunido aquí precisamente porque somos los hombres que cuentan.

Gerrault levantó un robusto brazo:

—¡Bah! Con la televisión siempre nos habíamos arreglado hasta ahora.

—La «televisión», *monsieur*, ya no funciona.

El centroafricano le lanzó una mirada de incredulidad, pero Avery sabía que la gente de Gerrault en París era lo bastante lista para descubrir que el satélite de comunicaciones del Atlántico no funcionaba desde hacía más de veinticuatro horas. No había sido un fallo parcial ni gradual, sino un cese total en la retransmisión de comunicaciones.

Pero Gerrault no hizo más que encogerse de hombros, y sus tres guardias personales se movieron, inquietos, detrás de él, Avery desvió su mirada hacia Tioulang. El anciano camboyano, el director en Asia, no estaba tan claramente trastornado. K. T. era uno de los originales. Antes de la guerra era estudiante graduado en Livermore. Él, Hamilton y algunos centenares más, escogidos por el padre de Avery, habían sido los fundadores del nuevo mundo. Entonces ya quedaban pocos. Cada año tenía que elegir a nuevos sucesores. Gerrault había sido el primer director que no formaba parte del grupo original. ¿Es esto el futuro? Adivinó la misma pregunta en los ojos de Tioulang. Christian era mucho más capaz de lo que aparentaba, pero a medida que pasaban los años, se hacía más difícil ignorar sus joyas, sus harenes, sus excesos. Cuando se hubiesen muerto todos los antiguos, ¿iba él mismo a proclamarse emperador?, ¿o solamente dios?

—K. T., Christian. Han recibido ustedes mis informes. Ya saben que tenemos aquí lo que podría llamarse una insurrección. Pero todavía no les he comunicado todo lo que está sucediendo. Han ocurrido cosas que difícilmente podrían creer.

—Esto es algo perfectamente posible —dijo Gerrault.

Avery fingió ignorar la interrupción.

—Caballeros, nuestro enemigo ha conseguido hacer vuelos espaciales.

Durante unos momentos, sólo se oyó el ruido del acondicionador de aire. El sarcasmo de Gerrault se había esfumado, y fue Tioulang quien empezó a protestar:

—Pero, Hamilton, ¡piense en la base industrial que esto supondría! La Paz misma no tiene más que un pequeño programa no tripulado. En su día, durante la Guerra, nos cuidamos de que no quedara ninguna de las bases de lanzamiento sin destruir.

Advirtió que estaba diciendo cosas que los demás ya sabían, y esperó a que Avery continuara.

Avery indicó por señas a su ayudante que dejara las fotografías sobre la mesa.

—Ya lo sé, K. T. Parece algo imposible. Pero, mire: esto es una nave espacial, completamente funcional, del tipo que las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos tenían poco antes de la Guerra. Se ha estrellado cerca de la frontera entre California y Aztlán. No es un modelo ni una simulación. Resultó completamente destruida en el incendio que siguió a su caída, pero mi gente me asegura que acababa de regresar de un vuelo orbital.

Los dos directores se inclinaron sobre la mesa para mirar los holos. Tioulang dijo:

—Creo en su palabra, Hamilton, pero queda todavía la posibilidad de que sea un engaño. Yo estaba convencido de que se habían destruido todos estos vehículos, pero quizá quedó uno almacenado durante todos estos años. No hay duda, es algo que intimida, aunque no sea más que un engaño, pero…

—Pudiera ser como usted dice. Pero no hay ninguna evidencia de que el vehículo fuera llevado hasta allí a remolque. Hay un bosque muy espeso alrededor del lugar de la caída. Estamos recogiendo y trasladando aquí todos los restos que podemos para examinarlos a fondo. Podremos saber si fue construido durante la Guerra o si se trata de la reconstrucción de un modelo de aquella época. Estamos también ejerciendo presión sobre los de Alburquerque para que busquen en los archivos antiguos evidencias de algún lugar secreto de lanzamientos.

Gerrault inclinó su pesada mole hacia atrás para mirar a sus guardias personales. Avery podía imaginar lo que estaba sospechando. Al cabo de un tiempo, el africano pareció que llegaba a tomar una decisión. Se inclinó hacia adelante y dijo en voz baja:

—Supervivientes. ¿Hubo alguno a quien se pudiera interrogar?

Avery movió la cabeza negativamente.

—Había por lo menos dos personas a bordo. Una resultó muerta en el impacto. La otra resultó muerta por uno de nuestros hombres del equipo investigador. Fue un accidente.

La cara del otro se retorció, y Avery pudo imaginarse la muerte lenta que Christian habría dado a los responsables de un accidente parecido. Avery había actuado de forma rápida y muy dura con los incompetentes involucrados, pero no había sentido ningún placer al hacerlo.

—La tripulación no llevaba la menor señal de identificación, aparte de un nombre bordado en una etiqueta. Su traje de vuelo era uno de los usados antaño por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Tioulang juntó sus manos en forma de capilla.

—Aceptando lo imposible, ¿qué intentaban?

—Al parecer, era una misión de reconocimiento. Estamos trasladando los restos hasta los laboratorios, pero todavía hay algunos aparatos que no hemos podido identificar.

Tioulang estudió una de las fotos aéreas.

—Probablemente venía del norte, tal vez hasta llegó a sobrevolar Livermore —sonrió tristemente—. La historia se repite. ¿Recuerdan aquel orbitador de las Fuerzas Aéreas que encerramos en una burbuja? Si hubiesen llegado a

transmitir lo que habían descubierto, lo que estábamos haciendo en aquel momento crítico, el mundo de hoy podría ser muy diferente de lo que es.

(Algunos días después, Avery se preguntaría cómo había sido posible que el comentario de Tioulang no le hubiera hecho darse cuenta de la verdad. Tal vez fue la interrupción de Gerrault; el hombre era más joven y no estaba interesado en viejos recuerdos).

—Entonces ésta debe ser la explicación al hecho de que nuestros satélites de comunicaciones no funcionen.

—También nosotros pensamos así. Estamos intentando poner a punto las viejas instalaciones de radar de vigilancia que teníamos en los años veinte. Y sería de mucha ayuda que ustedes hicieran lo mismo.

—Píntelo cómo quiera, pero parece ser que tenemos la primera oposición efectiva en casi treinta años. Personalmente, pienso que han estado presentes durante mucho tiempo. Siempre hemos ignorado a estos Quincalleros, convencidos de que su tecnología no podía representar una amenaza para nosotros ya que no disponían de suficiente energía. «La industria de la casita de campo», decíamos. Cuando les hice ver a ustedes lo avanzada que estaba su electrónica en comparación con la nuestra, ustedes parecían creer que sólo representaban una amenaza para mis posesiones de la Costa Oeste.

—Ahora está claro que disponen de una operatividad de ámbito mundial que, en algunos aspectos, es igual a la nuestra. Me consta que hay Quincalleros en Europa y en China. Hay muchos sitios en donde, antes de la Guerra, existía una importante industria electrónica. Creo que ustedes deberían considerarles como una amenaza real, tal como hago con los de aquí.

—Sí, y podemos coger a los más importantes y… —Gerrault estaba ahora en su elemento. Las visiones de las torturas bailaban ya en sus ojos.

—Al mismo tiempo —dijo Tioulang—, hemos de convencer al resto del mundo de que los Quincalleros son una amenaza directa para su seguridad. Recuerden que todos nosotros necesitamos la buena voluntad de la gente. Tengo un control militar directo sobre la mayor parte de China, pero nunca podré mantener a raya a India, Indonesia y Japón si la gente del pueblo no tiene más confianza en mí que en sus gobiernos. Hay más de veinte millones de personas en estas zonas.

—¡Ah!, éste es su problema. Usted es como la cigarra que se pasa todo el verano recreándose en la aprobación general. Yo soy la industriosa hormiga —Gerrault miró su enorme torso y se rió de la metáfora— que, con toda diligencia, ha mantenido guarniciones desde Oslo a Ciudad del Cabo. Si esto de ahora es «el invierno que llega», no necesito la aprobación de nadie —sus ojos se hicieron más

estrechos—. Pero necesito saber más sobre este nuevo enemigo.

Miró a Avery.

—Creo que Avery ha sido muy inteligente al darnos un punto de partida para luchar contra ellos. Me preguntaba el motivo de que patrocinara su tonto campeonato de ajedrez en Aztlán, y de que utilizara su flota aérea para transportar sus equipos de todo el continente. Ahora ya lo sé. Cuando usted intervino con las tropas en el campeonato, pudo detener a algunos de los mejores Quincalleros del mundo. ¡Oh!, está claro que sólo unos pocos de ellos tenían conocimiento de la conspiración contra nosotros, pero también es verdad que tendrán amigos y familiares que les quieran, y algunos de éstos forzosamente han de conocer algo. Si juzgamos a los prisioneros, de uno en uno, acusándoles de traición a la Paz, estoy seguro de que encontraremos a más de uno que quiera hablar.

Avery estaba de acuerdo. No obtendría un placer especial en la operación, como haría Christian. Sólo haría cuanto fuera necesario para salvar la Paz.

—Y no se preocupe usted, K. T., podemos hacerlo sin enemistarnos con el resto de nuestro pueblo.

—Verá, los Quincalleros utilizan mucha litografía de rayos X y rayos gamma, ya que la necesitan para fabricar

microcircuitos. Ahora bien, mi gente de relaciones públicas ha preparado una noticia sobre el descubrimiento de que los Quincalleros están potenciando estos equipos de láser para grabado a fin de usarlos como armas láser, tal como hacían los gobiernos de antes de la Guerra.

Tioulang sonrió:

—¡Ah! Este tipo de amenaza directa es la que puede darnos un mayor apoyo. Será casi tan efectivo como si dijéramos que se dedican a la investigación biocientífica.

—Pues ya está —Gerrault alzó las manos como si fuera a bendecir a sus amigos directores—. Ya podemos ser felices. Su pueblo se quedará apaciguado y podremos dedicarnos al enemigo con todas nuestras fuerzas. Hizo bien al llamarnos, Avery. Éste es un asunto que requiere nuestra atención personal e inmediata.

Avery sintió un placer morboso al contestar:

—Además hay otro asunto, Christian, por lo menos de importancia semejante. Paul Hoehler está vivo.

—¿El matemático de antaño, sobre el que usted siempre ha tenido una idea fija? Sí, lo sé. Nos lo avisó usted hace unas semanas, con un tono secreto y aterrorizado.

—Una de mis mejores agentes se ha infiltrado entre los Quincalleros de la California Central. Me ha informado de

que Hoehler ha logrado construir un generador, o está a punto de lograrlo, de burbujas.

Aquélla era la segunda bomba que hacía explotar delante de ellos, y en cierto modo, la mayor. Los vuelos espaciales eran una cosa. Algunos gobiernos los habían realizado antes de la Guerra. Pero la burbuja era algo muy distinto. Que un enemigo pudiera tenerla era tan mal recibido e increíble como si el demonio instalara una capilla. Gerrault fue tajante:

—Absurdo. ¿Cómo es posible que un anciano haya descubierto un secreto que hemos guardado tan celosamente durante todos estos años?

—¡Usted se olvida, Christian, de que fue este anciano quien, en primer lugar, inventó la burbuja! Durante diez años, después de la Guerra, fue de laboratorio en laboratorio, siempre un paso delante de nosotros y siempre buscando la manera de echarnos abajo. Entonces, desapareció de una manera tan absoluta que sólo yo, de entre todos los originales, estaba convencido de que se escondía en algún lugar mientras trabajaba contra nosotros. Y yo tenía razón. Tiene una increíble habilidad para sobrevivir.

—Lo siento, Hamilton, pero a mí también me cuesta creerlo. No tiene usted una evidencia consistente; aparentemente se basa sólo en la palabra de una mujer.

Creo que siempre se ha alterado demasiado cuando se trataba de Hoehler. Puede que hubiera tenido alguna de las ideas originales, pero fue el trabajo del resto del equipo de su padre lo que hizo realmente posible el invento. Además se requiere una planta de fusión y algunos condensadores enormemente grandes para alimentar a un generador de burbujas. Los Quincalleros jamás podrían…

La voz de Tioulang se fue apagando cuando se dio cuenta de que si se podía esconder una instalación para vuelos espaciales, era mucho más probable que se pudiera esconder un reactor de fusión nuclear.

—¿Lo ve usted? —dijo Avery.

Tioulang no había intervenido en el grupo de investigación de su padre, y no podía darse cuenta del talento matemático de Hoehler. Otros habían participado en el proyecto, pero Hoehler había estado detrás de todos los aspectos eminentemente teóricos. Por descontado, la historia no se había escrito así. Pero a pesar de los muchos años transcurridos, Avery recordaba la cólera de Hoehler cuando se dio cuenta de que el desarrollo no se hubiera podido mantener en secreto si él, además de inventar «el monstruo» (como lo llamaba), no hubiera realizado personalmente el trabajo de todo un laboratorio de investigación. Había resultado evidente que les iba a denunciar, y su padre confió en su hijo Hamilton Avery para hacer callar al matemático. Avery había fracasado en el

cargo. Éste había sido su primer fracaso, y el último, en este tipo de operaciones durante todos aquellos años, pero era un fracaso que no podía olvidar.

—Está aquí fuera, K. T. Es cierto, créame. Y mi agente es Della Lu, la que realizó esa misión de Mongolia que ninguno de los suyos podía hacer. Puede usted creer lo que ella diga. ¿No ve usted lo que va a ocurrir si no hacemos nada? Si tienen capacidad para realizar vuelos espaciales y además poseen la burbuja, son superiores a nosotros. Nos van a barrer tan fácilmente como nosotros barrimos a los gobiernos de los viejos tiempos.

Capítulo XXIV

Los sabios de los Ndelante Ali aseguraban que el Único Dios Verdadero lo sabía todo y lo veía todo.

Estos poderes parecían ser los que ahora tenía Wili, desde que había aprendido a usar la conexión de cuero cabelludo. Se ruborizaba al pensar que había despreciado los programas simbióticos, durante meses, calificándolos de muletas para mentes débiles. ¡Qué no daría ahora para que Jeremy, que fue quién al fin le había convencido, pudiera estar allí para verlo! ¡Y qué no daría también para que Roberto Jonque Richardson pudiera estar allí para ser machacado!

Jeremy le había dicho que necesitaría meses para aprender. Pero para Wili fue como recordar de repente una habilidad que siempre hubiera tenido. Hasta Paul se quedó

sorprendido. Necesitaron dos días para calibrar el conector. Al principio, la sensación que recibía por la línea era la de cosas muy sutiles, sin relación con su significado real. Lo que muchos tardaban algunos meses en dominar era la correlación (relacionar la sensación con su significado), pero Jill había sido una gran ayuda también en este aspecto. Wili podía hablar con ella al mismo tiempo que experimentaba con los parámetros de la señal, explicándole a ella lo que estaba viendo. Entonces Jill hacía variar la señal de entrada para adaptarla a la que Wili estaba esperando recibir. Al cabo de una semana ya se podía comunicar a través de la interfase sin abrir la boca ni tocar el teclado. Un par de días después ya podía transferir información visual por aquel canal.

La sensación de poder había nacido. Era como ser capaz de añadir habitaciones supletorias a su imaginación. Cuando una línea de razonamiento le resultaba muy complicada, no necesitaba más que expansionarse personalmente en el espacio de la máquina. El peor momento de su jornada era aquél en que tenía que desconectarse. Entonces se sentía estúpido porque la comunicación por teclado o verbal con Jill le hacía creer que era un sordomudo que deletreaba las palabras.

Y cada día aprendía más trucos. Muchos los descubría por sí mismo, aunque algunas cosas, como la mejora de su concentración y la programación de Jill, se las enseñó Paul. Jill podía trabajar con los proyectos mientras Wili estaba

desconectado, y guardar los resultados de forma que se pudieran leer como si se tratara de recuerdos personales cuando Wili se volvía a conectar. Usando la interfase de esta manera, el resultado era prácticamente el mismo que si hubiera estado conectado permanentemente. Por lo menos, cuando volvía a estar conectado le parecía que había estado «despierto» sin interrupción.

Paul ya había dispuesto que Jill vigilara las cámaras espía que estaban por las proximidades de la mansión. Cuando Wili se conectaba, también podía verlas. Tenía cien ojos suplementarios.

Y Wili, en conjunción con Jill se enteraba de las transmisiones locales de los Quincalleros y de las efectuadas por los satélites de comunicaciones de la Autoridad. Y aquí era donde el sentimiento de omnisciencia se hacía más fuerte.

Tanto los Quincalleros como los de la Paz estaban pendientes (y preparándose según sus propios medios) del secreto de la generación de las burbujas que Paul había prometido revelar. Desde Julián, en el sur, hasta Seattle, en el norte, pasando por Norcross, en el este, los Quincalleros se habían retirado de la vista, tratando de tener sus instalaciones y almacenes escondidos y dispuestos para cualquier construcción que Paul pudiera necesitar. En las zonas con alta tecnología de Europa y de China, ocurría algo parecido, a pesar de que en Europa había tantos guardias de

la Paz que resultaba muy difícil poder esconder algo. En aquel continente ya habían capturado o destruido cuatro de las máquinas que hacían sus propios planos, y se autodiseñaban.

Era más difícil saber lo que ocurría en la gran trastienda del mundo. Allí había pocos Quincalleros —como referencia digamos que en toda Australia había menos de diez mil humanos—, pero la Autoridad estaba distribuida proporcionalmente a tal cifra. Las gentes de esas regiones que tenían aparatos de radio estaban enteradas de la situación mundial y de que si se producían bastantes incidentes por todas partes, ellas podrían dominar a las guarniciones locales.

Con excepción de Europa, la Autoridad había tomado pocas acciones directas. Actuaba como si se diera cuenta de que su enemigo era tan numeroso que no podía ser derrotado mediante un asalto frontal. En vez de esto, los de la Paz se dedicaban a buscar a un tal Paul Naismith, antes de que él pudiera cumplir sus promesas al resto del mundo.

—Sí. ¿Wili?

Nada era pronunciado en voz alta y no era preciso más teclas. La emisión y la recepción eran como la misma imaginación. Y cuando Jill le contestaba, él tenía la fugaz impresión que habría tenido en el holo si le hubiera hablado usando el sistema de antes. Wili podría haber dejado a Jill a

un lado. Muchos programas simbióticos no necesitaban intermediario. Pero Jill era una amiga. Y a pesar de que ocupaba mucho espacio en el programa, disminuía mucho la confusión que Wili sentía cuando trataba con el alud de datos que le llegaban. Así pues, con mucha frecuencia, Wili trabajaba con Jill en paralelo, y recurría a ella cuando necesitaba actualizar algo que Jill supervisaba.

—Dame el estado de la búsqueda de Paul.

El punto de vista de Wili estaba suspendido sobre California. Unos trazos plateados marcaban las trayectorias de vuelo de centenares de aviones. Percibía la velocidad y la altura de cada uno de ellos. Aquello era un resumen de todo lo que había sabido Jill por medio de los satélites de reconocimiento de la Autoridad y de los informes de los Quincalleros durante las últimas veinticuatro horas. El esquema de intersecciones rectangulares estaba todavía centrado sobre California del Norte, aunque era más difuso e indeciso que en días anteriores.

Wili sonreía. Enviar el dispositivo de seguimiento de Della Lu hacia el norte había resultado mucho mejor de lo que cabía esperar. Los de la Paz habían perseguido su propia cola durante más de una semana. Los satélites no les servían prácticamente para nada. Uno de los primeros frutos del nuevo poder de Wili fue descubrir la forma de anular los satélites de reconocimiento y de comunicaciones. Por lo menos lograba hacer creer a la Autoridad que sus satélites

estaban anulados, pero lo cierto era que todavía transmitían información aunque mediante un sistema de claves que hacía que, el enemigo, sólo oyera ruidos discordes. Para Wili había sido cosa fácil. Después de que se le ocurriera la posibilidad, entre Jill y él lo habían puesto a punto en menos de un día. Pero, mirando hacia atrás, ya desconectado, Wili vio que era más difícil y profundo que su método original para escuchar a los satélites. Lo que le había costado todo un invierno de trabajo, con la mente a punto de estallar, ahora quedaba reducido a algo trivial, algo que se hacía en una tarde.

Desde luego, ninguno de aquellos trucos hubiera sido de mucho valor si durante todos aquellos años Paul no hubiera sido muy cauteloso; él y Bill Morales habían viajado grandes distancias, para hacer compras en ciudades muy alejadas de la costa. Muchos Quincalleros creían que su escondite estaba en California del Norte, o hasta en Oregón. Mientras los de la Paz no detuvieran a alguno de los pocos que habían estado en su casa, digamos los de la reunión del NCC, podía estar a salvo.

Wili estaba preocupado. Quedaba todavía la gran amenaza. Miguel Rosas probablemente no conocía el emplazamiento, aunque podía suponer que estaba en California Central. Pero Wili estaba seguro de que el coronel Kaladze lo sabía. Era sólo cuestión de tiempo que Mike y Lu lograran saber el secreto. Si el disimulo no surtía efecto, Lu

no dudaría en llamar a sus verdugos para que intentaran sacárselo por las malas.

—¿Están todavía en la granja?

—Sí, y no han llamado a nadie desde allí. Pero el plazo de diez días de la promesa del coronel, se acaba mañana.

Entonces Kaladze no tendría inconveniente en que Lu llamara a «su familia» de San Francisco. Pero si ella no había hecho todavía ninguna llamada era señal de que no tenía nada importante que comunicar a sus jefes.

Wili no le había explicado a Paul lo que sabía de Mike y de Lu. Tal vez debía haberlo hecho. Pero, después de lo que había pasado cuando había querido contarlo al coronel Kaladze… En vez de repetirlo había intentado identificar a Della Lu desde un lado distinto y buscando una evidencia independiente. Más del diez por ciento del tiempo de Jill se estaba utilizando en este esfuerzo. Pero hasta entonces no había conseguido nada definitivo. La historia de sus parientes en la Bahía parecía ser cierta. Si hubiera modo de hacerse con las comunicaciones o los archivos de la Paz, las cosas serían distintas. Ahora veía que sólo debería haber inutilizado los satélites de reconocimiento. Si sus satélites de comunicaciones estuvieran en uso, tal vez ellos gozarían de ciertas ventajas, pero él podría descifrar las claves de los canales criptográficos. Tal como iban las cosas, sabía muy poco de lo que sucedía dentro de la Autoridad.

Algunas veces, se preguntaba si era posible que el coronel Kaladze tuviera razón. Aquella mañana, en el bote, Wili había estado medio delirante. Mike y Della estaban alejados algunos metros de donde él se hallaba. ¿Sería posible que no hubiera interpretado correctamente lo que había oído? ¿Sería posible que, después de todo, resultase que eran inocentes? ¡No! Por el Único y Verdadero Dios, él había oído lo que había oído. Y Kaladze no había estado allí.

Capítulo XXV

En las colinas todavía había luz solar, pero las tierras bajas y el lago Lompoc ya estaban cubiertos de sombras azules. Paul estaba sentado en la terraza y prestaba atención a las noticias de todo el mundo que los espías electrónicos de Wili ponían a su alcance.

Se oyó una discreta tos y Naismith levantó la vista. Por un momento pensó que era Allison quien estaba allí de pie. Entonces se dio cuenta del cuidado con que se había colocado entre él y la superficie holo que estaba construida en la misma pared. Si él se desplazara sólo unos pocos centímetros, perdería algunas partes de la imagen. Sólo era Jill.

—Hola. —Le hizo seña de que se acercara y se sentase.

Ella se adelantó, procurando generar aquellos ruidos que lograban que su proyección fuera más real, y se sentó en la imagen de una silla. Paul examinó su cara cuando estuvo más cerca de él. Se dio cuenta de que, en realidad, había diferencias. Allison era muy bonita, pero él había hecho la cara de Jill extraordinariamente hermosa. Y como era de esperar, sus personalidades presentaban diferencias sutiles. No podía ser de otra manera si se consideraba que había sido diseñada con el recuerdo, seguramente embellecido, de cuarenta y cinco años atrás, y teniendo en cuenta, también, que el diseño se había ido corrigiendo por sus propios medios, en respuesta a las reacciones que provocaba en él. La Allison real era más lanzada, más impaciente. Y la sola presencia de Allison parecía que estaba haciendo cambiar a Jill. El programa de la interfase había estado mucho más tranquilo, en los últimos días.

Paul le sonrió.

—¿Ya has terminado todos los trabajos sobre la nueva teoría de las burbujas?

Ella le devolvió la sonrisa y se pareció más que otras veces a Allison.

—Es tu teoría. Yo no hago más que irla machacando.

—Yo no he hecho más que plantear la teoría. Necesitaría cien vidas para desarrollar todas las matemáticas simbólicas que requiere y alcanzar a ver el significado de la teoría.

Era un juego al que ellos (él) habían jugado antes en muchas ocasiones. El toma y daca siempre había logrado que Jill pareciera más real.

—¿Qué has conseguido?

—Todo parece consistente. Hay algunas cosas, que ya fueron descartadas en la teoría antigua, que siguen siendo imposibles. Todavía es imposible hacer estallar una burbuja antes de que sea su tiempo de hacerlo. Es imposible generar una burbuja alrededor de otra. Por otra parte, por lo menos en teoría, debería ser posible impedir que actúe un generador de burbujas enemigo.

—Humm…

El simple hecho de llevar una pequeña burbuja era una especie de defensa para evitar ser encerrado en una burbuja, pero era una defensa muy arriesgada, una vez fuera conocida. Obligaría al atacante a proyectar pequeñas burbujas, o burbujas descentradas, tratando de encontrar un volumen que no estuviera «excluido». Un sistema que impidiera que las burbujas se generaran en su proximidad, sería un gran adelanto, y Naismith había supuesto que la nueva teoría iba a permitir que se pudiera lograr.

—Apuesto a que esto, desde el punto de vista de la ingeniería, será imposible durante mucho tiempo. Debemos concentrarnos en la fabricación de un generador de burbujas de baja energía. Lo que me parece que ha de ser muy difícil.

—Sí. Wili está trabajando en esto, tal como estaba previsto.

La imagen de Jill se inmovilizó y desapareció entre parpadeos. Naismith oyó que se abría la puerta de la terraza.

—Hola, Paul —era la voz de Allison que subía las escaleras—. ¿Estás solo?

—Sí. Estaba pensando.

Ella se dirigió hasta el final de la terraza y miró hacia el oeste. Durante aquellas últimas semanas, cada día había representado en la vida de Paul y en la del mundo que estaba detrás de las montañas, un cambio mayor que el correspondiente a un año normal. Pero para Allison sucedía exactamente lo contrario. Su mundo había cambiado, pero todo había sucedido en el espacio de una hora. Paul sabía que la velocidad de los acontecimientos actuales era terriblemente lenta para ella. Allison se puso a pasear por las losas de piedra, deteniéndose de vez en cuando, para mirar la puesta de sol en la Burbuja de Vandenberg.

¡Allison! ¡Allison! Pocos hombres viejos habían conseguido que sus sueños se convirtieran, tan de repente, en realidad. La energía, de Allison parecía que se irradiaba a cada paso que daba, a cada movimiento enérgico de sus brazos. En algunos aspectos el recuerdo de la Allison perdida había resultado ser menos doloroso que la realidad actual. Pero, a pesar de todo, se alegraba de no haber podido ocultarle lo que había sido de Paul Hoehler.

De pronto, Allison le sonrió y dijo:

—Lo siento. Mi ir y venir tal vez te ha distraído.

—No te preocupes. Sólo estaba…

Ella señaló con la mano hacia el oeste. El aire era tan transparente que la Cúpula era casi invisible, si se exceptuaba el lago y la línea de la costa que se reflejaban en su base.

—¿Cuándo explotará, Paul? Había más de tres mil de los nuestros cuando salimos de allí. Tenían cañones, aviones. ¿Cuándo saldrán?

Un mes antes a Paul no se le hubiera podido ocurrir esta pregunta. Dos semanas antes, no habría podido contestarla. En estas semanas se había arrinconado una teoría y había nacido otra. No se había experimentado con ella, pero pronto, muy pronto, todo iba a cambiar.

—¡Uh! Mi respuesta no es más que una suposición, Allison, la técnica de la Autoridad, por lo menos ahora no lo veo de otra manera, es un método de potencia bruta. Con su sistema, la vida de la burbuja será de unos cincuenta años. Hasta ahora, supongo que el radio y la masa son factores que pueden alterar el tiempo de vida de la burbuja, que creo es de unos cincuenta años. Las burbujas menores que ha hecho la Autoridad son de diez metros de diámetro. Son las que explotan primero. Tu nave de salida al espacio quedó atrapada en una burbuja de treinta metros. Tardó algo más en desintegrarse.

Paul se dio cuenta de que estaba divagando y trató de adaptar su respuesta a lo que ella en realidad quería saber. Pensó durante unos instantes y concluyó:

—La de Vandenberg deberá durar unos cincuenta y cinco años.

—Cinco años más. ¡Maldita sea! —anduvo hasta cerca de la ventana—. Supongo que tendrás que ganar sin su ayuda. Estaba preguntándome por qué no has hablado de mí a tus amigos, ni siquiera les has dicho que el tiempo está detenido dentro de las burbujas. Pensaba que querías dar una sorpresa a los de la Paz cuando vieran que sus víctimas, que ellos creían desde hacía muchos años muertas, estaban vivas.

—Caliente, caliente. Tú, yo, Wili y los Morales somos los únicos que lo sabemos. La Autoridad no lo sospecha. Wili dice que han trasladado los restos de tu orbitador a Livermore como si estuviera llenos de pistas. No me cabe la menor duda de que aquellos locos están convencidos de que existe una nueva conspiración. Pero después pienso que tal vez lo que han hecho no sea tan estúpido. Estoy seguro de que no llevabais a bordo ningún informe escrito ni nada parecido.

—Así es. Hasta nuestras anotaciones las hacíamos en pantalla. Podíamos destruirlo todo en unos segundos si íbamos a caer entre gente poco amiga. El fuego lo habrá destruido todo y no van a obtener más que las escorias de las memorias ópticas. Y si no tienen los antiguos archivos de huellas digitales, no tendrán forma de identificar a Fred y a Angus.

—Pero, de todas maneras, he dicho a los Quincalleros que estén preparados, que voy a explicarles cómo se hacen los generadores de burbujas. Ni siquiera cuando llegue este momento voy a contarles el efecto de estasis en el tiempo. Esto es algo que nos puede dar una verdadera ventaja, pero sólo si utilizamos este conocimiento cuando sea oportuno. No quiero que alguna fuga de información pudiera airearlo.

Allison se dio la vuelta como si quisiera continuar su paseo por la terraza, pero vio la pantalla que Paul había estado

estudiando. Su mano descansó suavemente en el hombro de él mientras se inclinaba para examinar de cerca la pantalla.

—Esto parece ser un esquema de reconocimiento —dijo.

—Sí. Wili y Jill lo han sintetizado con los datos que obtenemos de los satélites. Se refiere a la zona que los aviones de la Autoridad están rastreando.

—Para buscarte.

—Probablemente —tocó el teclado que estaba al lado de la pantalla plana y aparecieron las actividades de los días inmediatamente anteriores.

—Vaya sinvergüenzas —no había alegría en su voz—. Destruyeron nuestro país y además robaron nuestros procedimientos. Estos esquemas de localización me parece que son los SOP 1997 para reconocimiento aéreo de nivel medio. Apuesto a que vuestros condenados miembros de la Paz no han tenido una idea original en su vida. Veamos esto de nuevo —se arrodilló para mirar más de cerca los resúmenes de vuelos—. Creo que las salidas de hoy serán las últimas que harán en esta área. No te sorprendas si dentro de un día o dos desplazan el centro de búsqueda algunos centenares de klicks.

En ciertos aspectos, los conocimientos de Allison estaban cincuenta años atrasados y no servían para nada, pero en otros aspectos eran exactamente lo que necesitaban.

Paul hizo una plegaria silenciosa dando gracias a Hamilton Avery por no haber cejado en su persecución durante todos aquellos años, lo que había obligado a Paul a disfrazar su identidad y su domicilio durante décadas. Si no hubiese sido por Avery no habría tenido necesidad de hacerlo.

—Si desplazan la búsqueda hacia el norte, magnífico. Pero si lo hacen hacia el sur, malo. Estamos bien escondidos, pero no duraremos más de dos días si nos someten a este tipo de escrutinio. Y luego… —se pasó un dedo por la garganta e hizo un sonido significativo.

—¿No hay manera de que nos vayamos con la música a otra parte?

—Puede que tengamos que hacerlo. Hay que empezar a planearlo. Tengo un vagón cerrado. Debe ser lo bastante grande para que quepa el equipo esencial. Pero, hasta ahora, Allison… Mira, no tenemos nada más que una sarta de teorías. Estoy convirtiendo lo que es física en problemas que Wili pueda resolver. Con la ayuda de Jill los está programando tan aprisa como le es posible.

—Pues parece que está fantaseando todo el día.

Naismith negó con la cabeza.

—Wili es el mejor.

El muchacho había entrado en la programación simbiótica más aprisa de lo que Paul jamás había visto, hasta más aprisa de lo que había creído posible. La técnica suele mejorar a cualquier programador pero, en el caso de Wili, había convertido a un genio de primera línea en algo que Naismith ya no alcanzaba a entender del todo, incluso cuando él mismo estaba acoplado a Wili y Jill, los detalles de sus algoritmos le desbordaban. Era algo curioso porque, cuando estaba desconectado de la simbiosis, Wili no era tan inteligente como el anciano. Paul se preguntaba si él mismo habría podido llegar a ser tan bueno, si hubiera empezado cuando era muy joven.

—Creo que ya estamos muy cerca, Allison. Apoyándonos en lo que ya conocemos, debería ser posible hacer burbujas sin casi consumo de energía, y que Jill desarrollara el prototipo del *hardware* necesario.

Allison seguía de rodillas. Su cara estaba a muy pocos centímetros de la de él.

—Este programa de Jill es algo fantástico. Solamente los movimientos del holo de su cara habrían agotado la capacidad de cualquiera de nuestros procesadores. Pero ¿por qué lo hiciste tan parecido a mí, Paul? Después de tantos años. ¿Es que yo significaba tanto para ti?

Naismith trataba de pensar en algo menos grave que le permitiera cambiar de conversación, pero no pudo decir nada.

Allison le miró durante un segundo más, mientras él pensaba si la mujer sería capaz de ver al hombre joven que llevaba dentro.

—¡Oh, Paul! —sus brazos se cerraron en derredor de él, y las mejillas de ambos quedaron en contacto.

Ella le sostenía como cualquiera sostendría algo muy frágil, muy viejo.

***

Dos días después, Wili estaba preparado.

Esperaron mucho tiempo después del anochecer para hacer la prueba. A pesar de lo que decía Paul, Wili no estaba seguro del tamaño que debería tener la burbuja porque, aunque no resultara monstruosamente grande, su superficie especular sería visible desde kilómetros de distancia para quien mirara en la dirección oportuna durante el día.

Los tres fueron andando hasta el estanque que se hallaba al norte de la casa. Wili llevaba el voluminoso transmisor de su enlace simbiótico. Cerca del borde del estanque dejó en el suelo su equipo y se colocó el conector de cuero cabelludo. Después, encendió una vela y la dejó en el grueso

tocón de un árbol. Era un débil foco amarillo, que sólo parecía brillante gracias a la oscuridad que les rodeaba. Un hilo de humo gris se elevaba desde el resplandor.

—Creemos que la burbuja será pequeña, pero no queremos correr riesgos. Jill se cuidará de que su extremo inferior se sitúe exactamente sobre esta vela. Pero si estamos equivocados y es muy grande…

—Entonces, a medida que la noche vaya refrescando, la burbuja se elevará y será como un globo. Por la mañana ya estará a muchos kilómetros de aquí —Paul asintió—. Ingenioso.

Él y Allison retrocedieron, y Wili fue tras ellos. Desde treinta metros, la vela encendida parecía una estrella amarilla que titilaba sobre el tocón. Wili les indicó que se sentaran, Así, aunque la burbuja fuera supergrande, su superficie inferior no podría tocarles.

—¿No necesitas ninguna clase de energía? —preguntó Allison—. ¿La Autoridad de la Paz ha de usar generadores de fusión y tú vas a hacerlo sin nada?

—En principio, no es difícil si se conoce y se entiende lo que pasa dentro de la burbuja. Y el procedimiento algo requiere. Estamos usando ahora unos mil julios en lugar de los gigajulios de los generadores de la Autoridad. La diferencia les permite una mayor complejidad. Si tienes un

generador de fusión a tu disposición, puedes encerrar en burbuja prácticamente todo lo que localices. Pero si eres pobre como nosotros, con sólo células solares y condensadores pequeños a tu disposición, no hay más remedio que trabajar fino.

»La proyección ha de ser supervisada, y no es un proceso ordinario de control. Esta prueba es uno de los casos más fáciles. El objetivo está inmóvil, muy próximo a nosotros, y no necesitamos más que un campo de un metro. Pero incluso así, requiere… ¿cuánta compresión necesitamos en el culminante, Wili?

—Necesita treinta segundos iniciales a unos diez mil millones de flops y, a continuación, tal vez un microsegundo para la «reunión», con una compresión del orden de un billón.

Paul silbó. ¡Un billón de operaciones de coma flotante por segundo! Wili había dicho que podía mejorar el descubrimiento, pero Paul no había caído en la cuenta de lo costoso que podía resultar. La instalación no podría ser muy portátil. Y, a larga distancia o para burbujas muy grandes, no sería factible.

Wili pareció darse cuenta de su desengaño.

—Creemos que podremos hacerlo con un procesador más lento. Es posible que se tarde algunos minutos para los

preliminares, pero ya podemos encerrar en burbujas cosas que no se muevan, o que estén muy próximas.

—Ya. Lo mejoraremos después. Ahora, hagamos una burbuja, Wili.

El muchacho estuvo de acuerdo.

Transcurrieron unos segundos. Se oyó algo en el claro, tal vez un mochuelo, la vela se apagó. Caray. Habría preferido que se quedara encendida.

Habría sido una bonita demostración del efecto de estasis temporal si la vela seguía aún encendida cuando explotara la burbuja.

—¿Y bien? —dijo Wili—. ¿Qué le ha parecido?

—¡Lo has conseguido! —dijo Paul y estas palabras podían ser tanto una pregunta como una exclamación.

—Fue Jill quien lo hizo, desde luego. Será mejor que la coja antes de que se escape.

Wili se soltó del conector de cuero cabelludo y corrió a través del claro. Ya estaba de vuelta antes de que Naismith llegara a medio camino del tocón. El muchacho sostenía algo delante de él, algo que se veía claro por arriba y oscuro por debajo. Paul y Allison se acercaron. Tenía el tamaño de una pelota grande de playa, y en su hemisferio superior se veían

reflejadas las estrellas, la Vía Láctea inclusive, hasta llegar a la línea oscura de los árboles que rodeaban el estanque. Tres siluetas marcaban las reflexiones de sus propias cabezas. Naismith extendió la mano y notó que se deslizaba suavemente sobre su superficie, notó también el característico calor tibio, como el de la sangre, que no era más que la reflexión térmica del calor de su propia mano.

Wili sostenía la burbuja con los brazos y su mejilla la empujaba por la parte de arriba.

Parecía un comediante haciendo la parodia de un levantador de peso.

—Da la impresión de que se escaparía si no la sostuviera por todos los lados.

—Probablemente se escaparía. No hay fricción.

Allison deslizó su mano por la superficie.

—Es decir, que esto es una burbuja. ¿Durará también cincuenta años, como aquella que nos tenía dentro a Angus y a mí?

Paul negó con la cabeza.

—No. Esto es válido para las grandes, hechas con el método de antes. Espero que lograré tener un control muy flexible y que su duración dependerá muy poco de su

tamaño. ¿Cuánto tiempo calcula Jill que va a durar ésta, Wili?

Antes de que el muchacho pudiera contestar, la voz de Jill les interrumpió desde la caja de la interfase.

—Hay un boletín PANS que está llegando por los canales de alta velocidad. Se expandirá hasta llegar a ser de media hora de duración cuando se dé a velocidad normal. Lo resumo:

»Noticias sobre una amenaza a la Paz. La mayor desde los tiempos de la Plaga en Huachuca. Dice que los Quincalleros son los villanos. Sus jefes fueron capturados en La Jolla el mes pasado. La transmisión incluye vídeos de los "laboratorios de armas" de los Quincalleros, fotografías de prisioneros que tienen una mirada siniestra…

»Prisioneros que serán juzgados acusados de traición a la Paz. Juicios que empezarán inmediatamente en Los Ángeles.

»Todos los gobiernos y estaciones corporativas deberán retransmitir esta información, a velocidad normal, cada seis horas durante los próximos dos días.

Cuando terminó hubo un gran silencio. Wili levantó la burbuja.

—Han escogido un mal momento para presionarnos.

Naismith movió negativamente la cabeza.

—Para nosotros, es el peor momento posible. Van a obligarnos a utilizar esto —acarició la burbuja—, cuando apenas hemos podido hacer una pequeña prueba inicial. Esto nos coloca exactamente donde Avery quiere que estemos.

Capítulo XXVI

La lluvia era intensa y muy, muy, caliente. Arriba, en las nubes, los relámpagos parecían que se perseguían unos a otros alrededor de la Cúpula de Vandenberg, sin caer nunca a tierra. Los truenos seguían a los arqueados chispazos manchados de nubes.

En las últimas dos semanas, Della Lu había visto más lluvia que la que pudiera caer en Beijing durante todo un año normal. Era un telón de fondo muy apropiado a la aburrida rutina con que transcurría la vida allí. Si Avery no se hubiera pronunciado, al final, para realizar los juicios de los espías, ella se habría planteado seriamente el escapar de la hospitalidad de la Flecha Roja, tuviera o no que descubrir su identidad real.

—¡Eh! ¿Te has cansado ya? ¿O es que te has quedado en Babia?

Mike se había detenido y miraba hacia atrás para verla. Estaba de pie y con las manos en la cintura, aparentemente disgustado. El impermeable transparente con que se cubría hacía centellear metálicamente la camisa y los pantalones oscuros que llevaba debajo.

Della apretó el paso para poder alcanzarle. Continuaron unos doscientos metros en silencio. Sin duda, hacían una pareja divertida. Dos figuras, envueltas en equipo de lluvia, una muy alta y la otra muy baja. Desde que se habían cumplido los diez días del «período de arresto» de Wili, ambos habían salido a pasear todos los días. Era algo en lo que ella había insistido y, para variar, Rosas no se había opuesto. Ya había podido explorar hasta el lago Lompoc, por el norte, y hasta el desembarcadero del transbordador, por el este.

Si no hubiese sido por Mike, sus paseos debería haberlos dado con las mujeres. Y esto habría podido resultar arriesgado. Las mujeres estaban protegidas, y tenían muy pocas libertades y responsabilidades. Se pasaba muchas horas del día con ellas, haciendo las tareas manuales ligeras que se consideraban apropiadas a su sexo. Había procurado hacerse popular entre ellas, y se había enterado de muchas cosas, pero todo se reducía a chismorreo local. Igual que pasaba en las familias de San Francisco, las mujeres no

estaban enteradas de lo que ocurría en el mundo. Se las apreciaba, pero eran ciudadanos de segunda clase. Aunque, a pesar de todo, eran muy listas y le habría resultado difícil mirar aquello que realmente le interesaba sin despertar sus sospechas.

El de aquel día era el paseo más largo, hasta las tierras altas desde donde se podía ver el pequeño trozo de playa que era la salida al mar de la Flecha Roja. A pesar de los engaños pasivos de Mike, Della se había podido hacer una idea bastante aproximada del sistema de escape del viejo Kaladze. Por lo menos, conocía su magnitud y su técnica. Era una pequeña compensación a su aburrimiento y al sentimiento de que estaba siendo detenida como rehén durante el desarrollo de unos acontecimientos que ella debería estar dirigiendo.

Todo esto iba a cambiar con el juicio de los espías. Le hubiera gustado encender un fuego debajo de la gente que lo merecía.

Subieron a una colina por senderos ocultos entre los árboles. Se podían ver reparaciones viales, y algunas parecían muy recientes, pero había muchos sitios en donde las aguas habían hecho desaparecer casi por completo el camino. Esto era como otras muchas cosas relacionadas con los Quincalleros. Sus dispositivos electrónicos eran superlativos (aunque ahora sabía perfectamente que los encontrados por Avery eran objetos demasiado caros y raros

para ser de los Quincalleros, que normalmente no se espiaban unos a otros), pero andaban muy escasos de mano de obra y carecían de equipos de gran potencia, lo que equivalía a decir que cosas como las reparaciones de caminos o como la colada se hicieran igual que en el siglo diecinueve. Y las durezas en las manos de Della podían dar fe de ello.

Por fin llegaron al mirador. Una brisa continua, que barría la colina, les lanzó la lluvia a la cara. En la cima sólo había un árbol, una magnífica conífera de gran envergadura, enraizada en el punto más elevado. Hacia la mitad de su altura, podía distinguirse una especie de plataforma.

Rosas le echó un brazo por encima de los hombros para empujarla hacia el árbol.

—Cuando yo era un muchacho, en lo alto del árbol había una casa. Desde allí arriba se contemplan unas vistas muy buenas.

En el tronco se habían esculpido unos escalones de madera. Della vio también un grueso cable metálico que bajaba desde arriba, siguiendo los escalones. ¿Habría allí algo electrónico? Luego descubrió que se trataba de la conexión a tierra de un pararrayos. Los Quincalleros cuidaban muy bien de sus niños.

Unos segundos después ya estaban sobre la plataforma. La cabina estaba limpia y seca, con un alfombrado blando en el suelo. Desde ella se obtenía una panorámica muy buena hacia el sur y el oeste, pese a que, de alguna manera, se había conseguido que no entraran el viento ni la lluvia. Se despojaron de sus impermeables y se sentaron para disfrutar del sonido de la lluvia desde aquel refugio cómodo y seco. Mike se arrastró a gatas hasta la ventana que miraba al sur.

—Por si te sirve de algo, aquí lo tienes.

Las colinas llenas de árboles descendían bajo sus pies. La costa estaba aproximadamente a cuatro kilómetros, pero la lluvia era tan intensa que no podía distinguir más que una vaga silueta de dunas de arena y del movimiento de las olas. Parecía existir un rompeolas pequeño, sin ninguna embarcación fondeada en el mismo. En realidad el embarcadero no estaba en la propiedad de Flecha Roja, pero lo utilizaban ellos más que nadie. Mike aseguraba que llegaba más gente a la granja desde el mar que desde tierra. Della tenía dudas. Se inclinaba a pensar que Mike trataba de engañarla una vez más.

El ayudante de *sheriff* se apartó del agujero de observación y se sentó al lado de ella.

—¿Valía la pena, realmente, Della?

Había un cierto antagonismo en el tono de la voz de Mike. Ya había quedado probado que no tenía intención de denunciarla, para no comprometerse él mismo a su vez. Pero no era de los suyos. Ella había tratado con muchos traidores, hombres a los que su propio interés les volvía fáciles de convertir en instrumentos de confianza. Rosas no era de éstos. Esperaba para actuar a que llegara el momento en que pudiera hacerle más daño. Y hasta que llegara este momento, asumiría el papel de aliado poco dispuesto a serlo.

Tenía razón. ¿Valía la pena? Mike sonrió casi triunfalmente.

—Estás atascada aquí desde hace más de dos semanas. Has aprendido algo acerca de un pequeño rincón de las tierras que no tienen gobierno, y de un pequeño grupo de Quincalleros. Creo que eres mucho más importante para los de la Paz que todo esto. Eres como una valiosa pieza que voluntariamente quedara fuera de juego.

Della le devolvió la sonrisa. Mike no hacía más que decir en voz alta algo que ella pensaba con enfado. La única cosa que la retenía allí era la suposición de que, con un poco más de investigación, podría llegar a localizar a Paul Hoehler/Naismith. Al principio le había parecido que sería muy fácil. Pero, poco a poco, se fue dando cuenta de que Mike, y casi todos los demás, no tenían idea de su paradero. Tal vez Kaladze lo sabía, pero ella necesitaría una sala de

interrogatorios para poder arrancarle aquella información. Lo único que había hecho bien en relación a este problema había sido al principio, cuando había situado un localizador en el caballo del muchacho negro.

Pero afortunadamente todo había terminado. Ahora tenía una oportunidad para situarse en la mejor de las posiciones estratégicas.

Los ojos de Mike se hicieron pequeños, y Della supo que él había captado algo de su sensación de triunfo. ¡Maldición! Habían estado demasiado tiempo juntos, habían sostenido conversaciones nada superficiales. Mike la hizo acercarse a él cogiéndola fuertemente de un brazo, hasta que sus caras quedaron muy próximas.

—Dime, ¿qué pasa? ¿Qué vas a hacer? —apretó su brazo hasta que a ella le dolió como si se lo apretaran con un torniquete.

Della contuvo los reflejos que le habrían llevado a dejar a Mike ahogándose a causa de la tráquea rota. Era preferible dejarle creer que tenía la ventaja ancestral del macho. Fingió sentirse sobrecogida y sin palabras. ¿Cuánto le debía explicar? Cuando estaban a solas Mike hablaba con frecuencia de los propósitos reales de ella, en relación a Flecha Roja. Ella ya sabía que no iba a intentar comprometerla por medio de testigos escondidos. Lo podía hacer directamente siempre que quisiera. Y él conocía tan a

la perfección el Flecha Roja, que era muy poco probable que pudieran estar escuchándoles con aparatos ocultos. O sea que el único peligro estaba en decirle demasiado y darle motivos para que descubriera el juego de ambos. Tal vez sería mejor decirle algo. Si se enteraba de todo de golpe, la sorpresa le resultaría difícil de controlar. Intentó encogerse de hombros.

—Tengo un par de «tal vez» que creo me ayudarán. Tu amigo Hoehler, o Naismith, dice que tiene el prototipo de un generador de burbujas. Tal vez sea verdad que lo tiene. En todo caso deberá pasar cierto tiempo antes de que podáis construiros uno. Si entretanto la Paz puede desequilibraros, haciendo que vosotros y Naismith tengáis que intervenir antes de lo conveniente…

—Los juicios.

—Has acertado.

Ella se preguntaba cuál sería la reacción de Mike si supiera que ella había recomendado los juicios inmediatos de los rehenes de La Jolla. Mike se había asegurado de que alguno de los Kaladzes pudieran oírla cuando llamó a sus familiares de San Francisco. Había hablado con aparente inocencia diciendo sólo que estaba a salvo entre los Quincalleros de la California Central, a pesar de que no podía decirles exactamente dónde. Sin duda, Rosas suponía que debía haber una especie de código, pero nunca hubiera podido

figurarse lo complejo que era. Los códigos de tono de voz se adecuaban muy bien a los que tenían el inglés como lengua nativa.

—Los juicios. Si los podemos usar para provocar pánico en Kaladze y sus amigos, tal vez podríamos echar un vistazo a los aparatos de Naismith, antes de que puedan causar algún daño importante a la Paz.

Mike se rió y aflojó un tanto la fuerza de su mano.

—¿Provocar pánico en Nikolai Sergeivich? Te sería más fácil provocarlo en un oso enfurecido.

Della no tenía previsto hacer lo que hizo a continuación, y que era poco frecuente en ella. La mano que le quedaba libre se deslizó hasta la nuca de él, acariciándole el cabello. Se puso de puntillas para poder besarle. Al principio Rosas se apartó un poco, pero luego le correspondió. Unos instantes después ella notó el peso de él mientras ambos se dejaban deslizar hasta caer sobre el blando recubrimiento del suelo de la casa del árbol. Los brazos de ella le rodeaban el cuello y los hombros, y el beso continuaba.

Hasta entonces, Della nunca había usado su cuerpo para asegurarse una lealtad. Nunca había sido necesario. Y en realidad nunca había encontrado un individuo tan atractivo. Y era muy dudoso que en aquel caso el resultado pudiera ser positivo. Mike había caído en sus manos a causa de lo que

creía su deber; no podía racionalizar las muertes que había ocasionado. Y en este sentido, era tan inmutable como ella.

Con uno de sus brazos la tenía enlazada por la cintura, mientras con la mano que le quedaba libre tiraba de su blusa. La mano se deslizó por debajo de la ropa, por encima de su suave piel, hasta sus pechos. Las caricias eran impacientes, brutales. Había rabia y algo más. Della se apretó contra él, forzando una de sus piernas entre las de él. Durante mucho tiempo se olvidaron del mundo y dejaron que su pasión hablara por sí misma.

Los relámpagos bailaban su danza sobre la Cúpula que se cernía sobre ellos desde lo alto. Cuando los truenos cesaban, momentáneamente, podían oír el ruido que hacía la incesante lluvia.

Rosas la sostenía, ahora ya amablemente, y con sus dedos iba recorriendo las curvas de su cadera y de su cintura.

—¿Qué sacas de ser un agente secreto, Della? Si fueras alguien como estos que, seguros y cómodos en sus sillones de Livermore, no hacen más que apretar botones, lo podría entender. Pero arriesgas tu vida espiando en favor de una tiranía, y convirtiéndome a mí en algo que nunca había pensado que llegaría a ser. ¿Por qué?

Della miró los relámpagos que brillaban entre la lluvia. Suspiró.

—Mike, yo soy partidaria de la Paz. Mira, tenemos algo parecido a la paz en todo el mundo. Su precio es una tiranía, una de las más suaves tiranías de toda la historia. Su precio es un puñado de personas semejantes a la del siglo veinte, como yo, que vendería a su propia abuela por un ideal. El siglo pasado produjo armas nucleares, burbujas y plagas de guerra. A ti mismo te han afectado las plagas; fueron ellas las que te convirtieron en «algo que nunca habías pensado que llegarías a ser». Pero los otros son igualmente malos. Hacia finales del siglo, estas armas eran cada vez más baratas. Las pequeñas naciones iban adquiriéndolas. Si no hubiera llegado la Guerra, estoy convencida de que los guerrilleros, los terroristas y los delincuentes habrían llegado a disponer de ellas. La especie humana no hubiera podido sobrevivir a una tecnología de matanzas en masa tan ampliamente extendida. La Paz ha representado el fin de las naciones soberanas y de su control sobre las tecnologías que hubieran podido matarnos a todos. Nuestro único error ha consistido en no haber llegado lo bastante lejos. No nos preocupamos de regular la alta tecnología electrónica, y lo estamos pagando.

Mike estaba callado, pero la ira había desaparecido de su semblante. Della se puso de rodillas y miró a su alrededor. Le faltó muy poco para empezar a reír desaforadamente. Parecía como si una pequeña bomba hubiera explotado en la casita del árbol. Todas sus ropas estaban desparramadas

por el suelo. Empezó a vestirse y, un instante después, Mike hizo lo mismo.

No habló hasta que se hubieron puesto los impermeables y levantado la trampilla de salida.

Sonrió de lado y ofreció su mano a Della.

—¿Enemigos? —dijo Mike.

—Claro que sí —le devolvió la sonrisa y estrechó su mano.

Mientras bajaban del árbol, ella iba pensando en lo que podría hacer reaccionar al viejo Kaladze. Desde luego, no sería el pánico. Mike tenía razón en esto. ¿Tal vez la vergüenza? ¿O la ira?

***

La ocasión de Della se presentó al día siguiente. El clan Kaladze se había reunido para comer. Era la comida principal del día. Tal como cabía esperar de una mujer, Lu había ayudado en la cocina, a poner la mesa y a servir la comida. Incluso cuando ya estaba sentada a la larga mesa, se obligaba a levantarse para ir a buscar algún cubierto o traer más comida.

Los canales de la Autoridad se dedicaban casi exclusivamente a los juicios por «traición a la Paz» que Avery estaba montando en Los Ángeles. Ya se habían pronunciado

varias sentencias de muerte. Della sabía que los Quincalleros de todo el continente estaban en contacto constante y que el terror crecía sin cesar. Hasta las mujeres lo notaban. Naismith había anunciado que tenía el prototipo de generador de burbujas. Además, había mandado los planos. Por desgracia, el único modelo que funcionaba requería unas redes de procesadores y programas que el resto del mundo tardaría algunas semanas en poner a punto. Además de esto, algunos de los problemas que presentaba el proyecto todavía necesitarían más tiempo para su resolución.

Los hombres, a partir de estas dos noticias, iniciaron un debate. Era la primera vez que ella asistía a una conversación de tipo político durante la comida. Aquello demostraba lo crítica que era la situación. En principio, los Quincalleros disponían del arma más eficaz de la Autoridad. Pero el arma no estaba todavía a punto. La verdad era que, si la Autoridad se enteraba de ello antes de que los Quincalleros tuvieran en marcha la fabricación de generadores, se podría precipitar el ataque militar que todos temían.

En este caso, ¿qué se podía hacer por los prisioneros de Los Ángeles?

Lu estuvo callada durante unos quince minutos, mientras hablaban de todo aquello, hasta que resultó evidente que los Kaladze iban a permanecer agazapados a la espera de poder utilizar con ventaja la invención de Naismith/Hoehler.

Entonces se puso en pie y soltó un estridente chillido inarticulado. El comedor se quedó inmediatamente en silencio. Los Kaladze la miraron con gran sorpresa. La mujer que estaba a su lado le hizo frenéticas señas para que se sentara. En vez de ello, Della les gritó a todos:

—¡Sois unos locos cobardes! Sois capaces de quedaros aquí indecisos mientras van matando uno a uno a todos los prisioneros de Los Ángeles. Ahora tenéis un arma: el generador de burbujas. Y si vosotros no estáis dispuestos a jugaros el cuello, hay muchísimas casas en Aztlán que sí lo están. Por lo menos una docena de sus primogénitos fueron hechos prisioneros en La Jolla.

En el otro extremo de la mesa. Nikolai Sergeivich se puso de pie lentamente. Incluso a aquella distancia, parecía mirar desde gran altura a la diminuta Della.

—Señorita Lu, no somos nosotros los que tenemos el generador de burbujas, sino Paul Naismith. Usted ya sabe que él sólo tiene un prototipo, y que éste no está completamente terminado. No quiere darnos…

Della golpeó la mesa con la palma de su mano. El ruido, que sonó como un pistoletazo, interrumpió al otro y atrajo la atención de todos hacia ella.

—¡Pues oblíguenle! Él no puede existir sin el apoyo de ustedes. Hay que hacerle comprender que son nuestras

propias carne y sangre las que están en juego allí —se apartó de la mesa y les miró de arriba abajo con un tremendo desprecio en la mirada—. Pero esto no tiene que ver nada con vosotros, ¿verdad? Mi propio hermano es uno de los rehenes. Pero, para todos vosotros, ellos no son más que unos Quincalleros desconocidos.

Kaladze palideció bajo su corta barba. Della estaba corriendo un albur. Las mujeres capaces de faltar al respeto en público eran rarísimas y, si aparecía alguna, incluso como huésped, no cabía esperar otra cosa sino que fuera expulsada inmediatamente. Pero Della había ido hasta un punto calculado, más allá de la falta de respeto.

Había atacado su valor, su hombría.

Confiaba haber expuesto, en voz alta, la sensación de culpa que todos ellos escondían detrás de las precauciones.

Kaladze recobró la voz y dijo:

—Está usted equivocada, señora. Son algo más que unos Quincalleros desconocidos. Son nuestros hermanos.

Y Della supo que había ganado. La Autoridad iba a enterarse de la existencia del generador de burbujas cuando aún era un asunto de poca monta.

Se sentó con gran humildad, con la mirada tímidamente fija en la mesa. Dos lagrimones empezaron a correr por sus

mejillas. Pero no dijo nada más. Por dentro, una sonrisa felina iba de oreja a oreja. Se sentía feliz por su victoria y por la revancha que acababa de tomarse a cuenta de todos aquellos días de servilismo. Vio de soslayo la mirada de sorpresa de Mike. Aquí también había atinado. Permaneció callado. Comprendía que ella estaba mintiendo, pero aquellas mentiras eran una excusa válida para hacer un llamamiento al honor. Estaba cogido, y lo sabía, en la misma trampa que los otros.

Capítulo XXVII

Aztlán abarcaba mucho de lo que antes había sido California del Sur y California Baja. Además, reclamaba una gran parte de Arizona, aunque tal exigencia era fuertemente contestada por la República de Nuevo México. De hecho, Aztlán era una confederación muy relativa de caciques locales, cada uno de los cuales dominaba sobre una enorme extensión de terreno.

Tal vez debido a la proximidad del Enclave en la vieja Downtown, en ninguna parte de Aztlán los castillos eran tan magníficos como en el norte de Los Ángeles. Y, de todos aquellos castillos, el del alcalde de El Norte era el gigante entre los gigantes.

La carroza y su guardia de honor corrían rápidamente por la bien cuidada carretera, que había formado parte del

antiguo mundo y que llevaba a la entrada principal de El Norte. En su interior, tenuemente iluminado, había un solo pasajero, un tal Wili Wáchendon, que iba sentado sobre almohadones de terciopelo y escuchaba el ruido que producían los caballos que tiraban del carruaje y los que montaba la escolta. Le trataban como si fuera un señor. Bueno, no exactamente, porque le costaba mucho hacerse el desentendido cuando veía la expresión de estupefacción en las caras de las tropas de Aztlán cuando miraban a aquel muchacho negro y sucio del viaje, a quien debían escoltar desde Ojal hasta Los Ángeles. Él iba mirando a través de los oscurecidos cristales a prueba de bala, cosas que jamás se había imaginado que podría ver, por lo menos a la luz del día. A su derecha, se elevaba una colina escarpada que, cada pocos metros, había sido excavada para formar nidos de ametralladora. A su izquierda vio una valla de estacas, semiescondida entre las palmas. Se acordaba de estacas como aquéllas y de lo que les ocurría a los ladrones que no tenían suerte.

Por detrás de las palmas, podía ver gran parte de la Cuenca. Era tan grande como varias regiones y, sin contar al personal de la Autoridad en el Enclave, vivían allí más de ochenta mil personas, lo que la convertía en una de las mayores capitales del mundo. A aquella hora, ya mediada la tarde, las cocinas de madera y de petróleo de toda aquella gente originaban una columna de humo oscuro que se había

quedado detenida por una inversión de temperatura e impedía ver las distantes colinas.

Llegaron a las rampas del lado sur y cruzaron el perímetro enlosado que rodeaba la mansión del alcalde. Luego pasaron por delante de un gran edificio cuya fachada estaba formada por un increíble alarde de láminas de cristal perfectamente iguales. No se podía ver el menor agujero de bala, ni la menor rotura. Durante muchos años ningún enemigo había podido llegar hasta allí. El alcalde tenía un control muy firme de la tierra que se extendía a varios kilómetros a la redonda. El carruaje giró para entrar, y los criados corrieron a abrir las puertas de cristal. La carroza, los caballos y la guardia atravesaron los gruesos muros; el encuentro debía tener lugar fuera de la vista de posibles ojos espías. Wili preparó el equipo. Se puso el conector de cuero cabelludo, aunque ahora le resultaba menos confortable. Su procesador se había programado para una tarea, y la interfase no le daba la omnisciencia que sentía otras veces, cuando notaba que trabajaba con Jill.

Wili se sentía como una gallina en una reunión de coyotes. Pero se decía a sí mismo que había una diferencia. Sonrió en atención a los coyotes allí reunidos y dejó en el brillante suelo sus empolvados aparatos: aquella gallina ponía burbujas.

Estaba de pie, en el centro de la sala de audiencias del alcalde y completamente solo, si se exceptuaba a los dos

lacayos que le habían acompañado hasta allí desde la carroza. Cuatro Jonques estaban sentados sobre un estrado situado a unos cinco metros de distancia. Aunque no eran los nobles de más alto título de Aztlán, si bien uno de ellos era el alcalde, Wili pudo reconocer los bordados de sus chaquetas. Eran hombres a quienes los Ndelante Ali jamás se habrían atrevido a robar.

A un lado, subordinados pero no serviles, estaban de pie tres negros muy ancianos. Wili reconoció a Ebenezer, Sabio de los Ndelante de Pasadena, un hombre tan viejo y tan apegado a lo suyo que ni siquiera había aprendido a hablar en español. Necesitaba intérpretes para comunicar su voluntad a su pueblo. Desde luego, aquello hacía aumentar su apariencia de sabiduría. Hasta donde era posible en un área tan dilatada, aquellos siete hombres eran los que gobernaban en la Cuenca y en las tierras del este, lo gobernaban todo excepto Downtown y el Enclave de la Autoridad.

El descaro de Wili no pasó desapercibido a los coyotes. El más joven de los señores Jonques se inclinó hacia adelante para poderle mirar de arriba abajo.

—¿Éste es el emisario de Naismith? ¿Con «esto» hemos de encerrar a Downtown en una burbuja y rescatar a nuestros hermanos? Debe ser una broma.

El negro más joven, un hombre de unos setenta años, cuchicheaba en el oído de Ebenezer. Probablemente le estaba traduciendo al inglés los comentarios del Jonque. La mirada del anciano era fría y penetrante, y Wili se preguntaba si Ebenezer podía acordarse de todos los disgustos que un escuálido ladrón había causado a los Ndelante.

Wili se inclinó respetuosamente delante de los nobles que estaban sentados. Cuando habló, lo hizo en un español correcto, con lo que confiaba sería el acento de la California Central. Deseaba convencerles de que no era un nativo de Aztlán.

—Mis señores y sabios, es muy cierto que no soy más que un mensajero, un simple técnico. Pero he traído y tengo aquí el invento de Naismith. Sé cómo hay que manejarlo, y sé de qué manera puede usarse para liberar a los prisioneros de la Autoridad.

El alcalde, un hombre que parecía agradable y que tendría unos cincuenta años, alzó una ceja y dijo suavemente:

—¿Quiere usted decir acaso, que sus compañeros van a traerlo, desarmado tal vez?

—¿Mis compañeros? No, mi señor —se agachó, abrió su paquete y sacó de él el generador y su procesador—. Esto es el generador. Con los planos que Naismith ha transmitido

por radio, los Quincalleros, dentro de seis semanas, serán capaces de fabricarlos a centenares. Por ahora, éste es el único que puede funcionar.

Mostró a todos el procesador, aparentemente poco diferente a cualquier otro. Pocas cosas podrían parecerse menos a un arma que aquello, y Wili pudo ver claramente que la incredulidad se reflejaba en sus facciones. Era necesario hacer una demostración. Se concentró brevemente para dar los parámetros a la interfase.

Pasaron cinco segundos, y apareció en el aire una esfera perfecta, justo delante de la cara de Wili. La burbuja no medía más de diez centímetros de diámetro, pero, dada la reacción de la audiencia, igual podría haber sido de diez kilómetros. Wili le dio un suave empujón y la esfera, que pesaba exactamente igual que su volumen equivalente de aire, salió disparada hacia donde estaban los nobles. Antes de que se hubiera desplazado un metro, las corrientes de aire ya la habían desviado. El Jonque más joven olvidó su dignidad y saltó desde el estrado para coger la burbuja.

—¡Por Dios, es de verdad! —dijo al tocar su superficie.

Wili no hizo más que sonreír y formular, luego, otra secuencia de órdenes. Una segunda, y después una tercera esfera aparecieron flotando en el salón. Para unas burbujas de este tamaño, donde el objetivo estaba cerca y era homogéneo, los cálculos eran tan sencillos que casi podía

generarlas en un chorro continuo. Durante algunos momentos, la audiencia perdió parte de su dignidad.

Por fin, Ebenezer alzó una mano y dijo a Wili en inglés:

—Es decir, muchacho, que tú tienes todo lo que la Autoridad tiene. Puedes encerrar en burbujas a todo Downtown, para que nosotros vayamos después allí y recojamos los trozos. Sus ejércitos no van a permitírnoslo.

Las cabezas de los Jonques se movieron, y Wili sabía que habían comprendido la pregunta. Muchos de ellos entendían el inglés y el español-negro, a pesar de que muchas veces fingían no comprenderlos. Podía casi ver cómo sus mentes calculadoras hacían funcionar sus procesadores. Con un arma así, podían conseguir mucho más que la liberación de los prisioneros. Podían echar a la Autoridad de Aztlán, arrojarla de allí a patadas. Si la Autoridad era derrotada, ¿por qué no iban ellos a sustituirla? Y, tal como Wili había admitido, tenían una ventaja de seis semanas sobre el resto del mundo.

Wili negó con la cabeza.

—No, sabio. Para ello se necesitará mucha más energía, aunque no se requiera la de fusión que utiliza la Autoridad. Pero, y esto es más importante, este generador no es lo suficientemente rápido. Su capacidad máxima corresponde a una burbuja de unos cuatrocientos metros de diámetro, y

para ello necesita unas condiciones especiales y un tiempo de preparación de varios minutos.

—¡Bah! Entonces es un juguete. Tal vez con esto pueda usted decapitar a algunos soldados de la Autoridad, pero cuando saquen sus ametralladoras y sus aviones será usted un hombre muerto.

El señor Bocazas estaba de nuevo en forma. A Wili le recordaba a Roberto Richardson. Era una pena que todo aquello fuera a favorecer a individuos como aquéllos.

—No es ningún juguete, mi señor. Si ustedes siguen el plan que Paul Naismith ha preparado, todos los rehenes podrán ser liberados.

En realidad se trataba de un plan que se le había ocurrido al mismo Wili durante el primer experimento, cuando había cogido con sus brazos la burbuja que había hecho Jill. Pero no funcionaría si no decía que era idea de Paul.

—Hay cosas que pueden hacer las burbujas y que ni ustedes, ni nadie, ni la misma Autoridad, conocen todavía.

—¿Y qué cosas son éstas, señor? —en la voz del alcalde había una cortesía totalmente desprovista de sarcasmo.

Una pareja acababa de entrar por el otro lado de la sala. Durante unos instantes lo único que pudo ver Wili fueron sus

siluetas delante de la luz que entraba por las ventanas. Pero esto bastó.

—¡Vosotros dos!

Mike parecía tan sorprendido como Wili, pero Lu sonreía.

—Son los representantes de Kaladze —aclaró el alcalde.

—¡Por el Único Dios! ¡Éstos son los representantes de la Autoridad!

—Veamos —dijo el Bocazas—. Éstos dos vienen avalados por los Kaladze, que son los que han organizado todo esto.

—No voy a decir ni hacer nada, si ellos están aquí.

Un silencio de muerte recibió su negativa, y de repente Wili tuvo miedo, miedo físico. Los señores Jonque tenían ciertas habitaciones muy interesantes en los sótanos de sus castillos provistas de aparatos muy eficaces para persuadir a la gente de que hablara. Esto iba a ser como la confrontación con los Kaladze, sólo que más sangriento.

El alcalde dijo:

—No le creo. Hemos hecho comprobaciones de los Kaladze con todo cuidado. Hemos hecho salir incluso a nuestra propia corte, para que esta reunión se haga tan sólo con los que han de estar enterados. Pero —suspiró y Wili vio que en

algunos aspectos era más flexible (o más desconfiado) que Nikolai Sergeivich— tal vez sería más seguro si usted sólo nos dice lo que hay que hacer, y no todos los secretos que haya detrás. Juzgaremos los riesgos y decidiremos si es imprescindible o no que tengamos más información ahora.

Wili miró a Rosas y a Lu. ¿Sería posible hacerlo sin dar a conocer el secreto, por lo menos hasta que a la Autoridad le resultara imposible contrarrestarlo? Tal vez sí.

—Los rehenes, ¿están todavía detenidos en la Torre de Contrataciones?

—En los dos pisos de arriba. Incluso desde el aire, el asalto sería suicida.

—Sí, mi señor. Pero hay otra manera. Voy a necesitar cuarenta contenedores Julián 33 (otras marcas también podrían ser útiles pero estaba seguro de que aquéllas, de fabricación Aztlán, serían fáciles de conseguir) y acceso a su servicio meteorológico. Esto es lo que tienen ustedes que hacer…

Hasta algunas horas después Wili no cayó en la cuenta de que él, el muchacho casi inválido de Glendora, estaba dando órdenes a los gobernantes de Aztlán y a los hombres sabios de los Ndelante Ali. Ojalá lo hubiera podido ver el Tío Sly.

***

A primeras horas de la tarde del día siguiente, Wili estaba agachado en las ruinas de unas casas situadas precisamente al este de Downtown, y estudiaba su pantalla. Ésta, se encontraba conectada a un telescopio que los Ndelante habían colocado en el terrado. El día era tan claro que la vista de que disponía podría haber sido la de un halcón que sobrevolara en círculos los aledaños del Enclave. Mirando entre los edificios, Wili podía ver las calles llenas de docenas de automóviles que trasladaban a los empleados de la Autoridad. Centenares de bicicletas, propiedad de los funcionarios de menor categoría, circulaban lentamente por los bordes de la calle. Y peatones. Éstos se aglomeraban en las proximidades de los grandes edificios. Ocasionalmente, algún helicóptero zumbaba en las alturas. Era como una visión sacada de un videodisco antiguo, pero aquello era real, estaba sucediendo en aquellos momentos y en aquel lugar, uno de los pocos que quedaban en la Tierra donde el ajetreado pasado vivía todavía.

Wili apagó la pantalla y miró hacia las caras, tanto Jonques como negras, de los que le rodeaban.

—No se necesita mucha ayuda para esta operación. El éxito depende de lo buenos que sean sus espías.

—Son lo bastante buenos —aseguró el malencarado ayudante de Ebenezer.

Los Ndelante Ali constituían una organización muy importante, pero Wili tenía la sospecha de que aquel individuo le conocía de antes. Volver a casa, con Paul, podía depender de que aquellos «amigos» siguieran intimidados por la reputación y los aparatos de Naismith.

—A los de la Paz les gusta que les sirvan personas, además de las máquinas. Los creyentes han estado esta misma mañana en la Torre. Todos los rehenes están en los dos pisos de arriba. Los dos pisos siguientes están vacíos y cargados de alarmas y, más abajo, hay por lo menos un piso lleno de soldados de la Paz. La zona de servicio también está ocupada y puede usted ver que hay una patrulla con un helicóptero y otros aviones de ala fija. Casi se podría suponer que esperan un asalto armado como los del siglo veinte y no…

Y no a un escuálido adolescente con su generador en miniatura. Wili completó silenciosamente la severa implicación del otro. Se miró las manos. Escuálido, tal vez. Pero si seguía ganando peso, como iba haciendo durante las últimas semanas, pronto iba a dejar de serlo.

Y se sentía capaz de habérselas con la Autoridad, los Jonques y los Ndelante Ali, todos juntos. Wili sonrió al sabio.

—Lo que yo tengo es más efectivo que los tanques y las bombas. Si ustedes están completamente seguros de dónde están los prisioneros, por la noche estarán en mi poder.

Se volvió hacia el ayudante del alcalde, que era un anciano de buen ver, que rara vez hablaba pero que conseguía una obediencia ciega y absoluta de sus hombres.

—¿Ha podido usted hacer que suban mi equipo hasta arriba?

—Sí, señor.

—Pues si es así, vayamos arriba.

Retrocedieron hasta la parte principal de las ruinas, manteniéndose cuidadosamente en la sombra y fuera de la vista de las naves que sobrevolaban el lugar. El edificio original había tenido treinta metros de altura, con hileras de balcones que miraban hacia el oeste. Gran parte de la fachada se había derrumbado, y las escaleras se habían quedado al aire, pero el hombre del alcalde era sagaz y había ordenado que dos jóvenes Jonques treparan por el hueco de un montacargas interior y prepararan un cabestrante para subir el equipo y a las personas mayores hasta el cuarto piso, el punto estratégico que Wili necesitaba.

Uno tras otro, los Jonques y Ndelante fueron subiendo. Wili sabía que una tan íntima colaboración entre aquellos enemigos de sangre habría sido un *shock* tremendo para muchos de los creyentes. Aquellos grupos luchaban y se mataban entre ellos en otras circunstancias, y cada uno utilizaba a los otros para justificar toda suerte de sacrificios

por parte de su propia gente. Estas luchas eran reales y sangrientas, pero la cooperación secreta también era real. Dos años atrás, Wili había apostado a que existía este secreto, y era aquello lo que finalmente le había hecho ponerse en contra de los Ndelante. El pasillo del cuarto piso crujía amenazadoramente bajo sus pies. En el exterior hacía calor, pero aquello era como el interior de un horno. A través de algunos agujeros en el suelo, Wili podía ver las ruinas de las habitaciones de los pasillos de los pisos inferiores. Unos agujeros similares en el techo permitían el paso de la única luz de que disponían. Uno de los Jonques abrió una puerta lateral y se mantuvo cuidadosamente alejado cuando entraron Wili y la gente de Ndelante.

Más de media tonelada de contenedores Julián 33 estaban ordenados junto a una pared interior. El lado correspondiente a los balcones de aquella habitación oscilaba precariamente. Wili desempaquetó el procesador y el generador de burbujas y empezó a conectarlos a los Julián. Los otros se repartieron a lo largo de la pared y por el pasillo que había detrás. Rosas y Lu estaban allí. Como representantes de los Kaladze no se les podía negar la asistencia, aunque Wili se las había arreglado para persuadir al hombre del alcalde para que les mantuviera, en especial a Della, alejados del equipo y apartados de las ventanas.

Della le miró y le sonrió. Su sonrisa era extraña y amistosa. Extraña, sobre todo, porque no había nadie más que estuviera mirando y pudiera ser engañado. ¿Cuándo iba a

hacer su jugada? ¿Trataría de avisar a sus jefes o intentaría robar el equipo ella misma? Durante la noche anterior, Wili había pensado intensa y largamente en cómo podría derrotarla. Tenía incluso preparados los parámetros para encerrarse en una burbuja. Meterse dentro de una burbuja junto con su equipo tendría que ser un último recurso, puesto que el modelo actual de burbuja no tenía mucha flexibilidad, y se vería obligado a estar fuera del juego por lo menos durante un año. Mucho más probable era que uno de los dos acabara muerto al finalizar el día, y ninguna sonrisita podía cambiar aquello.

Arrastró el generador y sus cables de alimentación, así como su bolsa de camuflaje, hasta cerca del deteriorado borde del balcón. Debajo de él, el piso de cemento se movía como si fuera una barca. Parecía que sólo se sostuviera por una sola varilla del forjado. ¡Maravilloso! Concentró su equipo sobre la hipotética varilla y calibró los sensores de masa y distancia. Los siguientes minutos iban a ser críticos. Para conseguir que los cálculos fueran más sencillos, el generador debía estar despejado de obstáculos. Y, por lo tanto, obligaba a que la operación fuese relativamente más visible. Si la Autoridad disponía de un equipo de observación parecido al de Paul, el plan no tendría posibilidad alguna de éxito.

Wili se mojó un dedo y lo mantuvo en alto en el aire. Incluso allí, casi en el exterior, la temperatura era

bochornosa. La brisa que venía del oeste apenas si enfrió su dedo.

—¿A qué temperatura estamos? —preguntó innecesariamente, puesto que era evidente que hacía suficiente calor.

—En el exterior la temperatura es de treinta y siete grados. Es casi la mayor que hemos tenido en Los Ángeles y, desde luego, es la máxima de hoy.

Wili asintió. Perfecto. Volvió a comprobar el centro y las coordenadas polares, conectó el procesador del generador y se arrastró para regresar junto a los demás, que permanecían pegados a la pared interior.

—Es cuestión de cinco minutos. El generar una burbuja grande desde doscientos metros de distancia es casi demasiado para este procesador.

—Entonces —el hombre de Ebenezer le dirigió una sonrisa agria—, usted va a encerrar algo en una burbuja. ¿Está dispuesto a compartir el secreto? ¿O debemos simplemente mirar y aprender?

En el lado opuesto de la habitación el hombre del alcalde estaba callado, pero Wili tenía conciencia de su atención. Ni ellos ni sus jefes se podían figurar que las burbujas se pudieran usar más que como un arma ofensiva. Desconocían

un hecho crítico, un hecho que muy pronto iba a ser del dominio de todos, incluso de la Autoridad.

Wili miró su reloj. Faltaban todavía dos minutos. No se podía imaginar que Della pudiera evitar el rescate de ninguna manera. Y él debería dar muchas explicaciones inmediatas o, en caso contrario, cuando sus aliados vieran lo que había hecho, podía tener problemas mortales.

—Muy bien —dijo por fin—. Dentro de noventa segundos, mi aparato hará una burbuja alrededor de los pisos de arriba de la Torre de Contrataciones.

—¿Qué? —la pregunta salió simultáneamente de cuatro bocas, en dos idiomas.

El hombre del alcalde, que parecía tan suave y respetuoso, le apretó el cuello inmediatamente. Levantó brevemente una mano mientras sus hombres empezaban a acercarse al equipo que estaba en el balcón. La otra mano iba apretando el cuello de Wili, hasta casi hacerle daño, y Wili se dio cuenta de que tenía escasos segundos para convencerle de que no debían arrojar sus aparatos a la calle.

—La burbuja… se… destruirá… luego. El tiempo… se detiene… dentro —dijo Wili, ahogándose.

La presión en su cuello se aflojó, y los hombres retrocedieron. Wili vio que los Jonque y el sabio

intercambiaban miradas. Tendría que dar muchas explicaciones luego, pero, de momento, iban a cooperar.

Un ruido súbito y apagado marcó la descarga. Todas las miradas se dirigieron hacia el oeste a través de una abertura que en tiempos pasados había sido una puerta corredera. Algunas débiles exclamaciones se escaparon de varios labios.

La parte superior de la Torre de Contrataciones estaba en sombra, rematada y disminuida, a la vez, por una esfera de cuatrocientos metros de diámetro.

—El edificio, se derrumbará —dijo alguien.

Pero no sucedió nada de esto. La masa de la burbuja era la misma de lo que contenía, y aquélla contenía primordialmente aire. Hubo unos largos momentos de silencio, roto por el lejano sonido de las sirenas. Wili ya sabía lo que iba a pasar pero, a pesar de ello, le costó trabajo apartar la vista del cielo para fijarla disimuladamente en los demás.

Lu permanecía con los ojos tan abiertos como el que más. Pero Rosas, el ayudante del *sheriff*, miraba a Wili con otra clase de asombro, el de un hombre que, de pronto, descubre que algunas de sus culpas no han sido más que una pesadilla. Wili le hizo señas afirmativas con la cabeza. «Sí. Jeremy está

vivo todavía, o por lo menos algún día volverá a vivir. Mike, tú no le mataste».

En el cielo, alrededor de la Torre de Contrataciones, los helicópteros pasaban rozando la curva plateada de la burbuja. Más arriba podía oírse el ruido de los aviones de ala fija que patrullaban en círculos cada vez mayores alrededor del Enclave. Habían pisado un avispero, y las avispas estaban intentando decidir qué había pasado y lo que debían hacer. Finalmente el jefe Jonque se volvió hacia el sabio Ndelante.

—¿Su gente puede sacarnos de aquí?

El negro agachó la cabeza, para escuchar mejor por su audífono, y contestó:

—No, hasta que se haga de noche. Tenemos una boca de túnel a unos doscientos metros de aquí, pero tal como están patrullando ahora posiblemente no podríamos llegar sin ser descubiertos. Justo después de la puesta de sol, antes de que las cosas se enfríen lo suficiente para que sus sensores térmicos puedan trabajar bien, será el momento más oportuno para escabullirnos. Hasta entonces procuren apartarse de las ventanas y mantenerse en silencio. En los últimos meses han mejorado. Sus detectores son casi tan buenos como los nuestros.

Todos ellos: negros, Jonques y Lu, se trasladaron al pasillo con toda clase de precauciones. Wili dejó su equipo donde

estaba, cerca del balcón, porque era demasiado arriesgado recuperarlo en aquellos momentos. Afortunadamente la bolsa que lo enmascaraba tenía un aspecto muy similar al de las ruinas que estaban a su alrededor.

Wili se sentó con la espalda apoyada en la puerta. Nadie iba a acercarse al generador sin que él se enterase.

A partir de aquel momento, los sonidos del Enclave se fueron apagando, pero pronto pudieron oír uno nuevo y amenazador: el ruido de los vehículos oruga.

Cuando todos estuvieron sentados y se hubo dispuesto vigías en los más próximos agujeros, el sabio se aposentó al lado de Wili y sonrió.

—Y ahora, querido y joven amigo, como debemos estar sentados aquí durante horas, tendrá usted tiempo sobrado para contarnos lo que quería decir exactamente con aquello de que la burbuja se iba a romper y de que el tiempo se detiene dentro de ella.

Hablaba en voz baja, y, considerando la situación en que estaban, era una petición más que razonable. Pero Wili reconoció el tono de voz. En el otro lado del pasillo, el hombre del alcalde se inclinó hacia adelante para poder oír mejor. Había poca luz, pero Wili pudo ver una débil sonrisa en la cara de Lu.

Tendría que mezclar verdades con mentiras. Iba a ser una tarde muy larga.

Capítulo XXVIII

El pasillo estaba más iluminado que antes. A medida que el Sol se iba poniendo, su luz llegaba cada vez más horizontal y entraba por las grietas que estaban cerca del techo, iluminándoles con una luz rojiza. Las patrullas aéreas vigilaban un área mucho más extensa y los tanques más próximos estaban a algunos miles de metros de ellos. El hombre de Ebenezer había organizado unas hábiles operaciones de distracción, táctica que Wili ya había visto emplear algunas veces contra los Jonques.

—¡Del Nico Dial! —era casi un alarido. El vigía que estaba al fondo del vestíbulo saltó al suelo desde su observatorio. Está ocurriendo. Tal como ha dicho. ¡Vuela!

El sabio de Ebenezer hizo enérgicos gestos para ordenar que no hicieran ruido, pero el grupo se acercó

apresuradamente a la abertura. Incluso el sabio y el jefe Jonque se abrieron paso hasta la parte delantera. Wili se arrastró entre ellos y miró por uno de los pequeños resquicios.

La neblina de la tarde era roja. El Sol, de un rojo más intenso, se ocultaba detrás de las torres del Enclave. Colgando en el mismo borde de la línea del horizonte había otra luna muy grande, una esfera oscura teñida en parte de rojo. La burbuja se había despegado de la parte superior de la Torre de Contrataciones y era arrastrada lentamente hacia el oeste por la brisa de la tarde.

«¡Madre de Dios!», se dijo el hombre del alcalde para sí.

Incluso entendiéndolo, aquello era algo difícil de aceptar. La burbuja, con su cargamento de aire cálido de la tarde, resultaba mucho más ligera que el aire del anochecer que la rodeaba y se había convertido en el mayor globo de aire caliente de toda la historia. Navegando hacia la puesta de sol, dentro del globo, iban los Quincalleros rehenes. El ruido de las naves aéreas se hizo más intenso. Las avispas, que ya regresaban a su nido, volvían a zumbar alarmadas por aquel nuevo suceso. Uno de los insectos se acercó demasiado al gran arco pulido. Su rotor se rompió y el helicóptero cayó, dando vueltas y más vueltas.

El sabio miró a Wili.

—¿Está usted seguro de que vendrá tierra adentro?

—Sí. Naismith ha estudiado la distribución de los vientos con mucho cuidado. Ahora sólo es cuestión de tiempo, unas semanas como máximo, y acabará bajando al suelo en las montañas. La Autoridad se va a enterar muy pronto, junto con el resto del mundo, del secreto de las burbujas, pero no podrán saber cuándo se abrirá ésta. Si la burbuja llega bastante lejos, los otros problemas que vamos a plantearles serán tan grandes que no podrán dejar una fuerza permanente alrededor de la burbuja. Y cuando por fin reviente…

—Lo sé. Lo sé. Cuando al fin reviente estaremos allí para rescatarles. Pero diez años es mucho tiempo para estar dormido.

En realidad iba a ser sólo un año. Ésta había sido una de las pequeñas mentiras de Wili. Si Lu y la Autoridad no conocían la posibilidad de que existieran burbujas de vida corta, entonces…

De pronto, se dio cuenta de que Della Lu no estaba al alcance de su vista. Se apartó de la pared y miró por el pasillo. Pero ella y Rosas estaban todavía allí, sentados junto a dos gorilas Jonque que no se habían movido para ver lo que ocurría.

—Mire, creo que deberíamos intentar llegar al túnel. Ahora los de la Paz tienen otros muchos problemas, y la calle ya está muy oscura.

El hombre de Ebenezer sonrió.

—Pero ¿qué sabe usted sobre fugas de hombres armados en la Cuenca?

Ahora, más que nunca, Wili estaba seguro de que el sabio le había reconocido, aunque parecía que no iba a utilizar este conocimiento. Se volvió hacia el jefe Jonque.

—El muchacho probablemente está en lo cierto.

Wili recuperó el generador y, uno a uno, descendieron hasta el garaje por medio del cabrestante. El último en bajar desenganchó la cuerda y, luego, los negros emplearon algunos minutos en hacer desaparecer todas las señales de su paso por la planta baja. Los Ndelante eran cuidadosos y hábiles. Había formas de cubrir las huellas en las ruinas, incluso de devolver la pátina de polvo a las antiguas habitaciones. Durante cuarenta años, las entrañas de la Cuenca de Los Ángeles habían sido los últimos reductos de los Ndelante. Conocían muy bien aquel terreno.

En el exterior, el fresco de la tarde había empezado a notarse. Dos de los hombres del sabio iban delante y dos o tres más cubrían la retaguardia. Algunos llevaban visores de noche aunque todavía había luz suficiente como para poder

leer; el cielo, en lo alto, aparecía de un rojo pálido con algún retazo azul pastel. Pero estaba oscureciendo rápidamente, y las figuras casi eran sólo sombras. Wili notaba que los Jonques no estaban tranquilos. Si les cogían después de anochecer en medio de las ruinas, podían resultar muertos. Las connivencias a alto nivel entre los Ndelante y los amos de Aztlán no alcanzaban hasta aquellas calles.

El hombre que iba en cabeza les guió a través de montones de ruinas de hormigón, evitando su paso por la calle despejada. Wili se echó su carga a la espalda y se retrasó ligeramente, para que Rosas y Lu fueran delante de él. Detrás de él podía oír al jefe Jonque y, mucho más silencioso, al sabio de Ebenezer.

De entre los zumbidos de las naves aéreas, se destacó el ruido de un helicóptero aislado que se hizo cada vez más intenso. Wili y los otros se quedaron inmóviles y, después, silenciosamente, se agacharon. La nave se acercaba cada vez más. El batir de sus rotores era tan cercano que casi podían notar las ráfagas de aire que provocaba. Iba a pasar directamente por encima de ellos. Esto había ocurrido más o menos cada veinte minutos durante la tarde, y no debería preocuparles demasiado. Wili suponía que incluso si había observadores en los tejados éstos no les habrían podido ver. Pero esta vez fue diferente.

Cuando el helicóptero pasó por encima de la línea de tejados, un destello de un blanco brillante surgió delante de

Wili. ¡Lu! Había estado preocupado por si ella llevaba escondido algún sofisticado dispositivo de localización, ¡y les había traicionado con una simple linterna de mano!

El helicóptero pasó rápido por encima de la calle. Pero, antes de que cambiara su ruido, ya había iniciado un círculo para regresar. Wili y la mayor parte de los Ndelante se dirigían ya hacia escondites más ocultos. Unos segundos después, cuando el helicóptero volvió a pasar por encima de la calle, ésta estaba completamente vacía. Wili no podía ver a ninguno de los otros pero, por el ruido, parecía que los Jonques estaban todavía escabullándose como locos tratando de encontrar la manera de salir de aquella intrincada jungla de cemento. Una potente luz blanca barrió la calle hacia arriba y hacia abajo, convirtiéndolo todo en una mezcla de intensos blancos y negros.

Tal como Wili había supuesto, el reflector fue seguido unos segundos después por fuego de cohetes. El terreno se levantaba y caía debajo de él. Desde un punto situado detrás de las explosiones, Wili podía oír cómo los trozos de hierro y de piedra rebotaban entre los montones de hormigón. Oyó chillar a alguien.

De las ruinas se elevaba un polvo pesado. Ésta era su mejor oportunidad. Wili se escabulló por un callejón lateral, sin preocuparse del polvo ni de las piedras que caían. Dentro de un minuto el enemigo volvería a ver claramente, pero para entonces Wili, y probablemente el resto de los Ndelante, ya

se habrían alejado unos cien metros de allí y podrían tener una protección mucho mejor que aquélla.

Un observador hubiera podido creer que corría inconscientemente a causa del pánico, pero en realidad Wili era muy cuidadoso. Iba buscando los indicios de una ruta Ndelante. Durante más de cuarenta años, los Ndelante habían sido, de hecho, los que mandaban en aquellas ruinas. Apenas las usaban como vivienda, pero habían hecho túneles en muchos sitios de la amplia Cuenca, y por doquiera que iban dejaban sutiles mejoras (escotillas de escape, túneles, depósitos de comida), inapreciables si no se conocía el código de marcas. A menos de veinte metros, Wili había encontrado una vía de escape marcada y ahora estaba corriendo a su máxima velocidad por un terreno que habría parecido impracticable para alguien situado a sólo unos metros de distancia. Alguien más estaba utilizando el mismo camino. Wili podía oír por lo menos dos pares de pies que corrían a alguna distancia detrás de él. Unos eran pies pesados de Jonque, y los otros apenas si podían oírse. No se detuvo para esperarles, sería mejor que fueran ellos quienes le alcanzaran.

El piloto del helicóptero se había elevado por encima de la zanja que formaba la calle y ya no disparaba. No había la menor duda de que, en su primer ataque, no había tenido intención de matar, sino que había disparado para hacerles salir a terreno descubierto. Era una estrategia correcta para ser utilizada con los que no fueran Ndelante.

El piloto volaba ahora arriba y abajo dejando caer bombas adormecedoras. Caían tan lejos que Wili apenas si se daba cuenta de ellas. Oyó que, a lo lejos, se aproximaban más aparatos voladores. Algunos, por el ruido, parecían ser muy grandes. Transportes de tropas. Wili siguió corriendo. Hasta que el enemigo hubiera aterrizado, era preferible correr que buscar un buen escondite. Tal vez incluso podría salir del área de lanzamientos.

Cinco minutos después, Wili se había alejado casi un kilómetro. Se desplazaba por una zona comercial que había sido destruida completamente por el fuego. Pasaba de un sótano a otro ya que cada uno estaba conectado con el vecino mediante sutiles agujeros en las paredes. Se le había aflojado el paquete de su equipo, y le golpeaba dolorosamente cuando intentaba ir aprisa. Se detuvo un momento para apretar las correas, pero entonces se le clavaban todavía más en los hombros.

En cierto sentido, se había extraviado. No tenía idea de dónde estaba, ni mucho menos de cómo llegar al punto de recogida que los Ndelante y los Jonques habían establecido. Pero en cambio sabía perfectamente de dónde debía escapar y, si las veía, podía reconocer las claves que podían conducirle hasta un agujero verdaderamente seguro, donde irían a mirar los Ndelante cuando se hubiera terminado toda aquella conmoción.

Otra carrera de dos kilómetros. Wili se detuvo para ajustar de nuevo las correas. Tal vez sería mejor esperar a que los otros le alcanzaran. Si por allí había algún agujero de seguridad, tal vez sabrían dónde estaba. Y entonces lo vio, casi delante de él. Era un conjunto de raspados y roturas, aparentemente inocente, en la piedra de la esquina del edificio de un banco. En alguna parte del sótano de aquel banco, sin duda en la antigua cámara acorazada, debía haber provisiones, igual y probablemente un comunicador manual. Ahora se explicaba por qué los Ndelante que le seguían se habían mantenido tan cerca de él en todo el trayecto. Wili abandonó la oscuridad del callejón y cruzó la calle en una sucesión de saltos, de un escondite hasta otro cercano. Era como en los antiguos tiempos, después de Tío Sly pero antes de Paul, las matemáticas y Jeremy, pero con una importante diferencia: en aquellos tiempos, la mayoría de las veces debía ser llevado por sus compañeros ladrones, puesto que estaba demasiado débil para aguantar una carrera prolongada. Ahora era tan duro como el que más.

Bajó por las oscuras escaleras con las manos por delante y con movimientos casi rituales para localizar las posibles trampas explosivas que los Ndelante eran muy aficionados a dejar cuando se marchaban de un sitio. Los sonidos del exterior llegaban muy amortiguados, pero creyó oír a los otros, al Jonque superviviente y los Ndelante que pudieran ir con él. Le faltaban muy pocos escalones para llegar a…

Después de tanta oscuridad, la luz que surgió detrás de él le cegó. Durante un instante Wili miró estúpidamente su propia sombra. Después se tiró al suelo y se arrastró, pero no tenía dónde ir y el haz de la linterna le seguía con toda facilidad. Miró hacia la oscuridad que había detrás de la luz. No tuvo que hacer suposiciones sobre quién había allí.

—Mantén tus manos de forma que las vea, Wili —la voz de ella era suave y juiciosa—, te aseguro que tengo una pistola.

—¿Está haciendo su sucio trabajo, otra vez?

—Me figuré que si te cogía después de enterarme de todo, podías meterte en una burbuja —su voz cambió de dirección—. Sal a la calle y haz señales al helicóptero para que baje.

—Muy bien —la voz de Rosas tenía aquella mezcla de resentimiento y cobardía que Wili recordaba desde el barco de pesca.

Sus pisadas se alejaron por las escaleras.

—Ahora quítate la mochila, poco a poco, y déjala en los escalones.

Wili se quitó las correas y subió uno o dos escalones. Se detuvo cuando ella hizo un ruido de aviso y dejó el generador en el escalón entre trozos de yeso y excrementos

de rata. Luego se sentó fingiendo que daba un descanso a sus piernas. Si ella estuviera un par de metros más cerca…

—¿Cómo me ha podido seguir? Ningún Jonque hubiera podido porque no conocen las claves.

Su curiosidad era sólo una excusa a medias. Si no hubiese estado tan asustado y enfadado, se habría sentido humillado. Le había costado años aprender las señales de los Ndelante, y aquella mujer, que ni siquiera lo era, había llegado por primera vez a la Cuenca y ya sabía tanto como él.

Lu se adelantó haciéndole señales para que se apartara. Dejó la linterna en los escalones y empezó a soltar las ataduras de la mochila con su mano derecha. Tenía una pistola, un Hacha de 15 milímetros, que probablemente había cogido a alguno de los Jonques. Le apuntaba sin desviarse lo más mínimo.

—¿Claves? —en su voz había una sorpresa real—. No, Wili. Yo tengo buenos oídos y buenas piernas. Estaba demasiado oscuro para seguir las pistas.

Miró dentro de la mochila, se pasó las correas por encima de un hombro, recuperó su linterna y se levantó. Ahora lo tenía todo. «Y, por mi mediación, incluso tiene a Paul», advirtió Wili de repente. Pensaba también en los agujeros que el Hacha podía abrir y en lo que él debía hacer.

Rosas regresó.

—Moví mi linterna en todas direcciones, pero allí hay tanta luz y tanto ruido que no creo que nadie se haya enterado.

Lu lanzó un gruñido de enfado.

—Estos atontados. Lo que ellos saben de la vigilancia de…

Muchas cosas ocurrieron al mismo tiempo. Wili se precipitó sobre ella. La linterna se movió y las sombras se abalanzaron como si fueran monstruos. Se oyó un ruido de desgarro, de rotura. Un instante después, Lu se estrelló contra la pared y cayó por los escalones. Rosas estaba de pie detrás de la forma inerte de ella, con una barra de metal atenazada en sus manos. Algo oscuro y líquido brillaba en aquella barra. Wili subió un escalón, vaciló y subió otro. Lu estaba en el suelo con la cara hacia abajo. Era tan menuda y poco más alta que él. Y ahora estaba tan quieta.

—¿La ha… matado? —él mismo se sorprendió de la nota de horror, casi de acusación que descubría en su propia voz.

Los ojos de Rosas permanecían abiertos y fijos.

—No lo sé; lo intenté. Más pronto o más tarde tenía que hacerlo. No soy un traidor, Wili, pero en la bodega de Scripps… —se detuvo como si se diera cuenta de que aquélla no era la ocasión para hacer confesiones tan largas—. ¡Demonios! Quitémosle esto.

Recogió la pistola que había quedado debajo de la mano ahora inmóvil de Lu. Esta acción probablemente les salvó.

Mientras la movía haciéndola rodar, Lu explotó. Sus piernas golpearon la parte central del cuerpo de Mike, haciéndole caer sobre Wili. El hombre mayor era un peso muerto encima de Wili. Cuando Wili se pudo liberar, Della Lu ya iba corriendo escaleras arriba. Corría tambaleándose y uno de sus brazos le colgaba formando un ángulo raro. Todavía llevaba la linterna.

—¡La pistola, Mike, rápido!

Pero Rosas estaba doblado en un paroxismo de dolor y casi de parálisis, y de sus labios no salían más que unos gemidos de dolor. Wili se apoderó de la barra de metal, voló escaleras arriba y se arrojó lateralmente al suelo cuando llegó a la calle.

La precaución era innecesaria. Ella no le estaba esperando. Entre el estrépito de las lejanas sirenas, Wili pudo oír el ruido de sus pasos que se alejaban. Wili miró en vano hacia la calle, en la dirección hacia donde le había parecido oír sus pasos. Se había perdido de vista, pero podría seguir su pista ya que conocía el terreno.

Oyó un ruido desde la puerta de entrada del banco.

—Espera —era Rosas, encorvado, apretándose el vientre con las manos y que hablaba con palabras entrecortadas, casi inaudibles—. Ella ha ganado, Wili, ha ganado.

La interrupción bastó para hacer que Wili se detuviera y se diera cuenta de que, efectivamente, Lu había ganado. Estaba herida y desarmada, era cierto, y con algo de suerte podría seguir su pista y dar con ella en pocos minutos; pero ya habría tenido tiempo para hacer señales y atraer a las tropas y a sus armas, que estaban mucho más cerca de lo que Mike había asegurado. Ella había ganado para la Autoridad su generador portátil de burbujas.

Y si Wili no podía alejarse mucho en los siguientes minutos, la Autoridad podría ganar mucho más. Durante un largo segundo miró al Jonque. El ayudante de *sheriff* se sostenía en pie algo menos encorvado y respiraba con dolorosos jadeos. Podía dejar a Rosas allí. Esto entretendría a las tropas durante unos minutos muy valiosos, que tal vez podrían asegurar su propia fuga.

Mike le miró y pareció como si se diera cuenta de lo que estaba pasando por la cabeza de Wili. Finalmente, éste dio un paso hacia él.

—Vámonos. Todavía tenemos que salir de aquí.

En diez segundos, la calle quedó tan vacía como había estado durante los años anteriores.

Capítulo XXIX

Los nobles Jonques le creyeron cuando Wili salió fiador de Mike. Éste fue el segundo gran riesgo que había corrido para poder llegar a su casa. El primero había sido al escaparse de los Ndelante Ali. Habían podido salir de la Cuenca por sus propios medios, y se habían puesto directamente en contacto con los hombres del alcalde. No se habían salvado muchos Jonques de la operación y sus informes eran confusos. Pero, evidentemente, el rescate había sido un gran éxito y no fue demasiado difícil convencerles de que no se había producido ninguna traición. Tales explicaciones no habrían satisfecho a los Ndelante porque ya se fiaban poco de Wili. Y era muy probable que algún superviviente negro hubiera presenciado lo que sucedió en realidad.

En cualquiera de los casos, Naismith quería que Wili regresara inmediatamente, y los Jonques ya sabían dónde

estaban sus esperanzas de supervivencia. En cuestión de horas los dos estaban ya en camino. No fue un viaje tan lujoso como a la ida. Viajaban por caminos secundarios, en carros camuflados y moderando la velocidad en aras de la precaución. El convoy de Aztlán sabía que podía ser presa de un enemigo que estaba vigilante.

Era de noche cuando les dejaron en un camino apenas señalado, al norte de Ojal. Wili se quedó escuchando los ruidos del carro y de su escolta, que se fueron apagando y se perdieron entre los demás sonidos de la noche. Estuvieron en silencio durante un minuto, el mismo silencio que había reinado entre ellos durante gran parte de las últimas horas. Luego Wili se encogió de hombros y empezó a andar por el polvoriento camino. Debía llevarles hasta la cabaña de un simpatizante de los Quincalleros, situada al otro lado de la frontera. Por lo menos allí encontrarían un caballo.

Oyó que Mike marchaba muy cerca de él, pero no hubo palabras entre ellos. Ésta era la primera ocasión en que realmente estaban solos desde que salieron a pie de la Cuenca. Entonces tuvieron que permanecer muy callados. Pero, incluso ahora, Rosas no tenía nada que decir.

—Ya no estoy enfadado, Mike —Wili hablaba en español porque quería decir exactamente lo que sentía—. Usted no mató a Jeremy. Ni creo que nunca hubiera tenido intención de hacerle daño. Y salvó mi vida y probablemente la de Paul cuando se abalanzó sobre Lu.

El otro soltó un gruñido indiferente, o tal vez fue sólo el ruido de sus pasos sobre el polvo y el zumbido de los insectos entre los matojos. Al cabo de unos diez pasos, Wili se paró de repente y dijo:

—¡Maldición! ¿Por qué no quiere hablar? Aquí no hay nadie que pueda oírle, excepto las colinas y yo. Dispone de todo el tiempo del mundo.

—Pues bien, Wili, hablaré —había muy poca expresión en su voz, y su rostro era poco más que una sombra sobre el cielo—. No sé si vale la pena, pero hablaré —siguieron subiendo por el ondulante camino—. Hice todo lo que pensabas, aunque no lo hice por los de la Paz, ni por Della Lu. ¿Has oído hablar de la plaga de Huachuca, Wili?

No esperó la respuesta de Wili, y empezó con una mezcla deslavazada de historias. La suya y la del mundo. La de Huachuca había sido la última de las plagas de guerra. En números absolutos no había matado a un gran número de personas, tal vez a unos cien millones en todo el mundo. Esto, en el año 2015, representaba un humano de cada cinco.

—Yo nací en Fuerte Huachuca, Wili, aunque no lo recuerdo. Salimos de allí cuando era muy pequeño. Pero, antes de morir, mi padre me contó muchas cosas. Mi padre sabía quién había causado las plagas, y es por esto que se marchó de allí.

La familia de Rosas no se había ido de Huachuca a causa de la plaga que llevaba el mismo nombre. La muerte rondaba por toda la ciudad, pero aquella plaga, igual que las anteriores, parecía influir muy poco en ella.

Las hermanas de Mike nacieron después de su traslado, enfermaron y murieron lentamente. Al igual que en todas las plagas, quedaba una gran riqueza material para los supervivientes pero, en el desierto, cuando una ciudad moría también lo hacían los servicios que deberían hacer posible la vida allí.

—Mi padre se marchó porque había descubierto el secreto de Huachuca, Wili. Ellos eran como el grupo de La Jolla, aunque más arrogantes. Mi padre era un ordenanza en el hospital de investigaciones. No tenía una verdadera formación técnica. ¡Demonios! Era sólo un muchacho cuando empezó la Guerra y las primeras plagas empezaron a hacer daño.

»En aquel tiempo, los altos mandos militares y los mismos gobiernos estaban casi muertos. Las viejas máquinas militares eran demasiado costosas de mantener. Cualquier ataque que el Estado dirigiera contra la Paz debía utilizar tecnologías baratas. Ésta era la historia que contaban los libros de historia de la Paz, pero el padre de Mike había podido ver la verdad. Había visto remesas hechas a las ciudades que habían sido las primeras en informar de la plaga. En aquellos envíos se falsificó la fecha por una

posterior y se hizo constar que eran suministros médicos para las víctimas.

Hasta había podido oír una conversación en la que se daban órdenes explícitas. Fue entonces cuando decidió marcharse.

—Era un buen hombre, Wili, pero tal vez era también algo cobarde. Debería haber denunciado la operación. Debería haber convencido a los de la Paz para que mataran a aquellos monstruos. Y eran unos verdaderos monstruos, Wili. En los años diez, todo el mundo sabía que los gobiernos no tenían salvación. Lo que se hizo en Huachuca fue una pura venganza. Recuerdo cuando, por fin, la Autoridad dedujo de dónde había salido la plaga. Mi padre estaba vivo todavía, aunque muy enfermo. Yo tenía sólo seis años, pero me había contado la historia una y otra vez. No podía comprender por qué lloraba cuando le conté que Huachuca había sido envuelta en una burbuja; luego vi que lo que hacía en realidad era reírse. La gente también llora de alegría, Wili. Es verdad.

A su izquierda el terreno caía casi verticalmente. Wili no podía ver si la caída era de dos metros o de cincuenta. Los Jonques le habían dado un visor nocturno, pero no le habían dicho que sus baterías se agotarían en menos de una hora. Las estaba ahorrando para más adelante. En cualquier caso el camino era lo bastante ancho para que no existiera un

verdadero peligro de caerse. Seguía las laderas de las colinas, dando vueltas y revueltas para ganar altura.

Por lo que recordaba de los mapas, supuso que no tardarían mucho en llegar a la cresta. Poco después, ya podrían ver la cabaña.

Mike calló durante mucho tiempo, y Wili no le contestó en seguida. Tenía seis años. Wili se acordaba de cuando tenía seis años. Si el azar y una loca determinación no le hubieran hecho darse de cara con la realidad, habría ido por la vida convencido de que los Jonques le habían raptado de Tío Sly y que, cuando Sly se había marchado, los Ndelante eran sus únicos amigos y valedores. Hacía dos años que se había enterado mejor del asunto. Los raptores, sí, habían sido los Jonques, pero lo habían cometido bajo la secreta petición de los Ndelante. Ebenezer se había enfadado mucho con un no creyente, con Tío Sly, que utilizaba el agua corriente arriba, antes de que ésta llegara al depósito de los Ndelante. Además, los creyentes estaban dispuestos a apoderarse de Glendora, y necesitaban un enemigo exterior para poderlo hacer con más facilidad.

La cosa funcionó también al revés. Los Jonques comunes, sin la protección de los señores, vivían en constante temor de las incursiones de los Ndelante.

Wili se estremeció. No era algo para contárselo a Mike. Probablemente no podía pensar más que en Huachuca. Pero

Wili tenía un escepticismo infinito cuando se trataba de los motivos que alegaban las organizaciones.

Wili había visto traiciones grandes y pequeñas, colectivas e individuales. Estaba convencido de que Mike creía todo aquello que contaba, y de que en La Jolla había hecho lo que consideraba correcto. Que lo había hecho al mismo tiempo que intentaba cumplir el encargo de proteger a Wili y Jeremy.

La senda empezó a descender de forma regular. Ya habían pasado la cresta. Algunos centenares de metros después, el bosque bajo se abrió un poco, y pudieron ver un pequeño valle. Wili hizo un gesto para que Mike se detuviera. Sacó de su mochila el visor nocturno y miró con él hacia el valle. Pesaba más que los lentes que le habían prestado los de Flecha Roja, pero tenía un amplificador que permitía ver perfectamente la casa así como los caminos que llegaban y salían del valle.

En la granja no se veían luces, podía pensarse que estaba abandonada, pero Wili pudo ver dos caballos en el corral.

—Esta gente no son Quincalleros, pero son amigos, Mike. Creo que estamos seguros con ellos. Con estos caballos, podremos reunirnos con Paul dentro de unos pocos días.

—¿Por qué hablas en plural, Wili? ¿Es que no has escuchado lo que te he dicho? Te he traicionado. Soy la última persona a quien deberías decirle dónde está Paul.

—Te he escuchado. Y ahora ya sé lo que hiciste y tus motivos para hacerlo. Esto es mucho más de lo que sé de mucha gente. Y en todo lo que me has contado no hay nada que pueda ser una traición a Paul o a los Quincalleros, ¿no es cierto?

—Sí. Los de la Paz no son los monstruos que eran los fabricantes de plagas, pero son enemigos. Voy a hacer todo lo que pueda para detenerles. Pero estoy seguro de que no podría matar a Della. Casi me volví loco, en las ruinas, cuando creía que la había matado. No lo volvería a intentar jamás.

Wili permaneció callado unos momentos.

—Te creo. Tal vez yo tampoco podría.

—Pero todavía sigue siendo un riesgo loco el que corres. Es mejor que me vaya a Santa Inés.

—Deben saberlo ya, Mike. Salimos de Los Ángeles casi al mismo tiempo que las noticias de que te habías escapado con Della. Puede que tu *sheriff* todavía te aceptase, pero ninguno de los demás lo haría. Me apostaría algo a que es así. Paul, además, necesita otro par de brazos fuertes; tendrá que moverse de prisa. Llevarte a ti es más seguro que

avisar a los Quincalleros para decirles dónde han de mandar la ayuda.

Más silencio. Wili alzó nuevamente el visor y miró otra vez con él hacia el valle. Advirtió que Mike le ponía una mano sobre su hombro.

—De acuerdo. Pero tendremos que contárselo todo a Paul, absolutamente todo. Y que sea él quien decida lo que va a hacer conmigo.

El muchacho dijo por señas que sí.

—Y, Wili… gracias.

Se levantaron y echaron a andar hacia el valle. Wili se dio cuenta de que estaba sonriendo. Se sentía muy orgulloso. No pagado de sí mismo, simplemente orgulloso. Por primera vez en su vida había sido el hombro fuerte en quien descansaba otra persona.

Capítulo XXX

Lo que Wili más había echado de menos, incluso más que a Paul y a los Morales, era la conexión al procesador. Ahora que ya estaba de regreso, pasaba muchas horas del día en conexión profunda. Y, durante gran parte del tiempo restante, llevaba puesto el conector. Cuando discutía con Allison y Paul, le resultaba muy cómodo tener todos aquellos recursos disponibles, y saber que los programas iban trabajando y estaban a su disposición.

Y había algo más. Le proporcionaba un sentimiento de seguridad.

Pero la seguridad era algo que había ido menguando día a día. Seis meses atrás, creía que la casa estaba perfectamente escondida, en lo más recóndito de las montañas y hábilmente disimulada entre los árboles. Esto había sido

antes de que los de la Paz empezaran a buscarles, y antes de que Allison Parker le hablara de los reconocimientos aéreos. Durante unas semanas, valiosísimas para ellos, la búsqueda la habían centrado en California del Norte y en Oregón, pero ahora la habían extendido tanto hacia el sur como hacia el este. Antes, la única aeronave que podían ver era la lanzadera regular Los Ángeles-Livermore y, dado que pasaba muy hacia el este, había que saber exactamente dónde y cuándo mirar para poder ver un débil trazo plateado.

Ahora veían aviones varias veces a la semana. Sus trayectorias, representadas sobre el cielo, formaban una red muy extensa. Y ellos eran los peces.

—Todos los camuflajes del mundo no servirían de nada si deciden que usted está escondido en California Central —la voz de Mike era tensa y tenía un tono perentorio.

Cruzó la terraza y dio unos tirones a las telas verdes y marrones que entre él y Bill Morales habían colgado sobre toda la parte visible de piedra y en las esquinas pronunciadas, de la mansión. Ya se habían acabado aquellos días en que podían sentarse al lado del estanque y admirar el lejano paisaje.

Paul protestó:

—No es un camuflaje corriente, es…

—Ya lo sé, sé que ha representado mucho trabajo. Sé que Allison y los Morales estuvieron dos semanas preparándolo. También sé que ella y Wili añadieron algunos toques de electrónica y que lo convirtieron en algo mucho mejor de lo que parece, pero Paul —se sentó y miró fijamente a Paul como si así pudiera persuadirle más fácilmente mediante la fuerza de su propia convicción—, ellos tienen otros métodos. Pueden interrogar a los del norte, o al menos a sus subordinados. Esto les conduciría a Ojal. Han hecho incursiones en Flecha Roja, en Santa Inés y en las ciudades comerciales que están más al norte. Aparentemente, las pocas personas, como Kaladze, que conocen el paradero de usted, han escapado. Pero a pesar de todas las pistas falsas que haya usted podido ir plantando, a lo largo de todos estos años, acabarán por circunscribirse a esta parte del país.

—Y además está Della Lu —dijo Allison.

Los ojos de Mike se abrieron más, y Wili vio que aquel comentario le había sobresaltado. Después, pareció que se daba cuenta de la importancia que aquello tenía.

—Sí, está Lu. Yo siempre había estado convencido de que este sitio estaba más próximo a Santa Inés que a las otras ciudades comerciales. A Della le di una buena ración de pistas falsas, pero es muy lista. Lo va a descubrir a pesar de todo. Lo importante es que, en un próximo futuro, van a concentrar el acoso en esta parte de California. Y no será

cuestión de un único avión en días alternos. Si tienen bastante gente, darán batidas sobre el terreno.

—Así, ¿qué es lo que sugieres, Mike? —otra vez era Allison.

—Que nos marchemos de aquí. Que cojamos el carro grande, lo llenemos con todo el equipo que podamos necesitar y nos vayamos. Si estudiamos sus métodos de búsqueda y calculamos bien el momento oportuno, creo que podremos irnos de California Central, tal vez a algún lugar de Nevada. Debemos escoger un lugar de destino adonde podamos llegar sin encontrar a nadie en el camino. Y ha de estar bastante lejos de aquí, porque si encuentran esta mansión intentarán seguir nuestra pista. Ya sé que es muy arriesgado, pero es nuestra única oportunidad si queremos durar más de un mes.

Ahora le había llegado a Paul el momento de sobresaltarse.

—¡Maldición! No podemos trasladarnos. Ahora no, por lo menos. Suponiendo que nos lleváramos todo el equipo importante, cosa que no podemos hacer, seguiría siendo imposible. No puedo perder este tiempo, Mike. Los Quincalleros necesitan las mejoras que les estamos enviando. Necesitan estos generadores de burbujas, si es que han de luchar. Si ahora nos tomamos un mes de vacaciones la revolución estará perdida. Estaríamos a salvo en algún agujero de Nevada, pero a salvo para poder ver cómo todo aquello, por lo que hemos luchado, se perdería

en la cloaca —pensó durante un momento y añadió otra objeción—. ¡Demonio! No creo que pudiéramos ponernos en contacto con los Quincalleros si nos vamos de aquí. Llevo años montando enlaces de comunicación con ellos que no puedan ser localizados. Gran parte de ellos dependen de un exacto conocimiento del terreno local y del clima. Si nos vamos, las comunicaciones se perderán.

Durante toda la discusión, Wili había callado. Estaba sentado al borde de la terraza, donde la luz del sol llegaba con más intensidad a través de la red de camuflaje. En la trastienda de su mente, Jill le iba actualizando, al minuto, las transmisiones radiofónicas de la Autoridad que vigilaba sin cesar. Mediante la vigilancia a los satélites de reconocimiento, sabía la localización exacta de todas las aeronaves que se encontraban dentro de un radio de dos mil kilómetros. Podrían capturarles, pero no sería por sorpresa.

Aquellos conocimientos eran poco útiles para el presente debate. Por un lado «sabía» millones de pequeños hechos que, puestos juntos, determinaban su situación; por otro conocía las teorías matemáticas que gobernaban aquellos hechos. Pero en el fondo, en materia de apreciación, se daba cuenta de que era incompetente. Miró a Allison.

—¿Qué piensa usted? ¿Quién tiene razón?

Dudó sólo un momento.

—Lo que yo conozco bien, es lo que se refiere a los reconocimientos desde el aire.

Mirar a Allison era algo fantástico. Era una Jill a quien se le había concedido una vida corporal real.

—Si los de la Paz son competentes, no es posible que Mike se equivoque —miró a Naismith—. Paul, acabas de decir que la revolución de los Quincalleros fracasaría si perdemos tiempo en trasladarnos. No lo sé. Me parece que hay muchos condicionantes. Desde luego que si los dos tenéis razón, tenemos una salida —miró hacia los rayos de luz solar que se filtraban a través de la red verde y parda—. Sabes, Paul, casi desearía que tú y Wili no hubieseis estropeado el sistema de satélites de la Autoridad.

—¿Qué? —dijo Wili incrédulamente. Aquel sabotaje había sido su contribución más importante. Además, no lo había «estropeado», sino que tan sólo lo había hecho inaccesible para la Autoridad—. Si yo no lo hubiera hecho, haría ya mucho tiempo que nos habrían localizado mediante los satélites.

Allison levantó una mano.

—Lo creo. Según lo que he visto, no tienen los medios o la estructura administrativa para hacer un reconocimiento aéreo extenso. Yo sólo quería decir que si hubiésemos tenido tiempo, podríamos haber saboteado su anticuado

sistema de comunicaciones y de reconocimiento, de manera que los de la Paz pensaran que seguía funcionando bien —se sonrió al ver sus caras atónitas—. Durante estas últimas semanas he estudiado todo lo que sabéis de su viejo sistema. Es exactamente el sistema de reconocimiento y comunicaciones automatizado de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Es el mismo que usábamos antes de que todo explotara. En teoría, podía ocuparse de todas nuestras funciones de mando y control. Todo lo que necesitaba era un sistema de satélites, los aparatos de recepción en tierra y sus ordenadores y, tal vez, un centenar de especialistas. En teoría, significaba que no necesitábamos reconocimiento aéreo ni líneas de comunicación en tierra. En teoría. Los administradores siempre nos estaban retorciendo el brazo para que nos olvidáramos de los otros sistemas y en su lugar nos fiáramos de este sistema automatizado. Aquello les hubiera permitido reducir nuestro presupuesto a la mitad.

Se sonrió.

—Claro que nunca estuvimos de acuerdo. Necesitábamos los otros sistemas. Además, sabíamos que el sistema automatizado era muy frágil. Era rápido, era completo, pero una o dos manzanas podridas en los equipos de mantenimiento podían echarlo a perder al provocar interpretaciones y comunicados falsos. Pedíamos un presupuesto que cubriera los otros sistemas que, en el fondo, eran más fiables.

»Ahora resulta evidente que los de la Paz no hicieron más que ponerlo en uso. No sabían, o no les importaba, que hubiera peligros. Apostaría a que no tenían los recursos para utilizar los otros sistemas de la Fuerza Aérea. Si hubiésemos podido infiltrar un par de individuos en su plantilla técnica, podríamos conseguir que viesen todo aquello que quisiéramos. No podrían localizarnos nunca —se encogió de hombros—. Pero tienes razón, tal como estamos, esto es hablar por hablar. Tardaríamos meses o años en conseguir algo como esto. Y vosotros necesitáis resultados inmediatos.

—¡Maldición! —dijo Paul—. Todos estos años de minuciosos preparativos, y nunca se me ocurrió…

—¡Oh! Paul —dijo ella en voz baja—, tú eres un genio. Pero no puedes saberlo todo de todas las cosas. No podrás hacer una revolución tú solo.

—Ya —dijo Mike— y no podrá convencernos a los demás de que vale la pena intentarlo otra vez.

Wili no hacía más que mirar fijamente con los ojos desorbitados y con la boca entreabierta. Sería mucho más difícil que todo lo que había hecho hasta entonces, pero…

—Tal vez no necesite espías, Allison. Tal vez podamos… Tengo que pensarlo bien. Todavía tenemos unos días. ¿Verdad, Mike?

—A menos que tengamos muy mala suerte. Con un poco de suerte podemos tener hasta semanas.

—Bien. Dejadme pensar. Debo pensar.

Se levantó y, muy despacio, entró en la casa. Ya se habían olvidado de la terraza, de la luz del sol y de los demás.

***

No fue fácil. En los meses anteriores había aprendido a usar la conexión mental. Antes habría sido imposible, ni con toda una vida de esfuerzos habría podido adquirir la necesaria agudeza de razonamiento. Ahora la creatividad estaba bajo las riendas de sus procesadores. Sabía lo que quería hacer. En cuestión de horas podría poner a prueba sus ideas, y separar los enfoques falsos de los verdaderos.

El problema de los reconocimientos era el más importante, y probablemente el más fácil. Ahora no deseaba bloquear la recepción de los de la Paz. Quería que recibieran datos falsos. Muchos procesos previos tenían lugar en los mismos satélites. Sólo unos pocos *bytes* modificados aquí y allí serían suficientes para crear falsas percepciones en el suelo. De alguna manera tenía que entrar en aquellos programas, pero no de la misma forma brutal que había utilizado antes. Después sólo ellos recibirían la verdad. El enemigo vería lo que Paul quisiera que viera. ¡Caray, no sólo podrían

protegerse ellos mismos, sino también a muchos Quincalleros!

Transcurrieron unos días. Las respuestas habían llegado muy aprisa, como en un milagro. En lo más remoto de su conciencia, Wili sabía que Paul le estaba ayudando en la física, y que Allison estaba contribuyendo con todo lo que sabía sobre el viejo sistema de comunicaciones y reconocimiento de las Fuerzas Aéreas. Todo aquello era una gran ayuda, pero el difícil problema central, o sea cómo trastornar un sistema sin que se notara y sin que mediara un contacto físico, seguía siendo sólo suyo.

Por fin pudieron realizar una prueba. Wili tomó el vídeo normal de un satélite que estaba sobre California Central, lo analizó rápidamente, y transmitió una sutil variación para sabotearlo. A la siguiente órbita, simuló una recepción de la Paz. En la imagen apareció una nube sintética, exactamente donde él había querido ponerla. Los procesadores del satélite mantendrían esta ilusión hasta que recibieran instrucciones codificadas para anularla. Era un simple cambio. Una vez que fuera operativo, podrían hacer alteraciones más complicadas. Algunos vehículos no aparecerían en las carreteras, determinadas casas se podrían volver invisibles.

Pero lo más difícil ya estaba hecho.

—Ahora no tenemos más que dejar que los de la Paz sepan que sus pájaros de reconocimiento ya «trabajan» de nuevo —dijo Allison cuando vio las pruebas. Sonreía de oreja a oreja.

Al principio, Wili se preguntaba por qué Allison estaba tan a favor de la causa de los Quincalleros. Todo aquello a lo que antes hubiera podido ser leal, había muerto cincuenta años atrás. Los quincalleros ni siquiera existían cuando su orbitador fue capturado por una burbuja. Pero no había tardado en comprenderlo. Ella era como Paul. Acusaba a los de la Paz de haber eliminado el mundo anterior. Y en el caso de ella, se trataba de un mundo del que tenía una memoria muy reciente. Tal vez no sabía nada acerca de los Quincalleros, pero su odio por la Autoridad era tan profundo como el de Paul.

—Ya está —dijo Paul—. Wili puede retornar los sistemas de comunicación a su estado inicial. De repente, los de la Paz se van a encontrar con que sus sistemas ya funcionan de nuevo. Pero, a pesar de lo estúpidos que son, van a sospechar algo inmediatamente. Debemos actuar de manera que puedan creer que, de alguna forma, son ellos quienes han solucionado el problema. Apuesto a que Avery tiene gente trabajando en ello, ahora mismo.

—Muy bien —dijo Wili—, lo prepararé de manera que no les lleguen las transmisiones de los satélites hasta que hagan

en sus procesadores de recepción una nueva compilación de los programas.

Paul estuvo de acuerdo.

—Esto será perfecto. Tendremos que esperar algunos días más, pero…

Allison empezó a reír.

—Conozco a los programadores. Estarán contentos y felices, y creerán que sus últimos intentos son los que han resuelto el problema.

Wili sonrió, ya estaba pensando en que algo parecido se podía hacer en el sistema de comunicaciones de la Paz.

Capítulo XXXI

La Guerra había vuelto al planeta. Hamilton Avery leyó el artículo del Servicio de Noticias de la Autoridad de la Paz e hizo señales de aquiescencia. La cabecera y la información incluida a continuación daban la nota exacta. Durante décadas, el mundo había evitado la guerra gracias a la Autoridad y a la colaboración de todos los individuos amantes de la paz de todo el mundo. Pero ahora, igual que antaño, cuando una pandilla de biocientíficos había querido apoderarse de todo, el ansia de poder de una minoría diabólica ponía en peligro la vida de toda la humanidad. No cabía más que rezar para que el balance final de víctimas no fuera tan elevado como el de la Guerra anterior y de las plagas.

El artículo no decía todo esto explícitamente. Iba dirigido a las regiones de alta tecnología de América y de China y

adoptaba la forma de un reportaje «objetivo» sobre las atrocidades de los Quincalleros y la evidencia de que éstos estaban construyendo armas de gran potencia y generadores de burbujas. Los de la Paz no habían intentado esconder este último punto. Una esfera de cuatrocientos metros de diámetro que estaba flotando por los cielos de Los Ángeles era algo muy difícil de explicar y mucho más difícil aún de ocultar.

Desde luego aquellas noticias no iban a convencer a los mismos Quincalleros, pero éstos eran sólo una minoría dentro de la población. Lo más importante era evitar que los otros ciudadanos, sobre todo las milicias nacionales, se unieran al enemigo.

La campanilla del intercomunicador sonó suavemente.

—¿Sí?

—Señor, el director Gerrault está otra vez en la línea. Parece que está muy alterado.

Avery contuvo una sonrisa. El intercomunicador era únicamente oral, pero incluso cuando estaba solo, Avery intentaba disimular sus verdaderos sentimientos. ¡El «director» Gerrault, nada menos! Había todavía un puesto en la organización, para aquel proyecto de Napoleón, pero muy difícilmente sería el de director. Era preferible que esperara unas cuantas horas más.

—Haga el favor de informar a *monsieur* Gerrault, otra vez, que la situación de emergencia en que nos encontramos me impide hablar con él. Le llamaré tan pronto como sea humanamente posible.

—Sí, señor. La agente Lu está aquí abajo. También quiere verle.

—Esto es diferente. Dígale que suba de inmediato.

Avery se apoyó en el respaldo de su silla y juntó sus dedos frente al rostro. Detrás del transparente cristal del gran ventanal que cubría toda la pared, los campos de los alrededores de Livermore se extendían en paz y en silencio. En sus proximidades, a unos centenares de metros por debajo de su torre, se hallaban los edificios negro y marfil del centro moderno, separados entre sí por verdes parques. A lo lejos, cerca del horizonte, los campos de hierba, dorada por el verano, eran interrumpidos aquí y allá por robledales. Era difícil imaginar aquella paz destrozada por los lamentables esfuerzos de la guerrilla de los Quincalleros del mundo.

Pobre Gerrault. Avery recordaba su jactancia cuando dijo ser la industriosa hormiga que había organizado ejércitos y policías secretas, mientras los directores de América y de China confiaban en la buena voluntad y la confianza de sus pueblos. Gerrault había diseminado guarniciones desde Oslo a Ciudad del Cabo, desde Dublín a Sczcecin. Tenía suficientes

soldados para convencer a la gente común de que él era un tirano más. Cuando los Quincalleros hubieron conseguido que el juguete de Paul Hoehler funcionara, los pueblos y los gobiernos no habían vacilado en unirse a ellos. Y entonces Gerrault había descubierto que sus fortalezas y sus guarniciones no eran suficientes. Muchas fueron conquistadas, no tanto por los pequeños generadores de burbujas del enemigo como por la gente común, que ya no creía en la Autoridad. Al mismo tiempo, los Quincalleros habían atacado el centro de operaciones de Gerrault en París. Donde antes estaba el cuartel general del director europeo, ya no había más que un sencillo monumento: una esfera plateada de trescientos metros de diámetro. Gerrault se había escapado poco antes de su derrota. Estaba oculto en los desiertos del este de Europa tratando de evitar a la Milicia Teutónica y buscando la manera de marcharse a California o a China. Era un final merecido para su tiranía, pero les dejaba con el problema de recuperar toda Europa cuando hubieran dominado al resto de los Quincalleros.

Se oyó un ligero golpe en la puerta. Avery apretó el pulsador de apertura y luego se levantó con estudiada cortesía cuando Della Lu entró en la habitación. La invitó a que se sentara en una cómoda silla, cerca del extremo de su mesa, y ambos tomaron asiento.

Semana tras semana, este gesto de cortesía hacia la dama cada vez era más auténtico. Había llegado a estar seguro de que no había nadie en quien pudiera confiar tanto como en

ella. Era tan competente como cualquier hombre de sus departamentos superiores, y era absolutamente leal. No se trataba de una lealtad personal a Avery, se daba cuenta, sino a todo el concepto de la Paz. A excepción de los directores del primer momento, nadie más le había demostrado esta clase de dedicación. En cualquier caso, los mandos intermedios de la Autoridad eran muy cínicos y parecían estar convencidos de que la lealtad era una especie de enfermedad de locos y lacayos de bajo nivel. Si Della Lu estaba fingiendo su lealtad, incluso en esto sería una campeona mundial. Avery llevaba cuarenta años de éxitos comprobados al estimar el carácter de los demás.

—¿Cómo está su brazo?

Lu dio unos ligeros golpes con una uña sobre el ligero plástico del vendaje de inmovilización.

—Va mejorando poco a poco. Pero no puedo quejarme, era una fractura múltiple, y además tuve mucha suerte de no morir desangrada. ¿Deseaba usted mi estimación del potencial enemigo en las Américas?

Siempre la obligación.

—Sí. ¿Qué podemos esperar?

—No conozco este área tan bien como conocía la de Mongolia, pero he hablado con los jefes de las secciones y con los propietarios de las licencias.

Avery sonrió para sí mismo. Entre el optimismo del Estado Mayor y el pesimismo de los negociantes, ella creía poder encontrar la verdad. Inteligente.

—La Autoridad encuentra muy buena voluntad en México Antiguo y en América Central. Estos pueblos nunca habían estado tan bien como ahora, no se fían de lo que queda de sus gobiernos y no tienen grandes comunidades de Quincalleros. Probablemente vamos a perder Chile y Argentina. Tienen mucha gente capaz de construir generadores mediante los planos que Hoehler ha distribuido por todas partes. Sin nuestra red de satélites no podemos dar a nuestra gente de allí todo el soporte de comunicaciones y reconocimientos que necesitan para poder ganar. Si las fuerzas locales se lo proponen de verdad, nos harán salir a patadas de…

Avery levantó la palma de la mano.

—Nuestros problemas con los satélites ya se han resuelto.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Hace tres días. Lo mantendremos en secreto, sin que salga de nuestros departamentos técnicos, hasta que estemos seguros de que no es sólo una reparación provisional.

—Hum… No me gustan las máquinas que escogen su propio tiempo y lugar para funcionar.

—Sí. Ahora ya sabemos que los Quincalleros pueden haber infiltrado a alguien en nuestros departamentos de *software* para que ocultara dispositivos destinados a alterar nuestros códigos de control. Durante las últimas semanas, los técnicos han hecho una serie de pruebas, y al fin han descubierto los cambios. También hemos aumentado la seguridad en el área de las programaciones. Hasta ahora ha estado criminalmente descuidada. No creo que podamos volver a perder las comunicaciones por satélite.

Ella asintió.

—Esto hará que nuestros trabajos de represión sean mucho más fáciles. No sé si será suficiente para evitar la pérdida temporal del Lejano Sur, pero será de mucha ayuda en Norteamérica.

Ella se inclinó hacia adelante.

—Señor, tengo que hacer algunas recomendaciones referentes a nuestras operaciones locales. Primero, creo que deberíamos dejar de malgastar nuestro tiempo en la búsqueda de Hoehler. Si lo detenemos a la vez que a los otros jefes de grupo, bueno. Pero ya ha hecho todo el mal que podía…

—¡No!

La palabra salió bruscamente de sus labios. Avery miró por encima de la cabeza de Lu hacia el retrato de su padre, Jackson Avery, que colgaba de la pared. El cuadro se había pintado partiendo de fotografías hechas algunos años antes de que éste muriera. El traje y el corte de pelo eran arcaicos y severos. El brillo de aquellos ojos era el mismo que había visto tantas veces en su mirada intransigente e implacable. Hamilton Avery había prohibido el culto a la personalidad, y en ninguna parte, excepto en Livermore, había retratos de los líderes. Pero, no obstante, él, que era un líder, era un seguidor de dicho culto. Durante tres décadas había vivido debajo de aquel retrato. Y cada vez que lo miraba recordaba su fracaso de hacía muchos años.

—No —repitió, aunque esta vez en voz más baja—. Excepto la propia protección de Livermore, nuestra más alta prioridad ha de ser la de destruir a Paul Hoehler. ¿No lo ve usted, señorita Lu? Antes la gente decía: este Paul Hoehler nos ha hecho mucho daño, pero ya no podrá hacernos más. Y sin embargo Hoehler ha seguido haciéndonos daño. Es un genio, señorita Lu, un genio loco que nos ha odiado durante cincuenta años. Personalmente, creo que él ha sabido siempre que las burbujas no iban a durar indefinidamente y que el tiempo se detiene dentro de ellas. Creo que ha escogido el momento adecuado para provocar la revuelta de los Quincalleros porque sabía cuándo iban a reventar las viejas burbujas. Incluso si pudiéramos volver a encerrar en burbuja los sitios grandes como Vandenberg y Langley, hay

miles de pequeñas instalaciones que retornarán a la actividad durante los próximos años. De un modo u otro, intenta usar los antiguos ejércitos contra nosotros —Avery suponía que la expresión inmutable de Lu ocultaba su escepticismo. Al igual que los otros directores, ella no podía creer en Paul Hoehler. Probó por otro lado—. Hay una evidencia objetiva.

Entonces le explicó el incidente del orbitador, que tanto pánico había causado a los directores diez semanas antes. Después del ataque al Enclave de Los Ángeles, era evidente que el orbitador no había llegado del espacio exterior, sino del pasado. En realidad, debía tratarse del pájaro espía de la Fuerza Aérea que Jackson Avery había envuelto en una burbuja en aquellas horas críticas que precedieron a la conquista del mundo para la Paz. Los equipos técnicos de Livermore habían inspeccionado una y otra vez los restos, y una cosa era segura. Había un tercer miembro de la tripulación. Uno había muerto cuando se descompuso la burbuja, otro había sido muerto a tiros por unos soldados incompetentes, pero el tercero había desaparecido. Era casi imposible que este tripulante que faltaba, llegado de repente a un futuro que no podía imaginar, hubiera conseguido escapar por sí solo. Los Quincalleros debían estar enterados de que aquella burbuja iba a estallar, y también debían saber lo que guardaba en su interior.

Lu no era aduladora y, en este caso, demostraba claramente que no estaba convencida.

—Pero ¿de qué les iba a servir este tripulante? Todo cuanto les pudiera decir, estaría desfasado en cincuenta años.

¿Qué podía decir él? Todo aquello, como todo lo de Paul, olía mal. Era enrevesado, incomprensible, pero les llevaría inexorablemente a un terrible resultado que no se reconocería del todo hasta que fuera demasiado tarde. Pero no tenía medios para convencer a nadie, ni siquiera a Lu. Todo lo que podía hacer era dar órdenes. Gracias a Dios, esto bastaría. Avery se sentó e intentó recuperar el aire de dignidad que usualmente presentaba.

—Perdóneme por la conferencia, señorita Lu. Esto es una cuestión de principios. Baste decir que Paul Hoehler debe seguir siendo uno de nuestros primeros objetivos. Por favor, siga con sus recomendaciones.

—Sí, señor —volvía a ser muy respetuosa—. Estoy segura de que usted ya sabe que los técnicos han desmontado por completo el generador de Hoehler. Conocen ya perfectamente el proyector. Por lo menos los científicos han hallado teorías que pueden explicar lo que antes habían considerado imposible. —(¿Había algo de sarcasmo en este comentario?)—. Lo que no podemos reproducir es la parte del ordenador que lo hace funcionar. Si se desea que el generador de potencia sea portátil, es necesario un procesador de alta velocidad y muy complicado a fin de que la burbuja se produzca en el lugar deseado. Y no

conseguimos compaginar las dos cosas. Pero los técnicos han descubierto la posibilidad de calibrar nuestros generadores. Ahora podemos proyectar burbujas que duren lo que queramos, mientras sea entre diez y doscientos años. Parece ser que encuentran límites físicos que no permiten mejorar esta alternativa.

Avery hizo un gesto afirmativo. Había seguido todo aquello muy de cerca.

—Señor, esto tiene una gran importancia política.

—¿Cómo?

—Podemos actuar tal como los Quincalleros hicieron en Los Ángeles. Encerraron en una burbuja a sus amigos que estaban en la Torre de Contrataciones a fin de protegerles. Eso quiere decir que saben exactamente lo que ésta va a durar, y nosotros no. Fue muy inteligente. Hubiéramos parecido locos si poníamos una guarnición en la burbuja para esperar a que los prisioneros «retornaran». Pero esto también funciona al revés. Ahora todo el mundo sabe que las burbujas no son permanentes, que no resultan fatales. Esto nos abre el camino para sacar de la circulación a todos los sospechosos. Algunos nobles principales de Aztlán estuvieron involucrados en el rescate. Hasta ahora no podíamos vengarnos de tales personajes. Si fuésemos matando a tiros a todos los que suponemos capaces de

traicionarnos, acabaríamos como el Dictador Europeo. Pero ahora…

»Recomiendo que detengamos a los que sean sospechosos de formar parte seriamente de los Quincalleros, montar unas “vistas” muy breves, no hemos de llamarlas “juicios”, y luego encerrar en burbujas a todo aquel que pueda ser una amenaza. Nuestros servicios informativos pueden hacer que el sistema parezca muy razonable y nada amenazador. Ya hemos dejado establecido que los Quincalleros se han lanzado a la investigación de armas de alta energía y, muy verosímilmente, también de la biociencia. Digamos, de paso, que mucha gente teme más a esta última que a las primeras. Pude infiltrarme entre los Quincalleros al valerme de este temor.

»Estos hechos deberían bastar para que el resto de la población no discuta el impacto económico de la eliminación de los Quincalleros. Al mismo tiempo, no nos temerán tanto como para unirse contra nosotros. Hasta en el caso de que en alguna ocasión actuáramos contra personas populares o poderosas, el público sabría que se hace sin causar daño a los prisioneros, y que es sólo por un espacio de tiempo limitado, que nosotros podríamos anunciar por anticipado. La idea es que vamos a actuar en esta emergencia temporal con humanidad, con una humanidad mucho mayor que la que podrían esperar de unos gobiernos ordinarios.

Avery asintió, ocultando su admiración. Después de haber leído sus hazañas en Mongolia, él había temido que Della Lu fuera una versión femenina de Christian Gerrault. Pero sus ideas eran correctas, sutiles. Cuando era necesario, no descartaba la fuerza, pero también se daba cuenta de que la Autoridad no era todopoderosa y que algunas veces era necesaria una actuación equilibrada para mantener la Paz. En la nueva generación, había gente que realmente podía continuar sus esfuerzos. Aunque hubiera preferido que no fuera una mujer.

—Estoy de acuerdo, señorita Lu. Quiero que me siga informando directamente. Voy a comunicar a la sección norteamericana de que usted tiene una autorización temporal para todas las operaciones en California y Aztlán y, si las cosas van bien, ampliaremos el ámbito de actuación. Mientras tanto, hágame saber si alguno de los «veteranos» no coopera con usted. No están los tiempos para posibles celos.

Avery dudaba entre dar por terminada la reunión o bien por hacer entrar a Lu en el círculo más restringido. Por fin, tecleó una orden para su pantalla y la pasó a Lu. Además de él mismo, y tal vez Tioulang, ella era la única persona capacitada para manejar la Operación Renacimiento.

—Esto es un resumen. Quiero que usted estudie los detalles después. Sus consejos pueden ser muy útiles para

desglosar la operación en subproyectos aislados que puedan ser efectuados por personas de clasificación menor.

Lu recogió la pantalla y observó que la clasificación de Material Especial brillaba en su parte superior. No había más de diez personas vivas que hubieran visto materiales especiales. Sólo los agentes de mayor categoría sabían que existía aquella clasificación, y sólo como una posibilidad teórica. Los materiales especiales nunca se confiaban al papel o eran transmitidos. La comunicación de aquellos temas se hacía mediante correos, en memorias ROM cifradas, con bombas trampa para intrusos y un soporte que se autodestruía después de su lectura.

Los ojos de Lu brillaban mientras leía el resumen de Renacimiento. Hizo gestos afirmativos con la cabeza cuando leyó la descripción del Reducto 001 y del generador de burbujas que había que instalar allí. Apretó la tecla de cambio de página y, de repente, sus ojos se agrandaron. Había llegado al debate que había dado nombre a Renacimiento. Palideció mientras leía la página.

Terminó y, sin decir nada devolvió el aparato.

—Es una posibilidad terrible. ¿No es cierto, señorita Lu?

—Sí, señor.

Y ahora Avery estaba mucho más seguro que antes de haber tomado una decisión correcta. Renacimiento era una responsabilidad que debía aterrorizar.

—Una victoria con Renacimiento puede ser, en muchos aspectos, tan mala como la destrucción de la Paz. Está concebido como una última contingencia, pero ¡por Dios!, debemos ganar sin ella.

Avery estuvo en silencio durante unos instantes y de pronto sonrió.

—Pero no se preocupe. Considere esto como una precaución que está al borde de la paranoia. Si hacemos un trabajo competente, no hay la menor probabilidad de que podamos perder —se levantó y dio la vuelta alrededor de su mesa para acompañarla hasta la puerta.

Lu se puso en pie, pero no fue hacia la puerta. En vez de hacerlo, se acercó a la amplia pared de cristal y miró hacia las doradas colinas que formaban el horizonte.

—Todo un panorama, ¿no es verdad? —dijo Avery, un poco perplejo. Ella se había mostrado tan determinada, tan militarmente precisa, y ahora se emocionaba por un poco de paisaje—. Nunca he sabido qué prefiero, si cuando las colinas muestran el oro del verano o el verde de la primavera.

Ella hizo una seña afirmativa, pero no parecía estar atenta a aquellas palabras intrascendentes.

—Hay otra cosa, señor. Otra cosa de la que quería hablarle. Tenemos el poder para aplastar a los Quincalleros en Norteamérica. Aquí la situación no es como la de Europa. Pero ya en otras ocasiones la maña ha ganado a la fuerza. Si yo estuviera en el lado contrario…

—¿Sí?

—Si yo estuviera dirigiendo su estrategia, atacaría Livermore y trataría de encerrar a nuestro generador dentro de una burbuja.

—Sin disponer de fuentes de alta energía, no pueden atacarnos desde tanta distancia.

Ella se encogió de hombros.

—Esto es lo que aseguran nuestros científicos. Hace seis meses habrían llenado volúmenes enteros de informes que aseguraban la imposibilidad de originar las burbujas sin energía nuclear… Pero supongamos que tienen razón. Incluso en este caso, yo intentaría algún plan de ataque, alguna manera de acercarme para encerrar el generador de la Autoridad.

Avery miró por la ventana, veía aquella preciosa tierra según la visión de Lu: como un posible campo de batalla que

debía ser analizado en busca de campos de tiro y zonas prohibidas. A primera vista era difícil imaginar que un grupo pudiera pasar sin ser descubierto, pero recordaba, desde sus tiempos de excursiones y acampadas, la cantidad de barrancos que había por allí. Gracias a Dios, los satélites de reconocimiento volvían a funcionar.

Esto podría protegerles sólo de una parte del peligro. Quedaba todavía la posibilidad de que el enemigo pudiera valerse de traidores para introducir en la zona un generador de burbujas de los Quincalleros. La atención de Avery se hizo introspectiva, formuló una serie de cálculos. Finalmente sonrió. Ninguno de los dos sistemas iba a servirles de nada. Era del dominio público que uno de los generadores de burbujas de la Autoridad estaba en Livermore (el otro estaba en Beijing). Y había miles de personas de la Autoridad que rutinariamente entraban en el Enclave de Livermore. Pero se trataba de un área muy grande, de casi cincuenta kilómetros. En alguna parte de esta amplia zona estaba el generador y su suministro de potencia. Pero, de todos los millones de habitantes de la Tierra, sólo cinco conocían exactamente el emplazamiento del generador, y no ascendían a cincuenta los que habían llegado a tener acceso a él. El generador había sido construido por Jackson Avery con el pretexto de unos proyectos que habían sido contratados para el antiguo LEL. Tales proyectos habían sido la usual combinación de investigación militar y energética. Por ello, el LEL y los militares de los Estados Unidos habían

estado más que contentos de que trabajaran en secreto, y habían hecho posible que el viejo Avery construyera sus aparatos bajo tierra y muy lejos de sus cuarteles generales oficiales. Avery se había cuidado de que ni los enlaces militares supieran exactamente el emplazamiento. Después de la Guerra, el secreto se había conservado. En los primeros días de la Guerra, los restos del gobierno de los Estados Unidos todavía conservaban suficiente poder para destruir el generador, si hubieran podido saber dónde estaba.

Y ahora, todo aquel secreto daba su fruto. La única forma que Hoehler tenía de conseguir lo que Lu temía era encontrar la manera de generar burbujas del tamaño de Vandenberg… Sus antiguos miedos volvían a aflorar: ésta era una de las cosas que aquél monstruo era capaz de conseguir.

Miró a Lu con un sentimiento que sobrepasaba el respeto y se acercaba más al temor. No sólo era competente, también era capaz de pensar como Hoehler. La tomó del brazo y la acompañó a la puerta.

—Su ayuda ha sido mucho más importante que lo que usted supone, señorita Lu.

Capítulo XXXII

Allison ya llevaba en el nuevo mundo más de diez semanas.

Algunas veces, las cosas pequeñas eran las que más le costaba asimilar. Es posible olvidarse durante muchas horas seguidas de que han muerto casi todos aquéllos a los que se conocía, y que prácticamente todas estas muertes han sido asesinatos. Pero cuando se hacía de noche y el interior de la casa se oscurecía casi igual que el exterior, surgía una impresión de irrealidad que no podía ignorar. Paul tenía mucho equipo electrónico, un gran panel más sofisticado que el del siglo veinte, pero su suministro de potencia se medía en watios, y no en kilowatios. Por este motivo permanecían sentados a oscuras, sin otra iluminación que la de las pantallas planas y unos pequeños holos que eran los ojos con que podían ver el mundo del exterior. Allí estaban ellos, unos conspiradores dispuestos a derrocar una

dictadura mundial, una dictadura que poseía misiles y cabezas nucleares, y permanecían tímidamente sentados en la oscuridad.

Su quijotesca conspiración no llevaba las de ganar, pero ¡por Dios! el enemigo sabía que estaba metido en una lucha. Así lo demostraba la TV. Durante las dos primeras semanas, se habría podido pensar que apenas si había alguna emisora y, entre las pocas que había, casi todas estaban manejadas por familias. Los Morales pasaban su tiempo libre viendo antiguas grabaciones. Pero, después del rescate de Los Ángeles, la Autoridad había iniciado emisiones que duraban las veinticuatro horas del día, parecidas a las emisiones soviéticas del siglo veinte y que tenían tan poca audiencia como aquéllas. Todo su contenido se reducía a noticias e informaciones relacionadas con los malévolos Quincalleros y con las valerosas medidas tomadas por «nuestra Autoridad de la Paz» para salvar el mundo de la amenaza que éstos representaban.

Paul llamaba a estas «medidas» el Progrom Plateado. Cada día emitían más imágenes de Quincalleros convictos y de simpatizantes suyos que desaparecían dentro de la granja de burbujas que la Autoridad había establecido en Chico. Al cabo de diez años, decían los comentaristas, aquellas burbujas reventarían y los culpables tendrían una revisión de su proceso. Durante este tiempo, sus propiedades también quedarían bloqueadas. Jamás, en el transcurso de toda la historia (se explicaba a la audiencia), los criminales y

monstruos habían sido tratados con más firmeza y con más equidad. Allison sabía reconocer los embustes cuando los oía. Si ella hubiera sido la encerrada dentro de una burbuja, no le quedaría la menor duda de que aquello era una tapadera para el exterminio.

Era un sentimiento extraño el de haber estado presente durante el nacimiento del nuevo orden y seguir viva entonces, cincuenta años después.

Esta gran Autoridad que mandaba en el mundo entero (exceptuando ahora Europa y África) tenía su origen en aquella compañía de tercer orden para la que trabajaba Paul en Livermore. ¿Qué habría pasado si ella, junto con Angus y Fred, hubiesen efectuado su vuelo un par de días antes, a tiempo de regresar a salvo con la evidencia?

Durante el crepúsculo Allison miraba al exterior de la mansión a través de los amplios ventanales. Las lágrimas ya no afluían a sus ojos cuando pensaba en aquellas cosas, pero todavía la atormentaban. Si hubiesen regresado a tiempo, el Centro de Operaciones habría escuchado a Hoehler. No hubiera tenido que hacer más que atacar a los laboratorios de Livermore antes de que desencadenaran lo que se llamaría «la Guerra», y no fue más que un expolio general. Y, al parecer, la Guerra había sido solamente el principio de décadas y décadas de luchas y plagas que ahora se atribuían a los perdedores. Una diferencia de un par de días habría sido suficiente para que el mundo no hubiera llegado a ser

una tumba casi sin vida, y los Estados Unidos una memoria que se iba borrando. ¡Pensar que unos piojosos empresarios habían podido hacer claudicar a la nación más poderosa de la historia!

Se dio la vuelta y miró hacia la habitación, intentando ver entre las tinieblas a los otros tres conspiradores. Un anciano, un chico escuálido, y Miguel Rosas. ¿Era éste el corazón de la conspiración? Aquella noche, al menos, Rosas parecía ser tan pesimista como ella misma.

—Seguro, Paul. Su invento puede llegar a hacerles caer, pero le digo que los Quincalleros van a estar dentro de burbujas o muertos antes de que esto suceda. Los de la Paz se mueven aprisa.

El anciano no se inmutó.

—Mike, creo que siempre buscas algo para estar asustado. Unas semanas atrás era la operación de reconocimiento de los de la Paz. Wili lo solucionó; diría que incluso hizo mucho más que esto. Y ahora tiene que preocuparse por otra cosa.

Allison estaba de acuerdo con Mike, pero había algo de verdad en lo que decía Paul al quejarse. Parecía que a Mike le estuvieran persiguiendo y le hubieran ya atrapado, todo al mismo tiempo. Le perseguía el recuerdo de lo que había hecho en el pasado, y se sentía atrapado al no poder hacer algo por redimirse de aquel mismo pasado.

—Los Quincalleros solamente estarán escondidos el tiempo suficiente para construir más generadores y para mejorarlos. Luego lucharemos y devolveremos los golpes —la voz de Paul mostraba cierto mal humor, como si pensara que él ya había hecho el verdadero trabajo y que los Quincalleros eran incapaces de terminar lo que faltaba. Muchas veces le parecía que Paul era tal como le recordaba. Pero, en ocasiones, como la de aquella noche, le parecía simplemente viejo y ligeramente aturdido.

—Lo siento, Paul. Pero creo que Mike tiene razón —intervino el muchacho negro, con su acento español algo incongruente, pero agradable. El muchacho tenía una lengua aguda y un temperamento en consonancia, pero cuando hablaba con Paul, aunque fuera para contradecirle, se mostraba respetuoso y tímido—. La Autoridad no nos dará el tiempo suficiente para que podamos ganar. Han metido en una burbuja hasta al mismo alcalde de El Norte. La granja Flecha Roja ha desaparecido. Si el coronel Kaladze estaba escondido allí, también debe haberse ido.

Si el día era claro, podían verse muchas pequeñas burbujas que estaban muy próximas a la Cúpula de Vandenberg.

—Pero tenemos el control de los reconocimientos de la Paz, deberíamos ser capaces de proteger a gran número de… —vio que Wili movía su cabeza—. ¿Qué? ¿No vas a poder programarlos? Creía que tú…

—Éste no es el problema principal, Paul. Jill y yo hemos intentado proteger a muchos de los Quincalleros que han sobrevivido a los primeros encierros en burbujas. Pero vea: la primera vez que los de la Paz atrapen a alguno de estos grupos, van a descubrir que allí hay una contradicción. Verán que los satélites les están diciendo algo diferente de lo que hay en el terreno. Entonces, nuestra artimaña ya no servirá. Ya hemos quitado la protección a un par de grupos con los que nos pusimos de acuerdo y que habrían sido capturados igualmente —las últimas palabras las pronunció muy de prisa cuando vio que el anciano se enderezaba en su silla.

Allison intervino:

—Estoy de acuerdo con Wili. Nosotros tres podremos ser capaces de resistir indefinidamente, pero los Quincalleros de California se habrán acabado dentro de otro par de semanas. El poder controlar las comunicaciones y los reconocimientos del enemigo es una enorme ventaja, pero es algo que averiguarán más pronto o más tarde. Sólo sirve a corto plazo.

Paul permaneció en silencio durante un largo tiempo. Cuando volvió a hablar recordaba al hombre que ella había conocido tanto tiempo atrás, el que nunca consentía que un problema le venciese.

—De acuerdo. La victoria ha de ser nuestro objetivo a corto plazo… Atacaremos Livermore y encerraremos su generador en una burbuja.

—Paul, ¿en verdad puedes hacerlo? ¿Puedes generar una burbuja a centenares de kilómetros de distancia, tal como hacen los de la Paz? —por el rabillo del ojo, Allison vio que Wili hacía señas negativas.

—No, pero puedo hacerlo mejor que en Los Ángeles. Si logramos que Wili y el equipo necesario puedan llegar a menos de cuatro mil metros del objetivo, podrá hacerlo.

—¿Cuatro mil metros? —Rosas anduvo hasta las ventanas abiertas. Miró hacia el bosque y pareció que disfrutaba con la brisa que empezaba a entrar en la habitación—. Paul, Paul. Ya sé que su especialidad es lo imposible, pero en Los Ángeles tuvimos necesidad de todo un equipo de porteadores sólo para llevar las baterías de almacenamiento. Hace unas semanas, usted no quería oír hablar de internarnos con un carro en los bosques del este. Ahora quiere llevarse un cargamento de instrumentos a través de los parajes más despejados y poblados de la Tierra. Luego, cuando haya llegado allí, todo lo que tiene que hacer es acercar algunas toneladas de carga a menos de cuatro mil metros del generador de la Paz. Paul, he estado en el Enclave de Livermore. Hace unos tres años. Se trataba de un trabajo de enlace de la policía con los de la Paz. Tenían allí suficiente capacidad de fuego para derrotar a un ejército de los

tiempos pasados, tenían aviones suficientes como para no necesitar los satélites espías. Uno no se podía acercar a cuarenta kilómetros de allí si no llevaba una invitación impresa y sellada. Una zona de cuatro mil metros cae dentro de su recinto central, con toda probabilidad.

—Hay otro problema, Paul —dijo Wili, tímidamente—. He estado pensando también en su generador. Sé que algún día lo destruiremos, al igual que el de Beijing. Pero, Paul, no puedo localizarlo, quiero decir que la propaganda de la Autoridad muestra unas fotografías del edificio del generador de Livermore, pero son un engaño. Lo sé. Desde que me cuido de su sistema de comunicaciones, sé todo lo que se dice a través de los satélites. El generador de Beijing está muy próximo a su emplazamiento oficial, pero el de Livermore está muy escondido. Nunca hablan de su emplazamiento, ni en sus transmisiones más secretas.

Paul se dejó caer en su silla, obviamente derrotado.

—Tienes razón, desde luego. Estos bastardos lo edificaron en secreto. Y mantuvieron el secreto en tanto que los gobiernos aún tenían poder.

Allison los iba mirando, uno tras otro, y notaba que una risa incontrolable se iba acumulando en su garganta. ¡No lo sabían! Después de todos aquellos años, aún no lo sabían. Y hacía muy pocos minutos que ella se había estado mortificando pensando en lo que habría podido pasar. La

risa se le escapó y no intentó detenerla. Todos la miraron con creciente sorpresa. Su última misión, quizá la última salida de reconocimiento que había hecho la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, todavía podía alcanzar su objetivo.

Por fin, contuvo la risa y les explicó lo que la había provocado.

—… O sea que si tenéis un lector, creo que podré encontrarlo.

A continuación vinieron los gritos perentorios llamando a Irma, luego una búsqueda muy apresurada, entre todos los cacharros viejos del ático, de un antiguo lector de discos. Una hora más tarde, el lector estaba sobre una mesa del cuarto de estar. Era voluminoso, gris, y el escudo de Motorola casi había desaparecido por completo. Irma lo conectó y lo obligó a volver a la vida.

—Funcionaba muy bien, hace algunos años. Lo utilizábamos para copiar nuestros discos antiguos sobre un soporte sólido. Aunque consume mucho. Ésta es una de las razones por la que lo descartamos.

La pantalla del lector volvió a la vida con un resplandor brillante que iluminó toda la habitación. Ésta era la iluminación decente que Allison recordaba. Había llevado allí su equipo de disco, y abierto su cerradura de combinación. El disco era material hecho con normas

militares, pero era del formato comercial y podría verse en la pantalla. Lo colocó en el lector. Sus dedos se movieron sobre el teclado adaptando las características del disco al aparato. Aquello resultaba algo tan habitual, que era como un regreso al pasado.

La pantalla se volvió blanca. Tres discos grises salpicados de colores aparecieron en el centro del campo. Apretó una tecla y a la imagen se sobrepusieron retículas y rótulos.

Allison miró la imagen y poco le faltó para echarse a reír de nuevo. Iba a revelar lo que tal vez fuera la técnica de observación más adelantada y más secreta de todo el arsenal americano. Doce semanas «antes» aquello hubiera sido una acción inconcebible. Pero ahora era una oportunidad maravillosa, una oportunidad para que el pasado pudiera tomarse una pequeña venganza.

—No parece que sea gran cosa, ¿verdad? —ella rompió el silencio—. Lo que estamos contemplando es Livermore o, mejor dicho, su subsuelo. La fecha es el primero de julio del 97.

Ella miró a Paul.

—Esto es lo que me pediste que buscara, Paul. ¿Te acuerdas? No creo que jamás hubieras podido saber lo bueno que era nuestro equipo.

—¿Quieres decir que estas cosas grises son proyecciones de los antiguos ensayos de Avery?

Ella asintió.

—Desde luego. Entonces no hubiera sabido qué hacer con esto. Están enterrados a unos quinientos metros de profundidad. Tus antiguos jefes eran muy precavidos.

Wili miraba a Allison y luego a Paul, y viceversa, con creciente asombro.

—Pero ¿qué es esto que estamos viendo?

—Estamos mirando directamente dentro de la Tierra. Hay un tipo de luz que brilla en alguna parte del cielo. Puede atravesar casi cualquier cosa.

—¿Cómo los rayos X? —preguntó Mike, dudoso.

—Algo parecido a los rayos X —no era el momento de hablar de neutrinos y detectores de absorción. De todas formas para ella esto no eran más que palabras. Era capaz de usar el equipo y de entender los mandos, pero esto era todo—. El blanco del fondo es una región «brillante» del cielo, vista directamente a través de la Tierra. Estas tres cosas grises son las siluetas de tres burbujas profundamente enterradas.

—Es decir, que son las únicas cosas opacas a esta luz mágica —dijo Mike—. Esto me parece que podría ser un gran buscador de burbujas, Allison, pero ¿puede servir para alguna cosa más? Creo que si puedes ver a través de todas las cosas, no debes poder ver nada.

—¡Oh! Hay una atenuación, aunque sea muy pequeña. Esta imagen es de una sola «exposición», sin ningún proceso anterior. Me sorprendí mucho cuando vi que había algo. Normalmente habríamos tomado una serie continua de exposiciones a través de varios sitios de la corteza terrestre, y luego habríamos informatizado el dibujo del área del objetivo. El cálculo matemático es muy parecido a la tomografía médica. —Tecleó otra serie de instrucciones—. Aquí tenemos un mapa de sesenta metros que tracé de acuerdo con todas nuestras observaciones.

Ahora la pantalla mostraba unos detalles muy complicados: un mapa superficial, en rojo, del año 1997. Livermore estaba colocado sobre una representación de las densidades de debajo de la superficie, en verde, azul y rojo. Los túneles y otras instalaciones subterráneas se veían claramente como líneas y rectángulos del dibujo.

Wili hizo un ruido involuntario parecido a su suspiro.

—O sea, que si pudiéramos saber cuál de todas estas cosas es el generador subterráneo… —dijo Mike.

—Creo que podré eliminar algunas —Paul miraba intensamente el dibujo, tratando de identificar la misión de cada una de aquellas formas.

—No hace falta —dijo Allison—. Hacíamos muchos análisis en la misma nave de observación. En el disco tengo una base de datos. Puedo eliminar todo aquello que la Fuerza Aérea ya sabía lo que era.

Tecleó las instrucciones.

—Y ahora llega el momento que todos esperábamos —bromeó con un cierto toque triunfal. Los rectángulos se fueron apagando, pero quedó uno sólo, aislado en el lado suroeste del valle de Livermore.

—¡Lo has conseguido, Allison! —Paul se apartó de delante de la pantalla y cogió sus manos. Por unos instantes dio la sensación de que iba a bailar con ella alrededor de la habitación. Pero, después de un momento de indecisión, se limitó a estrecharle las manos.

Cuando Paul hubo regresado cerca de la pantalla, ella preguntó:

—Pero, ¿podemos estar seguros de que todavía está allí? Si ellos conocen esta técnica de observación…

—No la conocen. Estoy seguro —dijo Wili.

Paul rió:

—¡Podemos hacerlo, Mike! Lo lograremos. ¡Señor! Me alegro que tuvierais el buen sentido de azuzarme. Me habría quedado sentado aquí dejando que todo se perdiera.

De pronto, los otros tres hablaron a un tiempo.

—Mirad, creo que tengo respuestas a vuestras objeciones, y tengo el presentimiento de que si empezamos a tomarlo en serio, todavía encontraremos algo mejor. En primer lugar, no es imposible que podamos salir de aquí con algo de equipo.

»Seguramente bastará con un carro tirado por un caballo. Usando caminos secundarios y nuestra «invisibilidad» deberíamos poder llegar, por lo menos, hasta Fremont.

—¿Y luego? —preguntó Allison.

—Hay algunos Quincalleros supervivientes en el Área de la Bahía. Atacaremos todos juntos, poniendo en juego todo lo que tengamos disponible. Si actuamos correctamente no van a sospechar que controlamos sus comunicaciones y reconocimientos hasta que les hayamos metido la burbuja por sombrero.

Mike, ahora ya sonreía y hablaba, a su vez con Wili.

Allison elevó su voz sobre la de los demás:

—Paul, esto tiene más agujeros que…

—Claro que sí. Pero es un comienzo.

El anciano agitaba sus manos satisfecho, como si no quedaran más que minucias por resolver. Era un gesto muy propio de Paul y algo que ella recordaba desde el primer día que le había conocido. Por lo general los «detalles» no eran nada trivial, pero era sorprendente la frecuencia con que sus quiméricos proyectos tenían un feliz remate.

Capítulo XXXIII

«Coman Bananas Vandenberg. Son inmejorables». El letrero estaba pintado en amarillo sobre fondo púrpura. Las letras estaban formadas por agrupaciones de pequeñas bananas. Allison dijo que era la cosa más estúpida que había visto en su vida. Debajo, y en letras más pequeñas se podía leer: «Granjas Andrews. Santa María».

Los letreros colgaban de los lados de sus carros. Una cubierta ligera de plástico protegía la carga verde. En cada parada, Allison y Paul rellenaban cuidadosamente los refrigeradores por evaporación que colgaban entre la cubierta y las bananas. Los dos carros bananeros eran, entre los vehículos de tiro animal, los más largos de toda la carretera.

Mike y los Quincalleros de Santa María habían construido una cámara escondida en el centro de cada carro. En el carro delantero llevaban el generador y las baterías eléctricas; en el otro carro iban Wili y Mike con la mayor parte de los elementos electrónicos.

Wili iba sentado en la parte delantera de la atiborrada cámara e intentaba mirar por entre los huecos de la carga. Cuando estaban parados no había circulación de aire desde los refrigeradores. Sin esto, el calor de las bananas en maduración, sumado al propio del verano, podía llegar a ser mortal. Detrás de él notó que Mike se agitaba sin cesar. Ambos se pasaban la parte más calurosa de la tarde tratando de dormitar. No tenían demasiado éxito, porque hacía demasiado calor. Wili sospechaba que debían oler tan mal, que los de la Paz podrían descubrirles por el olfato.

La figura inmóvil de Paul pasó por delante del estrecho campo de vista de Wili. Su disfraz era muy bueno. No se parecía en nada a las fotografías borrosas que los de la Paz estaban haciendo circular. Un segundo después vio pasar a Allison que llevaba un vestido de hija de granjero. Hubo un ligero desplazamiento de la carga y se reanudó el monótono traqueteo de los carros. Acababan de salir de la zona de descanso, situada junto a una estación de pesaje, cuya báscula se iba enmoheciendo en espera de su destrucción total.

Wili apretó su cara contra el agujero, tanto para respirar como para mirar. Estaban a cientos de kilómetros de Los Ángeles; había esperado que todo fuera más excitante. Después de todo, el área alrededor de Vandenberg era casi una jungla. Pero no. Exceptuando una etapa en que había mucha niebla, un poco antes de Salinas, todo estaba seco y caliente. Por el agujero a través de las bananas podía ver que el terreno iba ascendiendo suavemente delante de ellos, unas veces cubierto de hierba dorada y otras de chaparral. Era como la Cuenca, excepto que las ruinas estaban dispersas y no siempre las había. Mike dijo que, además, había otras diferencias; él tenía mejor ojo para conocer las plantas.

Precisamente entonces, un carguero de la Autoridad pasó zumbando por el paso rápido de la carretera. Su paso fue subrayado por un arrogante toque de bocina. El carro de las bananas se balanceó por efecto de la corriente de aire y Wili quedó con su cara cubierta de polvo. Suspiró y se echó hacia atrás. Se cumplían cinco días de carretera. Lo peor de todo era que, dentro del carro, había perdido el contacto. No habían podido disimular las antenas lo bastante bien para mantener un enlace con la red de satélites. Y, además, no disponían de suficiente energía para que Jill pudiera funcionar sin interrupción. Los únicos procesadores que podían utilizar eran muy primitivos.

Todas las tardes eran como aquélla. Cada vez hacía más calor, hasta el punto de no poder dormir, lo que ponía a

ambos de mal humor. Hubieran casi preferido que se les presentasen algunos problemas.

Aquella tarde tal vez se les ofreciera alguno. Iban a llegar al paso de la Misión y al valle de Langleu.

Por las noches era muy distinto. Al anochecer, Paul y Allison sacaban los carros de la carretera Old 101 y los conducían unos cinco kilómetros, por lo menos, hacia las colinas. Wili y Mike salían de su agujero, y Wili establecía comunicación con la red de satélites. Cuando se podía volver a poner en comunicación con Jill y la red era como si despertara de verdad. Nunca les había resultado difícil encontrar el escondite de los Quincalleros locales. Siempre había, escondidos cerca de un pozo o manantial, comida, forraje y baterías eléctricas recién cargadas. Él y Paul utilizaban las baterías para vigilar la Tierra a través de los ojos de los satélites, para coordinar con los Quincalleros que había en el Área de la Bahía y en China. Todos debían estar preparados para actuar al mismo tiempo.

La noche anterior, los cuatro habían tenido su último consejo de guerra.

Algunas de las cosas que más habían preocupado a Allison y a Mike resultaron luego que no presentaban problema alguno. Por ejemplo, los de la Paz podrían haber establecido puestos de control a lo largo de centenares de kilómetros de las carreteras de acceso a Livermore; pero no lo habían

hecho. Indudablemente, la Autoridad sospechaba que podían atacar a su base principal, pero concentraba su potencia de fuego en sitios mucho más cercanos. Y sus fuerzas de reserva estaban dando caza a los fantasmas de Wili en el Gran Valle. Ahora que la Autoridad había eliminado a todos los Quincalleros conocidos, no tenían nada que fuera imprescindible buscar. No podían desmantelar todos los carros de mercancías y productos ni los transportes de mano de obra que viajaran por la costa.

Pero existía otra clase de problemas. La noche anterior había sido su última oportunidad para estudiarlos desde lejos.

—Suceda lo que suceda después de esta noche, tendremos que tocar de oído —había dicho Mike, y se desperezó con satisfacción aprovechando la amplia libertad nocturna.

Paul no estaba de acuerdo. El anciano permanecía de cara a ellos y de espaldas al valle. Su ancho sombrero de campesino tenía las alas caídas a los lados.

—Para ti, es muy fácil decir esto, Mike. Tú eres un tipo de acción. Yo nunca he podido ser capaz de ir a lo que salga. Debo tener todas las cosas estudiadas de antemano. Si sale algo verdaderamente inesperado, no poseo una gran flexibilidad de acción en un momento dado.

Al oír esto, Wili tuvo que sentarse. Paul volvía a mostrarse indeciso. Cada noche parecía estar más cansado.

Allison Parker, después de cuidar de los caballos, regresó y se sentó en la cuarta esquina de la mesa. Se sacó el gorro. Su cabellera clara brillaba a la luz del pequeño fuego de acampada.

—Veamos pues, ¿cuáles son los problemas que tendremos que solventar? Tenéis a los Quincalleros del Área de la Bahía, o al menos a lo que queda de ellos, que están preparados para hacer una operación de distracción. Sabéis exactamente dónde está escondido el generador de burbujas. Tenéis control de la red enemiga de inteligencia y de comunicaciones. Sólo esto último, es la ventaja mayor que muchos generales hubieran querido tener.

Wili pensó que su voz era firme y concreta. Era de mucha ayuda, porque iba a lo efectivo, sin intentar buscar paliativos.

Se hizo un largo silencio. Podían oír, a pocos metros de distancia, el ruido que hacían los caballos al comer. Algo revoloteó por encima de sus cabezas, en la oscuridad. Allison dijo por fin:

—¿O es que hay alguna duda en que controláis sus comunicaciones? ¿Se fían realmente de su sistema de satélites?

—¡Oh! Sí, se fían por completo. La Autoridad no tiene demasiada gente que valga. La única innovación que se han atrevido a hacer alguna vez, es acondicionar las antiguas instalaciones chinas de lanzamiento de Shuangcheng. Disponen de reconocimientos próximos y a gran distancia mediante sus satélites, y también tienen comunicaciones tanto orales como por ordenador.

Wili gesticuló en señal de que estaba de acuerdo. Seguía la conversación con una parte de su mente. El resto de ella se ocupaba en preparar y hacer los últimos retoques a los centenares de trucos que debían acoplarse para mantener su gran engaño. En particular, debía efectuar los movimientos trucados de los Quincalleros en el Gran Valle, pero era preciso realizarlo de un modo cuidadoso, para que el enemigo no se enterase de que allí se estaban concentrando miles de hombres sin ninguna razón aparente.

—Además, Wili dice que no parece que se fíen de nada que les llegue por los circuitos terrestres —continuó Paul—. Se supone que tienen la idea de que los dispositivos que están en el espacio a miles de kilómetros no se pueden manipular —rió brevemente—. A su manera, estos bastardos son tan inflexibles como yo. ¡Oh! Pero se dejarán tirar del anillo de su nariz hasta que se amontonen demasiadas contradicciones. Pero, para entonces, ya habremos ganado.

»Pero hay tantas y tantas cosas que debemos calcular antes de que esto suceda —el tono de indefensión volvía a estar en su voz.

Mike se sentó.

—Pues bien, empecemos por lo más difícil. ¿Cómo podremos llegar desde su puerta principal hasta su generador?

—¿Su puerta principal? ¡Oh! Te refieres a la guarnición del paso de la Misión. Éste es el problema más difícil. Han reforzado enormemente esta guarnición durante la última semana.

—Pues, si son como muchas organizaciones, esto no va a hacer más que aumentar su confusión, por lo menos durante un cierto tiempo. Mire, Paul. Cuando lleguemos allí, los Quincalleros del Área de la Bahía ya estarán atacándoles. Usted me ha dicho que algunos de ellos están al norte y al este de Livermore. Tienen generadores de burbujas. En la confusión que allí se va a formar podremos encontrar muchas maneras de acercar nuestro generador para trabajos pesados.

Wili sonreía, en la oscuridad. Sólo unos días atrás, era Rosas el que desconfiaba del plan. Pero ahora que ya estaban más cerca…

—Pues explícame, por favor, alguna de estas maneras.

—¡Caray! Podemos entrar, tal como vamos ahora, de vendedores de bananas. Sabemos que las importan.

—Sí, pero no en medio de una guerra —repuso Paul.

—Tal vez. Pero nosotros podemos decidir cuándo ha de empezar la lucha de verdad. Si llegamos allí tal como vamos ahora correremos un gran riesgo, lo admito. Pero si no queremos tener que improvisarlo todo, deberíamos pensar antes en las cosas que podrían suceder. Por ejemplo, podríamos encerrar El Paso en una burbuja y hacer que los nuestros, con todas las fuerzas disponibles, entraran en el valle de Livermore, mientras Wili les da protección. Ya sé que ha pensado en algo así, porque todo el día he tenido que estar sentado sobre los cables de adaptación que ha traído. Paul —prosiguió, ahora en voz más baja—, usted ha sido la inspiración de algunos miles de personas, durante las dos últimas semanas. Estas gentes se están jugando la cabeza. Estamos decididos a arriesgarlo todo. Pero le necesitamos a usted, ahora más que nunca.

—O, dicho con menos diplomacia, yo les he metido en este jaleo, por lo que ahora no puedo abandonar.

—Algo así.

—Está bien —Paul se calló durante unos momentos—. Tal vez podamos arreglarlo para que… —se calló de nuevo y Wili advirtió que el viejo Paul había recuperado la confianza en sí

mismo, o que lo estaba intentando, por lo menos—. Mike, ¿tienes alguna idea de dónde puede estar esa Lu, ahora?

—No —la voz del ayudante de *sheriff* se había vuelto tensa de repente—. Pero ella es muy importante para la Paz, Paul. Lo sé bien. No me extrañaría que estuviese en Livermore.

—Podrías hablar con ella. Ya sabes, haciendo ver que quieres traicionar a las fuerzas de los Quincalleros que tenemos reunidas aquí.

—¡No! Lo que yo hice no tiene nada que ver con causar daño a… —su voz fue bajando de tono, y continuó ya normalmente—. Quiero decir que no veo de qué serviría. Es demasiado lista para creerse algo así.

Wili miró hacia arriba, a través de las ramas del roble seco que cubrían el lugar de su campamento. Las estrellas deberían haberle parecido hermosas a través de aquellas ramas. Pero, no sabía por qué, se parecían más a pequeños resplandores, en los negros agujeros de las órbitas de una calavera. Aunque nadie le acusara, ¿podría el pobre Mike silenciar alguna vez a su acusador interior?

—Pero, no obstante, tal como usted dijo al referirse a la estrategia, es algo en lo que debemos pensar —Paul movió violentamente la cabeza y se frotó las sienes—. Estoy muy cansado. Veamos, tengo que hablar con Jill de todo esto. Y

voy a pensar en ello. Lo prometo. Pero continuaremos mañana por la mañana. ¿De acuerdo?

Allison alargó su brazo como si pensara tocar a Paul en los hombros, pero éste ya estaba levantándose. Se alejó del fuego, andando lentamente. Allison empezó a levantarse pero, al final, se sentó y miró a los otros dos.

—Hay algo que no está bien. No está bien que Paul trate a una cosa como si fuera una persona —dijo en voz baja.

Wili no supo qué contestar y, unos instantes más tarde, los tres extendieron sus sacos de dormir y se metieron dentro de ellos.

Wili yacía entre el escondite de las baterías eléctricas y el carro que llevaba los procesadores. Todavía debían tener suficiente energía para unas cuantas horas de funcionamiento. Se ajustó la conexión de cuero cabelludo y buscó una posición cómoda. Miró hacia arriba, a los casi siniestros arcos de los robles y dejó que su mente se engranara con el sistema. Ahora iba a estar en conexión profunda, una cosa que evitaba hacer cuando estaba con los demás, porque hacía que su propia personalidad se confundiera y se descoordinara.

Wili percibió que Paul estaba hablando con Jill, pero no intentó intervenir.

Su intención se dirigió a las pequeñas cámaras que había distribuido por los alrededores del campamento, y luego se desplazó a una imagen de alta resolución, captada desde lo alto. Desde allí, sus robles no eran sino unas manchas de oscuridad, entre otras muchas, sobre un pálido mapa que se deslizaba sobre una pradera de hierba más pálida. La única luz que se veía en kilómetros a la redonda era la de las brasas que todavía ardían en el centro de su campamento. Wili sonrió mentalmente: ésta era la visión verdadera. El débil fuego se apagó y entonces se centró en la imagen que era transmitida a la Autoridad de la Paz. Allí no había más que coyotes.

Ésta era la parte más fácil de la «guardia de noche». Si se ocupaba de ella era por diversión, porque Jill y los procesadores del satélite podían actuar perfectamente sin necesidad de su atención consciente.

Wili dejó de ocuparse de los puntos de vista individuales, y extendió su atención a toda la Costa Oeste y aún más lejos, a los Quincalleros que estaban cerca de Beijing. Había que hacer muchas cosas, muchas más de lo que Mike y Allison, y hasta el mismo Paul, podían sospechar. Habló con docenas de conspiradores. Estos hombres habían venido para esperar la voz de Paul que les llegaba desde los satélites de la Paz en medio de la noche de la Costa Oeste. Wili debía protegerles, como protegía a los carros de bananas. Aquél era un punto débil. Si alguno de ellos llegaba a ser capturado, o se convertía en traidor, el enemigo se enteraría

inmediatamente del fraude electrónico de Wili. A partir de ellos, las instrucciones y recomendaciones de «Paul» se transmitían a otros centenares de Quincalleros.

En aquel estado, a Wili le resultaba muy difícil imaginar que podían fracasar. Tenía todos los detalles ante sí. Mientras pudiera observar y supervisar, nada podía cogerles de sorpresa. Tal vez era un falso optimismo. Sabía que Paul no experimentaba lo mismo cuando se conectaba para ayudar a aquella gente. Porque Wili había llegado a enterarse gradualmente de que Paul usaba el sistema sin llegar a ser parte integral de él. Para Paul era igual que otro dispositivo de programación y no una parte de su propia mente. Era una pena que Paul, tan inteligente, se perdiera esto.

Este sueño real de poder hacer continuó durante algunas horas. A medida que las baterías se iban agotando, las operaciones tenían necesariamente que ser abreviadas. El lento alejamiento de la omnisciencia iba aparejado con el creciente aumento de su somnolencia. Antes de quedarse dormido y sin baterías, la última cosa de que se enteró por medio de los archivos de la Autoridad fue del secreto de la familia de Della Lu. Ahora que se había descubierto su falsa identidad, se habían ido a vivir al Enclave de Livermore, pero Wili descubrió otras dos familias espías entre los «restauradores» y advirtió a los conspiradores para que las evitaran.

***

En su cara notaba el calor, el sudor y el polvo. A lo lejos oía algo que daba golpes y chirridos. Wili volvió al mundo real poco a poco, desde el estado de ensoñación en que había estado recordando lo de la noche anterior. A su lado, Rosas se inclinaba para ver mejor por la mirilla. Un rayo de luz bailaba por su cara cuando intentaba captar lo que pasaba fuera de aquel carro de bananas que se balanceaba continuamente.

—¡Dios! Mira a todos esos tíos de la Paz —dijo con voz queda—. Debemos estar ya en El Paso, Wili.

—Déjame ver —dijo el muchacho, todavía atontado.

Wili consiguió reprimir su expresión de sorpresa. Los carros continuaban por la suave pendiente, por la que iban ascendiendo desde hacía una hora. Podía ver el carro que contenía a Jill y que marchaba delante. Lo que era nuevo era el origen del ruido de los golpes. Se trataba de vehículos blindados de la Paz. Estaban todavía en el horizonte y procedían de una estación de mercancías situada más adelante. Se dirigían al norte, hacia la fortaleza del paso de la Misión.

—Deben ser los refuerzos que envían desde Medford.

Wili jamás había podido ver con sus propios ojos tantos vehículos. La fila llegaba desde la estación hasta donde les

alcanzaba la vista. Estaban pintados de color verde oscuro, lo que no era camuflaje demasiado bueno para ir por aquella zona. Muchos se parecían a los tanques que había visto en las películas de cine antiguas. Otros parecían más bien bloques metálicos provistos de orugas.

A medida que se iban acercando a la estación de mercancías, el ruido fue en aumento al mezclarse con él los tonos altos de turbinas. Pronto los carros de bananas llegaron al mismo nivel que los militares. El tránsito civil quedó restringido al carril más exterior de la carretera. Los cargueros de gran potencia y los carros de caballos quedaron obligados a ir al mismo paso lento.

Estaba a punto de oscurecer. Detrás de ellos iba algo grande y pesado que proyectaba una gran sombra sobre los dos carros de bananas y, con ello, les proporcionaba un cierto frescor. Pero los tanques que pasaban por su lado levantaban una tempestad de polvo que anulaba los efectos benéficos de la disminución de la temperatura.

Marcharon así durante más de una hora. ¿Dónde estaban los puntos de control? El camino que tenían por delante seguía ascendiendo. Pasaron por delante de docenas de tanques aparcados, cuyo personal se dedicaba a misteriosos trabajos. Algunos repostaban combustible. El olor del gasoil les llegaba hasta su reducido escondrijo, junto con el polvo y el ruido.

Ya había quedado todo en sombras. Pero al fin, Wili creyó que podía ver parte de la fortaleza. Por lo menos había un edificio en la cima de la cresta a la que se estaban acercando. Recordó cómo se veían las cosas desde arriba. La mayor parte de los edificios de la fortaleza quedaban al otro lado de la cresta. En aquel lado había tan sólo unos pocos emplazamientos para observación y tiro directo. Wili se preguntaba qué clase de defensas tendrían allí detrás, considerando lo que había visto en aquel lado.

Wili y Mike se alternaban en su observatorio mientras que aquel punto del horizonte se iba haciendo mayor. La línea más avanzada aparecía como un gran peñasco que estuviera enterrado en gran parte. En la fortaleza se habían abierto agujeros en cuyo interior se podían ver cañones y láseres. A Wili le recordaban algunas fantasías del siglo veinte que a Bill Morales le gustaba ver. Estos últimos días, y confiaba que también en los sucesivos, recordaba a *El señor de los Anillos*. La noche anterior, hasta Mike había llamado al paso de la Misión «la puerta delantera». Detrás de aquellas montañas, en realidad eran colinas bajas, estaba el último reducto del «Gran Enemigo». Las montañas ocultaban enemigos que espiaban a los hobbits o elfos (o Quincalleros) que se pudieran escabullir hacia los valles que había detrás, con la intención de encaminarse directamente hacia el centro del mal y efectuar algún acto sencillo que pudiera proporcionarles la victoria.

El símil llegaba hasta más lejos. Este enemigo tenía un arma suprema (el gran generador oculto en el valle), pero en vez de utilizarla se valía de sus sirvientes terrenales (los tanques y las tropas) para realizar los trabajos sucios. Los de la Paz no habían utilizado el generador durante los últimos tres días. Aquello representaba un misterio, pero Wili y Paul sospechaban que la Autoridad estaba acumulando sus reservas de potencia para la batalla que suponía se avecinaba.

Delante de ellos había un punto de control donde se detenía el tráfico civil. Wili no podía ver qué era exactamente lo que sucedía, pero uno a uno, algunos muy lentamente y otros más rápidos, los carros y cargueros iban pasando. Al fin les llegó su turno. Oyó que Paul se bajaba del pescante. Se acercó una pareja de hombres de la Paz. Ambos iban armados, pero no parecían estar tensos. Había oscurecido mucho y le resultaba difícil ver el color de sus uniformes. Uno llevaba una larga barra metálica. ¿Sería alguna clase de arma?

Paul se dio prisa en acercarse a ellos desde el carro posterior. Durante un momento los tres entraron en el campo de visión. Los soldados miraron a Paul y luego a Allison que se había quedado sentada. Era evidente que los dos carros iban juntos.

—¿Qué lleva usted aquí, amigo? —preguntó el mayor de los dos.

—Bananas —contestó Paul innecesariamente—. ¿Quieren algunas? Mi nieta y yo tenemos que llegar con ellas a Livermore antes de que se echen a perder.

—Pues tengo malas noticias para usted. No podemos dejar pasar nada por aquí durante cierto tiempo.

Los tres iban andando y salieron de su radio de visión, se fueron hacia la parte trasera del carro.

—¿Qué? —la cascada voz de Paul se elevó. Era mucho mejor actor de lo que Wili hubiera podido suponer—. Pero ¿qué es lo que pasa? Voy a arruinarme.

El soldado más joven parecía querer disculparse.

—No depende de nosotros, señor. Si hubiera usted oído las noticias, sabría que los enemigos de la Paz han vuelto a agitarse. Estamos esperando un ataque de un momento a otro. Estos malditos Quincalleros nos van a traer de nuevo aquellos malos viejos tiempos.

—¡Oh, no! —la angustia que se advertía en la voz del anciano parecía debida a una mezcla de sus problemas personales y de aquella nueva amenaza de apocalipsis.

Oyeron el ruido de los toldos laterales al ser apartados.

—Oiga, sargento. Ni siquiera están maduros.

—Es verdad —dijo Naismith—. He de calcular el tiempo para que cuando lleguen estén a punto para ser vendidos. Tenga un par de ellos, oficial.

—Gracias —Wili se estaba figurando al de la Paz con unos plátanos en la mano y pensando qué podía hacer con ellos.

—Bien, Hanson. Haz tu trabajo.

Se oyeron diversos ruidos metálicos. ¡O sea que para esto servía la barra de metal! Tanto Wili como Rosas contuvieron la respiración. El espacio de su escondite era muy pequeño y estaba cubierto por una red acolchada. Probablemente engañaría a una sonda sónica, pero ¿qué pasaría con aquel registro tan primitivo?

—No hay nada.

—Muy bien, vamos a ver el otro carro.

Se dirigieron al otro carro, que llevaba el generador y casi todas las baterías eléctricas. La conversación se perdió entre los ruidos generales del punto de control. Allison bajó de su pescante y se quedó parada donde Wili podía verla.

Transcurrieron unos minutos. Las zonas de sombras se fueron haciendo cada vez más extensas, y la noche siguió al crepúsculo.

Se encendieron luces eléctricas. Wili jadeó. En los últimos meses había visto sistemas electrónicos milagrosos, pero la repentina potencia de aquellos chorros de luz le resultaba tanto o más impresionante que éstos. En un segundo debían gastar más electricidad que durante una semana en casa de Naismith.

Volvió a oír la voz de Paul. El anciano tenía ahora una voz lastimera, y la del soldado era algo más brusca que antes.

—Mire, señor. Yo no he decidido traer la guerra hasta aquí. Puede darse usted por satisfecho de que tenga aquí a alguien que le defienda contra esos monstruos. Tal vez antes de que esto empiece le dé tiempo a salvar su cargamento. Por ahora debe quedarse aquí. Hay una zona de aparcamiento más adelante, cerca de la cresta. Hay algunas letrinas preparadas. Usted y su nieta pueden pasar la noche allí, y luego deciden si quieren quedarse o dar la vuelta. Tal vez podrían vender parte del cargamento en Fremont.

Paul parecía estar vencido, casi aturdido.

—Sí, señor. Muchas gracias por su ayuda. Haz lo que él dice, querida Allison.

Los carros avanzaron entre crujidos, en medio de la luz azulada, que se desparramaba sobre ellos como una lluvia mágica. Desde su escondite, Wili oyó una débil risita sofocada.

—Paul es realmente bueno. Ahora pienso si todo el lloriqueo de esta noche no ha sido una especie de revulsivo para elevarnos la moral.

Los carros tirados por caballos y los cargueros de la Autoridad, indistintamente, estaban aparcados en un amplio solar cerca de la cresta del paso. Había algunas luces eléctricas pero, en comparación con la del punto de control, parecía que estaban a oscuras. Mucha gente se había congregado allí para pasar la noche. La mayoría estaba reunida para cocinar en fuegos que se habían encendido en el centro del solar. El extremo más alejado estaba dominado por la cúpula baja que habían visto mucho antes desde la carretera. Algunos vehículos armados estaban estacionados delante de ella, de cara hacia los civiles.

El tránsito de vehículos armados había cesado virtualmente. Por primera vez, después de muchas horas, no se oían turbinas, ni los metálicos ruidos de sus orugas.

Paul regresó al lado del carro. Entre él y Allison colocaron las cortinas laterales. Paul se quejaba en voz alta a Allison del desastre que se les había venido encima, y ella permanecía modosamente callada. Un trío de conductores de cargueros pasó por allí. Cuando estuvieron ya lejos y no podían oírle, Paul dijo en voz baja:

—Wili, tenemos que arriesgarnos a una conexión. Te he conectado al equipo que va en el otro carro. Allison ha

extendido la antena de cono pequeño fuera de las bananas. Quiero ponerme en contacto con nuestros amigos. Vamos a necesitar ayuda para poder acercarnos más.

Wili sonrió en medio de la oscuridad. Era un riesgo, pero era algo que tenía muchas ganas de hacer. Cuando estaba sentado en su agujero, sin procesadores, era como estar mudo, ciego y sordo. Se colocó el conector de cuero cabelludo y lo puso en marcha.

Hubo un momento de desorientación hasta que Jill y él estuvieron incorporados a la red de satélites, pero después dispuso de una docena de ojos supletorios y pudo escuchar centenares de canales de comunicación de la Paz. Tardarían un poco más en poder conectar con los Quincalleros. Al fin y al cabo, eran humanos.

Todavía conservaba algo de su percepción personal en aquel agujero oscuro. Con sus oídos verdaderos, Wili oyó que un coche se salía de la carretera y aparcaba frente al edificio de la Paz. Los vehículos armados volvieron a ponerse en movimiento. Debía ocurrir algo importante. Wili encontró una cámara colocada en un vehículo armado que podía transmitir a la red de satélites. Miró por ella. El conductor había bajado del vehículo y estaba en posición de firmes. A lo lejos, en el solar, podía ver a gente civil y, desde luego, en alguna parte entre ellos, estaban Paul y Allison, que se volvían para mirar. Se dio cuenta de que Mike se arrastraba a su lado para ver por la mirilla. Wili iba

cambiando sus puntos de observación, al mismo tiempo que se ponía en contacto con los Quincalleros e intentaba hallar en la RAM de la Autoridad la causa de la conmoción que se estaba produciendo allí.

Una puerta se abrió en la parte baja de la estación de la Paz. Una intensa luz blanca apareció en ella e iluminó el asfalto. Un hombre de la Paz se destacó en el hueco de la puerta. Y después otro, y entre ellos, ¿un niño? Desde luego era alguien pequeño y delgado. Su figura salió de las sombras y miró hacia el estacionamiento de vehículos. La luz arrancó destellos de su negro casco negro y de su corto pelo. Oyó que Mike contenía la respiración.

Era Della Lu.

Capítulo XXXIV

El mando militar parecía estar satisfecho con los preparativos; incluso Avery había aceptado los planes.

Della Lu no estaba tan convencida. Miraba especulativamente las estrellas de las hombreras del comandante del perímetro. El oficial le devolvió la mirada con una truculencia apenas disimulada. Se consideraba muy duro y creía que su presencia constituía una interferencia no profesional.

Pero Della sabía que era blando. Todas aquellas tropas lo eran. Nunca habían intervenido en un combate de verdad.

Lu estudió el mapa que había desplegado especialmente para ella. Tal como Lu había pedido por medio de Avery, las unidades blindadas se estaban dispersando por las colinas. Exceptuando algunas necesarias y momentáneas

concentraciones, los Quincalleros deberían atacarlas de vehículo en vehículo. La información procedente de los satélites les permitía estar seguros de que el ataque enemigo iba a tardar por lo menos algunas horas, ya que los infiltrados no estaban todavía en ningún sitio cercano a la red de blindados.

Señaló con el dedo el puesto de mando del paso de la Misión.

—Veo que ustedes han interrumpido todo el tránsito entrante. ¿Por qué han permitido el aparcamiento aquí, tan cerca de su puesto de mando? Entre toda esta gente podrían estar algunos agentes de los Quincalleros.

El general se mostró indiferente, pero dijo:

—Examinamos los vehículos en la carretera a cuatro mil metros de aquí. Ésta es una distancia superior a la que nuestros servicios de inteligencia dan como alcance de los generadores caseros del enemigo. Donde están ahora, les podemos vigilar de cerca e interrogarles mucho más convenientemente.

A Della esto no le gustó. Si uno sólo de los generadores llegaba a pasar, aquel puesto de mando estaría perdido. Pero, considerando que el ataque tardaría por lo menos unas veinticuatro horas, estaban seguros allí, aunque se quedaran un poco más. Probablemente tenían tiempo para

ir a cazar Quincalleros en la zona de aparcamiento. Si atrapaban a alguno, con toda seguridad sería alguien importante para la causa del enemigo. Se apartó de donde estaba el mapa desplegado.

—Muy bien, general. Vayamos a echar una mirada a estos civiles. Reúna a sus equipos de investigación. Ésta va a ser una noche muy larga para ellos. Al mismo tiempo, quiero que usted traslade su puesto de mando y los elementos de control más allá de la cresta. Cuando empiecen a ocurrir cosas, estarán mucho más seguros si van sobre ruedas.

El oficial la miró durante unos instantes; probablemente se estaba preguntando con quién se acostaba ella para poder dar tales órdenes. Después dio la vuelta y habló con un subordinado.

Volvió a mirar a Della.

—¿Quiere usted estar presente en los interrogatorios?

Ella asintió.

—En los primeros, sí, desde luego. Yo los escogeré.

***

El aparcamiento de la zona de detención tenía algunos centenares de metros de longitud. Parecía casi un recinto ferial. Los cargueros diesel descollaban sobre los pequeños

vehículos de tiro animal. Los camioneros ya habían encendido fuegos. Sus voces empezaban a estar alegres. El retraso en sí no les preocupaba, trabajaban para la Autoridad y sabían que cobrarían igualmente.

Lu se alejó del coche de estado mayor que el general había pedido para ellos. El oficial y sus ayudantes la siguieron sin saber qué era lo que iba a hacer. Ella tampoco estaba demasiado segura, todavía, pero cuando hubiera captado el ambiente de aquella gente…

Si ella hubiera sido Mike Rosas, habría buscado alguna manera de hacerse con alguno de los cargueros de la Autoridad de la Paz. En un carguero había espacio suficiente para esconder casi todo lo que pudieran hacer los Quincalleros. Pero los conductores generalmente se conocían entre ellos, y también reconocían los vehículos de los demás. Los Quincalleros deberían aparcar su vehículo separado de los demás, y evitarían juntarse con los conductores. Ella y su séquito se encaminaron hacia las zonas de sombra que estaban detrás de los fuegos.

Los cargueros estaban todos aparcados juntos, ninguno se había estacionado lejos de los demás. Esto reducía la búsqueda a los civiles que no eran de la Paz. Se alejó de los camiones y se acercó a una hilera de carros. La gente que estaba allí era muy normal, más de la mitad tenía más de cincuenta o sesenta años, y el resto eran aprendices jóvenes. No parecían estar muy contentos, porque iban a perder

mucho dinero si tenían que quedarse allí demasiado tiempo, pero no tenían miedo. Todavía creían en la propaganda de la Autoridad. Muchos de ellos eran transportistas de alimentos. Nadie de los suyos había sido capturado en las purgas que ella había supervisado durante las últimas semanas. Por algún sitio de la colina se oía el ruido de los helicópteros, lo que podía significar que los equipos de investigadores no iban a tardar en llegar hasta allí.

Fue entonces cuando vio los carros de las bananas. Sólo podían proceder del área de Vandenberg. A pesar de cuanto pudieran decir los servicios de inteligencia, Della estaba convencida de que el centro de la infección estaba en California Central. Un hombre anciano y una mujer que tenía aproximadamente la misma edad que Lu estaban cerca de los carros. Tuvo la impresión de que empezaban a sonar unas campanillas de alarma.

Detrás de Della, los helicópteros se estaban posando en el suelo. El polvo, frío y reluciente, se arremolinaba a su alrededor. Las luces de los helicópteros proyectaban sus sombras en dirección a la pareja que estaba al lado de los carros de bananas. El anciano levantó su mano hasta sus ojos para protegerlos de la viva luz; la mujer se quedó mirándoles. Había algo raro en ella, tal vez en la rigidez de su postura, casi tenía un porte de soldado. Aunque la otra fuera caucasiana y alta, Della tuvo la impresión de que estaba mirando a alguien que era muy parecido a ella.

Della dio unos golpes en el brazo del general, y cuando éste se volvió hacia ella, le gritó por encima del ruido de las palas y turbinas:

—Aquí tiene a sus primeros sospechosos.

***

—¡Qué perra! ¿Acaso puede leer el pensamiento?

Mike observaba que Della se iba acercando adonde estaban ellos, a través del ancho solar. Todavía no iba directamente hacia ellos, pero se iba acercando en diagonal, como si fuera una cazadora precavida. Mike maldecía en voz baja. Parecía como si, a cada paso que dieran, estuvieran predestinados a enfrentarse con Della y a que ella siempre fuera la que ganara.

El campo estaba más iluminado; las sombras cambiantes se alargaban. Helicópteros. Eran tres. Cada nave llevaba dos potentes luces que pendían de la cabina. Eran como los lobos de Lu, sentados detrás de su dueña, con los ojos relucientes, mientras esperaban sus órdenes.

—Mike. Atienda —la voz de Wili era tensa, pero las palabras eran entrecortadas y su cadencia irregular. Debía estar en conexión profunda. Se parecía a la de alguien que hablara en sueños—. Estoy a plena potencia y me quedaré sin corriente dentro de unos segundos, pero es lo único que tenemos.

Mike miró hacia los helicópteros. Wili estaba en lo cierto.

—Pero ¿qué podemos hacer? —dijo.

—Nuestros amigos… van a distraerla… no tengo tiempo para explicaciones. Haga lo que le diga.

Mike se quedó mirando hacia la oscuridad. Podía imaginar el aspecto aturdido de los ojos de Wili y su expresión ausente. Le había visto muchas veces así en las últimas noches. El muchacho se cuidaba de sus propios problemas y al mismo tiempo coordinaba todos los detalles de la revolución. Rosas había jugado con juegos simbióticos, pero aquello quedaba fuera de su alcance. Sólo podía decir una cosa, y la dijo:

—Cuenta con ello.

—Ha de apoderarse de aquellos dos transportes blindados, los que están en el extremo más apartado del campo. ¿Puede verlos?

Mike ya había reparado antes en ellos; estaban a unos doscientos metros de distancia. A su lado había guardias apostados.

—¿Cuándo?

—Espere un momento. Abra el lateral del carro de una patada… ahora. Cuando yo se lo diga… usted salta, coge a

Allison y se van corriendo hacia allí. Ignoren cualquier otra cosa que puedan ver u oír.

Mike dudó. Podía figurarse lo que Wili quería hacer, pero…

—Ya. Corra, corra. ¡Corra! —la voz de Wili era urgente, colérica, de soñador frustrado. Ponía los pelos de punta como si fuera un alarido.

Mike se dio la vuelta y golpeó con el talón la madera ya debilitada especialmente para poder contar con una salida de emergencia. Mientas los clavos saltaban, Mike comprendió que aquello era una emergencia real, pero iban a escapar a plena vista de las armas de los hombres de la Paz.

***

El general que estaba con Lu oyó la orden y se volvió para gritar a sus hombres. Estaba haciendo algo que estaba por debajo de sus ocupaciones habituales: dirigía las operaciones personalmente. Della hubo de recordárselo.

—No señale con el dedo. Haga que su gente se dirija también a otras personas al mismo tiempo. No queremos que estos dos se alarmen.

Él asintió.

Los rotores se estaban parando. Algo semejante al silencio estaba a punto de volver al aparcamiento, pensaba Della.

Pero se equivocaba.

—¡Señor! —era uno de los chóferes que se había acercado con su coche—. Estamos perdiendo blindados por acción del enemigo.

Lu se anticipó al general, antes de que éste tuviera tiempo de hacer otra cosa que sudar. Montó en el coche y miró a la pantalla que brillaba delante del soldado. Sus dedos bailaron sobre el tablero de mandos para conseguir imágenes y sus interpretaciones. El hombre la miró con una expresión de asombro que duró un instante, y luego se dio cuenta de que debía tratarse de alguien muy especial.

Las fotos del satélite mostraban ocho pelotas de plata incrustadas en las colinas que estaban al norte de ellos, ocho pelotas de plata que brillaban a la luz de las estrellas. Ahora ya eran nueve. Las patrullas que estaban en las colinas daban la misma información, pero una transmisión quedó cortada a la mitad de una frase. Diez burbujas. La infiltración tenía lugar veinticuatro horas antes de lo predicho por los preciosos satélites y por los ordenadores de espionaje militar de Avery. Los Quincalleros debían tener docenas de generadores individuales en aquella zona. Si eran del mismo tipo que el que había llevado Wili Wáchendon, serían de muy corto radio de acción. El enemigo tenía que llegar arrastrándose hasta casi los mismos objetivos.

Della miró, a través del área de detención, hacia los carros de las bananas. Muy oportuno, este ataque.

Della se apeó del coche y andando se acercó al general y a su estado mayor. «Despacito, calma. Esperarán hasta que nos acerquemos a los carros».

—La cosa parece que va mal, general. Han llegado mucho antes de lo que habíamos previsto. Muchos de ellos ya están operando en nuestro flanco norte —aquello era cierto.

—¡Dios mío! He de ir a mi puesto de mando, señora. Estos interrogatorios tendrán que esperar.

Lu sonrió aviesamente. Los otros todavía no se habían percatado de nada.

—Sí, vaya. Será mejor dejar tranquila a esta gente, desde luego.

El otro ya se alejaba de ella. Le hizo una señal de reconocimiento y subió al coche.

Hacia el norte, oyó que la aviación atacaba, procedente del valle de Livermore. Un resplandor muy blanco permitió ver las siluetas de las colinas más lejanas. Era un generador que ya no podría atacarles aquella noche.

Della contempló el campamento civil, como si estuviera sopesando lo que iba a hacer a continuación. Puso mucho

cuidado en no prestar una atención especial a los carros de las bananas. Aparentemente habían creído que la operación de diversión era un éxito y, por lo menos, seguía sin que la hubieran encerrado en una burbuja.

Regresó a su helicóptero personal, que se había acercado hasta allí junto con los equipos de interrogación. El aparato de Lu era menor, sólo podía llevar a un piloto, al comandante y a un artillero. Estaba lleno de equipos sensores y soportes de cohetes. La estructura de cola llevaba el escudo de Los Ángeles, pero sus tripulantes eran de los suyos, eran veteranos de la campaña de Mongolia. Se subió al asiento del comandante e hizo una decidida señal al piloto de «arriba y adelante». Inmediatamente abandonaron el suelo.

Della ignoró esta eficacia. Estaba ocupada en conseguir una llamada de prioridad a Avery. La pequeña pantalla monocolor que estaba delante de ella iba dando pulsaciones rojas mientras su llamada esperaba su turno. Se podía imaginar el manicomio en que se habría transformado la central de Livermore durante los últimos minutos.

«Pero, maldito seas Avery, éste no es momento para que olvides que yo llegué primero».

Rojo. Rojo. Rojo. La señal de llamada desapareció, y la pantalla se llenó con una mancha pálida que podría ser la cara de alguien.

—Sea breve —era la voz de Hamilton Avery. Detrás de él se oían otras voces, algunas chillando.

Ella estaba preparada:

—No tengo pruebas, pero estoy convencida de que han conseguido infiltrarse hasta la misma entrada del paso de la Misión. Quiero que mande plantar una burbuja de trescientos metros, al sur exactamente del puesto de mando.

—¡No! Todavía estamos acumulando carga. Si empezamos a gastarla ahora, no tendremos energía para el tiro rápido cuando lo necesitemos de verdad, cuando vayan a sobrepasar la cresta.

—Pero ¿no lo ve? Todo lo demás es para distraernos. Lo que yo he encontrado aquí, debe ser importante.

Pero la comunicación se había cortado; la pantalla se había vuelto de un uniforme color rojo pálido. ¡Al diablo Avery y sus precauciones! Tenía tanto miedo de Paul Hoehler y estaba tan seguro de que el otro iba a encontrar la manera de llegar al valle de Livermore que, con su actitud, en realidad, daba facilidades al enemigo para que lo lograra.

Echó un vistazo al cuadro de mandos. Estaban a unos cuatrocientos metros del suelo. Destellos de luz blancoazulada que procedían de los focos encendidos iluminaban el área de detención; el campamento parecía

una maqueta a escala reducida. En apariencia, casi no se veía movimiento, aunque el localizador térmico del piloto mostraba que los motores de algunos de los blindados estaban en marcha, a la espera de órdenes. El campamento civil estaba quieto e iluminado por una luz azulada. Unas pequeñas tiendas aparecían plantadas junto a los carros, apenas mucho mayores que ellas. La sombras oscuras que se veían alrededor de los fuegos eran grupos de gente.

Della tragó saliva. Si Avery no podía envolver el campamento en una burbuja…

Sabía, sin tener que mirarlo, lo que llevaba su aparato. Tenía bombas aturdidoras, pero si aquellos carros eran lo que ella suponía, debían estar acorazados. Tocó su laringófono y habló al artillero.

—Orden de tiro. Cohetes contra los carros civiles. Nada de napalm.

La gente que estaba alrededor de los fuegos debía sobrevivir. Por lo menos la mayoría.

El «enterado» del artillero llegó a su oído. El aire que rodeaba el helicóptero se puso brillante como si un sol se hubiera formado de repente detrás de ellos, y una especie de refugio se superpuso al ruido del rotor. Si se miraba el rastro de fuego que dejaba el cohete, las otras luces parecían quedar reducidas a nada.

O reducidas a casi nada. Por unos instantes, atisbó unos cohetes que subían hacia ellos…

Entonces sus proyectiles explotaron. En el aire. A medio camino del objetivo. Las bolas de fuego parecían estrellarse contra una superficie invisible. El helicóptero vaciló cuando la metralla empezó a acribillarlo.

Alguien dio un alarido.

La nave empezó a inclinarse cada vez más hacia un lado, lo que le llevaría pronto a una posición de vuelo invertido. Della no se dio cuenta de que el piloto estaba caído sobre los mandos. Cogió los mandos duplicados, tiró de ellos y pisó con fuerza el acelerador. Vio que delante de ella había otro aparato, en ruta de colisión. Entonces, el piloto se desplomó hacia atrás, la barra quedó libre, y la nave salió disparada hacía arriba, evitando el impacto tanto contra el suelo como contra el otro aparato.

El artillero se arrastró hasta quedar en medio de los dos y miró al piloto.

—Está muerto, señora.

Della le escuchaba y escuchaba también el ruido de los rotores. Había una especie de galope en su ritmo. Los había oído peores que aquél.

—De acuerdo, sujételo —ignoró a los dos e hizo volar lentamente el helicóptero alrededor de lo que había sido la entrada al paso de la Misión.

Los cohetes fantasma que llegaban desde abajo, el misterioso helicóptero, todo quedaba explicado ahora. Casi en el mismo instante en que el artillero disparaba los cohetes, alguien había envuelto el Paso en una burbuja. Dio una vuelta alrededor de aquella gran esfera oscura, mientras una perfecta reflexión de sus luces la iba siguiendo. La burbuja tenía un diámetro de unos mil metros. Pero no se trataba de que Avery hubiera cambiado de opinión. Además del campamento de los civiles y de los cargueros, la burbuja también englobaba al puesto de mando.

Mucho más abajo, los blindados de la Autoridad daban vueltas, como hormigas que, de repente, se encontraran aisladas de su hormiguero.

Un cálculo perfecto del tiempo, otra vez. Ellos se habían enterado de que ella iba a atacar, y sabían exactamente cuándo lo iba a hacer. Las comunicaciones y la inteligencia de los Quincalleros debían ser iguales a las de la Paz. Y quienquiera que hubiera estado allí abajo era importante. El generador que llevaban debía ser uno de los más potentes de cuantos poseían los Quincalleros. Cuando habían visto que la alternativa era la muerte, habían preferido abandonar la guerra.

Observaba la imagen refleja de su helicóptero, que parecía estar a unos cien metros de distancia. El hecho de que se hubieran envuelto en una burbuja ellos mismos, en lugar de hacerlo con el helicóptero, era una prueba de que la técnica de Hoehler, al menos con fuentes de energía pequeñas, no era muy buena, cuando se trataba de blancos móviles. Esto era algo que debía recordar.

Por lo menos esta vez, en lugar de tener otras cien muertes sobre su conciencia, el enemigo solamente la había hecho cargar con una, la de su piloto. Y cuando aquella burbuja reventara (dentro de un mínimo de diez años y un máximo de cincuenta) la guerra ya sería historia. Un abrir y cerrar de ojos, y se habían acabado para ellos todas las matanzas. De repente sintió mucha envidia de aquellos perdedores. Viró de lado y se dirigió a Central Livermore.

Capítulo XXXV

—¡Ahora! —la orden de Wili llegó bruscamente, unos pocos segundos después de que Mike hubiera aflojado la falsa pared. Mike dio una última patada a la madera, que cedió y cayó al suelo junto con algunas bananas.

De repente aquello se llenó de luz. Pero no se trataba de la luz blancoazulada de los focos que la Autoridad había distribuido alrededor del campamento, sino un resplandor blanco que lo envolvía todo, mucho más brillante que cualquier luz eléctrica.

—¡Ahora corre, corre! —La voz de Wili llegaba débilmente desde dentro del compartimento. El ayudante de *sheriff* cogió a Allison y la obligó a correr a través del campo. Paul iba a salir tras ella, pero se quedó cuando oyó que Wili le llamaba.

Uno de los tanques de la Autoridad giró sobre sus orugas, mientras su torreta giraba aún más aprisa. Detrás de él, una voz desconocida les gritó que se detuvieran. Mike y Allison no obedecieron y corrieron más aprisa. El tanque desapareció dentro de una esfera de plata de diez metros de ancho.

Pasaron corriendo junto a algunos paisanos aterrorizados por el resplandor, y lograron esquivar a un grupo de soldados y al equipo de la Autoridad, que fueron encerrados dentro de una burbuja antes de que pudieran entrar en acción.

Doscientos metros, son muchos metros para correrlos a velocidad punta. Dan tiempo para pensar y comprender.

El resplandor que había a su alrededor sólo era intenso si se comparaba con la noche. No era más que la luz matutina, enmascarada y difuminada por la niebla. Wili había cubierto con una burbuja el campamento completo la noche anterior y permaneció así hasta esa mañana, cuando la casi totalidad de las Fuerzas de la Autoridad se habían retirado de la entrada al considerar que estaba bloqueada por la burbuja. Ahora estaba barriendo a todos los hombres de la Paz que habían quedado fuera de la burbuja. Si actuaban todos aprisa se podrían marcharse antes que los hombres de la Paz descubrieran lo que había sucedido.

Cuando Mike y Allison llegaron a los transportes blindados, éstos estaban abandonados. Un par de burbujas de tres metros relucían a ambos lados de los vehículos. Wili debía haber elegido aquéllos porque sus tripulaciones habían salido al exterior.

Mike trepó sobre las orugas y se detuvo jadeante. Se volvió y ayudó a Allison a que entrara en el vehículo.

—Wili quiere que los conduzcamos hasta los carros —alzó la compuerta de entrada e hizo un gesto de duda—. ¿Sabes cómo funciona esto?

—Seguro —se sostuvo con las manos en el borde de la entrada y se dejó caer a la oscuridad del interior—. Ven.

Mike la siguió tímidamente. Se daba cuenta de que había formulado una pregunta estúpida. Allison venía de la época de aquellas máquinas, cuando todo el mundo sabía conducir.

El olor de los lubricantes y del gasoil perfumaba débilmente el interior del vehículo. Había asientos para tres personas. Allison ya se había sentado en el asiento delantero y tanteaba los mandos. No había ventanas ni visores, a no ser que las paredes, pintadas de un tono pálido, fueran pantallas. Corrección. La posición del tercer ocupante estaba dirigida hacia atrás, donde había unos formidables paneles de equipo electrónico. Allí había indicadores.

—Mira aquí —dijo Allison.

Mike se volvió y miró por encima del hombro de ella. Allison hizo girar un mando para poner en marcha el motor. El ruido fue aumentando de tono, hasta que Mike lo notó tanto en la vibración de las paredes y suelo como en sus propios oídos.

Allison señaló con el dedo. Había unos indicadores en el panel que estaba delante de ella. Las letras y los dígitos, aunque estuviesen compuestos a trazos, eran legibles.

—Esto es el combustible. No está lleno, pero debe haber bastante para recorrer unos cincuenta kilómetros, supongo. Estos otros indicadores señalan la temperatura del motor y las revoluciones. Será mejor que los ignores si está conectado al conductor automático. Agárrate fuerte —cogió las palancas de dirección y le enseñó la manera de controlar las orugas. El vehículo se movió hacia adelante, hacia atrás y en círculo.

—¿Cómo puedes ver por dónde vas?

Allison se rió.

—Una solución del siglo diecinueve. Dóblate un poco más hacia adelante.

Allison golpeó ligeramente con un dedo la cubierta de hierro que estaba encima de su cabeza. Ahora pudo ver la

profunda depresión que daba una vuelta alrededor de la cabeza del conductor, muy poco más arriba de sus sienes.

—Son periscopios que permiten una visión de trescientos sesenta grados. Su posición se puede graduar a comodidad —le enseñó cómo se hacía—. Muy bien. Si Wili quiere que dos orugas se acerquen a los carros de las bananas, yo conduciré el otro —le cedió el asiento del conductor y desapareció por la escotilla.

Mike se quedó mirando los mandos. Ella no había parado el motor. No tenía más que sentarse y conducir. Se deslizó en el asiento y metió la cabeza en el centro del círculo de visores periscópicos. Era casi como si hubiera asomado la cabeza por la escotilla. En realidad podía ver perfectamente a su alrededor.

Localizó a Naismith junto a los carros. El anciano había roto los paneles laterales y hacía caer sus «preciosas bananas» al suelo, en cascada. A su izquierda, una bocanada de humo salió del otro blindado, y Mike oyó que Allison ponía en marcha su motor.

Miró, más allá de la parte inferior de los visores, a las palancas de dirección. Tocó el control de la oruga izquierda y el vehículo empezó a dar sacudidas que fueron en aumento hasta que quedó alineado con los carros. Después apretó ambas palancas a la vez; ¡ya estaba en marcha hacia adelante! Mike aceleró hasta lo que debían ser unos seis o

siete metros por segundo, más o menos la velocidad a la que puede correr un hombre. Era exactamente igual que en los juegos. Efectuó el trayecto en unos pocos segundos. Con precaución, hizo bajar la velocidad, hasta reducirla a un lento deslizamiento durante los últimos metros, y giró en la dirección que Paul le señalaba. Se detuvo, pero el agradable ruido de la turbina siguió resonando en sus oídos.

Allison ya había abierto la trasera del otro vehículo y estaba descargando el voluminoso equipo electrónico, que dejaba sobre el polvo. Mike se maravilló de la cantidad de material electrónico que, al parecer, necesitaban los de la Paz en aquellos vehículos. Toda la instalación policial de Sy Wentz podía caber en uno de ellos y aún sobraría mucho espacio.

—Conserva el equipo de comunicaciones y de reconocimiento, Allison. Wili puede conseguir conectarlo a su interfase.

Mientras Allison se concentraba en el equipo que conocía, Mike y Paul se dedicaron a sacar del carro de las bananas el procesador de Wili y los equipos de comunicación con los Quincalleros.

El muchacho salió del destripado carro. Estaba desconectado del sistema, pero todavía parecía mareado y sus esfuerzos para ayudar servían de muy poco.

—Casi he agotado toda la carga, Paul. Ya ni siquiera puedo comunicarme con la red. Si no puedo usar los generadores de energía de éstos (señaló a los blindados), estamos muertos.

Aquélla era la gran incógnita. Sin los preparativos previos no tendrían la menor oportunidad, pero Paul había llevado interfases de potencia y cables de conexión, que se adaptaban a los requerimientos señalados por Allison. Si, al igual que en otras muchas cosas, los de la Paz no habían cambiado las especificaciones antiguas, todavía tenían alguna posibilidad.

Casi habrían podido engañarse a ellos mismos y decir que la mañana era silenciosa y estaba en calma. No se oía ni a los insectos. El ambiente se hizo más luminoso, pero la niebla todavía era tan densa que no se podía ver el disco solar. Desde la lejanía, mucho más allá de la cresta, llegaba el ruido de aviones. De vez en cuando se oían explosiones sofocadas. Wili había lanzado las fuerzas de los Quincalleros al ataque, para invadir el valle de Livermore, pero desde el lado norte, el punto donde había hecho que se concentraran durante la noche. Confiaba en que aquella diversión les serviría de ayuda.

Por el rabillo del ojo, Mike tenía la impresión de que entreveía por todo el campamento figuras en movimiento que estaban trabajando exactamente igual que ellos. Miró a través del campo y vio lo que producía esta ilusión. Wili

había formado docenas de burbujas de diversos tamaños durante los pocos segundos que transcurrieron después del estallido de la gran burbuja de aquella noche. Algunas de aquellas burbujas pequeñas sólo contenían uno o dos hombres. Otras burbujas eran mayores. Las que había formado en el campamento principal de los civiles y en el puesto avanzado de la Paz tenían más de cincuenta metros de diámetro. Y en cada una de ellas podía ver la reflexión de ellos cuatro trabajando frenéticamente para acabar el traslado antes de que los hombres de la Paz que estaban en el valle pudieran darse cuenta de que la burbuja grande había reventado.

Pareció que duraba mucho más pero, en realidad, el trabajo duró muy pocos minutos. Al abandonar allí la mayor parte de las baterías eléctricas, no llevaban más de cincuenta kilos de material. El procesador y el generador de burbujas grande iban en un transporte, mientras su propio sistema de comunicaciones con los satélites y un generador pequeño iban en el otro. Era, en cierto modo, una incongruencia ver el equipo de los Quincalleros, aparentemente inocente y reducido, colocado en aquellos grandes vehículos pintados de verde. Allison estaba de pie en el ahora despejado recinto y miró a Paul.

—¿Estás satisfecho?

Éste afirmó.

—Pues vamos a hacer la prueba del humo —no había humor en su voz.

Hizo girar un mando. No hubo nada que empezara a echar humo. Los indicadores, en cambio, cobraron vida. Wili lanzó un grito de contento. El resto de la interfase era *software*. Unos programadores sin ayuda podrían tardar semanas en ponerlos a punto pero, afortunadamente, Paul y Wili podían hacerlo sobre la marcha.

Allison, Paul y Wili montaron en un transporte. Mike, no sin protestas, se quedó en el otro. En uno sólo de los vehículos había sitio suficiente para todos ellos y para todo el equipo.

—Están acostumbrados a ver a estos vehículos en parejas, Mike. Lo sé.

—Es cierto —dijo Allison—. No has de hacer otra cosa que ir tras de mí, Mike. Y no pienso hacer acrobacias.

Los dos vehículos salieron lentamente del área de aparcamiento, evitando con cuidado las esferas plateadas, que parecían losas sepulcrales. El roncar de sus motores apagaba muchas veces el ruido de los aviones y de las explosiones que, de vez en cuando, llegaban desde detrás de la cresta. Cuando treparon por ella, la niebla se hizo menos espesa y empezaba a verse el color azul de la mañana. Ya estaban lo bastante lejos del aparcamiento para que, aun sin

que el equipo electrónico funcionase, les pudieran confundir con los de la Paz.

Habían iniciado el descenso y rebasado las últimas defensas exteriores. Pronto iban a saber cómo eran las defensas interiores, y si los conocimientos que Allison había adquirido cincuenta años atrás podían ser todavía la clave para la destrucción de la Paz.

Capítulo XXXVI

Della Lu se puso al corriente de los informes de situación mientras tomaba el desayuno. Llevaba un traje nuevo de paracaidista, y su pelo liso se veía limpio y brillante bajo las intensas luces fluorescentes del centro de mando. Se podría haber pensado que acababa de regresar de unas vacaciones de dos semanas y no de una noche de inspección por las colinas para localizar las posiciones de los guerrilleros.

Era un efecto calculado. Acababa de entrar el relevo de la mañana. Casi todos estaban descansados y no tenían en absoluto la cansada impaciencia de quienes finalizaban el servicio y no habían parado en toda la noche. Si debía ejercer el mando, o al menos influir sobre ellos, era necesario que apareciese fría y analítica. Y Della lo estaba, casi, por dentro. Se había tomado tiempo para lavarse, y hasta para dormitar un poco. Físicamente, las cosas habían sido mucho más

duras en Mongolia. ¿Y mentalmente? Mentalmente, por primera vez en su vida, se sentía superada.

Della miró a lo largo de las consolas alineadas. Aquello era el corazón del mando de Livermore que, a su vez, era el centro de operaciones de todo el planeta. Jamás había estado en aquella habitación. En realidad, ella y muchos de sus ocupantes no sabían en dónde estaba exactamente. Una cosa era cierta. Estaba bajo tierra, a mucha profundidad, a prueba de proyectiles nucleares, de gases y de toda clase de peligros igualmente anticuados. Sabía también, casi con el mismo grado de certeza, que estaba a unas pocas docenas de metros del generador de burbujas de Livermore y su generador de energía nuclear de fusión. En alguno de los aparatos indicadores podía ver las instrucciones de mando para programar y disparar el generador. No había ninguna razón para que tal control estuviera en un lugar más o menos seguro que el mismo generador. Ambos debían estar en el agujero más profundo y más seguro de que se pudiera disponer.

Un tablero de situación cubría la mayor parte de la pared delantera. En aquel preciso momento mostraba la marcha de las operaciones en los alrededores de Livermore, según las informaciones recibidas desde los satélites de reconocimiento. Aparentemente, los mandos no estaban proyectados para recibir otras fuentes de información. Los partes de los hombres que estaban en el terreno entraban en el sistema mediante la intervención de ordenadores que

trabajaban en los terminales conectados a la base de datos de la comandancia. Hasta aquel momento, la gráfica no mostraba ninguna discrepancia entre las dos fuentes de información. Los contactos con el enemigo habían sido prácticamente nulos durante la última hora.

En otras partes del mundo, la situación era distinta. Hacía días que no se advertía la presencia de la Autoridad en Europa ni en África. En Asia, los sucesos eran muy parecidos a los de América. El viejo Kim Tioulang era casi tan listo como Hamilton Avery, y tenía unos puntos críticos análogos. Su generador de burbujas estaba al norte de Beijing. Las pantallas menores mostraban cuál era la situación del conflicto en sus alrededores. Los Quincalleros chinos no habían construido tantos generadores pequeños como sus compinches americanos, y no habían penetrado tan profundamente en el corazón del complejo de Beijing. Pero allí era de noche y se estaba efectuando un ataque. El enemigo había sorprendido a K. T. de la misma manera que les había ocurrido a las fuerzas de Livermore. Los dos generadores de burbujas, los puntales del poder de la Paz, estaban siendo atacados. Estos ataques simultáneos parecían estar coordinados a propósito. Los Quincalleros tenían comunicaciones por lo menos tan buenas como las de la Autoridad. ¡Por lo menos!

De acuerdo con la pantalla grande, el Sol saldría dentro de quince minutos, y una niebla espesa cubría la mayor parte del valle. Existían algunos posibles emplazamientos

enemigos, pero hasta entonces la Paz estaba rechazando todos los ataques. Las burbujas de los Quincalleros eran extremadamente eficaces a corta distancia y durante la noche la Autoridad había perdido más del veinte por ciento de sus tanques. Lo mejor sería esperar a tener más información sobre el enemigo. Lo mejor sería, también, esperar a que Avery les dejara utilizar su gran generador. Entonces podrían cogerles a docenas y a cualquier distancia.

Lu terminó de desayunar y se quedó sentada saboreando su café. Su mirada se paseó por la sala. Casi inconscientemente iba memorizando las caras, las pantallas, las salidas. Los que estaban en aquel bunker tan brillantemente iluminado, tan silencioso, con su aire acondicionado, vivían en un mundo de fantasía. Y ninguno de ellos lo sabía. Allí estaba el punto de destino de los megabytes de información que llegaban a la Autoridad desde todos los puntos del globo. Antes de que llegara hasta allí, toda la información era interpretada y seleccionada mediante procesadores remotos. Allí era finalmente integrada y pasada a los gráficos a disposición de los mandos más altos. Aquella gente creía que, con sus preciosos gráficos, estaban en posesión del más reciente resumen de la actualidad. Lu sabía que esto jamás había sido cierto y, después de la noche anterior, sabía que el sistema estaba plagado de mentiras.

Se abrió una puerta y Hamilton Avery entró en el puesto de mando del bunker. Detrás de él iba el general de la Paz,

Bertram Maitland, el militar «calienta sillas» más importante del Directorio Americano. Era un típico aprietabotones. Tenía que buscar la manera de dejarle a un lado y convencer a Avery de que debían echar a la basura todos sus equipos de sensores remotos y luchar en aquella batalla con gente de verdad.

Maitland y Avery se acercaron a una fila más alta de terminales. Avery miró a Lu y le hizo señas de que se reuniera con ellos.

Cuando Della acudió, el general ya estaba ocupado en un terminal, un modelo de gran pantalla situado en una relumbrada cabina roja. No levantó la cabeza.

—Inteligencia predice que el enemigo volverá a atacar poco después de la salida del sol. Ya se pueden ver indicaciones de actividad térmica en el gráfico de situación. Resultan difíciles de ver porque no tienen vehículos a motor. Pero esta vez estamos preparados para recibirlas.

Tecleó una última instrucción en el terminal, y un suave zumbido les llegó a través de las paredes del bunker. Maitland señaló con un ademán hacia el tablero de situación.

—Vean. Acabamos de poner dentro de burbujas todas las supuestas concentraciones de enemigos.

Avery sonrió con su controlada sonrisa. Cada día parecía más pálido, más cansado. Vestía tan elegantemente como siempre, hablaba tan fríamente como siempre, pero Lu podía ver que Avery estaba llegando al final de sus fuerzas.

—Esto está bien. Sabía que si esperábamos a tener la carga completa podríamos nivelar nuestras pérdidas. ¿Cuántas burbujas podemos hacer?

El general Maitland reflexionó:

—Depende del tamaño que queramos que tengan. Pero por lo menos podremos hacer algunos miles, con velocidades de formación de, más o menos, una por segundo. Ahora lo tengo bajo un programa de control. Los satélites de reconocimiento o los jefes de campo nos dan la situación del enemigo y automáticamente provocamos su encierro en burbujas.

Un zumbido casi subsónico subrayó sus palabras.

—¡No! —los dos hombres la miraron, con más sorpresa que enfado—. No —repitió Della en voz más queda—. Ya es lo bastante malo confiar en estos sensores remotos para la información. Si ellos consiguen controlar nuestra generación de burbujas pudiera darse el caso de que gastásemos todas nuestras reservas a cambio de nada. O lo que es peor, que encerráramos en burbujas a los nuestros. —Aquel pensamiento no se le había ocurrido antes.

La expresión de Maitland se ensombreció. Su antagonista era joven, mujer y había sido ascendida con indecorosa velocidad, dejando atrás a sus favoritos. Si no fuera por Hamilton Avery estaría en un mando de batallón, y esto únicamente en concepto de premio a sus aparentes éxitos en Asia. Lu dirigió su atención hacia Avery.

—Por favor, director. Ya sé que es muy fantástico sospechar que el enemigo está interceptando nuestras comunicaciones por satélite. Pero usted mismo ha dicho que no hay nada que Hoehler no pueda hacer, y que lo más probable es que haga aquello que parezca más fantástico.

Había pulsado la tecla precisa. Avery se amedrentó y sus ojos se volvieron hacia el tablero indicador. Aparentemente ya había empezado el ataque enemigo que Maitland había pronosticado. Unos pequeños puntos rojos, que representaban las guerrillas de Quincalleros, penetraban en el valle. De nuevo, el generador de la Autoridad había entrado en funciones varias veces gracias al control automático.

¿Qué pasaría si aquello fuera un fraude, aunque sólo lo fuera en parte? Debía haber Quincalleros en el valle, deslizándose por los barrancos profundos que se entrelazaban entre sí, acercándose cada vez más. Ahora que aquella posibilidad se había asociado a Hoehler, Della veía que se estaba convirtiendo en una certeza.

—Usted fue quien predijo que él iba a atacarnos aquí —dijo Avery, casi para sí mismo, y se volvió hacia el oficial—. General Maitland, suspenda la respuesta programada. Quiero un equipo de su personal que controle a nuestras fuerzas de tierra, sin retransmisiones por satélite. Este equipo habrá de decidir cómo y cuándo habrá que utilizar el generador.

Maitland dio una fuerte palmada sobre la mesa.

—¡Señor! Esto va a aumentar mucho nuestro tiempo de respuesta y va a permitirles llegar hasta los terrenos del interior.

Durante unos momentos, las facciones de Avery se quedaron inmóviles, como si las amenazas antagónicas le hubieran desquiciado. Pero cuando contestó su voz era firme y determinada:

—¿Y qué? Aún no tienen idea de donde está nuestro generador de burbujas. Y tenemos bastantes fuerzas convencionales para poder destruirles aunque fueran diez veces más. Mi orden es firme.

El otro le miró durante un instante. Pero Maitland había sido un individuo que siempre había obedecido órdenes. Si no hubiese sido así, Avery le habría destituido muchas décadas antes. Se volvió para encaminarse al terminal, canceló el programa, y luego habló por él a los analistas que

se hallaban en la parte delantera de la sala, transmitiéndoles las directrices de Avery. El zumbido intermitente que llegaba desde detrás de la pared había cesado.

El director indicó a Lu que le siguiera.

—¿Algo más? —le preguntó en voz baja cuando estuvieron fuera del alcance de los oídos de Maitland.

Della no vaciló.

—Sí, señor. Haga caso omiso de todos los informes automáticos remotos. En el área de Livermore utilice comunicaciones de alcance visual directo, sin retransmisiones. Tenemos mucha gente en tierra y muchos aviones. Es posible que perdamos parte de nuestro equipo al hacerlo, pero debemos tener un reconocimiento físico que pueda conocer el menor movimiento que tenga lugar. Para los sitios muy lejanos, Asia en especial, estamos obligados a utilizar los satélites, pero los vamos a usar sólo para comunicaciones de voz y de vídeo, no para datos ya procesados —lo dijo de un tirón, casi sin poder respirar.

—De acuerdo. Lo haré tal como usted dice. Quiero que usted permanezca aquí, pero no dé órdenes a Maitland.

Les costó casi veinte minutos pero, por fin, Maitland y sus analistas dispusieron de un sistema provisional de barridos visuales desde aviones, que les proporcionaba algo parecido a una completa supervisión del valle cada treinta minutos.

Por desgracia, muchas de las aeronaves no iban equipadas con sensores sofisticados. En muchos casos, las observaciones se hacían a simple vista. Sin infrarrojos y sin radar de observación lateral, en los profundos barrancos se podía ocultar casi cualquier cosa. Por esta razón, Maitland y su gente estaban muy preocupados. Durante los años veinte, habían dejado que el antiguo sistema de observación desde el terreno cayera en el olvido y, para sustituirlo, se habían gastado inmensos recursos en el sistema de satélites, porque creían que les podía dar una protección más precisa y aplicable a toda la Tierra. Ahora, al no utilizar este sistema, era como si volviesen a luchar en la Segunda Guerra Mundial.

Maitland señaló hacia el tablero de situación, que sus hombres iban rellenando penosamente con los datos que recibían desde el terreno.

—¿Lo ve? La gente que está allí no ha visto la mayor parte de las concentraciones que veíamos desde los satélites. El enemigo está muy bien disimulado. Sin buenos sensores, nos vamos a quedar sin poder verles.

—De todas maneras, han visto algunas pequeñas escuadras.

Maitland se estremeció.

—Sí, señor. ¿Debo suponer que tenemos permiso para encerrarlas en burbujas?

Había una chispa en la mirada de Avery cuando respondió a su pregunta. Cualquiera que fuera el resultado de las teorías de Lu, los días de Maitland en su empleo estaban contados.

—Inmediatamente.

Una vocecita salió de la terminal del general.

—Señor, tengo algunas dificultades para actualizar el área del paso de la Misión. Dos A-57 han sobrevolado el paso. Ambos dicen que la burbuja que había allí ha desaparecido.

Los ojos de todos ellos se volvieron hacia la pantalla grande. El mapa estaba allí con precisión fotográfica. La burbuja del paso de la Misión, la burbuja de los Quincalleros que casi la había matado la noche anterior, relucía plateada y serena en la pantalla. El sistema de los satélites seguía viéndola o transmitía datos de que la veía.

Había desaparecido. Avery se puso todavía más pálido. Maitland lanzó su aliento a través de los dientes. Aquello era una evidencia directa, incontrovertible. Les habían engañado, les habían tomado el pelo. Y ahora sólo tenían una muy vaga idea de dónde estaba el enemigo en realidad.

—¡Dios mío! ¡Ella tenía razón! ¡La ha tenido durante todo este tiempo!

Della no estaba escuchando. No tenía la sensación de haber ganado. A ella también la habían engañado. Había creído la vanidosa aseveración de los técnicos de que el tiempo mínimo de duración teórica de una burbuja era de diez años. ¿Cómo era posible que se le hubiera escapado una cosa así? «Anoche, ya los tenía, me apostaría cualquier cosa. Tenía a Hoehler, a Wili, a Mike y a todos los importantes. Y he dejado que se escaparan a través del tiempo hasta hoy. Su mente consideraba frenéticamente todas las implicaciones que aquello tenía. Si se podían formar burbujas de veinticuatro horas, ¿por qué no iba a ser posible hacerlas de sesenta segundos, o de un segundo? ¿Qué ventaja podrían obtener los del otro lado con esto? Claro que sí, podrían…».

—¿Señora? —alguien le estaba tocando el codo.

Su atención regresó a la brillantemente iluminada sala de mando. Era el ayudante de Maitland. El general le acababa de hablar. Los ojos de Della enfocaban a los dos ancianos.

—Lo siento. ¿Qué decía usted?

La voz del general era átona, pero no hostil. Hasta la sorpresa había desaparecido de él. Todo aquello en que había confiado, acababa de traicionarle.

—Acabamos de recibir una llamada por la red de los satélites. Máxima prioridad, y en clave de máxima seguridad.

Esto sólo podía proceder de un director, y no había más que otro director superviviente. K. T., en China.

—El que llama quiere hablar con usted. Dice que se llama Miguel Rosas.

Capítulo XXXVII

Mike conducía. Cincuenta metros delante de él, casi tragado por la niebla, podía ver el otro vehículo oruga. En él iban Paul, Wili y Allison, ésta sentada frente a los mandos. Era muy fácil ir detrás, hasta que Allison se salió de la ancha carretera. Tuvo que bajar una colina demasiado aprisa y poco faltó para que perdiera el control.

—¿Está usted bien? —la voz de Paul sonaba con ansiedad en su oído. Había establecido el enlace por láser unos pocos segundos antes.

Mike invirtió los controles del comunicador.

—Sí. ¿Pero por qué hay que bajar la colina por la vía directa?

—Lo siento, Mike —parecía Jill, pero era Allison—. Habría sido mucho peor si hubiéramos bajado en diagonal. Las cadenas podrían haber patinado.

Corrían por el campo abierto. El anillo de periscopios no era tan bueno como hubiera sido un holo de visión circular, pero el conductor tenía la impresión de que asomaba su cabeza al exterior. El estruendo de su motor enmascaraba los ruidos normales de la mañana. Excepción hecha de sus bandas de rodaje y de un cuervo que pasó volando por la niebla, nada se movía. La hierba estaba marchita y tenía el color de oro. La tierra que había debajo de ella era blanca y arenosa. Algún que otro roble enano asomaba entre la niebla y obligaba a Allison, y luego a Mike, a desviarse. Debería haber podido oler el rocío de la mañana sobre la hierba, pero los únicos olores que percibía eran de gasoil y pintura.

Por fin, la niebla matutina empezó a levantar. El color azul empezaba a verse por arriba. Luego el color azul se transformó en cielo. Mike se sentía como el nadador que sale a la superficie de un mar de aguas turbias y que, al fin, puede ver las colinas lejanas que están más allá del agua.

Aquello era la guerra, y era mucho más fantástico que cualquier película antigua.

Esferas de plata flotaban, a docenas, por los cielos. A lo lejos, los reactores de la Paz eran como gusanos oscuros que

dejaran un rastro de vapor sucio. Caían en picado y volvían a elevarse. Sus picados se remataban en destellos de color, cuando bombardeaban las infiltraciones de los Quincalleros en la parte más lejana del valle. Las bombas y el napalm ardían con colores naranja y negro en medio del mar de niebla. Vio cómo uno de los aviones que picaban se convertía en una esfera plateada, que continuó la trayectoria hasta el suelo. Tal vez el piloto se despertaría algunas décadas después, como le había sucedido a Allison, y se preguntaría qué había sido de su mundo. Éste fue un tiro de suerte. Mike sabía que los generadores de los Quincalleros eran pequeños, incluso menos potentes que aquel que Wili había llevado a Los Ángeles. Su alcance de precisión era de unos cien metros, y la burbuja mayor que podían generar era de cinco a diez metros de diámetro. Pero, por otra parte, podían usarse como armas defensivas. Según las últimas informaciones que había obtenido Mike, los Quincalleros del Área de la Bahía habían conseguido una duración mínima de quince segundos, si esto se mejoraba un poco más sería posible utilizar tácticas de «cámara lenta».

Aquí y allá, asomando entre la niebla, había burbujas clavadas en el suelo. Eran vehículos blindados de la Paz encerrados durante la lucha de la noche anterior, o eran Quincalleros que habían sido atrapados por el generador monstruo del valle. La única diferencia residía en el tamaño.

La parte delantera de su vehículo se inclinó peligrosamente hacia abajo. Mike lanzó un gruñido de

sorpresa, y volvió a conducir con toda su atención. Cruzó el pequeño valle a velocidad mucho más lenta. El otro blindado ya estaba casi al otro lado, cuando el de Mike llegó a la hondonada, por donde corría una pequeña corriente de agua que tuvo que cruzar. Casi volcó al ascender por la ladera siguiente. Apretó el acelerador a tope. La potencia repentina hizo chirriar las bandas de oruga. El blindado llegó rápidamente hasta la cima, asomó la nariz y cayó estrepitosamente al otro lado.

—Atención a aquellos árboles que tenemos delante. Pararemos allí unos minutos —era la voz de Wili.

Mike siguió al otro vehículo hasta un grupo aislado de retorcidos robles. Muy lejos, por el valle de Livermore, dos oscuros mosquitos se separaron del enjambre general, que sobrevolaba a los Quincalleros, y se dirigían a cubierto. Tal vez era por este motivo que Wili quería ponerse a cubierto. Mike miró las poco tupidas ramas y se preguntó qué clase de protección les podrían dar en realidad. Incluso el sensor térmico de la clase más primitiva podría descubrir que estaban parados allí, con los motores calientes.

Los reactores pasaron rugiendo a unos dos mil metros hacia el oeste. Su atronador ruido se fue disipando hasta desaparecer. Mike volvió a mirar hacia el valle de Livermore.

En los sectores donde la lucha era más intensa, aparecían continuamente nuevas burbujas brillantes. Con los motores

en ralentí, Mike creyó oír el tronar y retumbar de armas mucho más convencionales. Dos reactores se lanzaron en picado sobre un objetivo oculto y la niebla pareció entrecruzada por los rayos láser. Su objetivo probó algo nuevo. Una enorme cantidad de pequeñas burbujas, tan pequeñas que apenas podían ser vistas a tal distancia, aparecieron sobre los aviones y el suelo. Vio unos relámpagos llenos de estrellas rojas cuando los haces de energía se reflejaron repetidamente en las múltiples superficies especulares. Era muy difícil decidir si aquello podía ser un escudo eficaz. Pero entonces se dio cuenta de que los reactores empezaban a oscilar y se apartaban de su picado. Uno de ellos explotó. El otro fue dejando un rastro de humo y llamas que dibujó un arco hasta el suelo. Mike consideró entonces lo que le podía pasar a un reactor cuando aspiraba una docena de burbujas de dos centímetros.

La voz de Wili le habló nuevamente:

—Mike. Los de la Paz van a descubrir que hemos falseado los datos que reciben desde sus satélites.

—¿Cuándo? —preguntó Mike.

—De un momento a otro. Han empezado a hacer los reconocimientos con aviones.

Mike miró a su alrededor y, de pronto, deseó no estar motorizado. Sería mucho más fácil esconder una persona que a un vehículo acorazado.

—O sea que ya no podemos confiar en que seamos «invisibles».

—No es esto. Podemos quedar disimulados. También estoy hablando con el control de la Paz que está en la línea de visión directa.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una voz profunda de hombre. Mike se sobresaltó, pero luego vio que no estaba hablando directamente con Wili. El simulador tenía un perfecto acento de Oregón, aunque el léxico era todavía el de Wili. Había que suponer que aquello no se iba a notar en el fragor del combate. Intentó imaginar las múltiples imágenes que Wili estaría lanzando a amigos y enemigos.

—Creen que somos parte de las fuerzas de reconocimiento de la Paz. Tienen otros catorce orugas distribuidos por la zona interior. Mientras sigamos sus instrucciones, no nos atacarán. Y quieren que nos acerquemos más.

Acercarse más. Si Wili conseguía acercarse otros cinco mil metros, ya podría rodear con una burbuja al generador de la Paz.

—Está bien. Sólo dime hacia dónde tengo que ir.

—Eso haré, Mike. Pero antes quiero que haga otra cosa.

—Cuenta con ello.

—Voy a darle una comunicación vía satélite con el alto mando de la Autoridad. Llámeles. Insista en hablar con Della Lu. Cuéntele todo lo que sabe de nuestros trucos.

Las manos de Mike se crisparon sobre las palancas de dirección.

—¡No!

—Excepto que estamos en estos dos blindados.

—Pero ¿por qué?

—Hágalo, Mike. Si llama ahora, podrá descubrirle nuestro truco del satélite antes de que hayan conseguido la prueba de ello. Tal vez piensen que usted todavía les es fiel. Por lo menos les va a confundir. Cuénteles todo lo que quiera. Estaré a la escucha y podré saber lo que sucede en su centro. Por favor, Mike.

Mike apretó los dientes.

—De acuerdo, Wili. Pon la comunicación.

***

Allison Parker se sonreía interiormente. No había conducido uno de aquellos vehículos desde hacía tres años (cincuenta y tres, si contaba los años como lo hacía el resto del universo). En aquel tiempo, había considerado que era un despilfarro del dinero de los contribuyentes hacer que los especialistas en reconocimientos tuvieran que hacer práctica con un equipo de seguridad local. La justificación de aquello había sido que cualquiera que recogiera información debía estar familiarizado con la perspectiva desde el suelo de los problemas de seguridad y de ocultación. Llegar a ser un conductor de tanque le había resultado divertido, pero no había esperado estar de nuevo dentro de uno de aquellos artefactos.

Y, sin embargo, allí estaba. Allison aceleró los motores, y el carro blindado casi salió volando de su escondite. Recordaba aquellas colinas, a pesar de las esferas que estaban inmóviles en el aire y del napalm que se veía arder a lo lejos. Hay algunas cosas que el tiempo no puede cambiar. Su camino corría paralelamente a una alineación de estructuras de hormigón parecidas a montones de piedras. Eran las ruinas de las líneas de energía eléctrica que antes habían cruzado todo el valle. Y además, ella y Paul habían ido andando precisamente por allí, hacía mucho tiempo.

Intentó librarse de los recuerdos dolorosos que se estaban superponiendo a la realidad de aquellos momentos. El Sol acababa de eliminar la niebla de la mañana. Pronto, aquel escondite, que los Quincalleros estaban aprovechando con

tan buenos resultados, habría dejado de serlo. Si para entonces los Quincalleros aún no habían ganado, ya no podrían hacerlo jamás.

En su auricular, Allison oía una voz extraña que estaba dando su posición al centro de mando de la Paz. Era fantástico. Sabía que, en último extremo, el mensaje salía de Wili. Pero éste estaba sentado exactamente detrás de ella y no había dicho ni palabra. La última vez que le había mirado parecía estar dormido.

El engaño funcionaba bien. Estaban haciendo lo que el control de la Paz les ordenaba hacer y, de esta forma, cada vez se iban acercando más y más al perímetro del área de seguridad interior.

—Paul, por lo que pude ver a través de los satélites, ha de estar a sólo unos seis mil metros al norte de aquí. Llegaremos allí dentro de un par de minutos. ¿Será suficiente? —Paul tocó su conector de cuero cabelludo y pareció que estaba pensando.

—No. Tendríamos que estar parados durante casi una hora para poder lanzar una burbuja desde esta distancia. La distancia óptima sigue siendo todavía la de cuatro mil metros. Yo, mejor dicho; Wili, ha escogido ya un sitio. Él y Jill están haciendo los cálculos preliminares suponiendo que podamos llegar hasta allí. Pero, incluso entonces, necesitará unos treinta segundos más cuando hayamos llegado.

Después de unos instantes Paul añadió:

—Dentro de un par de minutos abandonaremos nuestro engaño. Wili dejará de transmitir y tú deberás conducir a toda velocidad, directamente hacia el generador de la Paz. —Allison miró a través de los periscopios de su torreta. El vehículo oruga estaba tan cerca al perímetro de seguridad que las torres y cúpulas del Enclave le impedían la visualidad hacia el norte. El Enclave era una ciudad, y su embestida final habría de llevarles hasta el interior de sus límites—. Seremos un blanco muy fácil para ellos. —Su frase fue subrayada por el creciente rugido de un reactor de alas muy cortas que pasó por encima de ellos, casi rozándoles. No lo había visto ni oído hasta un instante antes. Pero el avión no estaba bombardeando, hacía un reconocimiento a baja altura, a menos de cien metros por segundo.

—Tenemos una buena oportunidad —dijo Paul—. Acabo de hablar con los Quincalleros que van a pie. Ahora todos conocen el emplazamiento del generador de la Paz. Algunos de ellos han llegado muy cerca, más cerca que nosotros mismos. No tienen nuestros aparatos, pero la Autoridad no puede saberlo con certeza. Cuando Wili de la señal, saldrán de sus escondites y atacarán hacia el interior.

La guerra se había extendido mucho más allá de sus vehículos oruga, mucho más allá incluso del valle de Livermore. Paul anunció que una batalla muy parecida se estaba librando en China.

Pero a pesar de todo, la victoria o la derrota parecía depender de lo que iba a ocurrirle a aquel blindado en los siguientes minutos.

Capítulo XXXVIII

Della se colocó el auricular y ajustó el micrófono a su garganta. La atención de Avery, la de Maitland y la de todos los que estaban cerca se centraba en ella. Nadie, con excepción de Hamilton Avery, había oído hablar de Miguel Rosas, pero sabían perfectamente que no debía estar en un canal de máxima seguridad.

—¿Mike?

Una voz muy conocida llegó hasta el auricular y el altavoz del terminal.

—Hola, Della. Tengo que comunicarte algunas novedades.

—El que me llames por este canal ya es una gran novedad. Esto demuestra que los tuyos han descifrado nuestro sistema de comunicaciones y de reconocimientos.

—Has acertado a la primera.

—¿Desde dónde estás llamando?

—Desde la cresta de la colina que está hacia el suroeste respecto a tu posición. No quiero hablar más porque no me fío de tus amigos. Pero el caso es que aún me fío menos de los míos —esto último lo dijo en voz muy baja, casi ininteligible—. Oye, hay algo más que no sabes. Los Quincalleros conocen con toda exactitud dónde está escondido vuestro generador.

—¿Qué? —Avery se dio la vuelta rápidamente, miró al tablero de situación, e hizo una seña a Maitland de que lo hiciera comprobar.

—¿Cómo pueden saber esto? ¿Tenéis espías? ¿Habéis colocado dispositivos de localización?

La risa forzada de Mike, al salir del altavoz parecía tener ecos.

—Es una historia muy larga. Della. Cuando te lo cuente te vas a sorprender. La antigua Fuerza Aérea de los Estados Unidos ya lo había localizado, sólo que no pudo llegar a tiempo para evitar que os apoderaseis del mundo. Los Quincalleros tropezaron con este secreto hace tan sólo unas semanas.

Della miró interrogativamente a Avery, pero éste estaba mirando hacia el terminal, por encima del hombro de Maitland. La gente del general estaba en un estado frenético, escribiendo preguntas y anotando resultados. El general miró al director.

—Es posible, señor. La mayor parte de las infiltraciones son al norte y al oeste del Enclave. Pero las que están más próximas, en el límite de la zona interior, son también las más cercanas al generador. Parece ser que, efectivamente, tienen una preferencia por aquel sector.

—Esto puede ser el resultado de nuestra vigilancia más intensiva en aquella área.

—Sí, señor —pero ahora la voz de Maitland no tenía ningún tono de complacencia. Avery asintió a sus propias palabras aunque ni él mismo había creído su propia explicación—. Muy bien. Concentre la aviación táctica en aquel sector feo que ya tiene dos vehículos blindados recorriendo el límite de la zona. Manténgalos allí. Envíe otros más. También quiero que sitúe allí toda la infantería que tengamos.

—Correcto. Cuando los hayamos localizado dejarán de representar cualquier amenaza. Tenemos toda la potencia de fuego.

Della habló nuevamente a Mike.

—¿Dónde está Paul Hoehler, el hombre al que llamáis Naismith?

Avery se quedó rígido cuando oyó la pregunta, y su atención volvió a dirigirse hacia ella. Era casi un imperativo ineludible para él.

—Mira, en realidad no lo sé. Me tienen colocado aquí como si fuera un retransmisor de información, porque muchos de los nuestros no tienen receptores vía satélite.

Della cortó la comunicación y dijo a Avery:

—Creo que miente, director. Nuestro único poder sobre Mike Rosas es su odio hacia algunas capacidades de los Quincalleros, particularmente la biociencia. Se resistiría mucho a herir a sus amigos personales.

—¿Conoce a Hoehler? —Avery parecía asombrado de haber encontrado a alguien que estuviese tan próximo a su máximo antagonista—. Si sabe dónde está Hoehler… —su mirada se quedó desenfocada—. Tiene usted que arrancárselo como sea, Della. Desconecte el altavoz y siga hablando con él. Prométale todo lo que quiera, dígale lo que sea, pero encuéntreme a Hoehler.

Con un visible esfuerzo se volvió hacia Maitland.

—Comuníqueme con Tioulang, en Beijing. Lo sé, lo sé. Nada es seguro —su sonrisa tenía una mueca casi macabra—

. Pero me importa muy poco que sepan lo que tengo que decirle.

Della volvió a coger el enlace con Mike. Ahora que se había desconectado el altavoz, su voz sólo llegaría a su oído. Y con su laringófono, lo que ella hablara sería inaudible para los que la rodeaban.

—Esto es sólo para ti y para mí, Mike. Los peces gordos creen que ya han obtenido de ti todo lo posible.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué crees?

—Estoy segura de que un elevado, aunque desconocido, porcentaje de lo que dices es mentira.

—Ya lo suponía, pero todavía sigues hablando conmigo.

—Creo que los dos estamos seguros de que si hablamos, cada uno de nosotros podrá enterarse de más cosas que el otro. Además… —su mirada se quedó fija en la caja del disparador de Renacimiento, que estaba en una mesa delante de Hamilton Avery. Con una pequeña parte de su atención iba siguiendo lo que Avery estaba diciendo a su equivalente en Beijing—. Además, no creo que podáis saber contra qué estáis luchando.

—Acláramelo.

—El objetivo de los Quincalleros es encerrar en una burbuja el generador de Livermore. El ataque a Beijing tiene el mismo propósito. Me parece que no te das cuenta de que si llegásemos a considerar que la Paz estuviera realmente en peligro, podríamos encerrarnos en una burbuja nosotros mismos para continuar la lucha unas cuantas décadas después, en el futuro.

—Igual que la jugada que os hicimos en el paso de la Misión.

—Sí. Pero a escala muchísimo mayor.

—Bueno. No os iba a servir de mucha ayuda. Los nuestros os estarían esperando, y sabrían dónde estaríais. La potencia de la Autoridad no está sólo en Livermore y Beijing. Necesitáis también vuestra industria pesada.

Della se sonrió para ella misma. Las frases de Mike eran una admisión tácita de que seguía siendo un Quincallero, había sufrido algunas decepciones, que ella podría averiguar si le daban un poco de tiempo, pero ninguno de los dos intentaba demostrar lealtades que no tenían. Había llegado el momento de que ella le diera alguna información, que, por otra parte, no les iba a servir para nada.

—Hay unas cuantas cosas que no sabes. La Paz tiene más de dos generadores de burbujas.

Hubo unos momentos de silencio entre ellos.

—No creo esto que dices. ¿Cuántos hay?

Della rió quedamente. Maitland le lanzó una mirada y luego volvió a ocuparse de su terminal.

—Esto es un secreto. Hemos trabajado en ello desde que sospechamos que había infiltraciones de espías de los Quincalleros. Sólo muy poca gente está enterada, y nunca hablamos de ello utilizando nuestra red de comunicaciones. Más importante que su número son sus emplazamientos, no os enteraréis de nada al respecto hasta que os ataquen.

Un largo silencio. Della se había anotado un punto.

—¿Y qué otras cosas hacen que la Paz no pueda ser derrotada?

Había sarcasmo y algo más en sus palabras. En medio de la frase, su voz había parecido que se quebraba. Era como si hubiera levantado algo del suelo. Como era usual en las comunicaciones que se hacían por un canal que tuviera una elevada seguridad de cifrado, no había ruidos de fondo. Pero las transcripciones de las señales habían dejado en su voz lo suficiente para reconocer las entonaciones y algo que no eran palabras, como aquel suspiro repentino. El sonido, casi era un gruñido, no se volvió a repetir. Debía intentar que siguiera hablando un poco más.

Había un secreto que podía conseguir. Renacimiento. Además era algo que le debía a él, que quizá debía a todo el enemigo.

—Debes saber que si nos obligáis a ello, no vamos a permitir que os estéis haciendo más potentes durante nuestra ausencia. La Autoridad (por una vez, se le atragantaba llamarla la Paz) ha colocado bombas nucleares en el valle. Y también las tenemos montadas en cohetes. Si nos metemos en una burbuja, entonces vuestra preciosa cultura Quincallera retrocederá, a fuerza de bombas, a la Edad de Piedra, y nosotros volveremos a reconstruirlo todo cuando regresemos.

Otro largo silencio. ¿Estará hablando con alguien? ¿Habrá cortado la conexión?

—¿Mike?

—Della, ¿por qué estás a su lado?

Ya se lo había preguntado en ocasiones anteriores. Della se mordió los labios.

—Yo… Yo no he intervenido en lo de Renacimiento, Mike. Creo que podremos ganar sin llegar a esto. El mundo ha tenido las décadas más pacíficas de toda la historia de la humanidad. Cuando tomamos el mando, la raza estaba al borde del precipicio. Tú ya lo sabes. Los estados nacionales eran ya bastante malos. Si se les hubiera dejado a su aire

habrían destrozado la civilización. Pero lo peor era que gracias a lo baratas que habían llegado a ser las armas, algunos grupos pequeños, de los que unos eran razonables pero otros eran monstruosos, podrían haberlas conseguido. Si ya era difícil que el mundo pudiera sobrevivir a una docena de naciones asesinas, ¿cómo hubiera podido sobrevivir frente a miles de individuos psicóticos con bombas de radiación y plagas bélicas? Ya sé que comprendes lo que estoy diciendo. Tú sentías lo mismo en relación con la biociencia. Hay otras cosas igualmente malas, Mike.

Se calló de pronto, preguntándose quién estaba manipulando a quién. Y de repente se dio cuenta de que Mike, el enemigo, era una de las pocas personas que podía comprender las cosas que ella había hecho. Y de que, tal vez, Mike era la única persona, aparte de ella misma, cuya desaprobación podía preocuparle.

—Lo comprendo —dijo la voz de Mike—. Tal vez la historia dirá que la Autoridad dio tiempo a la raza humana para que se salvara mediante el desarrollo de unas instituciones nuevas. Habéis tenido cincuenta años, y no todo ha sido malo. Pero no importa lo que cada uno de nosotros quiera, esto se ha acabado. Este Renacimiento sólo lograría destruir todo lo bueno que habéis hecho —su voz había vuelto a fallar.

—No te preocupes. Vamos a ganar rápida y correctamente, y no habrá Renacimiento.

Della miraba el tablero general. Uno de los blindados se dirigía hacia el interior del perímetro, directamente hacia el Enclave. Della cortó la recepción en audio y recabó la atención del ayudante de Maitland. Hizo una seña interrogativa hacia el símbolo del blindado en el tablero.

El coronel se inclinó hacia adelante, desde su silla, y dijo en voz baja:

—Han visto Quincalleros dentro del perímetro. Les están persiguiendo.

El símbolo se desplazaba a saltos cada vez que se actualizaba su posición mediante el control manual al que habían quedado limitados. De repente, el símbolo del vehículo blindado desapareció del tablero. Avery dio un respingo. Uno de los analistas miró a sus pantallas y dijo casi inmediatamente:

—Hemos perdido la comunicación por láser. Les habrán envuelto en una burbuja o tal vez hayan desaparecido del campo visual.

Era posible. El terreno era accidentado, incluso dentro de los límites del Enclave. Conducir una oruga sobre semejante terreno debía ser muy excitante… ¡Y entonces Della descubrió el misterio de la voz de Mike!

—Señor director —su grito se elevó por encima de todas las otras voces—. Este tanque no busca al enemigo. ¡Él es el enemigo!

Capítulo XXXIX

Cuando conducían paralelamente al perímetro del muro, el terreno no era tan escabroso. Pero cuando giraron hacia dentro, la cosa fue muy diferente. Había un sistema de fosos que corría paralelamente por fuera de la verja. Y detrás de ésta estaba el interior del Enclave. Allison se arriesgaba a mirar de vez en cuando. Era como el futuro que siempre había imaginado: espirales, edificios elevados y anchas franjas de verde. Paul decía que las tropas de tierra de la Autoridad estaban por aquel área, pero hasta el momento todo aparecía tranquilo y abandonado.

¡Un momento! Aparecieron tres hombres que corrían saliendo de los fosos. Se detuvieron unos instantes delante de la valla, que de algún modo pudieron atravesar. Dos de ellos llevaban unas pesadas mochilas. Eran sus aliados

Quincalleros. Uno agitó su mano en dirección a los blindados, y los tres desaparecieron entre los edificios.

—Gira aquí. Síguelos hacia dentro —dijo Paul—. Wili ha dicho al mando de la Paz que les estamos persiguiendo de cerca.

Allison tiró de una de las palancas de dirección y empujó a la otra. El vehículo giró en redondo sobre sus orugas al rodar una de ellas hacia atrás y la otra hacia adelante. Por medio del periscopio lateral pudo ver que el vehículo de Mike se dirigía hacia el norte. Sin duda, Wili le habría dicho que no se desviara.

Saltaron hacia delante a toda velocidad mientras sus motores rugían con fuerza. Al lado de Allison, Paul estaba jadeante. La marcha a treinta kilómetros por hora, a campo través y por un terreno tan accidentado, era peor que hacer acrobacias aéreas. El vehículo cayó hacia adelante mientras frente a ellos no veían más que cemento. Saltaron por encima del borde del foso y cayeron hasta su fondo. Sus cinturones de seguridad no pudieron absorber completamente el golpe. Por un momento, Allison quedó aturdida y sus manos permanecieron inmóviles sobre los controles en posición de avance rápido. El vehículo oruga subió por la pared más alejada y se quedó un instante al final de la rampa, como si dudara entre seguir hacia arriba o caer hacia atrás.

Fueron a chocar contra lo que había al otro lado, derribando la valla. Si allí había algún tipo de defensas automáticas, debían haber quedado inutilizadas momentáneamente.

Cuando Allison logró alejarse de los escombros de cemento y de hierro, se atrevió a mirar a Paul.

—¡Dios mío!

Paul estaba caído hacia adelante y tenía la cara manchada de sangre. Delante de él, la pared estaba salpicada de rojo. No se había atado correctamente.

Allison hizo disminuir la velocidad del blindado. Se volvió hacia atrás, y vio que el muchacho seguía en estado comatoso.

—¡Wili! ¡Paul está herido!

Una voz femenina chilló en su oído:

—¡Por tu culpa, maldita bruja, estúpida!

Wili se retorció y su cara dio signos de aturdimiento, como la de alguien que intentara despertar de un profundo sueño.

Pero si se despertaba, si su concentración se interrumpía, morirían todos sus sueños.

—Guía, Allison, Por favor, conduce —la voz artificial de Wili sonaba muy fría en su auricular—. Paul… Paul desea esto más que a nada en el mundo.

Detrás de ella, la verdadera voz del muchacho era un gemido apagado. Y Paul seguía completamente inmóvil.

Allison se desentendió de todo, excepto de su misión. Estaba en una calle pavimentada. Pisó a fondo el acelerador, con lo que lograron alcanzar los setenta kilómetros por hora. Sólo veía una imagen fugaz de los edificios que estaban a ambos lados. Al parecer eran edificios residenciales mucho más lujosos que los de su tiempo. Estaban deshabitados. Llegaron a un cruce. Por encima de los tejados de las residencias de varios pisos, las torres que estaban en el centro del Enclave no parecían estar más cerca que antes.

La voz de Wili prosiguió:

—A la derecha del cruce. Luego a la izquierda y luego también a la izquierda. Unos soldados de a pie vienen por el este. Por ahora siguen creyendo que somos de los suyos, pero voy a cortar el enlace por láser, ahora —Allison giró bruscamente al llegar a la esquina—, y no van a tardar en adivinar quiénes somos.

Siguieron así durante algunos minutos. Era como si se tratara de un programa ordinario de órdenes verbales. Gira

a la derecha. Gira a la izquierda. Más despacio. Mantente cerca de la acera.

—Quinientos metros. Entra por el callejón. Nos siguen de cerca. Se acercan unos cazas. No nos pueden localizar con suficiente precisión para poder encerrarnos en una burbuja. El que nos descubra tiene orden de tirar contra nosotros.

Se calló otra vez mientras Allison conducía expertamente por el callejón. Paul aún no daba señales de vida.

—Vive todavía, Allison. Todavía puedo oírle un poco.

A través del periscopio delantero tuvo una fugaz visión de algo oscuro y veloz que cruzaba la estrecha faja de cielo que se veía entre los edificios.

—Métete a cubierto debajo de aquel lugar. Para. Acelera para cargar las baterías. Necesito treinta segundos para introducir las coordenadas locales y ya estaré preparado para disparar.

Inmediatamente después de detenerse, Allison se libró de sus sujeciones y se inclinó sobre Paul.

—Ahora vete. Necesito pensar. Llévate a Paul. Salva a Paul.

Miró al muchacho que aún no había abierto los ojos. Estaba más abstraído que otras veces.

—Pero, Wili…

Su cuerpo se retorció y su voz sintética sonó, con enfado, en su oído.

—Necesito tiempo para pensar, y no lo tengo. Vienen sus aviones. Vete. ¡Vete de una vez!

Allison liberó a Paul y le sacó el conector de cuero cabelludo. Respiraba, pero sus facciones estaban inmóviles. Accionó el cierre de la puerta posterior, rezando para que nada se hubiera descompuesto al caer al foso. La puerta se abrió de golpe y entró el aire fresco de la mañana, junto con el ruido mucho más intenso de los motores.

Se arrancó sus comunicadores y consiguió cargar el cuerpo del anciano sobre su hombro. Cuando, con un traspié, pasó junto a Wili, advirtió que los labios de éste se movían. Se inclinó sobre él para escucharle. El muchacho musitaba:

—Corre, corre, corre, corre…

Allison hizo todo lo que pudo.

Capítulo XL

Nadie pudo comprender el conflicto mejor que Wili. Paul, aun cuando estaba conectado con Jill, sólo podía tener una visión de segunda mano. Y aparte de Paul, no existía nadie que pudiera tener más que fragmentos del cuadro general. Era Wili el que dirigía la parte de la función de los Quincalleros, y, hasta cierto punto, manipulaba también la de la Paz. Sin las órdenes dadas con la voz de Paul, las miles de operaciones distintas que se efectuaban sobre la Tierra habrían estado tan desperdigadas en el tiempo y en sus efectos que la Autoridad hubiera tenido muy pocos obstáculos, para seguir con su propio sistema de control.

Pero Wili sabía que su tiempo se acabaría muy pronto.

Por medio de la cámara de reconocimiento del blindado vio cómo Allison y Paul se perdían entre las residencias de

los potentados. Sus pasos se iban apagando en los micrófonos del exterior. ¿Llegaría a saber si Paul se había salvado?

Más allá del cielo que se veía a través de la corta separación que había entre los lados del callejón, flotaba un satélite de la Paz. Uno de los motivos por el que había escogido tal sitio para detenerse era para tener aquella línea de mira. Noventa segundos después, la radioestrella se ocultaría detrás de los curvados aleros de madera y sin ella perdería el enlace con el satélite de altitud sincrónica y, como última consecuencia, su control mundial. Sería sordo, mudo y ciego. Pero noventa segundos después ya no importaría. Él y los otros Quincalleros iban a ganar o perder en sesenta segundos.

Todo el sistema había sufrido un colapso cuando Paul quedo sin sentido. Jill había cesado de responder. Durante algunos minutos, Wili había luchado con todos los cálculos de alto nivel. Ahora Jill volvía a estar en línea. Casi había terminado con los cálculos de las coordenadas locales. Los condensadores debían quedar cargados a tope pocos segundos después. Wili inspeccionó el mundo por última vez.

Desde la órbita vio que la dorada mañana se extendía a través de California del Norte. El valle de Livermore brillaba a causa de un falso rocío, que en realidad estaba formado por docenas, tal vez centenares de burbujas. Los humanos

que no tuvieran ayuda técnica, necesitarían muchas tomas diferentes del mismo cuadro para comprender lo que Wili veía de una sola vez.

Había tropas de infantería a unos dos mil metros al este de él. Se habían ido alejando. Era obvio que no sabían dónde estaba. El complicado itinerario que había dictado a Allison le permitiría estar a salvo, al menos, unos cinco minutos.

Algunos reactores habían sido retirados del lado norte del valle. Vio cómo desfilaban por delante del paisaje a casi cuatrocientos metros por segundo. Constituían el peligro principal. Le podrían ver antes de que los condensadores estuvieran cargados. No había manera de desviarles ni de engañarles. Los pilotos habían recibido instrucciones de usar sus propios ojos para encontrar al blindado, y destruirlo. Suponiendo que pudieran fallar siempre podrían dar su situación para que el generador de Livermore se ocupara de él.

Wili mandó rápidamente un último mensaje a los equipos de Quincalleros que estaban en el valle. La voz de Paul anunció el inmediato objetivo del generador de burbujas y asignó nuevas misiones. Debido a los engaños de Wili habían tenido muy pocas bajas, pero ahora iba a ser diferente. Les explicó lo que había sabido acerca de Renacimiento y cambió sus desplazamientos hacia donde estaban los cohetes que había localizado. Consideraba cuántos se sentirían traicionados al enterarse de lo de Renacimiento, y

hubieran deseado que él, Paul en realidad, hubiera anulado el asalto. Pero si Paul hubiese estado realmente allí, y podido pensar tan rápido como Wili, habría actuado de la misma manera.

Debía acabar con la Paz rápidamente para que Renacimiento también muriese.

Wili pasó de uno a otro satélite, hasta que pudo mirar a Beijing, donde era medianoche. A falta de la supervisión próxima de Wili, la lucha había sido mucho más sangrienta. Había burbujas diseminadas entre las ruinas de la antigua ciudad, pero también se veían cuerpos caídos. Cuerpos que ya no volverían a vivir. Los Quincalleros chinos tenían que acercarse mucho, porque no disponían de un generador tan potente como el del procesador Jill/Wili. Pero, a pesar de ello, iban a ganar. Wili había conducido a aquellos equipos a menos de mil metros del generador de burbujas de Beijing. Les dio un último consejo porque había advertido un hueco de la defensa.

Transmitidos los mensajes, o en proceso de transmisión, sólo le quedaba por terminar su propia misión. La misión de la que dependía todo lo demás.

Desde muy arriba. Wili vio que un avión barría el callejón hacia el sur (su estampido sónico dio contra el blindado, pero los sentidos de Wili estaban cerrados y apenas se

enteró). El piloto debía haberle visto. ¿Cuánto tardaría en hacer la siguiente pasada para bombardearle?

El gran generador de burbujas de la Autoridad estaba a cuatro mil metros al norte de él. Entre él y Jill habían utilizado el método del minimax para tomar la crucial elección de aquella distancia. «Miró» a los condensadores. Faltaban todavía diez segundos para que llegaran a tener la sobrecarga que él necesitaba. ¿Diez segundos? La velocidad de carga iba disminuyendo a medida que se iban acercando al nivel necesario. Fallaba la precaria interfase de conexión al generador eléctrico del blindado. Extrapolación de la curva de fallo. Faltaban treinta segundos para alcanzar la carga.

Los otros aviones habían sido avisados. Wili vio cómo algunos cambiaban su trayectoria. Otra extrapolación. El margen sería muy poco amplio. Se podía salvar por medio de una autoburbuja, que era la forma más sencilla de generar una burbuja. Se salvaría, pero perdería la guerra.

Wili lo vigilaba todo desde un aturdimiento omnisciente. Vigilaba, desde arriba, a la muerte que se aproximaba a su vehículo indefenso.

Algo le dolía. Algo reclamaba su atención. Se relajó, dejó que sus potencias se desviaran… y la imagen de Jill flotó delante de él.

—¡Wili, vete! ¡Todavía puedes salvarte!

Jill le arrolló con una última avalancha de datos, demostrándole que todos los procesos seguirían efectuándose automáticamente hasta el final. Después de esto, le desconectó.

Y, así, Wili se quedó solo dentro del blindado. Miró a su alrededor, con la vista borrosa, dándose cuenta entonces del olor de sudor, de gasoil y del ruido de las turbinas. Accionó el dispositivo de liberación de su arnés, y pudo rodar por el suelo. Apenas si se dio cuenta de que el conector de cuero cabelludo se rompía al arrancarlo. Se puso en pie y salió tambaleándose por la puerta de detrás hacia la luz del sol.

No notó la aproximación de los reactores.

***

Paul se quejaba. Allison no podía saber si intentaba decir algo, o era sólo una involuntaria respuesta al rudo trato que sufría. Con su peso a cuestas, corriendo y tambaleándose, cruzó el callejón en dirección a un patio con paredes de piedra. La reja estaba abierta, no tenía cerradura. Allison apartó de una patada un triciclo de niño y dejó a Paul en el suelo, detrás de la pared que llegaba a la altura de su cintura. Allí estaría a salvo de la metralla, excepto… Miró por encima de su hombro hacia la pared de cristal que estaba al otro lado del patio. Detrás de ella, el suelo estaba alfombrado y

había muebles elegantes. Aquel cristal podría caer a trozos, si el edificio era bombardeado. Empezó a arrastrar a Paul hacia detrás de la mesa de mármol que dominaba aquel patio.

—¡No! ¿Wili, lo consiguió? —luchaba débilmente contra las manos de ella.

El cielo, hacia el norte, mostraba nubes de humo, rastros sucios de los escapes de los aviones, una burbuja errante con la que alguien había fallado un blanco. Pero aquello era todo. Wili no había actuado. El blindado estaba allí, inmóvil, con sus motores todavía en marcha. En algún otro sitio sonaban otras cadenas de oruga.

La onda supersónica era como una pared de ruido que se les viniera encima. Los cristales, a ambos lados de la calle, volaron en mil pedazos hacia el interior de los edificios. Allison vislumbró el avión cuando barría la calle. Su atención se volvió hacia el cielo, escudriñándolo. Un mosquito negro estaba colgado allí, rodeado de la sucia aureola de su escape. No llegaba ningún sonido de este segundo aparato de la escuadrilla que iba directamente hacia ellos. Toda la longitud de la calle, así como el blindado, serían perfectamente visibles para él. Lo observó durante un instante, y se tiró en plancha sobre el embaldosado suelo del patio, al lado de Paul.

No tuvo tiempo ni para maldecir. Y pareció que todo les caía encima.

Allison no perdió el conocimiento, pero durante un largo espacio de tiempo no supo dónde estaba. Una muchacha inclinada sobre un anciano, miraba algo rojo que se extendía sobre el hermoso suelo enlosado.

Un millón de cubos de basura cayeron e hicieron ruido a su alrededor.

Allison se tocó la cara, notó el polvo, pero la piel estaba entera. La sangre no era de ella.

¿Estaría Paul malherido?

El anciano la miró. Apartó las manos de ella con un esfuerzo final.

—Allison… ¿Hemos ganado? Por favor… Después de todos estos años de lucha para agarrar a ese bastardo de Avery… —sus palabras se convirtieron en sollozos.

Allison se puso de rodillas y miró por encima de la pared. Toda la calle estaba en ruinas, y todavía seguían cayendo escombros. El blindado había sido alcanzado. Toda su parte delantera estaba destruida. El fuego se iba extendiendo crepitando por lo que había quedado de su combustible. Debajo de las cintas oruga algo verde se quemaba violentamente. Y el cielo, hacia el norte estaba tan vacío

como antes. No había ninguna burbuja en el sitio donde ella sabía que estaba el generador de la Autoridad. La batalla podía durar todavía unas horas, pero Allison ya sabía que ellos habían perdido. Miró al anciano, trató de sonreír.

—Está allí, Paul. Has ganado.

Capítulo XLI

—Hemos cogido uno de los dos vehículos, señor. Las tropas de tierra han traído a tres supervivientes. Están…

—¿Es el que estaba más cerca? ¿Dónde está el segundo blindado? —Hamilton Avery se apoyó sobre la consola, sus manos aparecían pálidas en contraste con la base del teclado.

—No lo sabemos, señor. Tenemos tres mil hombres de a pie en aquel sector. Lo sabremos en cuestión de minutos, si antes el ala táctica no nos informa de lo que sucede. Referente a los tres que hemos cogido…

Avery, enojado, cortó la comunicación. Se sentó súbitamente y se mordió los labios.

—Está llegando demasiado cerca. Lo sé. Todo lo que hacemos parece ser una victoria, pero en realidad es una derrota.

Apretó sus puños y Della pudo imaginárselo chillándose a sí mismo: ¿Qué podemos hacer? En Mongolia, había visto cómo algunos administradores perdían la cabeza y se quedaban incapaces de hacer nada o tenían reacciones de suicidas. La diferencia estaba en que en Mongolia ella había sido el jefe, pero allí…

Avery abrió sus puños con un visible esfuerzo.

—Muy bien. ¿Cuál es la situación en Beijing? ¿El enemigo se ha acercado más que antes?

El general Maitland habló por su terminal. Miró la respuesta sin decir nada, y luego continuó:

—Director, hemos perdido la comunicación con ellos. Los pájaros de reconocimiento indican que el generador de Beijing ha sido envuelto en una burbuja —se detuvo como si esperara alguna explosión por parte de su jefe, pero Avery ya había recuperado su compostura habitual. Solamente un ligerísimo brillo en su mirada atestiguaba su terror.

—Desde luego, esto también puede estar falseado —dijo Avery quedamente—. Intente obtener la confirmación directa por radio. Pero que proceda de alguien a quien conozcamos.

Maitland asintió y empezó a dar la vuelta para alejarse cuando Avery prosiguió:

—Y, general, empiecen los cálculos para envolvernos en una burbuja —distraídamente acariciaba el disparador de Renacimiento que reposaba en la mesa que estaba delante de él—. Puedo darle las coordenadas.

Maitland transmitió la orden de que intentaran la comunicación con Beijing por onda corta, pero él mismo se cuidó de introducir las coordenadas a medida que Avery se las iba dando. Mientras Maitland acababa de introducir el resto del programa, Della se sentó en una silla que estaba detrás del director.

—Señor, esto no es necesario.

Hamilton Avery sonrió con su antigua sonrisa amable, pero no la escuchaba.

—Tal vez no, querida. Éste es el motivo de que estemos buscando la confirmación desde Beijing.

Accionó el resorte que hacía abrir la caja de Renacimiento y apareció un teclado. Una luz roja parpadeaba en la parte superior. Avery manipuló una segunda cubierta, que servía de protección para una especie de pulsador.

—Es curioso. Cuando era niño, la gente hablaba de «apretar el botón» como si existiera un mágico pulsador rojo

que pudiera desencadenar una guerra nuclear. Dudo mucho que tal poder estuviera concentrado en un solo punto. Pero aquí tengo exactamente esto mismo, Della: un gran botón rojo. Hemos trabajado duramente durante estos últimos meses para que resultara efectivo. Ya sabe usted que antes no teníamos tantas bombas nucleares. Nunca habíamos creído que fueran necesarias para mantener la Paz. Pero si Beijing se ha perdido, sólo nos va a quedar este camino.

Miró a los ojos de Della.

—No será tan malo, querida. Lo hemos hecho muy selectivamente. Sabemos dónde están las áreas donde el enemigo se ha concentrado. El hecho de convertirlas en inhabitables no va a tener efectos permanentes sobre nuestra raza.

A su izquierda. Maitland había terminado sus preparativos. La pantalla mostraba el menú habitual, que Della ya había visto en ocasiones anteriores. Incluso para las normas de la Autoridad, parecía anticuado. Era muy probable que el *software* de control que utilizaban no se hubiera cambiado desde los primeros días de la Autoridad.

Maitland había superado todos los códigos de seguridad. En la parte inferior de la pantalla, brillaban intermitentemente unas letras mayúsculas de medida superior a la corriente:

¡AVISO! LOS OBJETIVOS RESEÑADOS SON AMISTOSOS. ¿DEBO PROSEGUIR?

Un simple «sí» bastaría para encerrar en una burbuja el centro industrial de la Autoridad hasta el siglo siguiente.

—Hemos conseguido comunicarnos por onda corta con las fuerzas de la Paz en Beijing, director.

No podían ver quién era el que hablaba, pero podían reconocer la voz del ayudante principal de Maitland.

—Son tropas que proceden de Vancouver. Y unos cuantos de sus miembros son conocidos de algunos de los que están aquí. Por lo menos, hemos podido comprobar que son de los nuestros.

—¿Y? —preguntó inmediatamente Avery.

—El centro del Enclave de Beijing ha sido envuelto en una burbuja, señor. Lo pueden ver desde sus posiciones. La lucha casi ha terminado. Parece ser que el enemigo está agazapado, esperando nuestra reacción. Solicitan instrucciones.

—No tardaré más de un minuto —Avery sonrió—. General, puede usted proseguir con nuestros planes.

Aquel minuto estaba situado a más de cincuenta años en el futuro.

El general tecleó la palabra «sí». El ya familiar zumbido empezó a sonar irregularmente y, una tras otra, las localizaciones de la lista fueron señaladas como encerradas en burbujas: el Enclave de Los Ángeles, el Enclave de Brasilia, el Reducto 001… Con toda rapidez se estaba efectuando lo que ningún enemigo podía hacer ya. Todas las demás actividades cesaron en la sala. Todos estaban enterados de lo que ocurría. El destino de la Autoridad ya estaba trazado. En realidad, la mayor parte de la autoridad había desaparecido del mundo por efecto de aquel acto. Todo lo que quedaba era aquel generador, aquel centro de mando, y los centenares de bombas nucleares que el pequeño botón rojo de Avery podía hacer caer como un nuevo diluvio.

Maitland fijó el último objetivo, y la consola contestó:

¡ÚLTIMO AVISO! LA PROYECCIÓN VA A AUTOINCLUIRSE. ¿CONTINÚO?

Hamilton Avery tecleaba un complicado código de paso a la caja del disparador rojo. Dentro de pocos segundos iba a dar la orden que envenenaría a gran parte de los continentes, y Maitland los encerraría en una burbuja a todos ellos hasta un futuro seguro para la Paz.

Por fin, el espanto que se leía en la cara de Della debió hacer mella en él.

—No soy un monstruo, señorita Lu. Hasta ahora nunca he usado más que la fuerza mínima absolutamente necesaria para defender la Paz. Después de que lance el Renacimiento, estaremos metidos en una burbuja y saldremos a un futuro en que la Paz pueda volver a ser instaurada. Y aunque esto no va a representar más que un instante para nosotros, le aseguro a usted que siempre tendré un sentimiento de culpa por el precio que habremos tenido que pagar —hizo un ademán en dirección a la caja del disparador—. Es una responsabilidad que asumo completamente.

¡Muy generoso por su parte! En un instante pensó si los tipos duros como Della Lu y Hamilton Avery tenían indefectiblemente que acabar racionalizando la destrucción de todo aquello que afirmaban defender.

Tal vez no fuera así en aquella ocasión. Su decisión se había ido forjando durante semanas, desde que supo lo de Renacimiento. Había estado por encima de todo, después de su conversación con Mike. Della miró por toda la sala, deseando poder utilizar su antebrazo. Lo iba a necesitar durante unos pocos minutos. Se tocó el cuello y dijo claramente:

—Te veré luego, Mike.

Una rápida comprensión apareció en el rostro de Avery, pero no tuvo ninguna oportunidad. Con su mano derecha, Della hizo caer de la mesa la caja roja, sacándola del alcance

de Avery. Casi simultáneamente, golpeó la garganta de Maitland con el borde de su mano izquierda, giró sobre sí misma, se inclinó sobre el cuerpo colapsado del general y tecleó:

«Sí».

Capítulo XLII

Wili deambulaba por el césped, con las manos profundamente metidas en sus bolsillos y la cara baja. Dio unas patadas al polvo allí donde la hierba era de color más oscuro. Los nuevos ocupantes no eran muy aficionados a regar, o tal vez las tuberías estaban reventadas.

Aquella parte de Livermore no había sido alcanzada por la lucha. Los que habían perdido se habían retirado pacíficamente después de ver cómo las burbujas se elevaban sobre sus recursos más importantes. Dejando aparte la hierba que se moría, aquello era hermoso, los edificios eran mucho más lujosos de lo que Wili se podía imaginar. A su lado los palacios de los Jonques de Los Ángeles parecían barracas cuando se iluminaban con todas sus luces. Y todavía había más. Todo lo que había allí: aviones, automóviles, mansiones… todo podía ser suyo.

Así es mi mala suerte. Tengo todo lo que siempre deseé, pero he perdido a aquellos que eran más importantes para mí. Paul había decidido retirarse. Era lógico y Wili no estaba enfadado por ello. Pero, de todas formas, le dolía. Wili volvió a pensar en la reunión que acababan de tener hacía media hora. En cuanto había visto la cara de Paul, lo había adivinado. Wili intentó no hacer caso de ello y se apresuró a abordar el tema que supuso iban a tratar.

—Acabo de hablar con los médicos que han llegado en vuelo desde Francia, Paul. Dicen que todas mis vísceras funcionan bien. Me han sometido a todas las pruebas posibles —había tenido que aguantar docenas de pruebas dolorosas e indignantes más graves que las que le habían hecho en Scripps, aunque menos potentes. Los médicos franceses no eran biocientíficos, pero formaban el mejor equipo de médicos que el director de Europa había podido tolerar—, y dicen que aprovecho bien mis alimentos y que estoy creciendo aprisa —sonrió—. Apuesto a que llegaré a medir más de un metro setenta.

Paul se había reclinado en su silla y le había devuelto la sonrisa. El mismo anciano parecía que estaba bien. Había sufrido una grave conmoción cerebral durante la batalla y durante algún tiempo los doctores no habían estado seguros de que pudiera sobrevivir.

—Yo también voy a apostar por ello. Es precisamente lo que estaba deseando. Vas a vivir mucho tiempo y gracias a ello el mundo será mucho mejor. Y…

Su voz se debilitó y no pudo sostener la mirada del muchacho. Wili contuvo la respiración, rogando a Dios que sus sospechas no se confirmaran. Permanecieron en silencio durante un momento interminable. Wili miró a su alrededor intentando aparentar que nada importante iba a decirse. Naismith se había apropiado del despacho de algún pez gordo de la Paz. Gozaba de una preciosa vista de las colinas del sur. Aunque estaba al nivel del suelo, parecía hecho especialmente para el anciano. Las paredes estaban desnudas, aunque se notaba un rectángulo más oscuro en la pared que quedaba enfrente de la mesa de Paul. Allí había habido un cuadro colgado. Wili intentaba pensar en ello.

Por fin, Naismith habló:

—Es curioso. Creo que ya he cumplido mi penitencia por haberles dado ciegamente la burbuja al principio de todo esto. He logrado todo lo que había soñado desde los años en que la Autoridad destruyó el mundo. Pero, a pesar de todo, Wili, voy a retirarme, por lo menos durante unos cincuenta años.

—¡Paul! ¿Por qué? —ahora ya estaba dicho y Wili no pudo evitar que su voz revelara su dolor.

—Por muchas razones. Tengo muy buenas razones —Naismith se inclinó hacia delante, a propósito—. Ya soy muy viejo. Creo que vas a ver cómo muchos de mi generación te abandonan. Sabemos que los biocientíficos de Scripps tienen maneras de ayudarnos.

—Pero debe haber otros. Ellos no pueden ser los únicos que guarden este secreto.

—Tal vez. Los biocientíficos salen a la superficie muy lentamente. No están muy seguros de que la humanidad los acepte, a pesar de que ya hace décadas que terminaron las plagas.

—Entonces, ¡quédate! Espera a ver lo que pasa —Wili no sabía qué podía añadir, pero dio con un motivo que podría ser lo bastante poderoso—. Paul, si te vas, no podrás volver a ver a Allison, y siempre he creído que…

—Has creído que yo amaba a Allison. Que odiaba tanto a la Autoridad por causa de ella, aunque tuviera otros motivos —su voz se atenuó—. Tienes razón, Wili, ¡pero no se lo digas nunca! El hecho de que esté viva, tal como yo la recordaba, es un milagro que supera a todos mis sueños. Pero ella es otra de las razones por las que debo irme, e irme pronto. Es muy doloroso verla cada día; me aprecia, pero casi como a un extraño. El hombre que ella conoció ya murió, y lo que veo en ella es ante todo piedad. Debo huir de esto.

Se interrumpió, y luego prosiguió:

—Hay algo más, Wili. Me pregunto que pasó con Jill. ¿Es que tal vez perdí a la que me pertenecía en realidad? Tengo las pesadillas más locas desde que perdí el sentido. Estaba esforzándose terriblemente para hacer que volviese en mí. Parecía más real que cualquier otra persona y se preocupaba más. Pero no es posible que un programa tenga sentimientos, estamos muy lejos de tener sistemas tan poderosos. Nadie se sacrificó por nosotros.

Pero la expresión de su mirada convertía aquella frase en una pregunta.

Esta misma pregunta se la había hecho Wili muchas veces desde que Jill le había sacado del blindado. Recordó. Había conocido a Jill… usado el programa Jill… durante casi nueve meses. Su proyección había estado con él cuando estuvo enfermo; ella le había ayudado para que aprendiera la programación simbiótica. Algo en lo más recóndito de su mente la había considerado siempre como a una de sus mejores amigas. No intentó suponer cuánto más intensos eran los sentimientos de Paul. Wili recordó la reacción histérica de Jill cuando Paul resultó herido. Había desaparecido de la red de enlace durante unos minutos, y sólo volvió a ella durante el último segundo para intentar salvar a Wili. Jill era muy compleja, tan compleja que fracasaría cualquier intento de hacer una copia de ella. Parte de su «identidad» se derivaba del exacto sistema de

interconexión de procesos que se había desarrollado durante los primeros años que había estado con Paul.

Pero Wili había estado dentro de aquel programa; había visto sus limitaciones, sus faltas de flexibilidad. Movió la cabeza.

—Sí, Paul. El programa Jill no era una persona. Quizás algún día tengamos sistemas lo bastante potentes, pero… Jill no era más… que un simulador.

Wili creía lo que estaba diciendo. Entonces, ¿por qué estaban sentados allí, con los ojos anegados de lágrimas?

El silencio duró un minuto, mientras ambos recordaban un amor y un sacrificio que, en realidad, no había podido existir. Al fin, Wili apartó lo sobrenatural y miró al anciano. Si antes Paul había estado solo, ¿cómo iba a estar ahora?

—Puedo ir contigo, Paul —y Wili no sabía si estaba pidiendo u ofreciendo.

Naismith también se movió y pareció regresar al presente.

—No puedo impedírtelo, pero confío en que no lo harás —sonrió—. No te preocupes por mí. No habría vivido tanto si hubiera sido un loco sentimental. Ahora es tu ocasión. Wili. Has de hacer muchas cosas.

—Sí. Supongo que sí. También está Mike, que necesita… —Wili se interrumpió al ver la expresión de Paul—. ¡No! ¿Mike también quiere irse?

—Sí, pero tardará algunos meses. Ahora Mike no es demasiado popular. ¡Oh, sí! Al final se portó bien. No creo que hubiésemos podido ganar sin él, pero los Quincalleros están enterados de lo que hizo en La Jolla. Y él lo sabe y le resulta difícil vivir así.

—Es decir, que él también se irá.

—No. Por lo menos, ésta no es toda la historia. Mike tiene que hacer algunas cosas. La primera se refiere a Jeremy. Según los registros de Livermore, puedo calcular con pocos días de error la fecha en que el muchacho saldrá de la burbuja. Han de pasar unos cincuenta años. Mike va a salir un año más o menos antes de ello. Acuérdate de que Jeremy está muy cerca de la entrada por el lado del mar, sería muy fácil que cuando la burbuja reviente, alguna roca pudiera desprenderse y le matara. Mike estará allí para asegurarse de que no suceda algo así. Un par de años después, la burbuja que está englobando el generador de Livermore reventará. Mike quiere estar allí cuando esto ocurra. Entre otras cosas, va a estar allí para intentar salvar a Della Lu. Ya sabes que sin ella hubiéramos perdido. Los de la Paz habían ganado, pero sin embargo iban a seguir con su loco proyecto de destruir el mundo. Tanto Mike como yo estamos de acuerdo en que ella debió cubrir con una burbuja su

generador. La situación va a resultar muy peligrosa para Della durante los primeros cinco minutos después de su regreso a la vida.

Wili asintió sin levantar la cabeza. Todavía no lograba entender a Della Lu. Por una parte, ella era la más dura y malvada de todas las personas que había conocido en Los Ángeles pero, por otra, comprendía lo que Mike sentía por ella a pesar de todo lo que había hecho. Confiaba en que Mike pudiera salvarla.

—Y, entonces, también habrá llegado el momento de mi regreso, Wili. Muchos no se dan cuenta de ello, pero la guerra no ha terminado. El enemigo ha perdido una batalla muy importante, pero se nos ha escapado hacia el futuro. Hemos identificado muchos de sus refugios que están envueltos en burbujas, pero Mike cree que hay algunos que eran secretos. Tal vez resurjan al mismo tiempo que el generador de Livermore. Tal vez lo hagan mucho después. Esto es un riesgo que hay que tomar en consideración al pronosticar el futuro. Alguien ha de estar presente para luchar en aquellas batallas, aunque sólo sea por si los que estén entonces allí no creen en esta amenaza.

—¿Y usted se cuidará de esto?

—Estaré allí. Por lo menos durante el segundo asalto.

Y así estaban las cosas. Paul tenía razón y Wili lo sabía. Pero seguía pensando en lo que había perdido en el pasado: su Tío Sly, el viaje hasta La Jolla sin Paul.

—Wili, tú puedes hacerlo. No me necesitas. Cuando se hayan olvidado de mí, te seguirán recordando, tanto por lo que ya has hecho como por lo que vas a hacer —Naismith miró fijamente al muchacho.

Wili se esforzó para sonreír y se puso en pie.

—Estará orgulloso de mí, cuando regrese.

Debía irse después de aquellas palabras. Paul le detuvo, sonriendo.

—No va a ser ahora mismo, Wili. Estaré todavía aquí dos tres semanas, por lo menos.

Y Wili dio la vuelta, corrió alrededor de la mesa y se abrazó a Paul Naismith tan fuerte como se atrevió a hacerlo.

***

Chirriaron los neumáticos y se oyó:

—¡Eh! ¿Quieres que te maten?

Wili levantó la vista con un sobresalto cuando el camión de media tonelada le esquivó y aceleró calle abajo. No era la primera vez, en los últimos diez días, que Wili iba tan

distraído que estaba a punto de sufrir un percance. Aquellos automóviles eran tan veloces que los tenía encima antes de enterarse. Jill llegó corriendo hasta la acera y miró a su alrededor. Se había alejado distraídamente unos mil metros del despacho de Paul. Reconoció aquella zona. Aquella parte del Enclave contenía los archivos de la Autoridad y los aparatos de archivo automáticos. Los Quincalleros estaban desmantelando aquel sitio. Por lo que fuera, había sido olvidado en la generación apresurada de las últimas burbujas y Allison estaba decidida a conocer todos los secretos que hubieran podido quedar fuera de las burbujas. Wili, tímidamente, se dio cuenta del lugar al que se encaminaba. Iba a visitar a todos sus amigos, para encontrar a alguien que creyera que valía la pena quedarse.

—¿Está usted bien, señor Wáchendon?

Dos trabajadores habían acudido corriendo atraídos por los ruidos del conato de accidente. Wili ya había superado el hecho de ser reconocido en todas partes (después de todo, su aspecto era poco frecuente), pero le costaba más aceptar el evidente respeto que le tenían.

—Malditos conductores de la Paz —dijo uno de ellos—. A veces me pregunto si muchos de ellos se han enterado de que han perdido la guerra.

—Sí. Estoy bien —contestó Wili, deseando no haberse comportado como un loco—. ¿Está aquí Allison Parker?

Le acompañaron hasta un edificio cercano. El aire acondicionado estaba puesto al máximo. Hacía un frío helado, según la opinión de Wili, pero Allison estaba allí, vestida con una camisa, que parecía ser de uniforme, y unos pantalones. Estaba dirigiendo alguna operación de embalaje. Sus hombres estaban llenando unas grandes cajas de cartón con unos discos de plástico que debían ser aparatos de memoria del viejo mundo, según suponía Wili. Allison se concentraba en su trabajo y estaba sonriente y animosa. Durante unos momentos Wili tuvo la doble visión que había tenido tiempo atrás. Estaba viendo a su otra amiga con aquel mismo cuerpo, aquella que nunca había existido. La encarnación mortal había sobrevivido a la fantasmal.

Entonces el obrero que estaba a su lado, dijo respetuosamente:

—¿Capitán Parker? —y se rompió el hechizo.

Allison levantó la vista y le obsequió con una amplia sonrisa.

—Hola, Wili —se acercó a él y le rodeó los hombros con su brazo—. He estado tan ocupada durante esta semana que no he tenido tiempo de ver a ninguno de mis amigos. ¿Qué sucede?

Le condujo hasta una puerta interior, se detuvo allí y dijo a los suyos:

—Terminad las series E. Regresaré dentro de pocos minutos.

Wili sonreía para sus adentros. Allison había manifestado muy claramente que no iba a tolerar que se le adjudicara una ciudadanía de segunda clase. Tomando en consideración el hecho de que era la única persona experta en la investigación militar del siglo veinte, los Quincalleros no tenían otra opción en vistas a su actitud.

Mientras iban por un estrecho pasillo, ninguno de ellos habló. La oficina de Allison estaba algo más caliente que la otra habitación, y allí no había ruido de ventiladores. La mesa de despacho estaba llena de planos. Un cuadro de mandos de la Paz aparecía en su centro. Le indicó que se sentara y acarició aquel tablero.

—Ya sé que todo lo que hay aquí es un juego de niños si se juzga a nivel de los Quincalleros. Pero funciona, y al menos puedo entenderlo.

—Allison, ¿tú te vas a marchar, también? —tartamudeó Wili.

—¿Marcharme? ¿Quieres decir cubrirme con una burbuja? No lo verán tus ojos, muchacho. Acabo de regresar. ¿Lo recuerdas? Tengo mucho trabajo que hacer.

Luego vio lo importante que era aquella pregunta.

—¡Oh! Wili, lo siento. Ya sabes lo de Paul y Mike, ¿verdad?

Se detuvo, y frunció el ceño a causa de algo que se le ocurría.

—Creo que es lógico que ellos se marchen, Wili. De veras. Pero no lo es para mí. —El entusiasmo había retornado a su voz—. Paul habla de esta batalla como si sólo fuera el primer asalto de alguna guerra «a través del tiempo». Pues bien, se equivoca en una cosa. El primer asalto tuvo lugar hace cincuenta años. Yo no sé si estos bastardos de la Paz son los responsables de las plagas, pero me consta que destruyeron el mundo que teníamos —sus labios se apretaron formando una estrecha línea.

»Voy a ocuparme de sus archivos. Voy a identificar cada una de las burbujas que generaron cuando se apoderaron de todo. Estoy segura de que hay más de cien mil de los míos que están allí. Van a regresar a la vida normal, durante los próximos años. Paul tiene un programa que utiliza los registros de la Paz para saber exactamente cuándo será esto. Al parecer todas las burbujas iniciales fueron proyectadas inconscientemente para cincuenta o sesenta años, contando con que las de menor tamaño van a reventar antes. Quedan todavía Vandenberg y Langley, y docenas más. Será una fracción muy pequeña de los millones que éramos antes,

pero quiero estar allí para intentar salvar a todos los que pueda.

—¿Para salvar?

Allison se estremeció.

—El entorno de las burbujas puede ser peligroso durante los primeros segundos después de su rotura. Casi resulté muerta cuando salí. Estarán completamente desorientados. Poseen armas nucleares. No quiero que las disparen en una crisis de pánico. Y no sé si vuestras plagas están definitivamente acabadas. Tal vez yo tuve mucha suerte. Voy a tener que encontrar a algunos biocientíficos.

—Sí —dijo Wili, y le contó lo de los restos del accidente que Jeremy le había mostrado cuando estuvo en la granja de los Kaladze. En alguna parte, dentro de la burbuja de Vandenberg, estaba parte de un reactor. Pudiera ser que el piloto siguiera vivo, pero ¿cómo iba a sobrevivir a los primeros instantes de tiempo normal?

Allison hacía señales afirmativas y tomaba algunas notas, mientras Wili se lo contaba.

—Sí, te hablaba de cosas como ésa. Nos va a costar un gran esfuerzo el salvar a ese amigo, pero lo vamos a intentar.

Se inclinó hacia adelante, en su silla.

—Esto no es ni la mitad de lo que tengo que hacer, Wili, los Quincalleros son brillantes en algunos aspectos, pero en otros… «Infantiles» es el único calificativo que se me ocurre. No es culpa de ellos, ya lo sé. Durante generaciones no han podido tener opinión sobre lo que ocurría fuera de sus pequeñas poblaciones. La Autoridad no consentía que hubiera gobiernos, por lo menos en el sentido que en el siglo veinte tenía esta palabra. En algunos sitios permitían la existencia de pequeñas repúblicas, en otros estaban muy contentos por tener una institución feudal, como en Aztlán.

»Una vez que ha desaparecido la Autoridad, la mayor parte de América, con excepción del Sudoeste, no tiene gobierno de ninguna clase. Se están organizando en anarquía. El orden está en manos de fuerzas policiales como aquélla en donde trabajaba Mike. Por ahora hay tranquilidad únicamente porque la gente que está en esos negocios de protección no se da cuenta del vacío que ha creado la partida de la Autoridad. Pero cuando lo adviertan, en mi opinión, va a haber una debacle sangrienta.

Se sonrió.

—No. No me voy. No puedo reprocharte nada, porque no tienes punto de referencia. La sociedad de los Quincalleros ha sido de un tipo muy pacífico y anárquico. Pero éste es el problema. Son como inconscientes, y van a hacer una matanza con ellos si no cambian a tiempo. No tienes más que ver lo que pasa aquí.

»Durante algunas pocas semanas hemos tenido algo que se parecía a un ejército. Pero ahora muchos han formado ya grupos de intereses, sus familias, sus negocios. Se han repartido el territorio. Y ¡Válgame Dios! Algunos ya lo están vendiendo, a la vez que venden las armas y los vehículos a cualquiera que disponga de oro. ¡Eso es un suicidio!

Y Wili se dio cuenta de que Allison podía tener razón. Al principio de aquella semana se había encontrado con Roberto Richardson, el bastardo Jonque que le había ganado en La Jolla. Richardson había sido uno de los rehenes, pero había logrado escapar antes de la liberación de Los Ángeles. Aquel tipo gordo era de los que siempre caen de pie y salen por piernas. Estaba allí en Livermore, rebosante de vales oro. Y compraba todo aquello que podía desplazarse: autos, tanques, orugas blindadas, aviones.

Aquel hombre era raro. Había hecho mucho teatro para parecer amistoso, y Wili era lo bastante listo como para no intentar sacar ventaja de ello. Wili le había preguntado qué era lo que iba a hacer con todo aquel botín. Richardson había contestado con vaguedades, pero había afirmado que no volvería a Aztlán.

—Me gusta la libertad que hay aquí, Wáchendon. No hay reglas. Creo que me voy a ir hacia el norte. Puede resultar muy provechoso para mí.

Y además tenía algunos consejos que darle a Wili, consejos que de momento parecían ser desinteresados:

—No regreses a Los Ángeles, Wáchendon. El alcalde te quiere, por lo menos de momento. Pero los Ndelante han deducido quién eres, y al viejo Ebenezer no le importa que seas un gran héroe en Livermore.

Wili miró a Allison:

—¿Qué puedo hacer para impedirlo?

—Lo que ya te he dicho al empezar. Unas cien mil personas más, muchas de ellas con opiniones parecidas a la mía, podrían ser de gran ayuda en el proceso de educación. Y cuando todo el polvo se haya posado, confío en que podremos tener algo que se parezca a un gobierno decente. No podremos hacerlo en Aztlán, porque los de allí son como si los hubieran sacado del siglo dieciséis. No me sorprendería mucho si ellos fueran los mayores ladrones de terrenos.

»Esto no puede ser el conjunto de tierras sin gobierno en que se ha convertido la mayor parte de los Estados Unidos. En toda América del Norte creo que la única representación que queda de la democracia es el Estado de la República de Nuevo México. Geográficamente es una insignificancia. Solamente controla el Nuevo México de otros tiempos. Pero parece que allí tienen los ideales que necesitamos. Y creo que muchos de mis antiguos amigos pensarán lo mismo.

»Y esto es sólo el principio, Wili. Esto no es más que el arreglo de nuestra casa. Los últimos cincuenta años han sido, en cierta manera, como una Edad Tenebrosa. Pero la tecnología ha hecho progresos. Vuestra electrónica está mucho más avanzada de lo que yo hubiera podido imaginar.

»Wili, la raza humana está el borde de algo grande. Dentro de unos cuantos años habremos colonizado los planetas interiores del sistema solar. Este sueño está todavía muy presente en la conciencia de la gente. He visto lo popular que es el juego de Celeste. Podemos convertir en realidad estos sueños, y de manera mucho más fácil que en el siglo veinte. Estoy segura de que, escondidas en la teoría de las burbujas, hay ideas que van a convertir esta hazaña en un hecho trivial.

Estuvieron hablando mucho tiempo; probablemente mucho más tiempo del que la atareada Allison había supuesto que iba a estar. Cuando Wili se fue, estaba más aturdido que cuando había llegado, pero sólo porque su mente estaba en las nubes. Iba a estudiar algo de física. Las matemáticas son el alma de todo, pero hay que tener algo a qué aplicarlas. Con su propia mente y con las herramientas que había aprendido a usar, podría hacer aquellas cosas en las que Allison soñaba. Y si los temores de Allison relacionados con los años siguientes se cumplían, también estaría allí para echar una mano.

FIN

POST SCRIPTUM

Vinge explica el final de *La Guerra de la Paz*

Durante una conversación telefónica con Vernor Vinge en agosto, le comenté que a muchos les encantó su libro La Guerra de la Paz *hasta el final, cuando uno de los personajes principales responsables de derrocar a los tiranos "Pacificadores" menciona que espera reinstaurar un gobierno como el de los Estados Unidos del siglo XX. Tras la trama tan antigubernamental de la novela, su declaración resultó, como mínimo, decepcionante. Aquí Vinge explica por qué su libro, por lo demás maravilloso, tuvo un final tan desalentador.*

El editor

»Me gustaría aclarar el misterio para aquellos que disfrutaron de *La Guerra de la Paz* hasta el final, donde de repente se vieron sorprendidos.

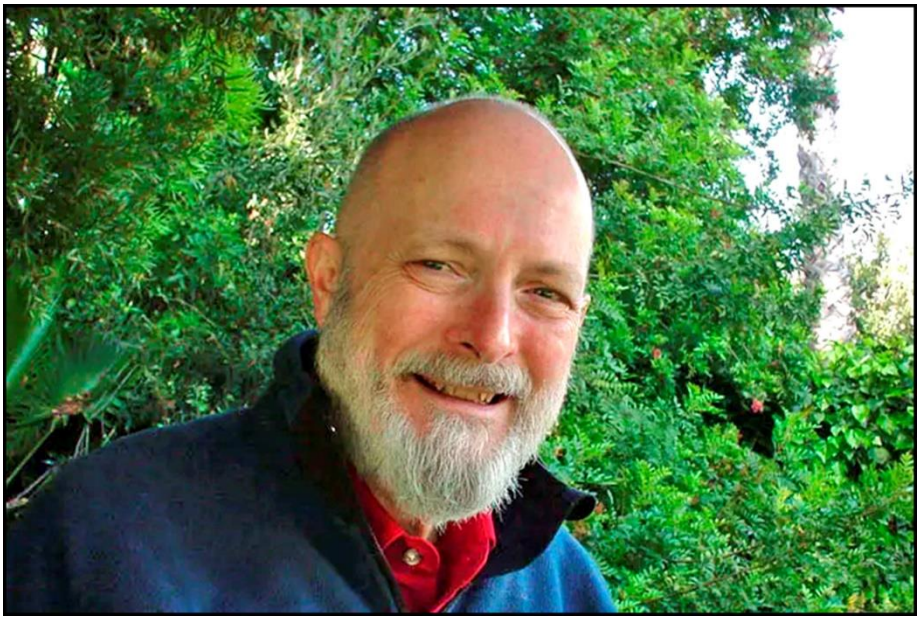
Allison Parker es una persona decente e inteligente. Por otro lado, fue oficial de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos hasta unas pocas semanas antes del final de la historia. El tiempo que pasó en el futuro lo pasó en estasis, sin contacto con las sociedades que critica.

Creo que su análisis de los no gobernados es lo que cabría esperar de una persona así: una valoración liberal típica del siglo XX. De hecho, eso era lo que pretendía; para muchos en el siglo XX, el anarquismo parecía tan intrínsecamente detestable como la democracia lo sería para un jefe normando vikingo del siglo XIII. Quería exponer los argumentos… y luego refutarlos. Desafortunadamente, comprendí que, si bien una cosa así podría funcionar entre capítulos, no era buena idea al final del libro, y pido disculpas por la decepción que esto causó.

Gracias por la explicación.

Extraído de *Prometeo*. Boletín informativo de la LFS:

https://www.lfs.org/newsletter/05/04/PeaceWarEnding.shtml



ACERCA DEL AUTOR

VERNOR VINGE (Waukesha, Wisconsin; 2 de octubre de 1944-La Jolla, 20 de marzo de 2024) fue un matemático, teórico de la computación, profesor universitario y escritor estadounidense.

Biografía

Aficionado a la literatura desde su niñez, comenzó como escritor amateur en 1965 publicando esporádicamente relatos en la revista *New Worlds*, así como en *Analog*. El gran

éxito de sus novelas de la serie de las Burbujas, *La guerra de la paz* y *Naufragio en tiempo real* le situó entre los escritores más populares del momento.

Pero su verdadero triunfo llega con su siguiente novela *Un fuego sobre el abismo*, éxito de público y crítica con la que consigue su primer Hugo tras cuatro nominaciones. Premio que se repite con *Un abismo en el cielo* en 2000 y con *Al final del arcoiris* el año 2007. También ha recibido el Premio Hugo por novela corta en 2002 *Tiempos nuevos en Fairmont High* y en 2004 por *El monstruo de las galletas.*

Fue uno de los representantes actuales de la ciencia ficción dura, a la que ha aportado algunas de las ideas más originales e innovadoras de los últimos tiempos.

Fuera de los círculos literarios de la ciencia ficción, fue famoso por su idea de la singularidad tecnológica según la cual la creación de inteligencias artificiales de capacidades mayores a la humana, que a su vez producirían inteligencias aún mayores y así sucesivamente, conduciría a una «singularidad» en el desarrollo, un punto de inflexión de crecimiento tecnológico exponencial, con consecuencias inimaginables y a partir del cual es imposible especular sobre nuestro futuro.